



Claudia Barzana

ALGUNOS SECRETOS SON
DEMASIADO PODEROSOS
PARA PERMANECER OCULTOS

*Los secretos
de la niebla*


VESTALES

Barzana, Claudia

Los secretos de la niebla. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-30-0

1. Novelas Románticas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-30-0

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,

sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,

bajo las sanciones establecidas en las leyes,

la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento,

comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de ella

mediante alquiler o préstamos públicos.

*El dolor de la separación no es comparable
con la alegría de reunirse de nuevo.*

La vida y las aventuras de Nicholas Nickleby, *Charles Dickens*.

PRÓLOGO

Buenos Aires, 1890.

La noche había desplegado sus alas sobre la ciudad hasta bañarla de oscuridad y de un silencio que ni siquiera el silbido del viento perturbaba. Las calles se encontraban desiertas. La farola instalada en la esquina abría una brecha de fulgor en medio de la penumbra nocturna. El leve sonido de unos cascos sobre el empedrado no pudo alertar a Thomas y a Victoria sobre lo que, minutos después, sucedería dentro de la casa que habitaban desde que habían arribado de la estancia La Victoria. En esa quietud, lejos de la ciudad de la niebla, donde todo había comenzado, se habían amado sin temor al saber que por fin podían disfrutar de la devoción que se prodigaban. Ambos lo habían logrado. Nunca habían creído que pudiera existir un motivo que los uniera más; sin embargo, el nacimiento de Colin lo había sido. Con apenas unos pocos meses de vida, ese hijo los había conmocionado y llenado de felicidad. Atrás quedaban las dificultades que habían debido sortear para estar juntos.

En medio de la algarabía que los embargaba, una de las pesadillas que cada tanto asaltaban a Victoria regresó:

La espesa bruma cubría el sendero mientras el ulular de los búhos guiaba mi camino. Una luz mortecina asomaba en medio del grisáceo paisaje. Mis pies eran los que decidían la dirección, lastimados por las espinas que abundaban en el

recorrido. Tuve que sortear las ramas que lastimaban mi cuerpo en el afán de ir hasta allí. Al fin llegué hasta el vetusto portón, lo descorrí al tiempo que todo se hacía oscuridad y me faltó el aire en los pulmones al escuchar un sordo sonido.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—Mi amor, despierta.

La respiración agitada y el miedo instalado en el cuerpo de Victoria hizo que ambos abandonaran el sueño. Victoria no encontraba consuelo en los brazos de Thomas hasta no tener en el regazo a su bebé. Fueron largos los minutos de espera, y ella no estaba dispuesta a continuar aguardando a que se lo trajera.

Thomas se apresuró a entrar a la habitación de su hijo. La ventana estaba entreabierta, y la leve brisa hacía flamear la cortina blanca que la vestía. La cuna estaba vacía, y el peluche que se había transformado en el fiel compañero de Colin había sido arrojado a un costado del cuarto. Un lacerante dolor se instaló en el cuerpo de Thomas, sin poder siquiera pensar qué era lo que había sucedido. Notar la ausencia de su pequeño hijo le cortó la respiración. De inmediato pudo entender que nada de lo vivido había sido una desagradable pesadilla. En medio de la quietud nocturna, un profundo grito emergió de las entrañas del hombre e irrumpió en la calma y el sosiego reinante hasta ese instante en la propiedad. A partir de ese momento, nada fue igual. Junto a la desesperación que le había invadido el cuerpo, ver el rostro de Victoria, que buscaba al bebé, terminó de desgarrarlo por dentro. No hubo palabras para manifestar semejante dolor. Ambos supieron que las lágrimas deberían esperar y que cada minuto de tiempo que se perdía jugaba en beneficio de

quien se había apropiado de Colin. Solo tuvo tiempo de jurarle a Victoria que no regresaría si no era con el hijo de ambos, que daría la vida para que volviera y que no descansaría hasta saber el motivo y el nombre del autor del secuestro, aunque evitó decirle que no tendría piedad contra quien había osado robarle a su hijo.

Thomas atravesó el amplio jardín hasta alcanzar el cobertizo, donde se ubicaba una berlina de paseo junto a algunos caballos. Montó el suyo y salió disparado hasta mezclarse en la insondable oscuridad. El lejano eco de unos cascos que resonaban contra el empedrado de una de las calles guio la dirección que él había tomado. La velocidad impresa al caballo le permitió a Thomas vislumbrar a la distancia una sombra que, como él, se movía con gran agilidad. El sendero se abría hacia la zona sur de la ciudad. La costa del riachuelo se recostaba somnolienta, mientras algunos barcos anclados se bamboleaban en las turbias aguas del río. El joven entornó los ojos, pero no logró ver más allá de la ribera habitada por pajonales, camalotes y juncos que se mecían sobre el agua enlodada. Antes de descender del corcel, tomó el arma que llevaba en la carona, debajo de la silla de montar, y se la colocó en la cintura del pantalón. Caminó son sigilo, sin encontrar ninguna señal que le indicase que su hijo estaba cerca, salvo por su propio instinto. Se adentró en medio de la costa, por el terreno fangoso, sin detectar rastros de nadie más. Centró la vista en las sombras oscuras que delineaban las embarcaciones que zarparían a primera hora de la mañana en tanto evitaba pensar que a Colin podrían llevarlo en una de ellas hacia cualquier destino y que todo ello podía suceder en cuestión de unas pocas horas. No quería que la desesperación le jugase una mala pasada, aunque tiempo era lo único con que no contaba. Hubo algo que distrajo su atención: unos tenues remolinos en el agua, provocados por un pequeño bote que no dejaba de mecerse a poca distancia de donde él se encontraba. Enfiló hacia allí con el convencimiento de que no era la corriente lo que provocaba el movimiento. De repente, el llanto de un bebé quebró la quietud de

esa noche, y un ruido sordo le erizó la piel. Se adentró en el agua y se abalanzó de golpe sobre un sujeto que estaba dentro. Rodaron hacia un costado, lo que hizo que la embarcación se ladeara. El llanto del bebé se intensificó, mientras Thomas, cegado por la furia, estampaba puñetazos a diestra y siniestra sobre el cuerpo del desconocido. Thomas sentía el puño resbaladizo ante la sangre que manaba del rostro ensangrentado del secuestrador.

—¡Hijo de puta! Antes de que te mate, ¡dime quién mierda eres!

Ante el silencio, Thomas lo tomó del cuello y lo acercó para poder verlo mejor, aunque el lodo, la sangre y los golpes acababan de deformarle el rostro.

—¿Quién eres?

En el mismo instante en que la mano de Thomas fue a la cintura para desenfundar el revólver, escuchó con horror el nombre de aquel a quien creía haber sepultado por siempre.

—John Miller —balbuceó ante la fiereza de su interlocutor, al suponer que era eso lo que deseaba saber. Supo de inmediato la sorpresa que le había provocado oír ese nombre—. Soy su hijo —agregó en un inglés entrecortado ante los golpes recibidos.

En ese mismo instante, una serie de imágenes aterradoras atiborraron la mente de Thomas: el incendio en el que había perecido su hermano Will años atrás, la desesperación por saber quién había cometido semejante hecho junto a la posterior búsqueda por localizar al asesino de su hermano menor. Nunca olvidaría el momento preciso en que se había encontrado apuñalando una y otra vez a Miller, en aquella fría noche del 6 de abril. De ese modo había vengado la muerte de Will.

—Ansié durante mucho tiempo —pronunció entre jadeos y borbotones de sangre que le manaban de la boca— este momento.

Entre trompicones, Miller logró deshacerse de las manos de Thomas y giró hacia el otro lado de la pequeña embarcación para tomar al bebé, que no había dejado de llorar. Thomas no soportó ver que las manos ensangrentadas y sucias de ese sujeto, arropaban a Colin.

—Deja a mi hijo —ordenó.

—Tira tu arma —replicó.

Thomas no dudó en hacerlo, porque podría defenderse con el facón que siempre llevaba calzado en la cintura. Todavía conmocionado por lo que acababa de escuchar, el sonido de un disparo irrumpió junto con una mancha colorada que comenzó a expandírsele por el torso y a teñirle la prenda que vestía. El ardor en el pecho no impidió que se abalanzase sobre Miller para arrancar a su hijo de las garras de ese individuo que no dejaba de mecerse en el bote. Thomas asió el cuchillo y lo asestó en el pecho de Miller, como si todo volviera a repetirse, aunque era su hijo el que estaba en peligro y, esa vez, podría dar su propia vida por salvarlo. Vio que el cuerpo de Miller se convulsionaba con espasmos involuntarios sobre la superficie húmeda de la barca.

Sin dilación, tomó a Colin en brazos y se dio vuelta para sacarlo de allí. Debía dejarlo a resguardo antes de acabar con aquel malnacido. Dejó a su hijo fuera de la embarcación, a un costado, sobre el terreno lodoso, pero justo cuando se incorporaba, otro disparo detonó y dio de lleno en la espalda de Thomas. Como si fuese lo último que pudiera hacer en la vida, intentó fijar los ojos sobre los de su bebé. Necesitaba saber que lo había salvado. Su visión comenzó a perder nitidez poco a poco al tiempo que todo a su alrededor se borraba. Sin embargo, en medio del estremecimiento que lo recorría, Miller le gritó. Lo que

Thomas escuchó segundos después le heló la sangre. No podía ser verdad lo que había confesado ese hombre: cada palabra que el otro lanzó al aire comenzó a retumbarle en los oídos. Cuando Thomas quiso reaccionar, el sonido de otro disparo lo confundió más aún. Pudo ver que el cuerpo de Miller dejaba de moverse, por lo que no podía haber sido él el autor de la descarga. Fue en ese instante que el llanto de su hijo irrumpió en el ambiente, el último sonido que escuchó antes de que sus ojos se cerraran para caer en una inmensa oscuridad.

CAPÍTULO 1

Por esos ojos

Tres largos días habían transcurrido desde el fatídico hecho en que todo había cambiado dentro de la casa de Thomas Wood. Los primeros rayos de la mañana atravesaban el cristal de la ventana en uno de los pabellones del Hospital Británico e iluminaban la silueta de Victoria, recostada sobre la cama de Thomas a la espera de un milagro. Ella nunca había creído que pudiera ser capaz de sentir tanta desesperación como la que la había embargado noches atrás al saber que su hijo había desaparecido. Sin embargo, en esos días, no encontraba consuelo entre el dolor, la angustia, el desasosiego y el pesar que la aquejaban ante el incierto estado de Thomas. Aún en su mente se repetía la despedida de él al salir en búsqueda de Colin tras prometerle que lo traería con vida. Nunca había puesto en duda que él haría lo que fuera para cumplir con esas palabras. Ella se aferraba a aquella imagen para mantener la ilusión de que en algún momento Thomas abriría los ojos y de que esa mirada azul que la había enamorado volvería a cobrar vida. No había dejado de velar por él ni un minuto, aunque las enfermeras en reiteradas oportunidades le indicaban que podía retirarse para descansar. Ella no se había movido. Luego de saber que Colin no había sufrido ningún daño, lo había dejado al cuidado de Paca, que aprovechaba cada mediodía para llevárselo. Mimar y besar a su hijo era lo único que le daba a Victoria la fortaleza necesaria para continuar a la espera de que todo se recompusiera y de que volviesen a estar los tres unidos para dejar atrás todos los traspiés que habían debido esquivar el último tiempo.

—Victoria —susurró la señorita Taylor, que mantenía hasta ese momento el cargo de enfermera en jefe—, hay alguien que te espera en la sala.

—Yo no creo que deba...

—Yo pienso que sí —interrumpió, sin dejarla continuar—. Yo me quedaré por aquí. Debes saber que Thomas ha estado en las mejores manos. La cirugía ha salido muy bien.

La enfermera Taylor la conocía desde hacía años, cuando la joven madre, aún en compañía de la señora Sáenz, visitaba la institución tras escabullirse de la autoridad materna para colaborar con los pacientes que estaban allí en la lectura de algún pasaje de un libro. Siempre había sentido una especial predilección por la muchacha. Victoria nunca se había olvidado del hospital ni de ella en el tiempo que había estado en Londres. De parte de la joven, había recibido una gran cantidad de libros para ayudar a los enfermos a pasar mejor la estadía allí dentro. Ella sabía que Victoria la necesitaba más que a nadie porque en ese momento la veía sola, aunque no se había animado a preguntar por la familia Sáenz, que se mantenía ausente, lejos de su hija.

—Pero él no está bien.

Victoria no se había dejado engañar cuando le habían insinuado que el efecto de la anestesia durante las primeras horas luego de la intervención era lo que lo mantenía dormido y ajeno a la realidad. El cloroformo colocado antes de la intervención duraba solo el tiempo necesario para relajar y operar al paciente. Claro que el estado de Thomas se debía a la gravedad del cuadro.

—La pérdida de sangre ha sido mucha. Ha tenido la suerte de que los disparos no tocaron ningún órgano vital. Ahora solo resta esperar, pero debes estar fuerte para acompañarlo cuando él se recupere.

—Gracias por la esperanza que coloca en sus palabras.

—Querida Victoria, eso es lo último que debe perderse.

La joven se levantó y echó una mirada hacia el pabellón que habitaba Thomas. Rememoró las veces que había dado aliciente a los familiares de los enfermos a los que había asistido en el Hospital Saint Thomas, en la ciudad de Londres, durante el tiempo que había colaborado en aquel centro médico.

—Ve, Victoria.

Caminó hasta salir de allí y vio, sentada en una de las sillas de madera, a Josefina Estrada, una amiga que tenía desde pequeña. Ambas habían transformado esa relación de amistad en una hermandad. A ella le había confesado los secretos más recónditos, y la muchacha la había acompañado en los distintos momentos en que la había necesitado. Se abalanzó de inmediato en los brazos de Josefina y se lanzó a llorar sin consuelo. Necesitaba liberar la zozobra que la carcomía por dentro.

—Victoria, debes calmarte. Estoy convencida de que todo va a salir bien. —Josefina se separó para mirar a su amiga y certificar con sus ojos café lo que acababa de asegurarle—. Deberías salir de aquí un rato.

—No quiero.

—Entonces, vamos a sentarnos.

Ambas se ubicaron a un costado de la amplia sala de espera iluminada por una ventana.

—Si quieres distraerme, cuéntame algo —dijo Victoria mientras mantenía las manos unidas a las de su amiga.

—Ayer por la noche, estuve con alguien que me tiene enamorada. Te aseguro que estoy perdida por él desde el mismo momento en que lo vi.

La cara de asombro de Victoria hizo que Josefina sonriera.

—¿Ha regresado? ¿Lo has visto al fin? ¡No me has contado nada! Espero que esta vez él no te haga sufrir.

—Mmm... —murmuró sonriente—. Creo que tu pensamiento se ha ido hacia otro lado.

—Déjate de adivinanzas. ¿De quién se trata?

—Deberías saber que es Colin quien me tiene en Babia cada vez que lo veo. Ahora me aprovecho de su compañía, ya que su madre no está con él.

Victoria lanzó una sonrisa al imaginarse a su hijo en brazos de su amiga. Estaba segura que no habría dejado de mimarlo.

—Pero me has ilusionado al pensar en que Francisco había regresado.

Josefina calló. No era el momento para hablar de ella, ni de él, y menos de la relación a la que había sucumbido tiempo atrás. Lo único que la joven buscaba era robarle una sonrisa a su amiga y lo había logrado.

—Junto con Paca, no dejamos de malcriarlo. Cuando ustedes regresen a la casa, deberán ponerse firmes con el niño, porque nosotras lo estamos echando a perder.

—Gracias, amiga, por todo lo que haces.

—No debes agradecerme, ¿o quieres que enumere todo lo que has hecho por mí?

—Lo sé, es que necesito tanto tu compañía. Me siento muy sola.

—Victoria —señaló al desviar la mirada hacia el pabellón donde se alojaba Thomas—, él te necesita entera. Debes darle motivos para luchar.

—Tienes razón. Ahora quisiera estar con él.

—Si lo deseas, te espero aquí.

—No es necesario. Gracias por estar a mi lado.

—Por la noche, regresaré.

—No es necesario, disfruta de Colin.

—Está bien, pero mañana vendré —prometió al abrazar a Victoria—. Quédate tranquila, que todo saldrá bien.

* * *

En el hospital, las horas transcurrían con una parsimonia difícil de soportar. Victoria necesitaba salir de allí para refrescar la mente. Besó los labios de Thomas en un intento de darle la calidez que siempre tuvieron y se dirigió rumbo a la salida por la calle Perdriel. Cuánto había cambiado todo desde que había regresado de Londres. No solo la institución médica no estaba ubicada en el mismo lugar que ella conocía cuándo había concurrido para asistir a la señorita Taylor, sino que también la casa familiar, en donde había crecido, había dejado de

pertenecerle porque ella ya no era parte de los Sáenz. Los distintos lugares a los que había concurrido de pequeña habían perdido su identidad característica porque ella no contaba con esas raíces. Su paso por la vida de la familia Sáenz había sido del peor modo, y el desprecio hacia Victoria había reemplazado el cariño que decían haberle profesado. Lo único cierto e irrefutable que tenía era el profundo sentimiento que la unía al único hombre que había amado y que amaría por siempre. No estaba dispuesta a perderlo luego de las distintas dificultades que habían tenido que atravesar para estar juntos. Haría lo que fuera por recuperarlo.

En medio de tales elucubraciones, no supo cuántas cuerdas caminó, pero se detuvo de inmediato al tener frente a sí a la iglesia Santa Felicitas. Quizá fuera una señal y la palabra de Dios lograra aquietar la angustia que se había apoderado de todo su ser. Al entrar, la abrazó un silencio solo interrumpido por el eco de sus propias pisadas sobre la cerámica española que tapizaba el suelo. Enfiló hacia uno de los tres altares que se alzaban en el frente y se ubicó en el primer asiento de una fila de bancos de madera colocados a lo largo de la nave central. Allí, arrodillada, imploró por Thomas.

—Dios mío, te pido, por lo que más quiero, que lo salves —rogaba con las manos entrecruzadas en medio de un sollozo ahogado y desconsolado—. Debes salvarlo. Sin él, yo no sabría cómo continuar. Sé que soy culpable de haberme enamorado de un hombre distinto a aquel con quien me obligaron a casarme.

Victoria no quería recordar cuánto había sufrido durante aquel matrimonio forzado.

—En estas horas, no he dejado de pensar que todo ha sido culpa mía —confesaba entre hipos—. Quizás el modo en que he actuado no ha hecho más que lastimar a otras personas. Haberme enamorado de Thomas no ha sido mi pecado, porque sé que no podría haberlo evitado. Ni la distancia, ni el propio matrimonio al que debí acceder

ante la imposición de mi padre lograron que dejara de amarlo. El tiempo que estuve separada de él no hizo más que profundizar lo que siento por él. Si crees que, con mi comportamiento, he ofendido a quienes me rodean y que soy merecedora de un castigo, condéname del modo que sea, pero antes, por lo que más quieras, salva a Thomas. Dios mío —manifestó al levantar el rostro y clavar la mirada, borrosa por el llanto, hacia el Cristo que se alzaba frente a ella—, te prometo que aceptaré el camino que me marques solo si él se salva.

En medio de los rezos y ruegos, intentó quietarse. No quería perturbar la calma que reinaba en la casa del Señor. Con los dedos, se limpió las lágrimas que le inundaban el rostro y se persignó antes de levantarse para salir de allí.

La necesidad de estar junto a Thomas hizo que emprendiera el retorno de un modo precipitado. Debía estar con él. Hubo algo que le hizo pensar que debía estar allí, que no había debido ausentarse, aunque fuera para visitar una iglesia. Con premura, entró en el hospital y, no bien se asomó por el pabellón, vio a una mujer recostada sobre la cama de Thomas. Los pasos de Victoria se precipitaron hacia ella.

—Te quiero ya lejos de él —susurró a la dama, que se sobresaltó al escucharla—. Si no te marchas en este mismo momento, te sacaré a los empujones de aquí.

De inmediato, la mujer se levantó para enfrentar a Victoria.

—No puedes prohibirme que vea al hombre que amo.

—Alba, tu presencia aquí no está permitida. Él no te necesita a su lado.

—Eres una niña caprichosa que no entiende cuando un hombre ama de verdad a una mujer, como él lo ha hecho conmigo.

—¡Cállate!

—Por más que te pese, él estuvo conmigo hasta que arribaste aquí con ese niño, que váyase a saber de quién es.

La mano de Victoria se estampó en una fuerte bofetada que le dio vuelta la cara.

—¿Qué haces? ¡Estás loca! —gritó.

—Ni se te ocurra volver a nombrar a mi hijo —le siseó en el oído—. Agradece que Thomas no te haya escuchado, porque no tienes idea de lo que sería capaz de hacer contigo.

—¿Te crees que, cuando tú aún estabas en Londres y él se enteró de la buena nueva, no puso en duda la paternidad del niño?

—Me tiene sin cuidado lo que pienses, pero no voy a tolerar que ofendas a mi hijo. Vete ya si no deseas que sea yo la que te saque de aquí.

De inmediato, una enfermera se acercó a Victoria al notar que las exclamaciones proferidas por la dama de cabellera rubia iban creciendo.

—¿Sucede algo? —inquirió una de la enfermeras que deambulaban por allí.

—La señora se iba, y le pido que, de ahora en más, no autorice su entrada a este lugar. No es bienvenida por mí ni por el señor Wood.

—Acompáñeme —manifestó al tomarla del brazo, pero, antes de retirarse, Alba agregó:

—Si crees que te has salido con la tuya, te has equivocado. No eres más que una joven malcriada. Te aseguro que pronto, muy pronto, Thomas se cansará de ti, y acá estaré yo cuando me necesite.

—¡Fuera ya!

Sin más, las autoridades del establecimiento se encargaron de invitarla a retirarse y de indicarle que no regresara para evitar mayores inconvenientes.

Victoria se sentó junto a Thomas con la respiración agitada y el cuerpo atacado por un temblor. De a poco, comenzó a aquietarse. Sabía que no podía dejarse llevar por el despecho de una mujer que Thomas había abandonado cuando ella había llegado a la ciudad. Arrastrados por el amor que ambos se prodigaban, habían dejado muchas cuestiones sin resolver, y Alba era una de ellas. Victoria sabía que no sería fácil desembarazarse de la viuda. No dudaba de que se trataba de una mujer enamorada dispuesta a todo por obtener el cariño de Thomas, pero, en ese momento, no quería mortificarse con el resto de los problemas que quedaban por solucionar, ya que Alba no era más que una desagradable complicación. En Londres, también había temas pendientes tan acuciantes como los de allí, pero estaba segura de que, una vez que Thomas saliera de esa cama, todo se iría recomponiendo. Debería tener paciencia porque él le había prometido que todo se solucionaría.

—Mi amor —dijo al acariciarle el cabello con una mano mientras mantenía entrecruzados los dedos de la otra con lo de él—, debes despertar. Colin y yo te necesitamos. No puedes abandonarme de esta manera. Sé que has hecho lo que me prometiste: trajiste con vida a nuestro hijo, pero ahora debes regresar, por favor.

Victoria se sentía abatida por el dolor, la angustia, la desazón y la rabia por tenerse que enfrentar a ciertas personas que lo único que hacían era lastimarla. Ya había perdido la cuenta de cuándo había sido

la última vez que había dormido. Se sentía tan cansada que dejó caer la cabeza sobre la mano de Thomas y se sumió en un profundo letargo.

No supo cuánto tiempo había transcurrido desde que se había dormitado, pero la veracidad del sueño, en el que sentía el roce de los dedos de Thomas sobre su mejilla, hizo que despertara con la ilusión dibujada en el rostro. Se incorporó y besó la palma de la mano de su amado. Se la llevó a la mejilla como si pudiera de ese modo acariciarla como lo hacía él en esas ensoñaciones. Necesitaba que él abriera esos ojos azules que la habían cautivado en aquel primer día en que había salido de paseo para conocer la ciudad de Londres. Había sabido en aquel preciso instante que sería él, y no otro hombre, del que se enamoraría por siempre. Contempló el rostro de Thomas, que estaba imperturbable. Ni un gesto ni un pequeño movimiento lo atravesaban. Suspiró y volvió a hablarle para sentirlo más cerca aunque él estuviera tan lejos que pareciera que fuera a abandonarla en cualquier momento.

* * *

El departamento de la Policía se alzaba sobre la calle Bolívar. El edificio estaba conformado por calabozos habitados por prostitutas, delincuentes, borrachos y demás personas que alteraban el orden, en especial por las noches. Sin embargo, algunos oficiales que custodiaban el lugar habían transitado las calles de la ciudad como malhechores convertidos luego en custodios de la ley. No era fácil conformar esa fuerza, y se necesitaba de hombres con la voluntad de imponer las normas en las calles. Contar con personas que las habían transitado del peor modo había resultado una solución ante la falta de

personal. Ese había sido un problema que había debido enfrentar el comisario que acababa de retirarse, luego de una jornada de trabajo, para dejar a empleados de su confianza a cargo del destacamento.

En una mesa ubicada lejos de la puerta de entrada, había vasos a medio llenar con ginebra, junto a unos cuantos ejemplares de la *Revista de la Policía de la Capital*. Sobre esa pila, se encontraba una caja de cigarros, regalo de un detenido que había logrado salir tras unas pocas horas ante la gestión de un abogado no solo eficiente sino también corrupto y amigable con las fuerzas policiales. El humo gris del tabaco se mezclaba con el olor rancio del recinto, y las risotadas irrumpían en la pesadumbre del lugar.

Desde una de las celdas, se escuchaban las voces que hablaban de la partida de truco que estaban jugando los oficiales a cargo. Dentro de un calabozo, continuaba alojado Joaquín Rodríguez. Habían transcurrido tres días desde que había sido encerrado allí, sin saber hasta cuándo permanecería. Aún no había podido comunicarse con nadie que lo ayudase a salir de allí. La única persona que necesitaba ver para que solucionase la cuestión se debatía entre la vida y la muerte en una cama del Hospital Británico. No sabía cuánto tiempo más debería permanecer allí dentro. Durante la estadía, no había probado bocado. Había debido arreglarse con unas pocas migajas de pan duro que le habían llevado junto a un tazón de agua. El personal de la comisaría parecía estar empeñado en hacerle pagar por algo que él habría vuelto a hacer, pues no se arrepentía de haberlo hecho. Bastaba una explicación de cómo habían sucedido los acontecimientos para dejarlo libre, pero, hasta ese momento, no le habían permitido hablar ni entrevistarse con nadie. Lo mantenían en calidad de acusado de asesinato sin saber hasta cuándo estaría en esas condiciones. Él se encontraba tirado en un rincón de la celda, a la espera de que la noche se hiciera día y de que el tiempo avanzase para que al fin todo se aclarase y pudiera quedar libre.

No soportaría estar ahí un minuto más, encerrado entre los muros descascarados y malolientes que lo rodeaban. Necesitaba creer que Thomas estaba bien y que se recuperaría de los disparos recibidos. Los comentarios que había escuchado hablaban de la gravedad del estado del patrón, pero no sabía cómo averiguar algo más. Joaquín le debía a Thomas mucho, ya que gracias a él se había transformado en alguien de bien, respetado, y se había forjado un futuro.

Aún recordaba cómo se habían precipitado los hechos en la propiedad del señor Wood cuándo habían descubierto que Colin había desaparecido. Aquella fue la primera vez que observó en Thomas el abatimiento, el temor y la desesperación. Cuando lo vio alejarse para buscar al niño, no dudó en seguirlo, en contra de las indicaciones dadas para que se quedase a cuidar de Victoria. Joaquín suponía que nada peor podía suceder en la casona y que el peligro latente estaba en la persecución emprendida por Thomas. No dejaba de repetirse en la mente del empleado la imagen del señor Wood tirado a la vera del río, con la sangre que le salía a borbotones del pecho, mientras Colin lloraba a su lado. Lo que había venido después había sido un torbellino de gritos de ayuda para intentar llevar al jefe a un hospital y calmar al niño. Por desgracia, todo había sucedido muy rápido, y él no había tenido tiempo de desembarazarse del arma con la que había ultimado al hombre que había dejado moribundo a Thomas.

Los pensamientos del muchacho se vieron interrumpidos al escuchar unos pasos por el vetusto y grisáceo pasillo que comunicaba la entrada con las distintas celdas. Se levantó de inmediato para saber si era a él a quien venían a ver. Con los dedos, se aferró a los barrotes de la celda para escuchar mejor.

—¿Me parece a mí o me estabas esperando?

Joaquín evitó demostrar lo que le provocó saber que había ido hasta allí Franco Goyena. Si había alguien a quien no quería ver, era a ese sujeto. No se imaginaba el motivo por el que podía haber decidido

visitarlo. Durante mucho tiempo, habían estado enfrentados por Paloma, una joven que lo había cautivado al habérsela cruzado en el Grand Hotel cuando él trabajaba como botones del lugar.

Saber que, cada jueves, la joven concurría con Alba, su tía, le permitía mantener la ilusión de verla la siguiente vez que fuese. Siempre había sabido que él no podía aspirar a ella porque no tenía nada para ofrecerle, pero, por más que lo supiera, le era imposible no soñar con ella ni ansiar que, en algún momento, todo cambiase. Desde que abandonó aquel trabajo, se había esforzado por mostrarse diferente para dejar de ser un hombre invisible ante los ojos de Paloma. Joaquín creía que todo había comenzado a cambiar, hasta que se interpuso Franco Goyena. Desde aquel momento, nunca faltó oportunidad para que ambos terminasen del peor modo. Hacía un tiempo que ese encono que sentían el uno por el otro no solo abarcaba el interés hacia la joven Paloma. La cuestión política los mantenía en posiciones diametralmente opuestas. Los ideales que ambos enarbolaban no se condecían, y siempre había un motivo de pelea entre ambos.

Joaquín levantó la vista para mirarlo y supo que nada halagüeño podía haber llevado a Goyena allí dentro.

—No creo que tengas algo que hacer por aquí, aunque quizás algunos de tus amigotes puedan estar alojados en otro calabozo.

Joaquín sabía que las amistades de las que se jactaba Franco dejaban bastante que desear. Eran conocidas las trifulcas en las que terminaban metidos esos jóvenes que tenían todo salvo decencia.

—Pero qué bien, veo que los días de arresto no te han cambiado el humor. Me parece excelente, dado que estarás aquí dentro durante mucho tiempo.

—Te equivocas. Eso es lo que te gustaría, pero no será así.

—¿Te has preguntado por qué, hasta ahora, nadie te ha venido a ver? —comentó al esbozar una sonrisa de costado—. Yo, en tu lugar, lo haría, me cuestionaría si merezco ese trato miserable. Pues bien, te voy a aclarar algo: cuando supe que habías abatido a un hombre, no dudé en pedirle a mi padre que utilizara sus influencias para que te dieran lo que mereces. Deberías saber que matar a alguien no es algo de lo cual uno pueda desembarazarse con facilidad, y vine hasta aquí para asegurarme de que se hacía justicia contigo.

—Te ciega el odio que sientes por mí, y no tiene que ver con lo que he hecho. Si supieras en realidad lo que sucedió, el modo en que actué, te darías cuenta de que no es cómo piensas y de que no debería estar aquí dentro.

—¿Ahora me vas a decir cómo debo interpretar un delito? —interrogó al acercarse más a los barrotes que los separaban—. Una vez más, te equivocas. Te recuerdo que, en este último tiempo, en que he terminado la carrera de Derecho, tú no has hecho otra cosa que estar bajo el ala de Thomas Wood. Pero te aseguro que falta poco para que la vida que llevabas se acabe. Cuando él muera, regresarás al mugriento puesto de botones que tenías en el Grand Hotel, mientras yo continuaré en el camino de prestigio que auguro tener.

—Entonces, si es como dices, ¿para qué estás acá? Has venido a visitarme porque, ni siquiera con el título que ostentas, has logrado conquistar a Paloma. Ni con todo el oro del mundo la tendrás a tu lado, ¿y sabes por qué? Porque eres despreciable y mezquino. ¿Crees que se ha olvidado de cuándo quisiste propasarte y abusar de ella en la fiesta del Club del Progreso? Te equivocas. Ella sabe que fui yo quien intercedió para que no continuases molestándola.

—Si mal no recuerdo, no fue a mí a quien culpó, sino a ti. Pero eso ha perdido importancia, ya que no soy yo el que se va a pudrir en la cárcel. ¡Guardias! —clamó.

De inmediato, dos oficiales se hicieron presentes para saber qué ocurría.

—El reo no ha hecho más que amenazarme e intentó agredirme a través de las rejas. Si no lo calman, pueden llevarse una sorpresa con él.

—Gracias, doctor Goyena, nosotros nos encargaremos de él.

—Vendré dentro de unos días.

—Mándele saludos a su padre —saludaron a coro los oficiales.

—Serán dados —respondió al retirarse, y agregó—: ¡Eh, Rodríguez! Deberías apaciguar un poco tu temperamento. Si no lo haces, no creo que logres mantenerte en pie durante mucho tiempo acá dentro.

A medida que caminaba por el pasillo, escuchó la cerradura de la celda al abrirse y los gritos proferidos por el preso cuando dos oficiales lo castigaron.

Joaquín había quedado tendido en el suelo, con el cuerpo lleno de contusiones a raíz de los golpes suministrados por los celadores. El dolor que sentía en todo el cuerpo evitó que se diese cuenta del tiempo que había transcurrido. Todo allí era oscuridad y desazón. Creyó escuchar que alguien discutía, pero ni siquiera se interesó en saber lo que estaba sucediendo. Se había abandonado a la buena de Dios. Sin embargo, el eco de unos pasos se hizo más potente, y el ruido metálico de las llaves hizo que elevara la vista.

—Tendrán que tener una razón valedera para darme cuando deban explicarme el estado de mi cliente. Déjeme a solas con él.

El doctor Luis Quintana se acercó más a Joaquín para comprobar el estado miserable en que se encontraba el joven. Haberse ausentado de la ciudad le había impedido saber lo sucedido con Thomas, al que

había conocido no bien había arribado desde Londres con deseos de afincarse en Buenos Aires. Había sido por intermedio de un conocido inglés que Thomas se había comunicado con él para delegarle varias cuestiones legales. La compra de la estancia La Victoria había sido una de ellas. No había sido fácil adquirirla porque Thomas le había pedido mucha discreción debido a que el dueño del terreno era Miguel Goyena. Luego de algunas complicaciones, había logrado adquirir la propiedad, y había sido a partir de ese momento que, entre ambos, se había gestado una excelente relación que excedía lo profesional. Sabía del cariño que le tenía Thomas al joven Joaquín, por lo que debería sacarlo de allí cuanto antes. Esa habría sido la orden que Thomas le habría dado si no estuviera debatiéndose entre la vida y la muerte.

—He venido cuando tomé conocimiento de lo sucedido.

—Gracias, doctor. ¿Sabe cómo está Thomas?

—Es grave su estado, y por ahora no podremos contar con él. Nosotros debemos centrarnos en tu problema e intentar sacarte de aquí cuanto antes. No puedo creer el estado en que te encuentras.

—Quizá le ayude saber que Franco Goyena ha estado aquí.

Una vez más, ese apellido aparecía para enturbiar cuestiones referentes a Thomas, y entonces con una persona de confianza, como lo era el joven que estaba maltrecho en aquella celda. El hijo de Goyena habría buscado la influencia de su padre para continuar molestando a Joaquín.

—Ahora, quiero que me cuentes qué sucedió y cómo se dieron los hechos. Es importante cada pormenor que puedas relatarme. Adelante, te escucho.

En medio de un murmullo sostenido, Joaquín comenzó a narrar con lujo de detalles lo ocurrido aquella noche, cuando todo se había desbaratado en la propiedad de Thomas Wood.

* * *

El pabellón del Hospital Británico se encontraba en penumbras. Solo el reflejo de la luna al entrar a través del cristal de la ventana quebraba la oscuridad de la sombría sala. Victoria se mantenía recostada sobre el respaldo de la incómoda silla que, desde hacía varios días, se había transformado en el único lugar donde ella podía estar. Se inclinó para volver a hablarle a Thomas, como lo venía haciendo desde que él había caído en ese estado del que parecía no querer salir.

—Mi amor —le susurró en el oído—, te necesito.

Como cada vez que se sentía abatida, recostó la cabeza al costado del cuerpo de él mientras buscaba tener las manos entrelazadas. Los minutos pasaron, y un sollozo rompió la quietud del lugar. Ella no podía contener la angustia que la embargaba y que aumentaba a medida que el tiempo transcurría sin que Thomas reaccionara. Cuánto daría por que él abriera los ojos y todo volviese a ser como antes. Él merecía disfrutar del hijo que los aguardaba en la casa. Ellos no habían luchado tanto para que, una vez que habían logrado estar juntos, esa realidad se borrara de un plumazo. A veces no entendía por qué la vida se empeñaba en complicar las cosas y en enfrentarla a la necesidad de tener que empezar una vez más.

No supo si fueron los fuertes deseos por sentirlo o si en verdad el leve roce en sus manos había sido realidad. Se incorporó para verlo y notó que esos ojos azules la estaban mirando. A Victoria le llevó más de un segundo poder reaccionar y darse cuenta de que no era un sueño, sino que Thomas la estaba contemplando. Ella le besó los labios y se dejó llevar por la emoción que significaba que al fin él hubiera regresado a ella.

—Mi amor —murmuró mientras acariciaba con la mano ese rostro que la había impactado cuando se lo había cruzado en una de las tantas calles londinenses—, estuve esperando que al fin despertaras.

—Cariño, siempre te sentí a mi lado. No habría soportado dejarte.

El llanto de Victoria se mezclaba con la emoción que sentía al ver que Thomas había retornado a la vida.

—Colin... ¿Qué ocurrió con él?

—Shh, ahora debes estar tranquilo para que puedas salir cuando logres recuperarte por completo.

—¿Qué le sucedió a nuestro hijo?

—Mi amor, como me lo prometiste cuando saliste a buscarlo, lo trajiste sano y salvo. Ahora está dormido con Paca, esperando que regresemos.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Thomas, que luego volvió a cerrar los ojos, esa vez para descansar y recuperarse del estado en el que se encontraba.

Victoria volvió a besarlo y se dejó llevar por la emoción y la felicidad que la inundaban. Un llanto inquebrantable irrumpió en el recinto, sin que ella pudiera contenerlo.

—Victoria.

La joven se incorporó de inmediato y se abalanzó hacia la enfermera en jefe Taylor, que había observado desde lejos lo que acontecía con el paciente Wood.

—Estaba segura de que saldría de esta.

—Yo —replicó entre sollozos— no puedo creerlo. Lo deseé tanto, he pedido tantas veces a Dios por él, que no puedo controlar todo lo que siento.

—Haces muy bien. Ahora puedes ir a reposar para recuperarte.

—Gracias, pero deseo estar aquí cuando vuelva a despertarse. No quiero que se sienta perdido porque yo no estoy a su lado.

—Está bien —aceptó sonriente—. Pero, esta vez, vas a acompañarme a tomar un té. La noche es larga, y ambas lo necesitamos.

—Debería verlo un médico.

—Victoria, sabes que hemos hecho todo por él y que solo restaba esperar a que despertara.

—Sí, pero, quizás, si alguien lo viese, un profesional...

—De momento, lo que Thomas necesita es descanso para recobrar la salud. Por la mañana, el doctor vendrá y de seguro le dirá que, más allá de su medicación, va a necesitar tiempo y descanso para salir de aquí.

—Perdón, es que me siento tan abrumada.

—Es normal que sea así, por eso ahora nos vamos a tomar un rico té.

—Me vendría muy bien.

—Vamos, un poco de conversación nos va a espabilar. Nos vendrá bien a ambas.

Victoria abandonó la habitación con el alivio de que la angustia que sentía cada vez que entraba allí se había disipado. La convicción de que todo cambiaría le alivianó el alma.

* * *

Los días siguientes no se compararon a los que había debido pasar con Thomas en el hospital. Por más que el doctor le había indicado reposo para que fuera recuperándose de a poco, el temperamento de Wood se había impuesto. El paciente no se dejaba amedrentar por las amenazas de las enfermeras y de Victoria acerca de que echaría todo a perder si continuaba comportándose de ese modo.

—Victoria —comentó el médico en compañía de la enfermera Taylor—, es una buena señal que se mueva de este modo. Aunque esto no sería conveniente en otro paciente, él tiene juventud, vitalidad y, lo más importante, unos deseos irrefrenables por volver a ser lo que era. No se preocupe, que no dejaremos de vigilarlo y controlarlo, ¿verdad?

—Por supuesto, doctor —secundó la enfermera en jefe.

—Gracias.

Todos enfocaron la vista hacia la cama de Thomas, que no dejaba de intentar levantarse, lo que contrariaba a la enfermera que lo estaba asistiendo.

—Dentro de unos pocos días, lo vamos a ver caminar por los pasillos del hospital y, si la mejoría sigue de este modo, él podrá regresar a su casa cuando menos lo espere.

Victoria sonrió al verlo despotricar para erguirse a pesar de los dolores que persistirían durante un tiempo más allá de la medicación suministrada.

—Gracias, doctor. Creo que es necesario que vaya a colaborar.

Cuando Victoria entró por el pabellón, sintió cómo Thomas se volteaba para observarla. Parecía que ciertas cuestiones no habían cambiado. Intuir la presencia del otro era algo que aún ambos mantenían. Él estaba sentado sobre la cama con intenciones de levantarse.

—Buenos días —saludó Victoria a la enfermera—. Si le parece, yo me ocupo de él.

—Se lo agradezco.

La mujer constató la dosis de medicación que el paciente debía tomar y los dejó con premura.

—Buen día —dijo Thomas al atraerla hacia sí.

Victoria se quedó envuelta en los brazos de él y sintió como si, de ese modo, renaciera otra vez al dejar a un costado la angustia que la había acompañado ese último tiempo.

—¿Ves?, por esto necesito estar en casa. No soporto más estar aquí dentro y que me indiquen qué debo hacer y cómo debo moverme. Quiero salir cuanto antes de este hospital.

—Mi amor, yo también lo deseo, pero debes hacer caso a las indicaciones que te dan para irte lo más pronto posible. No tienes idea de lo perturbador que es cuando un paciente se resiste.

—Cuando estás conmigo, pierdo mis defensas.

Ella volvió a sonreír y lo besó. Creía que el amor que sentía por él no podía crecer más, pero se había equivocado. Cada vez que lo veía y con cada frase que le decía, lo adoraba aún más.

El eco de unos pasos alertó a Victoria, que se dio vuelta para saber quién se acercaba. Una gran emoción la embargó al ver caminar a Paca, que llevaba a Colin en brazos. Fue en su búsqueda para tomarlo y para dárselo a Thomas, que no dejaba de reclamar por el niño. Cuando se dio vuelta, lo vio levantado y apoyado al costado de la cama, listo para recibir a su hijo. Enseguida, el padre envolvió en un abrazo al hijo; Victoria notó el sollozo silencioso de él sobre Colin. La joven rompió en llanto, ya no de tristeza, sino de alegría y emoción, al ver a los dos hombres más importantes de su vida unidos, como siempre lo había soñado. Atrás quedaba el dolor ante la posibilidad de haber perdido a alguno de los dos. Creía que nada ni nadie rompería esa unión que tanto les había costado alcanzar.

CAPÍTULO 2

Solo mía

El regreso de Thomas a la casa fue motivo de festejo para Victoria, ya que al fin podían estar una vez más todos juntos. No importaba si él debía cuidarse para caminar o que se mostrara molesto por recibir las recomendaciones médicas. Claro que Thomas no estaba acostumbrado a que cuidasen de él porque siempre se había ocupado de los demás. Él no podía con su propio genio y se había lanzado de inmediato a los negocios para sentir que todo había regresado a lo que en algún momento había sido.

Thomas se encontraba en el escritorio de su propiedad en tanto se ponía al día luego de la ausencia por el fastidioso reposo que había debido cumplir en el Hospital Británico. A pesar de estar inmerso en varios papeles y carpetas, el chasquido de la puerta lo distrajo, y de inmediato levantó la vista.

—Te estaba esperando —saludó con una sonrisa al recién llegado.

—No se levante.

—Si deseas continuar con nuestra buena relación, te pido que no comiences con que debo cuidarme. Aunque, ahora que te veo, parece que no te ha ido mejor que a mí.

Thomas se puso de pie y recibió con un abrazo a Joaquín, que retornaba a la casa luego de la ausencia por haber estado detenido en la comisaría. Lograr sacarlo de allí no había resultado nada fácil, pero

la pericia del abogado Quintana lo había permitido. El rostro del joven mostraba varios magullones que reflejaban el recuerdo de la fuerte golpiza a la que había sido sometido en la celda en que había estado encerrado.

—¿Tomas una copa?

—Me vendría muy bien.

Una vez que el dueño de casa sirvió dos vasos de coñac, se sentó para hablar sobre lo sucedido, dado que aún quedaban cuestiones pendientes.

—Joaquín, ¿qué ocurre?

—Antes de que lo diga, sé que abandonar la casa para ir en busca de Colin implicó desobedecer una orden suya.

—Nunca te echaría en cara haber desoído mi disposición, menos cuando lo que hiciste fue salvarme de que quedara tirado y muerto a la vera del río. Lo que quiero es agradecerte lo que has hecho, aunque te haya traído grandes problemas.

—La única persona que me trajo problemas fue Franco Goyena.

—Era de esperar, ya te lo advertí. Pero el doctor Quintana arregló tu situación legal. De todos modos, le debo aún una visita a Miguel Goyena. Todavía no he ido a verlo.

—No lo haga. Este es un tema que debo arreglar con Franco. Ahora quiero calmarme un poco, y no va a faltar oportunidad para que nos veamos.

Joaquín se había cruzado en varias ocasiones con Franco y sabía que se presentarían otras tantas, aunque quería evitar comentarle a Thomas el motivo de esos encuentros porque aún el patrón no estaba

al tanto de los pensamientos que él defendía. La situación social estaba cada vez más candente, y el tema político era una cuestión acuciante. Pertenecer al grupo que se rebelaba contra el Gobierno le podría ocasionar consecuencias negativas, pero creía que no era el momento de hacerle saber a su jefe lo que hacía, ni los ideales que preconizaba. El tiempo de ausencia de Thomas durante aquella estadía en Europa le había permitido a Joaquín unirse a otros jóvenes que, como él, buscaban otras posibilidades en aquellas tierras.

—Si es lo que quieres, hazlo, pero ten cuidado; él es hábil y sabe dónde atacar.

—En este tiempo, yo he aprendido a hacerlo también.

Thomas sonrió. Atrás quedaba el jovencito tímido y apocado que había conocido.

—Si te sientes mejor, quiero que te hagas cargo de algunas cuestiones comerciales, al menos durante unos días. Quiero ir con mi familia a la estancia.

—Vaya tranquilo. Me va a venir bien distraer mi mente con otros temas para dejar de pensar en la mierda de Franco Goyena y en los días que pasé encerrado.

—Mejor así —comentó sonriente—. ¿Tomas otra?

—No, gracias. Si en verdad desea que me ponga a trabajar en todo esto, voy a necesitar estar sobrio —mencionó al ver la pila de documentos que estaban ubicados al costado del escritorio.

—Bien, empecemos entonces.

* * *

Los últimos días en la ciudad de Buenos Aires habían sido un torbellino de actividades para ultimar los detalles que llevarían a que Thomas, junto a Victoria y Colin, se establecieran durante unas semanas en la estancia La Victoria. Era allí donde él completaría la recuperación definitiva. Esas tierras se habían transformado no solo en un remanso de paz para él, sino también para Victoria. Regresar allí la llenaba de felicidad luego de que hubiera perdido la ilusión de retornar a esas tierras donde había pasado los mejores momentos de su vida. Eso también se lo había robado Zelmiro Sáenz al confesarle que había perdido el campo tiempo atrás. Ella nunca había creído que podría estar de nuevo ahí, en medio de la espesura que le brindaba aquella estancia y de los animales que tanto adoraba. Thomas no solo le había devuelto todo el amor que en un momento había creído perder, sino también ese lugar de ensueño que se había transformado en testigo de la devoción que ambos se profesaban.

La pareja no se había separado de Colin, quizás como un modo de recuperar el tiempo perdido por el abandono al que se había visto sometido el niño hasta que Victoria había arribado a la ciudad de Buenos Aires para reunirse con su verdadero amor. Ella no quería martirizarse con todo aquello, sino disfrutar lo que tenía en ese momento.

Los tenues rayos de la mañana entraron en la recámara y la despertaron. Sentía el cuerpo extasiado ante la noche de pasión que había compartido con Thomas. Alargó la mano sobre la cama para acariciarlo, pero notó la ausencia de él de inmediato. Le sorprendió que no estuviera allí; claro que era entendible que, ante el cansancio de ella, la hubiera dejado descansar.

Se levantó y caminó hasta el amplio ventanal de la habitación para descorrer la cortina. Desde allí se podía ver el cuidado jardín plagado de flores y arbustos. La propiedad, en manos de Thomas, había

cambiado, aunque a primera vista no se notara. Gracias a la administración de aquel hombre, cada rincón que había inspeccionado parecía haber cobrado vida. No dudó en cambiarse rápido para encontrarse con él. Al salir, pasó por la habitación de Colin, que estaba al cuidado de Paca. Ella no se movía de su lado.

—Buen día, mi niña. Se la ve descansada.

—Hola, Paca —saludó Victoria al abalanzarse a la cuna de Colin—. Parece un angelito cuando duerme.

—Así es, lo mismo ha dicho el señor Thomas.

—¿Ha pasado por acá?

—Por supuesto, y ha dicho lo mismo que usted. Según parece, nuestro niño heredó el gusto de su madre por el sueño.

—Por lo menos algo tiene de su madre porque, en lo demás, ha salido igual al padre.

—Tanto me quejaba de ese sinvergüenza del que usted se había enamorado, y ahora aquí está en pequeñito. Es increíble el parecido.

—Adoro que sea así. Ansío que posea la lealtad de su padre, entre otras cosas.

—Hablando del señor Wood, debe de estar tomando un café junto a Catlee.

—Justo iba a buscarlo; no sin antes ver a mi amorcito.

Victoria besó en la frente a su hijo y enredó un dedo en los pequeños de él, sin intención de despertarlo. Nunca había imaginado que alguien tan pequeño pudiera provocarle un amor tan profundo como el que sentía por ese niño. Por las noches, se embriagaba del

perfume a bebé que inundaba la habitación y, aunque le costaba dejarlo en compañía de Paca, lo hacía cuando Thomas la buscaba, si bien siempre se aseguraba primero de llenar de besos al pequeño, que gimoteaba.

—Vaya a buscarlo, que, del niño, yo me ocupo.

Victoria volvió a besar a su hijo y se retiró. El aroma a pan recién horneado la atrajo a la cocina. Catlee, junto con Katy, se habían hecho cargo de los manjares que, día a día, se disfrutaban en La Victoria.

—Señora Victoria, mire lo que he preparado. —Katy le mostró un budín de manzana y canela—. No quiero que extrañe Londres ni sus sabores.

No hacía tanto que había arribado a Buenos Aires. Sin embargo, sentía que nunca la había abandonado. Esa impresión de pertenencia le provocaba una gran lejanía con respecto a Londres, aquella metrópoli en la que había permanecido el último tiempo.

—Katy, debes saber que no extraño nada de aquella ciudad. Aquí, junto a Thomas, soy la mujer más feliz del mundo.

—Me alegro mucho de que así sea.

—No me importa dónde esté si estoy a su lado —agregó.

El ruido de algunos cacharros no minimizó el significativo silencio que se produjo entre las presentes.

—Katy, no me mires así, sé lo que piensas. En algún momento deberemos regresar, son varias las cuestiones que dejamos sin resolver, pero, entonces, será de la mano de Thomas, y eso marcará la diferencia.

—Gracias, señora —comentó en tanto apretujaba con las manos la falda del delantal.

—No debes preocuparte por nada.

—Quiero que sepa que, desde que arribamos aquí, me debo a usted y al señor Thomas luego de todo lo que él ha hecho por mi sobrina.

Katy había tomado la decisión de no regresar a la casa del señor James, si retornaban a Londres. Suponía que la situación allá sería complicada y quería apoyar a la señora Victoria. Por otro lado, iba a estar del lado del señor Wood, que era la persona que había logrado que se reencontrase con su amada sobrina.

—Así es, él me dio un lugar donde vivir y trabajar —agregó Catlee.

—Lo sé y te agradezco que pienses así.

Victoria se dio vuelta para mirar a través de la ventana con la intención de observar al dueño de casa.

—Por lo que veo, Thomas no está.

—Se ha ido poco antes de que usted llegara. Luego de tomar el café fuerte que me pide cada mañana, salió.

—Entonces, voy a buscarlo.

—Pero ha comido apenas una rodaja del budín —objetó Katy.

—Cuando regrese, prometo hacerle honor.

Sin más, se retiró de la cocina y abandonó la propiedad para enfilear hacia el establo. Atravesó el terreno que tantas veces había recorrido, pero esa vez con un par de botas nuevas que había encontrado esa misma mañana en la habitación. Thomas había tenido el detalle de

hacerle ese regalo. Las pertenencias de la joven ya no estaban allí desde que ella, junto a la familia Sáenz, había abandonado la estancia. Añoraba ese calzado porque le permitía completar las cabalgatas que echaba de menos desde hacía tanto tiempo. Suponía que, esa mañana, saldrían juntos, como lo venían haciendo el resto de los días.

—Buen día, Jacinto, ¿ha visto a Thomas?

—Buen día. Se ha ido hace un rato nomás.

—¿Vio hacia dónde fue?

—Lo vi por el sendero que a usted le gusta y que solía tomar cuando estaba aquí.

—Hacia el este.

—Así es.

Victoria se dirigió por el pasillo para preparar algún caballo y se sorprendió al descubrir que Crack estaba en uno de los cubiles.

—¿Thomas no se ha ido con su caballo?

—Me dijo que quiere que lo tenga usted. Parece que el señor notó lo bien que se entendía con el animal. Con la gran caballada que tiene el señor, hay para elegir.

Victoria sonrió al conocer el gesto que él había tenido. Sin duda, ese ejemplar era excelente. Lo montó y salió disparada en busca de Thomas.

La cálida brisa de la mañana le rozaba el rostro mientras la muchacha dejaba una estela de polvo en el camino a medida que espoleaba al animal. Los distintos colores de los cuadros sembrados formaban una paleta de tonalidades difícil de describir. Ella no dejaba

de escrutar el horizonte con el objetivo de encontrar la imagen de Thomas. Le sorprendió no divisarlo porque no hacía tanto que él había salido de recorrida. Sin embargo, el eco de un disparo hizo relinchar a Crack. Victoria detuvo la marcha para saber de dónde provenía. A poca distancia del lugar en que se encontraba, había un monte que ella conocía a la perfección, y desde allí parecían provenir los estallidos. De inmediato, enfiló a toda velocidad hacia ese sitio. No bien arribó al lugar, contempló la figura de Thomas de espaldas, con un arma en la mano, que descargaba hacia la corteza de unos árboles que usaba como diana.

Desmontó de inmediato y fue a buscarlo. En el mismo instante en que él iba a disparar, escuchó el crujir de los pastizales y se detuvo de súbito.

—Mi amor —dijo Victoria al lanzarse en los brazos de él—, creí que me esperarías para cabalgar juntos.

Thomas se separó de ella apenas unos pocos centímetros para contemplarla y recorrer con la mirada cada rincón de ese bello rostro. Esperaba que ella siempre mantuviese el deseo de estar junto a él. La besó con pasión y desenfreno. Necesitaba de ella, en especial en ese instante. Lo que sucediera después dependería solo de Victoria.

La tomó de los hombros y la condujo bajo la sombra de algunos pinos.

—Me sorprendió verte disparar. Nunca me habías dicho que disfrutabas de la caza.

Él sonrió porque estaba convencido de que ella veía en él siempre lo mejor. Temía que la inocencia de Victoria terminara por condenarlo.

—¿Eso es lo que crees?

—No se me ocurre otro motivo. Te confieso algo —le susurró al oído—: me gustaría que me enseñaras.

Si había algo que Thomas no imaginaba, era que lo que acababa de escuchar. Le dio un beso en la punta de la nariz mientras reflexionaba que nunca había creído que podría albergar un sentimiento tan profundo como el que tenía hacia Victoria.

—Mi amor, hay algo que quiero contarte.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estás serio?

—Porque, para mí, es muy importante saber qué piensas una vez que te diga lo que hace tiempo quiero confesarte.

—Por favor, no me asustes.

—Quizás el temeroso sea yo.

—Querido, nada que puedas decirme logrará alejarme de ti.

Él le acarició con los dedos algunos mechones de la alborotada cabellera que le caían sobre el rostro y los desplazó detrás de la oreja. Victoria notó de inmediato la tensión en el rostro de Thomas.

—No he dejado de pensar en la noche que se llevaron a Colin.

—Lo sé, a mí me ocurre lo mismo, aunque evito decírtelo para no angustiarte. Aquel momento me trae los recuerdos de tu internación y de la posibilidad que hubo de que fuera a perderte. A eso, no habría sobrevivido.

—Victoria, te equivocas. Por nuestro hijo, te sobrepondrías a cualquier situación. Sucede que, al estar enfrascados en mi recuperación, no hemos hablado como corresponde sobre lo ocurrido.

—Lo único que me importa es que estemos los tres juntos. Supongo que, cuando estés listo, me contarás en detalle lo ocurrido.

—Y llegó el momento. Aunque antes debo remontarme a una época dolorosa de mi vida.

—Te escucho.

—Cuando perdí a mi hermano, creí que me moría con él. Nos habíamos vuelto inseparables, y él se había transformado en mi responsabilidad. Nos teníamos el uno al otro; por eso, cuando ya no estuvo más, sentí un dolor difícil de describir. Necesitaba sacarme de encima toda la rabia ante la injusticia cometida. Por culpa de mi padre, mi hermano había muerto bajo las llamas de aquel incendio que acabó conmigo hasta que apareciste en mi vida.

—Lo sé y puedo entender el dolor que pasaste.

—Pero hay cosas que no sabes de mí. El único modo que tuve para aplacar la pena que sentía fue buscar al asesino de mi hermano. Averigüé dónde vivía y estuve controlando sus movimientos durante un tiempo porque no debía fallar. Cuando llegó el momento oportuno, lo maté sin piedad ni remordimiento. —Thomas fijó la mirada en la de ella para agregar—: Y volvería a acabar con él.

Se detuvo en el relato porque necesitaba ver la expresión de Victoria, que, una vez más, lo sorprendió. Si había pensado que vislumbraría temor y rechazo en el rostro de ella, se había equivocado. Los ojos de ella estaban húmedos; los dedos rozaban los de él en una caricia. Con ese simple gesto, ella intentaba aprobar con las manos lo hecho por las de él.

—Tuviste el valor de ultimar a ese hombre. Por más que eso te pese, no debes castigarte; ya no.

—Pocas semana después de aquel hecho, se presentó la policía en los almacenes de Lowe & Co. Ellos estaban al tanto de que yo había estado merodeando por la zona donde ese hijo de puta vivía. No les costó mucho arribar a la conclusión de que yo estaba implicado en el homicidio de John Miller, pero no tenían pruebas concretas de mi culpabilidad, salvo las conclusiones certeras a las que habían llegado. Pero fue George Lowe quien se anticipó a mi confesión y declaró que yo había estado en su casa aquella noche del 6 de abril. Quizás ahora puedas entender la lealtad que quise mantener hacia él cuando murió y se llevó ese secreto a la tumba. Me había legado, entre otras cosas, la responsabilidad de guiar a su hijo, James. El día en que James me confesó que deseaba comprometerse contigo, creí que moriría. En aquel momento, hice lo que consideré mejor.

Victoria comenzaba entonces a entender el modo en que había actuado Thomas. Ya no tenía dudas sobre el motivo de la elección de abandonar Londres sin ella para dejarla junto a un hombre al que nunca amaría.

—Fue por eso que decidí venir hasta aquí, porque no soportaba saber que estabas en brazos de otro y que ese otro fuese James.

Las lágrimas de Victoria comenzaron a caer sin poder detenerlas. El relato le hacía revivir lo que había sufrido en aquel tiempo, a la distancia y sin la compañía de Thomas.

—Creí que era la mejor decisión que podía tomar porque, además, no podía asegurarte que mi pasado no fuese a cobrar vida para destruirnos. Aún la policía podía estar tras mis pasos, y no quería condenarte a un futuro incierto.

Victoria se arrebujo en los brazos de Thomas en busca de la calidez que siempre le brindaba.

—Mi amor, te pido que no llores y que me escuches —suplicó al deslizar el pulgar por la mejilla de ella para quitar las lágrimas que continuaban cayendo.

—Sigue por favor.

—Supuse que el tiempo transcurrido haría que todo aquello se aquietara y olvidara, pero no fue así. Cuando se llevaron a Colin, me culpé una y mil veces. Desde que arribé a esta ciudad, hice negocios y conocí buena gente, pero también me gané algunos enemigos y, mientras salía a buscar a nuestro hijo, no dejaba de pensar quién podría ser el autor de semejante acto. Al poco tiempo de llegar y rescatarlo, supe que mi pasado había regresado para lastimarme. No te imaginas lo que sentí cuando, en medio de la noche, supe que el hijo de Miller era quien se había llevado a Colin. Ese hombre que acabó muerto en el bote y que pensaba a llevarse a nuestro bebé vaya a saber a dónde era el hijo del hombre que yo asesiné tiempo atrás.

El rostro de Victoria había quedado pálido ante la sorpresa por la confesión de Thomas.

—Amor, no debes torturarte más. Él está muerto y ya no nos puede hacer más daño.

—Así es.

Sin embargo, Thomas sentía que había algo que se le escapaba. La conmoción que le produjo la herida de bala se había llevado la certeza de las últimas palabras de Miller. Recordaba haberse quedado atónito por lo que había escuchado, antes de perderse en una profunda oscuridad. Desde que había despertado en el hospital, intentaba recordar los últimos minutos acaecidos a la vera del río, pero todo parecía flotar en una nebulosa.

—No te inquietes más, ese sujeto no vale la pena. Ya todo pasó y quedó atrás.

Thomas la miró e intentó convencerse de que así era, aunque la sombra de la duda le rondaba la cabeza. No quería angustiarla más ni torturarse sobre algo que aún no tenía claro. Solo el tiempo podría disiparle la mente de lo sucedido aquella aciaga noche.

—Aún no me contestaste por qué estabas disparando a una diana.

—Quería practicar. Uno nunca sabe cuándo lo necesitará.

—Sí es así, deberías enseñarme.

Thomas no dejaba de sorprenderse de las reacciones de Victoria. Sin duda, no se había equivocado al vislumbrar en ella un atisbo salvaje aunque en apariencia demostrara ser mesurada y educada.

—¿En verdad lo deseas?

—A veces pienso en qué sucedería si, en algún momento, no estuvieras conmigo y con Colin para cuidarnos.

—No debe preocuparte por eso.

—Pero...

—Está bien, te voy a enseñar, pero no por el motivo que has dicho, sino porque me he dado cuenta de que no puedo negarme a tus pedidos.

—Entonces, no vas a negarte a darme un beso.

Thomas la envolvió en sus brazos y unió los labios a los de ella cargado de deseo y desesperación. No quería pensar en la posibilidad de que pudiera ocurrirle algo, ya no. Debía convencerse de que lo peor

había pasado.

La condujo a unos pocos pasos de allí y la tomó por detrás al tiempo que extendía las manos sobre las de Victoria para sujetar el revólver marca Webley.

—¿Hace mucho que lo tienes?

—Lo compré antes de venir aquí. Es lo mejor que hay en el mercado, potente y robusto. —Notó cómo ella desplazaba los dedos sobre el frío metal del arma y evitó decirle que era el arma que había adoptado el ejército inglés en los últimos años—. Eso es, no debes temer y nunca debes dudar al apretar el gatillo, ¿entendido?

—Sí.

—Debes tener los pies firmes para disparar porque, una vez que lo hagas, tu cuerpo puede tambalearse ante el impacto, ¿sí?

Él inclinó la cabeza para observarla y vio cómo asentía con una gran concentración y acompañaba el gesto con un fruncimiento de la pequeña nariz, lo que solía hacer cuando algo la inquietaba. La detonación del disparo provocó que el cuerpo de ella vibrara sobre el de él.

—No has dado en la diana, pero no ha sido un mal tiro —observó con el objetivo de darle aliciente ante el disparo errado.

Ella vio unos yuyos quemados al costado del árbol donde estaba el blanco. Era ahí donde había disparado.

—No te mofes —reclamó al pretender desembarazarse de Thomas con un leve codazo en las costillas.

—Shh, no pienso moverme hasta que des un buen disparo —susurró al tiempo que le besaba el cuello—. Quiero enseñarte.

Victoria sintió un escalofrío por todo el cuerpo, pero evitó caer en la distracción que representaba tenerlo cerca y se concentró en las explicaciones que él le daba para intentar mejorar la puntería. No supo si fue la tentación de tenerlo cerca o la falta de precisión en los tiros, pero pasaron un gran tiempo ocupados en practicar hasta que al fin Thomas consideró que había lanzado un digno disparo.

Ambos disfrutaron del resto de la mañana al cabalgar por parte del campo. Victoria no dejaba de maravillarse ante las tierras que él había adquirido, que se habían sumado a las pertenecientes a la estancia La Victoria. Cuando emprendieron el regreso, lo hicieron entre charlas y risas. Ambos estaban ávidos por compartir los momentos de intimidad que la morada les brindaba.

Al llegar, se sorprendieron de que Mulato no acudiera a recibirlos como cada vez que dejaban los caballos en el establo. Jacinto estaba allí y se hizo cargo de los animales mientras ellos cruzaban el terreno hasta alcanzar la casa. De inmediato se detuvieron cuando vieron al perro echado al pie del sillón donde, entre almohadones, estaba recostado Colin. Cuando el animal los vio, comenzó a menear la cola sin moverse un ápice de aquella posición que había adoptado para custodiar al niño.

—Parece que varias cosas han cambiado en este hogar —comentó Victoria emocionada.

—Creía, hasta esta mañana, que yo era el dueño de casa.

Thomas no pudo resistirse y buscó a su hijo para levantarlo, darle unos cuantos besos y entregárselo a la madre. Ambos estaban embobados con el pequeño Colin.

* * *

El resto del día se había precipitado con rapidez, y la noche caía luminosa. Victoria aguardaba a Thomas mientras observaba, a través de la ventana de la amplia habitación, la profunda inmensidad que desde allí podía apreciarse. Ella mantenía un apego particular con ese lugar y siempre había creído que se debía a que disfrutaba de las actividades de la estancia. Sin embargo, supo al fin que haber nacido en esas tierras le había provocado esa sensación tan familiar que no podía eludir. Eso era lo único que tenía y que sabía con seguridad, dado que el resto de su historia había desaparecido, junto con la familia a la que había creído pertenecer durante años. Esos recuerdos habían perdido el sentido que antes tenían, porque ya no podía sentirse parte de los Sáenz no solo por la confesión que había escuchado en Londres, sino por el desprecio con que se lo habían revelado. Parte de su vida había sido una mentira, y no creía que pudiera alcanzar alguna vez la verdad. Los pensamientos de la muchacha se entretejían unos con otros, sin brindarle la claridad que necesitaba para aquietarse por fin. Victoria evitó continuar torturándose por intentar descubrir algo que aún desconocía. Debía centrarse en la familia que había formado junto a su bebé y Thomas, eso era lo importante. Centró la mirada en la vista que le ofrecía aquella posición y no solo se dejó envolver por la brisa nocturna, sino también por los brazos de Thomas, que, desde atrás, la estrechó.

—¿Pensativa?

—Un poco —contestó al sentir los labios de él sobre el cuello.

—Entonces, será cuestión de distraerte para que dejes de pensar —le sopló en el oído.

A Victoria le erizaba la piel escucharlo hablar en susurros con ese tono de voz tan característico. Thomas le apoyó las manos en la cintura y la volteó de a poco. Al verlo, Victoria sintió un

estremecimiento que la atravesó todo el cuerpo. Observar el modo en que él la miraba, con el deseo dibujado en esos ojos azules, la trasladaba al momento en que lo había conocido, sin que el paso del tiempo pudiera hacer mella en ambos. Las sensaciones que él le provocaba eran únicas, y parecía que nunca se acostumbraría a ellas.

—¿Qué sucede? —preguntó ella al deslizarle un dedo por el contorno de la boca.

—Quizás nunca sepas cuánto te amo. —Él sonrió. Cuánto necesitaba de ella—. El modo que tengo de demostrártelo no es con palabras, sino así.

Thomas la besó con dedicación, sin dejar de llenarla de caricias. La levantó y la llevó hasta la cama al tiempo que la desnudaba con premura, ansia, deseo y una apremiante necesidad de estar dentro de ella. Solo de ese modo lograba sentirse completo. Por las noches, se despertaba para comprobar que estaba a su lado. Había esperado tanto ese momento que a veces se atormentaba con que ella se esfumara entre sus brazos. Si en algún momento había creído que la había perdido, se había equivocado, y estaba convencido de que no dejaría que eso volviera a ocurrir. No quería pensar que Victoria había estado en brazos de otro.

—Mía —repetía en cada estocada que dada—, solo mía.

Entrecruzó los dedos con los de ella por encima de su roja cabellera para aferrársele sin dejar de moverse, mientras los gemidos de ella iban en aumento. Él necesitaba fundirse en su mirada, sentirla, saber que no existía nada más que los dos y que, si en el pasado había habido alguien más, no era más que una sombra velada que se había disipado. El estallido de ambos no se hizo esperar, y se quedaron quietos para prolongar la insondable unión que tenían. Victoria sintió que algo aquejaba a Thomas y supuso qué podía ser porque a ella

también le sucedía al recordar el tiempo que habían estado separados. Recordarlo no solo la lastimaba a ella, aunque, para no angustiarse, prefería evitarlo.

—Mi amor.

Victoria se había ubicada sobre el pecho de Thomas, quien no dejaba de acariciarle la espalda.

—¿Qué sucede?

Ella imaginaba cómo debía de sentirse, más allá de que él intentara ocultarlo. Entre ambos existía una conexión por encima de las palabras, y eso era lo que había ocurrido minutos antes. Victoria le tomó el rostro entre las manos para confesarle lo que creía que Thomas necesitaba escuchar, y ella, aclarar.

—Nunca fui de otro. Solo fui, soy y seré tuya por siempre.

Él la amó más, si en verdad eso era posible, porque era lo único que precisaba oír.

—Me prometiste que lo nuestro sería para siempre —aclaró Victoria con los ojos húmedos—, y es así como lo siento.

—A veces me pregunto cómo pudimos estar separados.

—Shh —dijo con los dedos sobre los labios de él—. Eso quedó atrás. Por favor, no regresemos a todo aquello.

—Lo sé, pero en ocasiones me asalta la necesidad de saber...

—A mí también —interrumpió ella—, pero prefiero no hacerlo porque estoy segura de que volveríamos a lastimarnos.

Thomas supo que era verdad lo que le decía. Necesitaba tenerla para él y que ambos pudieran disfrutar de esos días como nunca antes lo habían hecho. No quería que nada perturbase la felicidad que vivían. Los dos habían atravesado mucho, y aún quedaba otro tanto por delante.

—Te amo.

Quizá porque Thomas no siempre le confesaba ese amor, Victoria sucumbía, cada vez que lo escuchaba, ante el sentimiento que mostraba al pronunciarlo.

—Y creo que hay un solo modo de confirmarlo.

Él no se hizo esperar y volvió a amarla con pasión y desesperación. Ella le pertenecía y lo era todo, aunque parecía que aún Victoria no se daba cuenta de lo que significaba para él. El amanecer los alcanzó con los cuerpos abrazados y extasiados por haberse adorado sin límites durante toda esa noche.

CAPÍTULO 3

Puertas adentro

En la ciudad de Buenos Aires, soplaba una cálida brisa que, sin embargo, no daba respiro ante el calor instalado desde hacía unos días. El horario de la siesta se había transformado en un aliciente para dejar a un lado las actividades y descansar durante aquellas lánguidas horas. A pesar de ello, Josefina hizo caso omiso a la tranquilidad reinante en la quinta El Reposo, en la que estaba instalada desde hacía dos meses junto a la familia, y se escabulló por la frondosa arboleda que anunciaba el arribo a la propiedad.

—Señorita, ¿qué anda haciendo por acá con este calor?

Don Luis, que cumplía todo tipo de funciones en aquella estancia, había aparecido de repente en medio del follaje. Él residía desde hacía tiempo allí y estaba al servicio de la familia para todo lo que surgiera.

—Es justo el mejor horario para ver a mi ahijado —contestó ante la sorpresa por verlo a esa hora en el parque de la finca—. Me refiero al hijo de mi amiga Victoria.

—Claro que sí, pero no iré hasta allá a pie.

—No pensaba hacerlo, sino que venía a pedirle que me llevara.

—Por supuesto, señorita —aceptó con una sonrisa franca—. Si quiere, me quedo por la ciudad y la espero.

—No va a ser necesario. Conseguiré otro carruaje para el regreso, no se preocupe.

—Faltaba más. Me tomo unos tragos y después la traigo.

—Como quiera.

—Entonces, si le parece, vamos.

—Por supuesto.

En el camino, mientras cubría la distancia hasta la ciudad a bordo del carruaje, la joven no dejaba de pensar en el vuelco que había sufrido su propia vida. El regreso de Europa, tiempo atrás, junto a su familia, había sido el bálsamo que necesitó para sosegar la desazón que albergaba ante la ausencia de Francisco. En aquel entonces, desconocía cómo seguirían las cosas entre ellos. Lo único certero era el viaje que él había emprendido hacia Norteamérica con la excusa de aprender más sobre su especialidad, sin determinar si regresaría. Lo más angustiante era desconocer qué sucedería en tal caso entre ellos, porque Juan estaba en Buenos Aires y mantenía las mismas intenciones hacia ella. Esa actitud había provocado la decisión de Francisco de abandonar el país. Claro que a ella le era muy difícil seguir con esa suerte de amistad cercana con Juan cuando en verdad continuaba enamorada del padre del joven.

Aún recordaba las tardes cuando iba hasta el Paseo de Julio con la esperanza de atestiguar el regreso de Francisco. Largos momentos pasaba a la vera del río a la espera de él y añoraba de mil modos ese ansiado retorno mientras la mirada de la muchacha no dejaba de contemplar el muelle de pasajeros. Los peones, el personal portuario y los pasajeros deambulaban por ese tablado de madera construido sobre las veladas aguas del Río de la Plata que se extendía hasta alcanzar tierra firme. Esa constante contemplación ocupaba el tiempo que ella permanecía allí. Y de ese modo transcurría otra jornada en la

que el tiempo se veía suspendido en la espera de ver la imagen de Francisco en medio de todo aquello, sin tener la certeza de cuántas veces debería repetir esa ceremonia en tanto aguardaba a que al fin todo cambiase. Solía regresar a la casa envuelta en una profunda angustia, acompañada por el llanto debido a la carencia de noticias de él.

Sin embargo, más tarde se daba cuenta de que esa separación iba a definir lo que habría de suceder más adelante. En la mente de Josefina, no dejaban de retumbar las palabras de despedida pronunciadas por Francisco: “Quiero que sepas que te amo como nunca antes amé a otra mujer. Necesito irme para darle a mi hijo una última oportunidad para que encuentre la felicidad. Él también cree que lo mejor es que me ausente. Serán unos largos meses, pero regresaré, y entonces me dirás si aún me amas como dices o...”. En aquel instante, lo había interrumpido para que no continuase con esa línea argumental. Sabía lo que le diría: que ella podría cansarse de él o, quizás, ante la juventud de Josefina, aduciría que ese sentimiento que decía tener por él podía deberse a un capricho de la edad. Claro que el tiempo le había demostrado que el amor que sentía por Francisco permanecería intacto, por no decir que se había incrementado con cada minuto.

Josefina no se había dado cuenta de que llevaba en el rostro una expresión de felicidad.

—¡Señorita Josefina! Creí que se había dormido en medio del bamboleo del carro.

Ella no se había percatado de que el carruaje se había detenido ni de que la casa de Victoria se alzaba a pocos metros del vehículo.

—Se nota que tiene ganas de verlo —agregó don Luis.

Ella moría por ver también a su ahijado, sin embargo, esa vez, la agitación que le atravesaba el cuerpo se debía a otro hombre, no al pequeño Colin.

—No se imagina cuánto —dijo aún pensando en ese otro.

—¿Cuándo le parece que venga a buscarla?

—No me quedaré más que una hora.

—Entonces aquí estaré para llevarla de vuelta.

Josefina se quedó en la acera mientras observaba cómo el carruaje se alejaba de allí. Volvió a contemplar la fachada de la propiedad, se dio vuelta y se retiró de ahí con paso rápido hasta alcanzar el lugar indicado.

La joven apoyó la mano sobre la aldaba para avisar de su presencia, pero la puerta se abrió de golpe. Encontrarse con esos ojos verdes surcados por pequeñas arrugas que no dejaban de contemplarla con éxtasis le produjo un leve impacto. Él la tomó por la cintura y la hizo entrar de inmediato. La espalda de ella se apoyó de golpe contra la puerta de madera, y la boca de él buscó la de ella para besarla con esa pasión que solo Josefina podía despertar en Francisco. Él acarició y lamió esos labios de los que se sentía esclavo. Por momentos le costaba entender que ella pudiera provocar semejantes sensaciones en él, incluso lo sorprendía ese sentimiento al que tanto se había resistido. Frente a él, estaba la mujer de la que se había enamorado sin límites. Por ella estaba dispuesto a hacer lo impensado.

—Cada vez me cuesta más estar alejado y no verte tanto como en verdad me gustaría —manifestó él antes de volver a besarla.

—Lo sé, me sucede lo mismo. Y esta vez solo puedo ausentarme una hora porque don Luis me buscará por la casa de Victoria.

—Nunca imaginé que, a mi edad, fuera a tener que comportarme como un joven inexperto que se esconde de la gente para evitar que me vean de la mano de la mujer que amo.

Ella sonrió y le acarició la mejilla. Aún le costaba creer que estaban juntos.

La noticia de la llegada de Francisco a Buenos Aires había alertado al padre de Josefina, que se oponía al vínculo que su mejor amigo y su hija habían forjado, y por ello había tomado las medidas necesarias para controlar los movimientos de la muchacha. Ese era el motivo por el que los encuentros que tenían eran clandestinos. Hasta entonces, realizarlos mediante la excusa de estar en compañía de Victoria había resultado. Nadie sospechaba que ellos se veían a pocas cuadras de la propiedad de Thomas.

—Lo sé.

—Pronto arreglaremos esto con tu padre.

—Desconozco cómo lo harás, ya que, cada día que pasa, me tiene más controlada. Cree ver fantasmas donde no los hay.

Los dedos de él se deslizaron por el delgado cuello de ella.

—Mi amor, lo hace porque te quiere y porque pretende protegerte de mí. Te aseguro que lo entiendo.

—Por favor, no me digas que volverás a justificarlo por la diferencia de edad que tenemos porque no voy a tolerarlo; no ahora que podemos estar juntos.

—La diferencia de edad está acá —dijo al besar la nariz de ella y mirarla de un modo especial, como si ella fuera a resquebrajarse—. Él la ve, y nosotros también, y por eso es que tu padre no quiere que yo

te dañe. Debe de sentirse responsable por no haberse dado cuenta de lo que me sucedía contigo. A él no le importa saber en verdad qué siento. Solo le interesa su hija, y lo entiendo.

—Pero, si es así, no quiero repetir lo que nos ocurrió —soltó ahogada por la angustia de saber que podría vivir algo parecido a lo sucedido en el pasado.

—Te aseguro que la negativa de Mariano no hará mella en nosotros.

—Quiero creer que no.

—Tesoro, ya hemos pasado por todo aquello, y por eso es que quiero decirlo a los cuatro vientos, sin esconderme. Además, ya estoy grande y...

La sonrisa de él, junto con cierta inquietud que mostraba al hablar, alertó a Josefina y, como siempre le sucedía, ella no pudo contener lo que pensaba.

—¿Quieres formalizar nuestra relación? Mira que cuanto antes, mejor —lanzó ella.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Francisco. Pensar que podía ser posible estar junto a ella durante el resto de la vida le brindaba la felicidad que creyó haber perdido alguna vez.

—Algo así.

Josefina lo abrazó con ímpetu porque no cabía de la emoción ni de la felicidad por haber escuchado las palabras que tanto ansiaba oír de boca de Francisco.

—Te amo —confesó él.

Ambos se fundieron en un beso cargado de promesas y deseos por sentirse y tenerse, por estar juntos como hasta entonces no lo habían logrado.

—Ven —indicó al guiarla hasta un sillón que estaba dentro del recinto. Él la atrajo a su lado para rodearla con los brazos sin dejar de acariciarla—. Hoy suspendí mis actividades en el hospital para poder quedarme aguardando a que vinieras. Te aseguro que no puedo creer lo que hago.

—Eso no se compara con la espera a la que me sometiste.

—Intentaré compensarlo.

Francisco contempló el rostro de la mujer por la que había perdido la cabeza. Esos ojos color café le hablaban de lo que sentía y de lo que él significaba para ella. La besó con dedicación, como si tuviera todo el tiempo del mundo para sentir las caricias que le brindaba en ese recorrido del cuerpo femenino al compás de los gemidos que salían de la boca de ella.

—Te amo —susurró en medio de los jadeos.

—No tienes idea de cuánto te amo yo.

Varios golpes en la puerta de entrada produjeron que él se detuviera. Quizás había sido providencial esa interrupción, dado que había impedido que continuara con aquello, envuelto en la pasión que ella le despertaba. Francisco deseaba que la primera vez que estuvieran juntos fuera especial y no de un modo alborotado como entonces.

—¿Quién será?

—Shh, quédate aquí. No espero a nadie. —Se alisó la camisa para atender la puerta—. Clara, ¿qué hace por aquí?

—Pensé que podía pasar para ordenar algunos papeles que quedaron pendientes la última vez que vine.

—Lamento decirle que ya me iba. Prefiero que nos pongamos al día mañana, cuando estemos juntos aquí.

Francisco notó cómo la empleada intentaba husmear en el interior del consultorio para saber si había alguien dentro del recinto.

—Clara, nos vemos mañana.

—Por supuesto, doctor. —Y añadió—: Hasta mañana.

La puerta se cerró. Francisco se convenció de que la secretaria se sumaría al grupo de personas de las que debería cuidarse para evitarle un desagradable momento a Josefina.

—¿Qué quería?

La muchacha asomó con cara de preocupación.

—Era mi asistente. Se confundió de día nada más, no te preocupes. Ven.

Una vez más, Francisco la envolvió en sus brazos para brindarle la tranquilidad necesaria y asegurarle que eso también pasaría y que llegaría el momento en que todo se aclarase frente a los demás.

Los encuentros furtivos entre ambos no eran más que momentos robados en sus vidas para estar juntos. Eso era lo único que, hasta entonces, podía ofrecerle a Josefina. El resto del tiempo, el médico se perdía en pensamientos sobre ella hasta olvidarse de que era la hija de su mejor amigo y, lo que era peor, de que su propio hijo se había enamorado de ella. Creía que Juan seguía tras los pasos de Josefina.

No obstante, el tiempo impuesto por Francisco para que el muchacho definiera la situación con la joven ya había transcurrido, lo que le hacía creer que todo había acabado entre ellos dos.

Ese tiempo que Francisco se había tomado lejos de todos dejaba a las claras que había priorizado a Juan, al permitirle que resolviera sus temas con Josefina. A la distancia, no había dejado de pensar en ella ni un segundo y había debido hacer uso de la mesura que debía tener un hombre experimentado como él, esa cordura que había perdido desde el mismo instante en que se había enamorado de ella.

Una vez más, la cita secreta había llegado a su fin. Francisco hizo caso omiso a la negativa de Josefina de que la acompañase. En el calor de esa tarde de verano, regresaron en el carruaje de él hasta la casa de Victoria con las promesa de volver a verse pronto, muy pronto.

Minutos después, de la misma propiedad a la que Josefina había ingresado, luego de su encuentro con Francisco, Joaquín salía rumbo a una reunión en unos de los clubes de la Unión Cívica, que se habían conformado en distintos puntos de la ciudad. Detrás del denso letargo instalado en el aire, en la capital se estaba gestando un movimiento político para derrocar el Gobierno de Juárez Celman.

De nada había servido el banquete celebrado seis meses atrás en homenaje al presidente, encabezado por los llamados “incondicionales”, que lo apoyaban. Los ecos de aquella reunión se habían visto plasmados en algunos artículos periodísticos, como el del periódico *La Nación*, titulado “*¡Tu quoque juventud! En tropel al éxito*”, que consistió en una sesgada crítica a los seguidores del mandatario. Desde la fecha de la asunción presidencial, cuatro años atrás, no se había logrado remontar el obstáculo de los reclamos de parte de la sociedad porteña. La cuestión económica era un punto de inflexión para aquellos que buscaban que el país saliera adelante, sin continuar sobre la base del incremento de la deuda económica, en pos

de demostrar al mundo que Argentina no dejaba de crecer. Por aquella misma fecha, había quedado constituida la Unión Cívica de la Juventud en los salones de la Rotisserie Mercier, ubicada en unos altos de la calle Florida entre Paraguay y Córdoba. Había sido fundada para restablecer las prácticas constitucionales que el Gobierno no llevaba a cabo. El fraude en las elecciones era uno de los principales problemas y una de las realidades que el nuevo partido político pensaba modificar.

El joven Rodríguez no dejaba de asombrarse de la manera en que su situación personal había cambiado. Todo había comenzado con el encuentro con Thomas Wood, que le había ofrecido un trabajo digno que le permitía ayudar a los suyos. Pero luego, además, él mismo había logrado cristalizar las aspiraciones que siempre había guardado en su fuero íntimo. La cuestión política era una de ella, porque creía que todos debían tener las mismas posibilidades con que él había contado. La diferencia radicaba en que él lo estaba logrando de la mano de Wood. Sin embargo el distingo entre las clases sociales en el país seguía siendo notorio. En ese caso, era el Gobierno el encargado de ofrecer las condiciones necesarias para que el resto de la población tuviera una vida digna, en vez de restringirlas a unos pocos, como sucedía en ese momento.

Mientras caminaba rumbo a otro encuentro político con la Unión Cívica de la Juventud, no dejaba de rememorar que, en cada paso importante que daba, parecía asomarse la presencia de Franco Goyena. Claro que, una vez más, lo hacía desde el bando contrario. Creía haberle dejado muy en claro que no debía inmiscuirse en los problemas ajenos luego del enfrentamiento que habían tenido en el Jardín de Florida, donde se había presentado de manera pública la Unión Cívica de la Juventud. Gran cantidad de jóvenes, como él, se había hecho presente para dar apoyo a ese partido gestado en contraposición al Gobierno. Él nunca había imaginado que, al finalizar ese acto, podría cruzarse con Paloma, que en ciertas

ocasiones paseaba por allí. Sin embargo, así había sido; aunque, al divisar a Franco Goyena junto a ella, había sabido que todo había sido pergeñado por él para restregarle que estaba en compañía de la joven.

Franco se había equivocado una vez más, porque, si había algo que Joaquín conservaba, era la paciencia. El paso del tiempo le había confirmado que todo llegaba en el instante preciso, aunque, para alcanzarlo, debiera esperar. Paloma se merecía la demora, y solo dejaría de soñar con ella cuando escuchara de boca de la joven que no quería que él se acercara más a ella. Entretanto, mantendría la esperanza de que, en algún momento, podría declararle su amor y así llegar a estar juntos. Hasta que lo hiciera, no dejaría de dar pasos en pos de mejorar su situación personal, pues sabía que no contaba con una carrera, como sí la tenía Franco. No obstante, él pondría todo su empeño en prosperar día a día para que, cuando llegase el momento, pudiera brindarle lo mejor a Paloma.

En medio de esas elucubraciones, llegó al lugar de asamblea, en donde lo recibieron gran parte de los jóvenes que se habían congregado dentro.

—Joaquín, creí que no vendrías. —Se acercó Nicolás Quesada, un joven que había conocido en medio de una revuelta en contra del Gobierno. No hacía tanto que se frecuentaban, pero habían logrado coincidir en muchas cuestiones, no solo en las políticas que ese día los reunían.

—Bastante tiempo me ausenté debido a la detención como para no ponerme al día con todo esto.

Nicolás había estado al tanto de la situación y había ayudado al abogado de Joaquín en todo lo que le había pedido.

—Debes olvidarte de todo aquello y concentrarte en lo que vendrá. Creo que al fin podremos hacer oír nuestras voces.

—Espero que así sea, porque la situación que estamos viviendo no da para más.

La contienda política se estaba reproduciendo también en los distintos periódicos. Entre la tinta derramada sobre las hojas de papel pertenecientes a los medios opositores al Gobierno, se manifestaban todos los desaciertos del mandatario, que resaltaban la débil e insostenible situación económica que el pueblo vivía. En contraposición, los periódicos juaristas intentaban detener las declaraciones acaloradas de los adversarios.

—Así es —dijo distraído al echar un vistazo por detrás del interlocutor—. Mira quién vino.

Joaquín se dio vuelta para contemplar la entrada de Leandro Alem. Ese día, iba a dirigir al grupo unas palabras. No era la primera vez que lo hacía, ya que había sido uno de los oradores principales en el Jardín de Florida, donde había concitado el máximo interés de toda la concurrencia, que acabó aclamando las palabras y la elocuencia del político. En aquel momento, se había comprometido a defender los derechos de cada uno de los presentes y a eliminar el fraude electoral sostenido durante tantos años.

—Creo que esta vez tendremos una posibilidad real de cambiar las viejas prácticas que bregamos extinguir.

—Pienso del mismo modo —agregó Nicolás al apoyar la mano en el hombro de su amigo—. Vamos a escucharlo.

* * *

El acto político había finalizado con la algarabía de los presentes. De a poco, el lugar había quedaba vacío, habitado solo por el eco de las conversaciones que continuaban a medida que la concurrencia se alejaba del local. Joaquín hizo lo propio, ya que no quería retrasarse aún más, pues, en la casa de Thomas, habían quedado cuestiones que resolver. Empezó de inmediato el regreso y, cuando faltaban no más de dos cuadras para llegar, se detuvo al ver la imagen de Paloma bajo una sombrilla floreada que la protegía de los rayos del sol. Ella se mantenía distraída, a la espera de que alguien saliera de la tienda que estaba observando. Sin embargo, cuando la muchacha notó la presencia de Joaquín en el reflejo del cristal del escaparate, se dio vuelta de inmediato.

—Paloma, qué gusto verte.

—Sí, hace un tiempo que no nos veíamos.

Joaquín notó el rubor en las mejillas de la joven, que parecía querer esconder el rostro detrás del parasol.

—Recuerdo muy bien la última vez que nos cruzamos, pero no fue muy agradable; no por ti, sino por...

—Joaquín —interrumpió de inmediato—, sé a quién te refieres.

—Me gustaría verte en otra oportunidad, no solo para borrar el recuerdo de aquel encuentro, sino también porque quiero estar contigo.

—Paloma, ve al carruaje —ordenó Alba Guerrero al irrumpir—. Te he dicho que no quiero que te acerques a mi sobrina.

—Tía, por favor.

—Te he indicado que te subas al vehículo, haz lo que te pido.

La joven no tuvo más alternativa que cumplir con la demanda de su tía y subir, avergonzada por el trato que aquella le dispensaba a Joaquín. Él no se merecía que Alba le hablase del modo en que lo hacía y, esa vez, estaba convencida de que no era solo porque le disgustara, sino porque era el colaborador de Thomas. Desde que él la había dejado, la mujer estaba insoportable, y nada ni nadie que guardara relación con su antiguo amante era bien visto a ojos de ella.

—No la he molestado.

—No me interesa lo que hagas. Debes saber que ella se comprometerá con un joven de su posición.

—Aún no lo ha hecho.

—Eres un impertinente —le espetó al acercarse más—. Te quiero fuera de aquí, lejos de mi sobrina, y no intentes contrariarme.

—Tendrá que disculparme porque pienso hacerlo. En esta oportunidad, la he encontrado en la calle por casualidad, pero espero que la próxima vez sea ella la que acepte mi invitación. Si me disculpa, debo seguir con mis cosas.

Joaquín se retiró de allí y, a medida que avanzaba en la caminata, fue tomando conciencia de la manera en que le había contestado a Alba. Acababa de tirar por la borda el trabajo que había hecho para intentar agradar a esa mujer, que era la encargada de Paloma y, por lo tanto, de la felicidad de ambos. Pero estaba cansado de rogar que lo aceptasen y de tener que pedir disculpas por lo que era. Ya no. Si él buscaba que ciertas cuestiones cambiaran, así como lo había hecho su propia vida a partir del encuentro con Thomas, debería también modificar el modo en que procedía y quitarse el miedo al rechazo. Se había propuesto conquistar a Paloma y haría lo que fuera por conseguirlo.

No bien entró a la propiedad, se cruzó con el señor Wood, que se dirigía al estudio.

—Thomas —lo llamó.

—¿De dónde vienes?

—De verme con unos amigos. Quería decirte que tienes en el escritorio algunos documentos que ordené esta mañana.

—Gracias, los veré ahora —dijo el patrón.

—Si quieres, te acompaño.

—No, ve a descansar. Yo me ocupo.

Thomas entró al despacho. Necesitaba colocar en orden varias cuestiones. No podía continuar delegando responsabilidades. La estadía en la estancia había sido lo mejor que había tenido en años. Junto a Victoria, había disfrutado de unos días maravillosos, y esperaba que establecerse en la ciudad les trajera la felicidad que se merecían.

En medio de los papeles, contratos y correspondencia, observó un telegrama. El remite pertenecía a la ciudad de Londres. Lo abrió de inmediato y leyó las escuetas frases escritas.

Estoy desesperada. Te necesito. Si no fuera así, jamás te habría enviado estas líneas. Las cosas con Barney están mal, estoy sola y no sé qué hacer. Eres la única persona con la que puedo contar. Espero ansiosa tu respuesta. Te quiere, Eileen.

Mientras sostenía el trozo de papel con los dedos, las imágenes de los tiempos compartidos le regresaron a la mente. Cuántas situaciones vividas entre los tres. Cada momento difícil que habían debido atravesar, lo habían hecho juntos. En algún momento, cuando eran pequeños, se habían jurado estar presentes siempre que alguno lo necesitase. El tiempo había transcurrido, y cada uno había seguido su propio camino. En verdad, él había tomado un atajo, y todo había cambiado, a pesar de que las cosas parecían indicar que él no lograría salir nunca de la “pequeña Dublín”.

De inmediato, le escribió unas líneas a Margaret para que estuviese a disposición de lo que requiriera Eileen hasta que él, junto a Victoria y el pequeño Colin, regresaran a Londres. Estaba claro que la secretaria le había brindado a Eileen la dirección para ubicarlo. Esperaba que todo se aquietase en la vida de su querida amiga de la infancia hasta que volviera a verla. Dejó a un costado la nota y comenzó a leer algunos de los tantos documentos diseminados sobre el escritorio.

Entre tanto trabajo, hubo algo que hizo que distrajera la mirada: alguien había entrado a la oficina.

—¿Aún sigues muy ocupado?

Ante la presencia de Victoria, todo lo que lo rodeaba se desvanecía, incluso las más acuciantes preocupaciones que lo aquejaban. Ella era la única mujer que hacía que el mundo de Thomas se tambaleara.

—Depende —matizó al levantarse para ir en busca de su amada—. ¿Tienes pensado algo para distraerme?

—Si estás dispuesto, tenemos toda la noche por delante.

—Eso es muy prometedor.

Thomas la acorraló entre sus brazos contra la puerta de entrada. Él la devoró con la mirada a la par que sus manos comenzaron a descender hacia el cuello para tomarla y besarla con vehemencia y desesperación. Nunca otra mujer había alcanzado el nivel de pasión que ella despertaba en él. No lograba saciar los deseos por tenerla. En algún momento, había creído que hacerla suya calmaría esa necesidad primitiva, pero, una vez más, se había equivocado.

—Te amo —susurró ella en medio de las caricias que ambos se prodigaban.

Él alcanzó el picaporte y cerró la puerta. La levantó en andas, y parte del papelerío que estaba diseminado sobre la mesa cayó desparramado en el suelo. Allí, sobre la madera de caoba, estaba Victoria desnuda, que se entregaba a amar una y otra vez a Thomas. Los gemidos y jadeos hablaban del goce de ambos.

—Es mejor que vayamos a la habitación, quiero que continúes distrayéndome.

Él la ayudó a colocarse el vestido verde, que había quedado enrollado en la cintura de Victoria.

—Esta vez, no voy a esmerarme en colocarte esto porque, dentro de cinco minutos, te quiero toda desnuda para mí.

—A tus órdenes —rió mientras lo empujaba.

Thomas se retiró de su lado para recoger los papeles y dejar un poco más ordenado el escritorio.

—Mi amor, ¿te ayudo?

—No, es solo un momento.

Tras considerar que había dejado todo listo, se dio vuelta y vio a Victoria con una nota entre los dedos y una expresión nada halagüena.

—“Te quiere, Eileen”. ¿Es esta una despedida de una amiga, como sueles llamarla?

—Mi amor —susurró el mientras la atraía hacia sí—, después de lo que vivimos, no puedes decirme esto.

—Claro que puedo. No me quejo de ti, sino de ella.

—Eileen es una amiga con la que compartí parte del pasado, junto a Barney también. Eso no se puede cambiar, y quiero que lo entiendas. El resto son solo fantasías que no hacen más que dañarte y alejarte de mí.

Victoria escuchó la convicción en la voz de Thomas al contestarle y supo que el problema no era él, sino esa muchacha que había ocupado una parte importante del pasado de Thomas.

—Además, acabo de redactar un telegrama para que Margaret se haga cargo si Eileen necesita algo. ¿Te preocupa otra cosa?

—No, quiero salir de aquí.

—Yo también —murmuró él—. Me muero por tenerte para mí y amarte toda la noche.

* * *

La madrugada los alcanzó tras haber cumplido las promesas de amor y haber saciado los deseos de ambos.

La alteración en la casa de Thomas Wood era notoria. Con un bebé en el hogar, todo se había revolucionado, si bien la causa no era el niño, sino quienes lo rodeaban. Todos estaban locos por él. Victoria se encontraba en la sala, con su hijo en brazos, que acababa de dormirse.

—Mi niña —dijo Paca al asomarse a la puerta—, la busca la señora Estrada.

—Hazla pasar de inmediato.

Doña Estrada se detuvo en el umbral sin poder dejar de contemplar al niño.

—Acaba de dormirse.

—Es una belleza.

—Lo es; y no lo digo porque sea su madre.

—Mi niña, deje que me lo lleve, así puede atender mejor a la señora —propuso Paca.

Victoria besó en la frente a Colin y dejó que la empleada lo tomara en brazos.

—Qué alegría me da que haya venido aquí. Desde que llegué a la ciudad, no he podido ir a su casa para presentarle a mi hijo.

—Te diría que, con las afirmaciones de mi hija sobre tu niño, es suficiente; pero en verdad deseaba verte —comentó la madre de Josefina.

—Gracias, yo también.

Una criada entró con unos refrescos, que depositó en una pequeña mesa.

—Victoria, sabes que te quiero como a una hija. Te conozco desde pequeña y deseo lo mejor para ti.

—¿Qué ocurre?

—Sucede que me sorprende la conducta que estás llevando. No es un comportamiento sensato vivir en la casa de un hombre mientras aún estás casada con otro.

—¿Aunque Thomas sea el padre de mi hijo?

—Justo por eso, no entiendo qué te ha llevado a actuar de un modo tan alocado.

—Quizás no lo sepa, pero nunca dejé de amar a Thomas. Lo conocí antes de que mis padres me obligasen a casarme con James y, en un principio, me negué a contraer matrimonio con mi marido, pero no quisieron escucharme. Los intereses económicos de mi familia estuvieron por encima del cariño que alguna vez dijeron tener por mí.

—Victoria, no puedes ser tan injusta. Ellos son tus padres.

—Veo que Josefina cumplió el pedido que le hice sobre guardar silencio de mi familia o, mejor dicho, de lo que quedó de ella.

—¿A qué te refieres?

—A que ellos no son mis verdaderos padres y a que no les importó echarme a un costado cuando supieron que esa revelación les traería un problema con quien era mi esposo. Imagínese que estar casado con una bastarda no fue algo grato de asimilar para una persona como James Lowe, que vive de las apariencias.

El silencio e interés de doña Estrada por lo que escuchaba mostraba a las claras que desconocía el tema.

—Por eso, y luego del dolor que debí atravesar, me permito ser feliz de la mano del hombre que amo y amaré siempre. Hoy estoy en esta casa, rodeada de la única familia que tengo, mientras que los Sáenz se han quedado en Londres para ver cómo solucionar sus dificultades económicas luego de que me fui.

—Victoria, siento mucho todo por lo que has pasado. Quizá pienses que me he comportado como una ingrata por el planteo que te he hecho.

—No se preocupe, soy consciente del cariño que me tiene y entiendo lo que dice. Aún me quedan varias cuestiones que resolver en Londres, pero esta vez no estaré sola, sino que Thomas estará a mi lado —declaró Victoria.

—Entonces, deseo que puedas arreglar del mejor modo todos sus problemas. Querida, no quiero hacerte perder más tiempo.

Doña Estrada se levantó, pero, antes de que llegara a la puerta de la sala, escuchó una pregunta de Victoria.

—Usted siempre estuvo cerca de los Sáenz. ¿Nunca supo de mi origen?

—No, Victoria. Lo único que recuerdo es que tu llegada a la ciudad se produjo luego de una larga estadía de tus padres en la estancia.

—Quisiera pedirle que, si en algún momento recuerda algo más de aquella época, por muy insignificante que sea, me lo haga saber. Cualquier dato sería importante para mí.

La señora se acercó a ella y la envolvió en un fuerte abrazo. En esa última confesión, había visto a una muchacha vulnerable e indefensa, en busca de una verdad que aún no se le había develado, y doña Estrada tuvo la sensación de que aquella volvía a ser la niña que jugaba con su hija cuando eran pequeñas.

—Intentaré recordar —aseguró—. Y cuenta conmigo para lo que necesites.

—Gracias.

—Lo demás que te he dicho, olvídalo. Solo quiero hacerte una recomendación.

—¿Cuál?

—Si crees que Thomas es el hombre de tu vida, haz oídos sordos a todos los comentarios insidiosos que comiencen a rodar. Él se ha transformado en alguien respetado en los negocios y codiciado por algunas mujeres.

—Lo sé. Nadie conoce cómo es mi vida puertas adentro, y es así como pienso continuar, al menos mientras pueda. Gracias por su consejo.

—La próxima vez que te vea, espero que sea en mi casa y en compañía de Colin.

—Así será.

Victoria se quedó en la sala mientras la invitada se iba. De inmediato, tuvo el impulso de buscar a Thomas. Necesitaba estar en los brazos de él y que le dijera que nada se interpondría entre ellos.

Abrió la puerta del despacho de golpe, pero se llevó la sorpresa de encontrarse a Joaquín, en una de las sillas del recinto, enfrascado en la lectura de un documento.

—Victoria, ¿sucede algo?

—No, disculpa la interrupción, buscaba a Thomas.

—Él ha salido.

—¿Sabes adónde?

—No, solo sé que tenía que cumplir con algunas obligaciones. Pero, no bien lo vea, le diré que lo busca.

—Espero verlo antes que tú —contestó con una sonrisa.

Joaquín esperó que ella cerrara la puerta para volver al trabajo, aunque le costó concentrarse de nuevo.

CAPÍTULO 4

Más allá de las disputas

Los últimos rayos del sol entraban por el cristal de la ventana e iluminaban la recámara. Volvió a contemplarse y a girar frente al amplio espejo de la habitación. El vestido azul se le ceñía a la cintura y hacía resaltar el amplio escote que ella deseaba lucir. Se colocó unas gotas de colonia de espliego en el cuello y en las muñecas. Sabía que a él le gustaba esa fragancia. Observó el reloj que descansaba sobre la cómoda de caoba y supo que, de un momento a otro, él llegaría. Enfiló hacia la sala y no tuvo tiempo de ubicarse para tomar una copa porque enseguida escuchó la aldaba. Esperó junto a los sillones a que él se asomara. No recordaba cuándo había sido la última vez que había estado tan nerviosa. No, en realidad tenía grabado a fuego ese momento: el instante en que lo había visto y había quedado prendada de él. El cosquilleo y el temblor que sentía cuando estaba cerca de aquel muchacho no habían cambiado. A partir de aquella ocasión, ningún otro había tenido cabida en la vida de esa mujer, y el motivo era que se había enamorado perdidamente de un hombre al que no pensaba renunciar. La distrajo de tales pensamientos escuchar el sonido ronco de la voz de Thomas, que le erizó la piel. Al verlo, no imaginó que jamás pudiera parecerle más guapo de lo que era entonces. Quizás el tono moreno que lucía le realzaba el intenso color azul de los ojos.

—Alba.

Sin dilación, ella reaccionó y se lanzó a los brazos de él.

—Mi amor, al fin regresaste.

La boca de Alba buscó la de Thomas, pero las férreas manos de él la tomaron para separarla.

—Alba, no es así como deseo hablar contigo.

Ella dejó que la guiara hasta sentarse en uno de los sillones del recinto.

—Te pido que comprendas que mi situación ha cambiado.

—Querido, lo sé y te entiendo. Sería incapaz de pedirte que abandonaras a tu pequeño.

—No es solo por Colin que me he alejado de ti, sino por Victoria. Sé que no me comporté contigo como debía, pero la llegada de ella y el accidente apresuraron todo.

—Eso no hace mella en el amor que aún te tengo.

—Durante el tiempo que estuvimos juntos, nunca te prometí ni dije algo que pudiera confundirte. Has sido una gran compañía y te he querido, todavía lo hago, pero no te amo.

—Mi amor, no importa. Basta con el amor que guardo por ti.

—Alba —la detuvo Thomas al tomarla de las manos—, eso no alcanza, porque amo a Victoria y siempre lo he hecho. No me hagas más difícil todo esto. No quiero sentirme despreciable por no poder darte lo que necesitas o lo que te mereces.

—No tienes idea de cómo me sentí cuando me enteré de tu accidente.

—Fue un momento desesperante para todos.

—Cuando estuve en el hospital para acompañarte, creí que moriría si te sucedía algo. ¿Ella no te dijo que no pude regresar porque me echó de tu lado? Vino a buscarme personal de la clínica para sacarme de allí, y no pude volver a verte.

—No he venido a hablar de Victoria, sino de lo que compartimos.

—Te equivocas. Ella es la culpable de que nosotros estemos separados. Gracias a ella has estado devastado, al saber que esperaba un hijo. Recuerdo las noches que pasabas en compañía de una botella de alcohol, encerrado en el escritorio, mientras rumiabas por ella, que llegó a la ciudad sin decirte que eras el verdadero padre del niño. El recuerdo de esa mujer no te permitió disfrutar de lo nuestro, y ahora piensas que ella lo es todo para ti. Te vuelves a equivocar. Y cuando te des cuenta de eso, yo estaré aquí. Te esperaré.

—¡Basta, Alba! Creí que te merecías una explicación de por qué la relación que teníamos se acabó, pero no te atrevas a mezclar a Victoria en todo esto.

—¡Ella es la culpable, y ese bebé que supones tuyo!

Thomas se levantó de inmediato hasta tenerla a pocos centímetros de la cara.

—No quiero volver a escuchar de tu boca el nombre de Victoria, ni que menciones a mi hijo, porque entonces conocerás de lo que soy capaz. Entiende que no quedó nada entre nosotros, ¿y sabes por qué?

Él había acaparado la atención de ella. Observó cómo se movía la cabellera rubia al negar con la cabeza.

—Porque nunca hubo un “nosotros”. Espero que lo comprendas. De otro modo, te atenderás a las consecuencias.

Alba se quedó perpleja ante el énfasis de Thomas. Era la primera vez que lo veía tan ofuscado, y todo por culpa de esa maldita que había llegado para desbaratarle el presente.

Tras la desagradable despedida, Thomas alcanzó la acera y enfiló rumbo a su propia casa. Necesitaba estar con los suyos y alejarse de la mujer con la que había compartido las noches desde que había llegado a Buenos Aires. Siempre había sabido que haber estado con ella había sido un error, pero nunca había alcanzado a darse cuenta cuánto podía dañarla. Al llegar al hogar, buscó a Victoria hasta que la encontró en el cuarto de Colin, con el pequeño acunado en los brazos femeninos. Esa era la mejor imagen que podía tener de la familia que al fin había logrado.

—Mi amor, te estaba esperando —saludó Victoria al levantarse con el niño y acercarse para besar a Thomas—. ¿Dónde has estado?

—Debía realizar algunos simples trámites que tenía pendientes, nada importante.

Victoria clavó la mirada en la de él y notó en la expresión que tenía, que no habían sido tan sencillas las diligencias que había efectuado. Lo conocía lo suficiente y sabía cuándo intentaba ocultar algo. Sin embargo, no insistió, sino que dejó que tomara al niño para terminar de mecerlo y que así se durmiera en los brazos del papá.

* * *

Sobre la calle Arenales, se alzaba el Hospital de Niños, patrocinado en su origen por el doctor Luis Gonzaga, si bien más tarde había sido el doctor Gutiérrez quien le había dado el sustento necesario para que la institución médica brillara en el área de pediatría. No había sido fácil

lograrlo, ya que los comienzos, hasta conseguir la ampliación edilicia requerida para albergar a los enfermos que demandaban internación, habían sido muy duros.

Hacia allí se dirigía Juan Rivas. Ingresó por las amplias puertas del edificio, que no solo representaba un centro de atención pediátrica de excelencia, sino que, desde hacía siete años atrás, se había transformado en un hospital escuela. El médico había cursado los últimos años de la carrera allí, supervisado por el doctor Manuel Blancas, encargado de la enseñanza. A Juan no le había costado decidirse sobre la especialización a seguir luego de haber efectuado las prácticas pediátricas en aquel recinto. Para él, además, había sido un honor estar presente en el primer curso sobre enfermedades infantiles dado en el país.

Desde que se había recibido, concurría allí a trabajar, y ese había sido un gran alivio frente a los conflictos personales que lo aquejaban. Ingresó al área médica y caminó por el pasillo central que confluía en dos grandes salas, una de niñas y, enfrente, la de varones. Enseguida enfiló hacia una de ellas para controlar la evolución de los pacientes.

—Buen día, doctor —saludó Berta, una de las enfermeras del lugar.

—Buen día. Veo que las cosas andan mejor —agregó en referencia a las notas sobre la evolución del pequeño.

—Eso parece, pero no solo venía para que coteje el alza en estos índices, sino porque quería avisarle que alguien lo busca en el consultorio. Parecía urgente.

—¿Te quedas aquí?

—Por supuesto.

Juan salió apresurado de la sala para dirigirse al sitio indicado. Allí se encontraba Francisco con un hombre y un niño.

—Hijo, te presento al señor Salas. Es paciente mío, e insistí en que viniera a verte. Pedro, su hijo, está con ciertos síntomas bastante peculiares y quería que lo atendieras.

Francisco evitó mencionar qué enfermedad creía que incubaba Pedro, porque esperaba que Juan confirmara el diagnóstico. Creía que esa era una manera de acercarse a su hijo, con quien no quería estar enemistado. Durante mucho tiempo, el vínculo entre ambos había sido profundo e inquebrantable, pero, en aquel momento, se había erosionado hasta un punto que nunca había creído posible.

—Está bien. Quisiera quedarme a solas con Pedro para auscultarlo.

—Doctor —objetó Alberto Salas—, quisiera estar presente mientras lo hace.

—Por supuesto, es su padre.

—Francisco, ¿no te quedas? —preguntó extrañado el hombre.

—No es necesario —contestó.

—Esperaré fuera —anunció, y desvió la vista de Juan para centrarla en su amigo—. Tu hijo está en buenas manos.

Francisco salió al pasillo para aguardar a que finalizara la consulta. No pasaron más de quince minutos cuando vio aparecer a Juan, que se aproximaba para hablar con él.

—El paciente tiene los síntomas de la viruela. Es prematuro aventurarlo, pero estoy casi seguro.

—Por eso lo he traído hasta aquí.

—¿El padre del niño es paciente tuyo?

—No solo paciente, sino también un buen compañero.

—No entiendo entonces cómo no le dijiste que debía vacunar a Pedro.

—Juan, soy su médico, pero no atiendo a su hijo.

—Pero deberías haberlo hecho y, si desconocía el tema de las inoculaciones, deberías habérselo informado —reclamó el joven.

—Te equivocas. Baja la voz.

—No puedo, porque sabes que la vacuna es obligatoria. Tu paciente debería saberlo, y también que esta enfermedad puede causarle la muerte a quien la padece. Según se ve, no solo no ha sido vacunado cuando nació, sino que tampoco debió de enterarse del calendario vacunatorio, dado que, por la edad que tiene el niño, deberían haberle aplicado ya el refuerzo.

—Deja de responsabilizarme por todo —siseó Francisco—. Lo traje hasta aquí porque confío en tus saberes médicos. Alberto Salas no ha estado de acuerdo con vacunar a su hijo y, contra eso, no se puede ir. No es el primero ni el último en tomar tal decisión.

—Por lo que veo, es un hombre educado como para saber que lo que ha cometido ha sido una gran equivocación.

Crear que esas situaciones se producían solo entre personas ignorantes o desinformadas significaba caer en un craso error. La población que contaba no solo con decentes recursos económicos, sino también con un buen acceso a cierto nivel cultural, solía dar la espalda a las normas de vacunación de los niños.

—Pero él decidió actuar de ese modo, como tantas personas que no confían en la inoculación. No puedes desconocer la realidad. Nosotros, como médicos, no debemos detenernos en estos cuestionamientos. Nuestros pacientes necesitan que hagamos algo para salvarlos sin perder tiempo en esas consideraciones. No nos corresponde hacer un juicio de valor sobre su comportamiento.

La vacunación había abierto una gran brecha en la sociedad porteña. Desde hacía cuatro años, la legislatura había aprobado que fuera obligatoria, luego de varios intentos anteriores sin éxito. Esa ley estaba basada en un proyecto presentado por el médico higienista Emilio Coni, pero entonces se había sancionado con el convencimiento de que la población podría cumplir con la obligatoriedad establecida. Para eso, se había estipulado que los registros civiles de la capital efectuaran, cada seis meses, un informe de los nacidos dirigido a la Dirección de Asistencia Pública, que se encargaría de enviar al personal respectivo y vacunar a los infantes.

—Padre, no me vengas con todo esto, lo sé a la perfección.

—Entonces, si lo sabes, deja a un lado los conflictos personales que aún tienes conmigo, evita dejarte llevar por el arrebató que sientes cada vez que estamos juntos y diagnostica a este paciente sin más.

—¡Sé muy bien qué debo hacer!

Francisco entró al consultorio después de que Juan lo hubiera hecho con las ínfulas típicas de la juventud. Una vez dentro, le explicaron al señor Salas la situación del pequeño Pedro: quedaría internado en una instalación al lado del hospital, en un pabellón construido para albergar a los enfermos que padecían de viruela.

—Francisco, ¿qué piensas?

—Coincidió con el diagnóstico de Juan —aseguró sin mirar a su hijo—. Alberto, debes quedarte tranquilo; él sabe lo que hace.

Francisco sintió la mirada del joven médico, pero evitó devolvérsela. Por esa mañana, había tenido suficiente, y parecía que el enfrentamiento entre ambos lo perseguía en otros ámbitos, como había ocurrido entonces. Lo sucedido no se había debido a la duda ante un diagnóstico, ni al cuestionamiento de Alberto en su rol de padre, como le había querido hacer creer Juan, sino que todo se reducía a la disputa por una mujer: Josefina Estrada.

—Los dejo para que gestionen la internación. Alberto, más tarde me contarás cómo sigue todo.

—Gracias, Francisco. Si no fuera por ti, no sé qué habría hecho.

—No es a mí a quien debes agradecerle —señaló al mirar a su hijo, que se mantenía inalterable—. Juan, nos vemos pronto.

—Por supuesto —respondió—. ¿Me acompaña? —inquirió al dirigirse al señor Salas.

Francisco echó una última mirada hacia Juan, que, en compañía de su amigo y del pequeño Pedro, se dirigía hacia el pabellón. Entretanto, él salió del hospital con la férrea convicción de que nada sería fácil mientras Josefina estuviera en su vida. Sin embargo, él sabía que ella era su vida.

* * *

En los días siguientes, menguó el calor, lo que posibilitó que los porteños regresasen a las actividades sin verse aletargados durante gran parte de la jornada. Victoria había terminado de completar los quehaceres de la casa y, ante la insistencia de Josefina, había accedido a dejar a Colin al cuidado de Paca para ir con su amiga a tomar el té. El carruaje transitó por la avenida Córdoba, en medio de la conversación sostenida por las amigas, hasta llegar a la calle San Martín, donde se alzaba el Hotel Phoenix.

—Qué bonito lugar —opinó Victoria al descender con la ayuda de cochero y observar la construcción de cuatro plantas del edificio.

—Te dije que no ibas a arrepentirte de acompañarme.

—Señora Victoria, aguardaré en el coche, en la otra esquina, hasta que disponga el regreso.

—Gracias.

La suntuosa recepción se abría de manera majestuosa y daba la bienvenida hacia el salón comedor, bautizado “Alexandra”. Al entrar, Victoria creyó ingresar a alguna de las confiterías londinenses.

—Fue inaugurado el año pasado —agregó Josefina mientras el camarero las conducía hacia una mesa con un amplio ventanal.

—¿Con quién has venido?

—He concurrido sola en varias oportunidades. Mira —indicó al extender la mano para señalar un trayecto que, visto desde allí, confluía con algunas construcciones portuarias.

En medio de la marea, se alzaba el muelle de pasajeros al que tantas veces había concurrido en busca de Francisco. En aquel tiempo, había debido tener paciencia para paliar la ansiedad y el desconcierto que le provocaba desconocer el resultado del esperado

reencuentro. Al emprender el regreso a su casa, en algunas oportunidades, visitaba el salón en donde se encontraban entonces para deleitarse con un té y pasar el trago amargo que representaba la ausencia del amado.

—No me mires así. ¿Cómo creés que calmaba la ansiedad por la demora de Francisco? Bueno, venía a esperarlo y, ante su ausencia, concurría aquí. No se te ocurra reírte.

—Siempre supe que estabas un poco loca, pero te aseguro que no imaginé que tanto.

Ambas largaron sonoras carcajadas hasta que el camarero se acercó para tomar el pedido. Un té completo para dos fue la elección.

—Mi madre me dijo que fue a verte, pero no me quiso contar de qué hablaron.

—No te preocupes, no hablamos de ti. Ella estaba preocupada por lo que dicen de mí.

—¿Por qué será que le obsesionan tanto las apariencias y lo que dicen los demás sobre uno? En verdad, es exasperante.

—Jose, lo que dijo no fue desacertado.

—Pero ¿qué dices?

—Gracias —contestó Victoria al mesero que dejaba una fuente con exquisiteces para que saborearan junto con el té—. Te decía que no todos saben lo que viví, ni cómo es mi realidad. Solo han visto que de repente arribé con mi hijo y que estoy viviendo con Thomas.

—¡Pero si es el padre!

—Sí, pero aún sigo casada con otro hombre.

—Lo sé, pero creo que la gente debería ocuparse de sus propios asuntos y no estar alarmados por lo que hacen los demás.

—Jose, cuando hablas así, no te refieres solo a mi situación, sino también a la tuya, ¿verdad?

—Sí —agregó antes de tomar un sorbo del té—. Me cuesta creer que ciertas personas no entiendan que uno solo busca la felicidad de la mano de aquel de quien se ha enamorado.

—Tienes razón. Pero reconozcamos que nuestras elecciones han sido complicadas. Mejor dicho, las circunstancias que nos rodearon fueron complejas.

—Así es, pero acá estamos, muertas de amor por estos dos hombres que nos han quitado el sueño en más de una oportunidad.

—Por supuesto —coincidió mientras tomaba se servía algo para comer—. ¿Budín de manzana y canela?

—Eso parece, y está exquisito.

Desde que había abandonado Londres, no había vuelto a probarlo. Sin duda, los sabores le traían reminiscencias de una ciudad que quería dejar en el olvido.

—Te agradecería que, la próxima vez, eligieras un lugar que no me traiga recuerdos de Inglaterra. En verdad el país es una maravilla, y te aseguro que, al regresar aquí, extrañé la atmósfera neblinosa que le daba un toque mágico a la ciudad, pero de inmediato pienso en James, y todo se derrumba.

La cafetería concitaba la concurrencia de gran parte de los británicos residentes en la ciudad. La decoración y el menú resaltaban el gusto inglés de quienes habían sido los dueños del local al ser creado.

—No es para menos, pero ahora debes concentrarte en el presente que tienes. Thomas está contigo y, cuando debas regresar a Londres, todo será distinto. —Josefina notó que su amiga hacía caso omiso a lo que ella decía—. Victoria, ¿qué sucede?

Giró la mirada para seguir la línea de visión de su compañera y observó la figura de Alba Guerrero, que contoneaba la cintura al tiempo que avanzaba hacia ellas.

—Déjala, no le des importancia.

Josefina no había logrado captar la atención de su amiga, quien no le quitaba los ojos de encima a la rubia que acababa de detenerse frente a ellas.

—¡Qué gran coincidencia verte por aquí!

—Alba, deja de fingir y hazme el favor de no molestarnos.

—Te equivocas si crees que he venido para eso. En tal caso, deberías saber que estuve en la inauguración de este establecimiento junto a mi Thomas.

—Victoria —gimió Josefina al verla levantarse.

—No me interesa cuántas veces has estado con él ni el tiempo que lo perseguiste para estar a su lado. Todo eso, lo único que demuestra es que has perdido el tiempo porque ya no está contigo por la simple razón de que no le interesas. Espero que se te grabe esto en la cabeza —siseó al acercarse más—: el amor que nos tenemos nunca dejará de existir, hazte a la idea. Y es mejor que te vayas de aquí si no quieres que llame al camarero para que te haga echar del mismo modo que lo hice en el hospital.

—No es necesario. Pero yo, en tu lugar, no estaría tan segura de lo que afirmas. Si las cosas son como dices, me pregunto por qué Thomas estuvo en mi casa la noche pasada, cuando me pidió que esperara a que todo se calmase para que nosotros volviésemos a estar juntos.

Sin necesidad de que Victoria volviese a repetírselo, Alba se dio vuelta para retirarse de allí con una sonrisa en el rostro. Al fin había podido sembrar la semilla de la duda en aquella muchacha; lo había podido comprobar al ver el gesto en el rostro de esa joven que no hacía más que estorbar entre Thomas y ella. Nadie se había dado cuenta de que, los últimos días, Alba Guerrero había estado merodeando por la casa de Thomas para observar los movimientos de ellos, en especial los de Victoria.

—Tomemos otro té, nos vendrá bien.

—Josefina, lo único que quiero es regresar a casa.

—Está bien, pero no puede ser que esa mujer te altere de ese modo. Ella solo está despechada porque nunca tendrá a Thomas.

—Vamos, por favor —agregó Victoria.

En pocos minutos, se levantaron de allí para salir de la confitería en busca del cochero y así emprender el camino hacia la residencia Wood.

* * *

A pocas cuadras de allí, en el consultorio de Francisco Rivas, la jornada había resultado abrumadora. Parecía que varios de los pacientes del doctor se habían puesto de acuerdo para ir a consultarlo ese día.

—¡Clara! ¿Me trae un té por favor?

Francisco se encontraba con la cabeza inclinada hacia adelante mientras, con los dedos, se masajeaba las sienes. El dolor de cabeza no remitía, sino que, muy por el contrario, se intensificaba. El fuerte golpe de la puerta lo sorprendió aún más.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a advertirte que, si vuelves a acercarte a mi hija, te juro que te mato —sentenció Mariano Estrada.

—Entonces, prepárate para hacerlo, porque Josefina es la mujer que amo, y no pienso renunciar una vez más a ella.

—¡Cállate, hijo de puta! —clamó antes de abalanzarse sobre Francisco.

Ambos se trezaron en una pelea; Francisco intentaba esquivar los golpes que de modo desquiciado lanzaba Estrada porque no quería responder el ataque de a quien consideraba su amigo.

—No es este el modo en que vas a solucionar este tema —siseó Francisco tras detener a Estrada al tomarle las manos por detrás—. Deja de comportarte como un crío.

—¡Suéltame, maldito!

—Te voy a soltar si escuchas lo que tengo para decirte.

Francisco lo soltó con un empujón hacia la pared y se irguió a poca distancia de él.

—Si lo deseas, continuamos, pero no creo que sea la manera de solucionar este conflicto.

—Te equivocas si crees que quiero buscarle el fin a esto. Solo he venido a avisarte sobre lo que voy a hacer si continúas buscando a mi hija.

—Pierdes el tiempo, porque el amor que siento por ella va más allá de ti y de quienes pretenden interponerse entre nosotros.

—Incluso por encima de tu propio hijo.

—Así es. Ya le he dado el tiempo que me pidió para intentar encaminar la situación con Josefina. Por eso me ausenté, porque quise darle una última oportunidad con ella. No creas que soy el ser despreciable que quieres ver. Pero ese tiempo se acabó, y por ese único motivo, regresé: para estar con ella, por mal que te pese.

—Estás loco si crees que voy a consentir que mantengas una relación con ella. Antes, prefiero encerrarla en un convento.

—Escucha bien —dijo Francisco al tiempo que se acercaba a su interlocutor, como si de eso modo pudiera escucharlo mejor—, si quieres desquitarte la rabia que tienes, hazlo conmigo. Te conozco bastante como para saber qué puedo esperar de ti, pero ni se te ocurra dañar la vida de Josefina con semejante estupidez porque iré a sacarla de cualquier lugar donde quieras recluirla y, entonces sí, te aseguro que no volverás a verla. ¿Te quedó claro?

—Pensar que confié en ti, que te ofrecí mi amistad y mi familia.

—No has hecho más de lo que yo hice por los tuyos. La diferencia es que me enamoré de Josefina como nunca creí poder hacerlo. Sé que no es una noticia fácil de digerir, pero debes saber que, por ella, sería capaz de cualquier cosa, salvo alejarme.

—¡Cierra la boca!

—Has venido tú aquí y vas a escucharme —clamó Francisco—. Soy un hombre hecho y derecho que puede brindarle todo lo que ella desee. Esto no es un capricho mío ni de ella. Si pretendes continuar con esta negativa, vas por mal camino, porque nadie va a interferir con lo que sentimos, aunque seas su padre.

—No puedo creer la mierda que eres.

—Espero que hayas entendido lo que te dije y, ahora, hazme el favor de irte.

La puerta volvió a tronar con la salida de Estrada, que abandonó el consultorio envuelto en la furia y la impotencia por no haber logrado amedrentar a Francisco Rivas.

—¡Clara!

—Disculpe, no he querido traerle el té mientras estaba sumido en semejante discusión.

—Si aún desea conservar este empleo, deje de llevarle habladurías a Mariano Estrada. De otro modo, deberé prescindir de usted.

—Pero, doctor, ¿cómo puede decir algo así?

—Lo hago porque sé que ha sido usted. No vuelva a repetirlo o se verá obligada a buscarse otro trabajo.

—Sí, doctor. Acá le dejo su té.

—Gracias.

Francisco necesitaba calmarse para que el dolor de cabeza que sentía disminuyera, así como la rabia porque el resto de las personas seguían inmiscuyéndose en su vida.

* * *

El paso de los días le estaba permitiendo a Thomas, que se encontraba en plena tarea junto a Joaquín, ponerse al día con el trabajo atrasado. Cuando vio entrar a Victoria, no necesitó preguntarle si le sucedía algo.

—Joaquín, puedes retirarte.

—Está bien. Cumplo con esta diligencia y más tarde le cuento — expresó, tras lo cual se levantó, saludó a Victoria y salió del recinto.

Thomas fijó la mirada en ella y observó la expresión de preocupación, junto con el gesto que hacía con la nariz cuando algún problema la acuciaba. Se levantó de inmediato para envolverla en los brazos, pero ella se apartó de golpe.

—Victoria, ¿qué sucede?

—Siempre creí que, entre nosotros, debía existir la confianza.

—Por supuesto.

—De no ser así, me habría costado mucho mantener nuestra relación a la distancia.

—Sabes que fue y sigue siendo de ese modo —le aseguró él.

—Entonces, ¿por qué no me has dicho que estuviste con esa mujer a quien tanto detesto? Con comunicarme que habías ido a verla, todo habría quedado arreglado.

—¿Cuándo viste a Alba?

—Thomas, soy yo quien espera una respuesta —declaró ella.

—Fui a su casa el otro día para intentar explicarle cómo son las cosas.

—¿También le dijiste que querías continuar de algún modo con ella?

A Victoria la abrumó la manera en que la estaba mirado. De repente sintió que las manos de él la rodeaban por la cintura para apoyarla sobre el muro de la habitación. Podía sentir la respiración de él a pocos centímetros de la boca.

—Dime si crees que es verdad lo que te dijo —susurró él.

La intensidad de la mirada azul de Thomas no le permitió contestar, sino tan solo negar con la cabeza.

—Así está mejor —susurró al deslizar el pulgar por el contorno de esos labios carmesí—. Solo tú sabes lo mucho que te amo y lo que significas para mí. No me gusta que pongas en duda lo que siento.

En ese mismo instante, Victoria supo que estaba equivocada y que había sido una tontería desconfiar de él.

—Entonces...

—Ella elucubrará y dirá mentiras, aunque no deberás preocuparte por ello, ya que volveré hablarle para aclararle ciertas cuestiones.

—No lo hagas —pidió ella.

—Voy a hacerlo, pero esta vez de otro modo. No quiero que nadie te moleste, como tampoco a nuestro niño.

Victoria no tuvo tiempo de volver a expresarle que no estaba de acuerdo con que él se citara con esa mujer porque la boca de él le capturó la de ella y la besó con pasión, desmesura y entrega. Cuando estaban juntos, se fundían el uno en el otro hasta que no quedaba espacio para las dudas respecto de lo que sentían. El momento, sin embargo, fue interrumpido por unos golpes a la puerta.

—Joaquín, ¿no te habías ido?

—Sí, solo querías tener unas palabras contigo.

—Voy a ver a Colin, me debe haber extrañado.

—No tanto como yo —le susurró Thomas en el oído.

Victoria salió del despacho con un ánimo muy distinto de aquel con el que había entrado hacía unos pocos minutos. Tomas escuchó durante un breve momento lo que le comentaba el empleado y agregó:

—Joaquín, cumple con lo que tienes que hacer. Yo saldré por atrás.

El joven Rodríguez acató la orden y desapareció del lugar.

* * *

El carruaje se encontraba estacionado a media cuadra de la propiedad de Wood, guarecido bajo las ramas de un árbol. Thomas abrió de golpe la portezuela del coche y, dentro, se encontró con Alba, que esperaba ver algunos de los movimientos de la residencia.

—Si crees que, al presentarte aquí, lograrás algo, te equivocas.

—Thomas, yo...

—Te advertí que no te quería cerca y que no molestaras a mi mujer, pero eso es lo que has hecho. No quiero volver a verte por acá. Si llegas a regresar, te aseguro que, la próxima vez, tendrás tiempo de pensar en cómo actuar mientras estés encerrada en un calabozo.

—Mi amor, no serías capaz.

—Sería capaz de cualquier cosa por proteger a los míos. Espero que no hayas tenido algo que ver con lo que le sucedió a mi niño. De hecho, ruega que no sea así.

—Pero ¿cómo puedes pensar semejante cosa?

—Quizás ese secuestrador hijo de puta necesitara datos precisos que solo podía brindarle alguien que conociera por dónde me movía y mis horarios.

—Yo jamás podría hacerte algo así.

—Vete de aquí. Si en algún momento ves a Victoria, te cruzas de vereda, a menos que quieras que tu vida se complique aún más.

Cerró la portezuela del vehículo y le indicó al cochero que se largara de allí de inmediato. El sordo traqueteo pronto se perdió en el empedrado de la calle, mientras Thomas regresaba a su hogar para disfrutar de un momento familiar.

* * *

El Hospital de Niños era un constante el ir y venir de enfermos, doctores y enfermeras que no dejaban de deambular por la institución hospitalaria. Juan Rivas acababa de abandonar el pabellón de niños, donde había controlado la evolución de los pacientes, para dirigirse a la sala de reuniones del establecimiento, donde lo aguardaban algunas de las autoridades médicas.

—Doctores, buenos días —dijo Juan al sentarse en una de las sillas del recinto.

—Doctor Rivas, lo estábamos esperando —saludó el directivo de la institución, que estaba allí junto a dos médicos más.

—Sepan disculparme, pero me retrasé con uno de mis pacientes.

—No se preocupe, estoy al tanto del trabajo que está desarrollando aquí dentro.

—Gracias.

—Bien. Entonces, no perdamos tiempo. Con los colegas, reparamos en que no podemos retrasar la adquisición de una propiedad, dado que las necesidades de esta clínica nos han llevado a apresurar, al menos, la compra del inmueble.

—Creo que podríamos organizar un evento para recaudar los últimos fondos para concretar esta adquisición —propuso otro de los profesionales.

—Ojalá se pueda hacer este año —agregó Juan.

—Por supuesto —replicó otro de los facultativos.

—Pero lo hemos citado hasta aquí —intercedió el directivo— para proponerle si está dispuesto a encargarse de parte de la organización.

—Es joven y cuenta con la energía suficiente para restarle algunas horas a su jornada e invertirlas en esta causa.

—Por supuesto. Solo quisiera saber por dónde debo comenzar.

—Rivas, no se preocupe, no está solo en todo esto. Ya hemos celebrado otros eventos para recaudar fondos en el Jockey Club y en algún otro lugar que nos fue ofrecido. En esta oportunidad, podremos contar con las instalaciones del Hipódromo Nacional.

—Disculpe, pero no soy conocedor de estos temas.

—Nosotros solo queremos que sea el intermediario con nuestros contactos para celebrar una carrera, junto con una comida, para recolectar la suma que necesitamos —explicó la figura mayor del hospital.

—Denos, esta vez, la posibilidad de pensar en el proyecto y en lo que será más adelante un gran aporte a nuestra institución, mientras usted se preocupa de que la concurrencia abarque a las personalidades más importantes de Buenos Aires —especificó un subalterno.

—Cuenten conmigo.

—No lo vamos a dejar solo. Aquí le paso el nombre de algunas personas que están detrás de todo esto —manifestó al entregarle una tarjeta con algunos apellidos de quienes colaborarían con ellos.

—Gracias. Entonces, a trabajar.

—Rivas, sepa que apreciamos mucho su ayuda.

—En mi caso, estimo que me tengan en cuenta para contribuir en esta causa.

Sin más, el joven médico se levantó, atravesó el recinto y salió rumbo a otro de los pabellones, sin estar del todo seguro de cómo haría la tarea que le habían encomendado.

CAPÍTULO 5

Una visita inesperada

El paso de los días parecía haber llevado la calma necesaria para que, en la casa de Thomas, todo se fuese acomodando. Victoria creía haber alcanzado el sosiego que había buscado durante tanto tiempo. Esa vez, parecía haberlo obtenido de la mano del único hombre al que amaba con locura. Salió de la cocina convencida de que él estaría en la sala y, al no verlo donde solían conversar mientras él tomaba una copa de whisky, supuso que se encontraría en el estudio.

—Creía que habías terminado —comentó luego de entreabrir la puerta.

—Ven.

Ella se acercó hasta el sillón del escritorio y, de inmediato, los fuertes brazos de él la envolvieron para darle un beso lleno de pasión.

—Te has transformado en mi adorable distracción.

—Vendré más seguido si hace que salgas de aquí y dejes de trabajar tanto.

—A tus órdenes —aceptó al besarle la pequeña nariz y sentarla sobre la mesa.

—¿Qué tienes ahí?

—Una esquila en la que nos invitan a una gala de beneficencia. Será en el Hipódromo Nacional.

En otro momento, él habría bregado por concurrir y establecer los contactos necesarios para los negocios. Sin embargo, esa vez prefería ausentarse para proteger a Victoria de los demás y, en especial, de los comentarios insidiosos que sabía que estaban circulando sobre los dos. A él, lo que dijese las otras personas no le importaba, aunque había algo más importante que lo inquietaba. Cada tanto, regresaba a la noche en que Colin había sido raptado y no dejaba de pensar que Miller debería de haber recibido la información necesaria para llevar a cabo el secuestro de alguien local, de alguien de Buenos Aires que conociera los movimientos de la casa. Thomas tenía sus dudas sobre si alguien de su círculo cercano había colaborado con la facilitación de tales datos. Estaba seguro de que, si así había sido, lo encontraría en esa gala, ya que acudirían las personas con las que se había relacionado desde que se había instalado en la ciudad. Sin desearlo, se mantenía en una marea de titubeos e incertidumbre respecto a lo sucedido. Por más que la mente de él le diese más vueltas, lo mejor era dejar las cosas como estaban, aunque tenía la sensación de que había algo que se le escapaba. Sin embargo, sabía que lo más aconsejable era no obsesionarse con lo ocurrido tiempo atrás. Miller estaba muerto, y aquel nefasto suceso debería quedar sepultado en el olvido junto a los malos recuerdos que lo acechaban de vez en cuando.

—¿Vas a ir?

Thomas supo leer en la mirada de Victoria cierta decepción por creer no ser parte de la invitación.

—Nos invitaron, y el único modo de que concurra es contigo.

—No creo que sea el momento indicado para hacerlo.

Él le acarició la mejilla con un dedo, sin dejar de observar cada gesto de ella.

—Yo pienso que sí, porque al fin presentaré en sociedad a la mujer que me hace feliz.

La joven, con los ojos húmedos por la declaración, lo besó para intentar demostrarle todo lo que significaba para ella.

—Quiero que visites a algunas modistas y que adquieras el vestuario que desees para la fiesta.

—Amor, sabes que no se me dan muy bien las compras.

—Puedes ir acompañada de Josefina. Su familia será parte de este evento —propuso él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la gala la promueve el Hospital de Niños, y Juan Rivas es parte de la organización.

—Entonces, Josefina no irá —razonó ella.

—Claro que sí. Estoy seguro de que Francisco también lo hará. Supongo que lo dices por ese motivo.

Thomas adoró el gesto de sorpresa de Victoria. Él no podía dejar de pensar en el cúmulo de situaciones difíciles que la muchacha había debido afrontar. Algunas ya las conocía, aunque entendía que había otras que ella prefería ocultar, como los detalles del tiempo en que había residido en Londres. Sin embargo, para otras cuestiones, Victoria tenía la inocencia y el candor de alguien que había llevado una vida entre algodones.

—En ese caso, estaremos todos —observó ella.

—Así es.

—Esta vez, iré con Josefina a ver vestidos. Es una entusiasta con las compras.

Por mucho que deseaba olvidar a la familia con la que se había criado, los recuerdos invadían la mente de Victoria. Las disputas y los enfrentamientos con Trinidad y con su madre por no querer participar en los paseos de compras que solían hacer le traían un sabor amargo. Sin embargo, eso no se comparaba con lo que había sobrevenido después. La revelación sobre la identidad de la más joven de las hermanas y el desprecio que le habían demostrado al develarse esa verdad habían sido aún peor.

—¿Qué sucede?

Cuántas cuestiones habían cambiado en unos meses. Lo miró y supo que, junto a él, todo sería posible.

—Que soy feliz.

Thomas no pudo realizar lo que en realidad deseaba, que era hacerle el amor sobre el escritorio, porque irrumpió una criada para avisar que la cena estaba servida. No obstante, durante las horas siguientes, pudieron demostrarse todo el cariño que se profesaban.

* * *

Victoria no había tenido que invertir mucho tiempo en convencer a Josefina para salir de compras. A bordo del carruaje, se dirigían hacia una de las tiendas más importantes de la ciudad. En medio de la conversación que ambas sostenían, no se habían dado cuenta de que

acababan de arribar a la *boutique* A la Ciudad de Londres. Una vez que el cochero las dejó en la puerta de ingreso, sobre la Avenida de Mayo, comunicó que se quedaría en las inmediaciones del lugar para aguardarlas hasta que saliesen.

—Por aquí —indicó Josefina.

—Pero ¿la entrada no era a la vuelta?

—Así es, pero han ampliado la tienda y han creado el acceso más importante por este lado.

La Avenida de Mayo se había transformado en una arteria de gran importancia para la ciudad, si bien aún no había sufrido todas las modificaciones que el Gobierno quería implementar. Las grandes tiendas y las oficinas de todo tipo pugnaban por contar con un lugar a lo largo de aquella vía. La concurrencia de porteños y extranjeros aumentaba a pasos agigantados ante el interés de conocerla y transitarla, y los locales que la habitaban habían contribuido en la creación de un gran paseo comercial.

—Parece que me he ausentado durante más tiempo del que pensaba. Son muchos los cambios que he notado.

—Te parece porque el paseo de compras nunca ha sido tu fuerte —comentó jocosa Josefina—. Adelante, que los vestidos nos esperan.

Victoria no solo se dejó envolver por el tacto suave, terso y ligero de la seda, sino también por las hebras doradas que, junto con los finos encajes de origen francés, decoraban los vestidos allí expuestos.

—No sabes con cuál quedarte, ¿verdad?

—Es la primera vez que me sucede. Quiero estar hermosa para Thomas.

—Lo estarás. Hay una solución a tu problema: llévate todos los que te gusten y luego elige.

—Jose, no creo que pueda hacerlo.

—Victoria, si no lo haces, lo haré yo en tu nombre. Mira que no me cueste nada.

Ambas estallaron en una carcajada y continuaron maravillándose ante gran parte del vestuario expuesto dentro. Encontrar un atuendo adecuado no les resultó difícil, ya que cada prenda ofrecida allí dentro era digna de comprarse. Al poco tiempo de haber entrado, ambas salían con amplios paquetes. Tuvieron que esperar al chofer para que las ayudase con los aparatosos bultos.

—Jose, me arrepiento de mi aversión a las compras.

—El tema no es hacerlas, sino con quién las haces.

—Tienes razón —aceptó Victoria.

—No vale la pena que pienses en Trinidad, y menos en tu madre; bueno, en quien dijo serlo durante todo este tiempo. No mereces angustiarte por todo aquello. Tienes una familia hermosa. Ya sé, no me digas que aún falta colocar en orden varias cuestiones. Es verdad, pero al fin has logrado ser feliz.

—Tienes toda la razón. Hablando de eso, me gustaría regresar a casa, con Thomas.

—Pero qué bien, prefieres eso a tomar el té y escuchar a tu pobre amiga, que aún no ha logrado aquietar las aguas de los problemas familiares —acusó Josefina antes de estallar en una carcajada—. No me enoja en verdad.

—Todavía no me has contado lo sucedido con Francisco la última vez que estuvieron juntos.

—Victoria, no alcanzaría el recorrido por toda ciudad para relatarte todo lo que me ocurre con él.

Ambas se rieron por lo que implicaba la confesión de Josefina.

—Pero tengo la ilusión de verlo en la gala. La cuestión será qué haré cuándo así sea.

—Esa vez, volveremos a estar juntas.

—Como siempre.

El traqueteo del vehículo comenzó a disminuir; Victoria se arregló para salir del allí y entrar a su hogar.

—Gracias por acompañarme —agregó antes de bajarse del carruaje.

—No tienes idea de lo mucho que te extrañé cuando estabas en Londres. Ahora, todo vuelve a la normalidad.

—Por suerte es así.

—Dale un beso de mi parte al pequeñín que me tiene loca de amor.

—Será dado.

Victoria descendió, no sin antes ordenarle al cochero que bajara los paquetes que le correspondían, para que, luego, llevase a Josefina a la casa. Con la algarabía de llegar, entró como una tromba en busca de Thomas. No lo ubicó en el escritorio y supuso que había salido a realizar alguna diligencia. Aún le quedaba saludar al hombrecito de la casa, así que recorrió el largo pasillo y, al abrir la puerta, se quedó tiesa por la imagen que vio.

El pequeño estaba en manos de una joven con los cabellos rubios desaliñados que le daba un beso en la frente, mientras Thomas se reía junto a ella de las monerías que Colin hacía. Se sucedieron unos largos segundos en los que no supo qué hacer. La sorpresa de encontrarse a Eileen en la casa que ella habitaba con Thomas superaba con creces todo lo que había ideado la frondosa imaginación de Victoria.

—Es igual a ti —festejaba la joven en inglés.

—Eso dicen —manifestó él, orgulloso de que así fuera.

—Esos ojos —replicó la muchacha al clavar los propios en los de Thomas.

Fue él quien se dio vuelta con la misma sonrisa que le estaba brindando a Eileen para contemplar a Victoria bajo el vano de la puerta.

—Mi amor, tenemos visitas —anunció al extenderle el brazo para que se acercara—. Ven.

Los pocos pasos que separaban a Victoria de su hijo se le hicieron eternos hasta alcanzar al bebe y quitárselo de las manos a Eileen.

—Es la hora de su comida.

Thomas la miró extrañado por el comportamiento. No entendía qué le ocurría, puesto que nunca se había mostrado grosera con nadie, y Victoria siempre buscaba hablar con él cuando algo le molestaba. Entendía que podía sentirse abrumada por la visita, pero él tampoco la había esperado.

—Amor —dijo al pasarle el brazo por la cintura para atraerla más a él—, no sé si la recuerdas. —Estaba convencido de que, en algún momento, ambas se habrían cruzado.

—Estoy segura de que nos conocimos —aseveró la dueña de casa.

—Hola, Victoria.

Ninguna de ellas necesitó refrescarse la memoria sobre los desacertados encuentros que habían mantenido. El último había sido en la sala de espera del Hospital Saint Thomas, en Londres. Aquel día, Victoria había concurrido para asistir a los enfermos, y Eileen lo había hecho para acompañar a Barney, que se encontraba herido luego de haber participado en una sangrienta pelea. En aquel momento, ambas se habían sincerado. Lo más doloroso para Victoria había sido confirmar lo que había sabido desde el mismo momento en que la había cruzado por primera vez, cuando había ido a buscar a Thomas a la “pequeña Dublín” y lo había encontrado en una pelea callejera. Entonces, apenas lo conocía, y la inconsciencia de Victorias había hecho que acudiera sola a buscarlo en la zona más pobre de Londres. Esa vez, el cruce entre ambas no había sido halagüeño. Más tarde, había llegado el otro encuentro, en el que, en medio de la desesperación por la salud de Barney, Eileen le había reclamado la ausencia de Thomas y le había echado la culpa por el alejamiento de él. Aún retumbaba en la cabeza de Victoria el diálogo mantenido con Eileen en aquella oportunidad:

—Sé que te has casado con otro hombre.
Doy por sentado que Thomas no lo ha soportado y, por eso, se ha ido de aquí.
Tienes el poder que ninguna otra mujer ha tenido antes.

—¿Te habría gustado tenerlo?

—De poseerlo, jamás lo habría abandonado.

—Eileen ha tenido ciertos problemas y por eso decidió venir hasta aquí —aclaró Thomas.

—Me imagino —afirmó mientras acunaba al pequeño—. Doy por sentado que podrás solucionar todas sus dificultades —replicó con sorna—. ¿No habla castellano?

—Un poco —replicó Eileen—. Lo que sé, me lo enseñó Thomas.

Claro que Encarnación había hecho un excelente trabajo con Thomas, y él lo había difundido a Eileen y Barney en las largas horas que compartían mientras el aburrimiento los abrumaba.

—Debí imaginarlo.

—Thomas, lo que menos deseo es causar una molestia en tu familia.

—Eileen, no es así. Nosotros somos familia también.

Victoria se mantuvo allí tensa, sin entender cómo Thomas no se daba cuenta de todo aquello, cómo era incapaz de ver lo que ella sí había notado desde el primer momento. La irritación que sentía no era la misma que le provocaba Alba, a quien sabía una mujer despechada. Thomas había compartido parte de su vida junto a Eileen y Barney. Entre ellos, había un pasado, situaciones vividas y comunes que les competían solo a ellos y en las que Victoria no tenía ni tendría cabida. Por mucho que ella lo deseara, no podía ir en contra de eso.

—Thomas, quizá lo mejor sea que me quede en un hotel.

—¡Pero si recién has llegado y desconoces la ciudad! De ningún modo —se negó él.

—Deberías consultarlo primero con Victoria.

—Amor, ¿crees que puede alojarse aquí?

—Por supuesto —replicó obligada por la educación al no poder hablarlo tranquila con Thomas—. Hay habitaciones de más en tu casa.

—Nuestra casa —replicó él al apretar con los dedos la fina cintura de Victoria en tanto la besaba en la cabeza.

Él supo que había llegado el momento de irse de allí para permitir que las mujeres se arreglaran.

—Entonces, las dejo —anunció antes de besar a Victoria y abandonar la habitación—. Le diré a Paca que venga aquí para hacerse cargo de Colin.

El cuarto se pobló de un silencio ominoso. Victoria volvió a dejar al niño en la cuna, y solo la aparición providencial de Paca logró romper el mutismo entablado por ambas.

—Mi niña, no se preocupe —la tranquilizó, sin especificar en un principio que se refiriera solo al niño—: de Colin me hago cargo yo.

—Gracias.

Victoria y Eileen caminaron por el largo pasillo hasta detenerse frente a una de las tantas habitaciones de la propiedad.

—Espero que este cuarto sea de tu agrado. Como ves, está al otro lado de los nuestros, de modo que no te molestará el llanto de mi hijo.

Eileen la miró y supo la razón implícita que acarreaba la elección de ese lugar dentro de la casa.

—Me da lo mismo.

—¿Has traído equipaje?

—Quedó en la sala y es muy poco. No contaba con muchos bártulos para traer.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—Aún no lo sé.

Victoria se había dado vuelta para emprender el regreso a sus actividades, pero se detuvo antes. Tenía una duda que la rondaba desde el mismo momento en que la había visto en la casa.

—¿Puedo saber el motivo por el que decidiste venir hasta aquí?

—Tuve problemas en Londres. Thomas era la única persona a la que podía recurrir. Cuando le envié el telegrama, creí que quizá no se molestaría en contestarme, pero al fin lo hizo y, por medio de Margaret, se gestó mi viaje.

Victoria evitó demostrar el fuerte calor que le invadió todo el cuerpo al saber que Thomas había estado en contacto con ella después del telegrama que había descubierto. Esa actitud le molestaba en demasía. Al encontrarlo, Victoria le había restado la importancia que, en ese momento, cobraba cada palabra escrita en aquel escueto trozo de papel. Necesitaba salir de allí y estar sola. Sin más, se fue hacia su propia habitación para estar tranquila y para que los fantasmas de la traición y el desengaño, que había logrado dominar durante el último tiempo, no regresaran. Ella creía que había podido sepultar lo vivido en Londres y que el modo de lograrlo había sido no hablar de todo aquello. La solución que había encontrado era evitar mencionarlo o recordarlo. Amaba con locura a Thomas y sabía que, sin él, ella se perdería en medio de una nebulosa. Las lágrimas no tardaron en asomar por el rostro de la muchacha; luego fue

imposible intentar detenerlas. Se acurrucó en uno de los sillones que había en la amplia habitación, frente a la ventana. Allí dejó vagar el dolor al rodearse por las imágenes y recuerdos de las situaciones vividas.

El sol caía sin tregua, y los últimos rayos del atardecer se colaban en el recinto. Cuando Thomas entró, la vio sentada con las piernas recogidas y abrazadas, con la cabeza apoyada en ellas. El cuerpo de la joven convulsionaba debido al llanto sordo, y la larga cabellera cobriza destellaba con las luces del ocaso.

—Shh —pronunció al levantarla de allí y sentarse en la cama con ella sobre las piernas—; nada puede ser tan malo como para que estés así.

La tibieza del cuerpo de él la envolvió. No quería que Thomas supiese el estado en que estaba, pero había sido imposible ocultárselo. No sabía cómo explicar todo lo que le sucedía porque tampoco quería revelarle la angustia que había traído desde Londres por todo lo que había atravesado. Sintió que la boca de él la besaba y, poco a poco, todo el sinsabor que experimentaba se fue diluyendo.

—Quizá no fue el mejor momento para que Eileen viniera aquí, pero no creí que fuera hacerlo; de verdad.

Él le tomó el rostro con ambas manos y fijó la mirada en los ojos llorosos de ella.

—En el telegrama que le envié, le di órdenes a Margaret para que se hiciese cargo de ella.

—Está bien —contestó ahogada por los sollozos que aún no había podido detener.

—No está bien si estás así —replicó mientras desplazaba el pulgar por el rostro de ella para limpiar las lágrimas que caían—. No puedo disponer que ella se vaya a la calle.

—Yo no te pido eso.

—Tampoco que se instale en un hotel, ya que no conoce la ciudad y está sola aquí. Mi amor, conozco a Eileen, y por más que parezca hosca e insensible, ella es una buena persona.

—No quería que me vieses así.

—Victoria, eres parte de mí y no puedes ocultarme nada. Sé que hay cosas de mi pasado que no hemos hablado, pero lo importante es que estamos juntos y que, con el tiempo, iremos descubriendo los pesares del otro. Pero no puedo permitir que estés así por Eileen, porque, si bien ella ha sido y es alguien importante en mi vida, tú eres mi vida. ¿Entiendes la diferencia?

Victoria asintió y se estremeció ante el modo en que él la besó. Él parecía adorar los labios de ella. Cuando invadió su boca, la recorrió con la lengua para buscar la de ella, jugar y succionar con dedicación y esmero. Así le demostraba lo mucho que la necesitaba.

—Creo que podemos quedarnos aquí dentro hasta mañana —propuso Thomas.

—Pero está ella.

—¿Te preocupa lo que piense?

Negó con la cabeza, envuelta en las caricias y los mimos que él no dejaba de prodigarle.

—De ella se ocupará Paca, pero, de mí, quiero que te ocupes tú —agregó él.

En medio de la penumbra, se amaron y se demostraron lo que el uno significaba para el otro. Él recorrió cada parte del cuerpo de ella en un camino de adoración que la estremeció y la apabulló con esas sensaciones que solo él lograba despertarle, hasta hacerla estallar de plenitud entre jadeos, gemidos y palabras de amor.

Victoria entendió que debía cambiar de actitud respecto a la huésped que se alojaba en la casa. No podía permitir que otra persona conspirara contra la relación que tenía con Thomas. Entonces se le ocurrió que podía demostrar que su propio pensamiento había cambiado acerca de Eileen. Por muchas vueltas que le diera al asunto, ella era alguien importante para Thomas, y debería saber lidiar con ello.

La primera demostración de esa metamorfosis se produjo a la mañana siguiente. El desayuno estaba servido, y Thomas leía el periódico mientras Victoria comía unas tostadas con mermelada de higo.

—Hacía tiempo que no dormía tanto —comentó Eileen recién levantada, con los cabellos rubios alborotados y vestida de un modo muy sencillo.

—Buen día —dijo Victoria tras el saludo de Thomas.

—¿No te aburres de trabajar todo el día? —preguntó la recién llegada.

—La verdad es que no tengo motivos para hacerlo—respondió al tiempo que desviaba la mirada hacia Victoria, quien acabó sonrojándose.

—Justo de eso deseaba hablar contigo.

Thomas dejó la lectura del periódico y se centró en lo que diría Victoria. La conocía demasiado y sabía que aún estaba incómoda con Eileen, aunque adoraba que intentara demostrarle lo contrario.

—Adelante —indicó Eileen antes de comerse de golpe una porción de un budín que lucía muy tentador.

—Mañana se celebra un acontecimiento solidario en el hipódromo de la ciudad. Iremos con Thomas, y quisiera que nos acompañaras.

Él casi se atragantó al beber una segunda taza de café. Victoria siempre lo sorprendía.

—No me interesa ir a ese lugar. Nunca he acudido a ese tipo de galas, no me gustan. Además, no tengo ropa y desconozco cómo comportarme en una ocasión así.

Victoria se quedó abrumada por la serie de negativas que había dado, pero le había agradado que se hubiera sincerado con ella.

—Podrías ir —alentó Thomas.

—Haz como quieras, pero no te preocupes por la ropa porque le diré a Paca que se ocupe de lo que necesites. Este clima difiere mucho del de Londres, y supongo que te harán falta algunas prendas.

Victoria sabía de la condición precaria en la que vivía Eileen. Suponía también que Thomas le habría ofrecido ayuda en más de una oportunidad y, por el aspecto que tenía, estaba claro que ella no la había aceptado. Por otro lado, no desconocía que a Thomas tampoco le importaba el aspecto de Eileen, aunque los comentarios se harían sentir no bien la vieses. Él no solo tendría que lidiar con las habladurías malintencionadas sobre Victoria entonces, sino que también debería cargar con las críticas sobre Eileen cuando supiesen que era una amiga de él llegada de Londres.

—En cuanto al lugar, creí que podría ser un modo de que conozcas y te relaciones con otras personas.

Eileen la escuchaba con sorpresa, aunque suponía que, detrás de ese buen gesto, habría algo más, algo que no llegaba a reconocer. La vida que había llevado le había enseñado a ser desconfiada, y entendía que las cosas buenas solo le sucedían a otras personas.

—Como quieras. Si cambias de opinión, solo házmelo saber —concluyó.

De inmediato, Thomas dejó el periódico a un costado, se levantó, besó a Victoria y se despidió de Eileen.

—Ya estoy listo —le anunció Joaquín al asomarse al comedor.

—Vamos, entonces.

Debían efectuar algunas diligencias y cumplir con varios compromisos si no deseaban retrasarse.

* * *

El día de la gala había llegado. Victoria estaba agobiada entre el llanto de Colin, que no dejaba de gimotear y que parecía haberse dado cuenta de que sus padres lo dejarían, y los preparativos para alistarse para la fiesta.

—Niña, por favor, deme al bebé así me lo llevo, y usted vístase.

La madre besó los rozagantes mofletes del pequeño y lo dejó en brazos de Paca. Antes de que cerrase la puerta, apareció Eileen.

—Victoria.

Paca se quedó a un costado de la entrada porque conocía a la muchacha mejor que nadie y supo que la visita no le caía en gracia, sino muy por el contrario. De lo que ella no se daba cuenta era de que Thomas no había cambiado, pues no tenía ojos más que para Victoria y el bebé.

—¿Es muy tarde para que los acompañe?

La joven evitó demostrar su molestia por la falta de tiempo para alistarse.

—Deberás apurarte.

—Señorita —intercedió Paca—, espere que deje al niño, así la acompaño y, si quiere, la ayudo.

—Nunca necesite de alguien para que me ayudase a vestirme.

—Eileen, si no lo necesitaras, no estarías aquí para preguntarme si puedes ir.

La joven la miró y supo que Victoria estaba en lo cierto.

—Con indicarme qué debo ponerme es suficiente. Del resto, me arreglo sola.

Paca hizo oídos sordos a lo que acababa de escuchar y de inmediato se llevó al niño para acompañar luego a la invitada a prepararse.

Thomas le había dejado la habitación a Victoria para que se cambiara porque la notaba un tanto nerviosa. Le había asegurado que no tenía de qué preocuparse y que no debería dar ningún tipo de explicación a quien le preguntase sobre la relación que mantenían.

Él se encontraba en la sala, ocupado en saborear una copa de whisky. Miró el reloj de bolsillo para constatar la hora y de inmediato se dio vuelta para ver a Victoria, lo que hizo que casi se quedara sin aliento. Allí estaba ella, con un vestido de seda color verde. Tenía un escote insinuante en el que pendía un rubí con una cadena de oro blanco que él le había dejado en la habitación antes. Esperaba que el obsequio le gustase. Sabía que a ella no le agradaba ostentar y por eso le había comprado aquella joya, porque, si por él hubiese sido, le habría comprado algo más importante. La prenda se ajustaba a la estrecha cintura de ella y caía en una amplia falda con apliques de encaje en el mismo tono. El cabello descendía en ondas a lo largo de toda la espalda, y en el brazo, lucía el brazalete que él le había entregado en la estadía en París. Aún recordaba haber grabado en su interior la frase “Por siempre”. Ambos habían acuñado esa expresión como propia porque definía lo que los unía y el amor que se tenían. Thomas se le acercó.

—Estás hermosa —susurró mientras, con una mano, la tomaba del cuello— y eres solo mía.

Victoria creyó que se le aflojaban las piernas. Aún le costaba acostumbrarse a que la desease del modo en que lo hacía. Le dio un beso largo y profundo.

—Es hermoso —susurró ella al acariciar el rubí que le pendía del cuello.

—No más que tú.

—Yo también estoy lista —anunció Eileen.

Thomas besó la pequeña nariz de Victoria en tanto se detenía en cada peca que le deba ese aspecto adorable que a él lo cautivaba. Luego la tomó por la cintura, y se dieron vuelta.

—Muy buena elección —halagó Victoria al ver el vestido azul que lucía la otra.

Eileen no respondió; solo se quedó encandilada por la unión que Thomas y Victoria tenían, algo que ella nunca alcanzaría. La vida que había llevado había estado plagada de sinsabores y mezquindad. Había creído encontrar en Barney lo que siempre había buscado en Thomas luego de descubrir que él nunca la habría visto de ese modo especial. Solo Victoria había conseguido que Thomas se entregase del modo en que lo hacía. No cabía duda de que había encontrado el amor, algo que a Eileen le era esquivo.

—Mi cumplido no fue como para que te quedes sin palabras —comentó Victoria en tono jocoso.

—Tiene razón —agregó Thomas.

—Me siento extraña con tanta tela.

Eileen tomó entre sus dedos la amplia falda del vestido y la estiró como si pudiese arrancar metros y metros de género.

—Vamos, que no quiero llegar tarde.

—Yo también estoy listo —agregó Joaquín al asomarse a la sala.

Sin más, salieron todos en el carruaje rumbo al Hipódromo de Buenos Aires, donde una larga cola de vehículos aguardaba el ingreso al lugar. Gran cantidad de luces alumbraban el amplio parque que rodeaba la pista en la que se disputaban los clásicos hípicas más importantes del año. Los palcos se colmarían de invitados más tarde, cuando se hiciera una exposición de caballos de carrera. Las distintas mesas vestidas con manteles blancos y diseminadas por todo el parque ofrecían, sobre fuentes de vajilla inglesa, una variedad de canapés de salmón, caviar y bocados de carne como tentempié de lo que vendría después. Los camareros deambulaban por todo el predio

en tanto ofrecían la mejor champaña y ponche a los invitados. La concurrencia había superado las expectativas que habían tenido los organizadores. Parecía que todos los porteños habían abandonado sus casas para asistir a la gala de beneficencia.

Victoria iba en compañía de Thomas, que no dejaba de guiarla con la mano en la cintura. Ella volvió a reencontrarse con conocidos y, en otros casos, amigos de quienes habían sido su familia. El rumor sobre la pérdida de la fortuna de los Sáenz era la comidilla de todos. Algunos pretendían darle el pésame por eso, pero, al verla de la mano del señor Wood, quien era poseedor de las tierras perdidas en el juego por Zelmiro Sáenz, todo se tornaba más confuso. De a poco, la joven se fue soltando para disfrutar de la fiesta.

—Al fin los veo —exclamó Josefina.

—Te presento a Eileen. Ha venido desde Londres hace unos días.

La joven Estrada cruzó una mirada con Victoria que les permitió transmitirse lo que en palabras no podían.

—Bienvenida —saludó Josefina.

—¡Qué alegría que hayan llegado!

Juan saludó a Josefina y se quedó al lado de ella. Notaba cierta tensión en la muchacha, pero no pensaba rehuirla. Aunque algunas circunstancias habían cambiado, no iba a dejarle el campo libre y apacible a su padre.

—Juan, felicitaciones por la gran convocatoria.

—Gracias, Thomas. Con la entrada y algunos sorteos que llevaremos a cabo, creemos que al fin podremos recaudar lo que falta para adquirir el predio por el que estamos bregando desde hace tanto tiempo.

—De mi parte, quiero hacer una colaboración particular. Ya lo hablaremos más tarde.

—Muchas gracias.

—Te presento a una amiga que vino de Londres. Se llama Eileen — la presentó Thomas.

—Encantado.

Ella hizo un gesto con la cabeza sin ofrecerle la mano ni saludarlo.

—Supongo que solo habla inglés —razonó Juan ante el silencio de la invitada.

—Cuando quiero, hablo también castellano.

El modo en que lo dijo denotaba la incomodidad que sentía. Aunque, al desviar la mirada hacia Thomas y ver el modo en que la observaba, la joven supo que había cometido un craso error. En ese instante, se dio cuenta de que no podía molestarlo más luego de que él se hubiera ocupado de ella desde que había arribado a la ciudad.

—Quise decir que hablo como puedo —rectificó.

—Entendí —contestó Juan para restarle importancia, pues le había parecido una joven extraña, torpe y descortés.

—Querido Juan, has hecho un gran trabajo —lo congratuló el señor Estrada.

Josefina de inmediato se tensó al ver a su propio padre hacer migas con Juan. Estaba claro el motivo por el cual lo hacía.

—Wood, al fin lo hemos recuperado tras su ausencia de los distintos acontecimientos sociales a los que solías presentarse.

—Hay una razón, y usted la conoce —replicó al traer hacia sí a Victoria.

—Sepa que Victoria es alguien importante para mi familia.

—Lo sé. Doy por descontado entonces que sabe lo que significa para mí.

Don Estrada no estaba de acuerdo con la relación que aquella pareja llevaba, pero había matizado su postura ante el fracaso patrimonial del señor Sáenz y todo lo que le había contado su mujer luego de entrevistarse con Victoria, quien había brindado algo de luz a toda la situación. Sin embargo, lo tomaba de ese modo porque no era su propia hija la que estaba en tal posición. Él no habría tolerado semejante afrenta.

Josefina no escuchaba nada de lo que decían a su alrededor ya que había visto a Francisco aparecer en medio de los invitados. Quería salir de allí para cruzárselo y estar con él. No se habría imaginado que él fuera a avanzar hacia donde ella estaba.

—Hijo. —El silencio que se produjo fue elocuente—. Felicidades, es magnífica la convocatoria.

Estrada se dio vuelta, y el rostro se le tiñó de colorado.

—Francisco. —Thomas le estrechó las manos a modo de saludarlo—. Me alegra verte.

—Gracias; lo mismo digo, para todos. —Miró en derredor y fijó la vista en la de Josefina—. Un gusto encontrarte.

—Permiso.

Eileen se fue del círculo de personas que le habían presentado y que parecían más tensos que ella. Necesitaba tomar una copa de alcohol para calmar los nervios que tenía. Se sentía sola, fuera de lugar y sin nadie con quien poder compartir esa impresión.

—No deberías haber venido aquí —amenazó Estrada.

—Papá, por favor.

—Josefina, vete de aquí. Esto es algo que nos compete solo a mí y a Francisco.

—Mariano, esta es una gala con un fin benéfico, deja de lado las cuestiones personales y no lo estropees —repuso su antiguo amigo.

—Todos deberíamos hacerlo, pero parece imposible.

Juan creyó que lo mejor era irse de allí. No quería que las discusiones por Josefina fuesen en detrimento de lo que había logrado esa noche. Trabajar en el Hospital de Niños y la carrera incipiente que estaba construyendo lo llenaban de orgullo, y quería que al fin se lo reconociesen. Antes de apartarse, se distrajo un momento al ver a una invitada a la que esperaba con ansias.

—Quiero presentarles a Dolores Álzaga —anunció al incorporar a la nueva concurrente al tiempo que se dirigía a su padre—. La recuerdas, ¿verdad?

Francisco la observó con detenimiento y supo que estaba frente a una amiga de su difunta esposa. Mucho tiempo había pasado desde la última vez que se habían visto. Se había enterado de que se había ido al vivir a Europa con su esposo, quien, tiempo atrás, había fallecido.

—Dolores, es un placer verte.

Francisco tuvo que escuchar el parloteo de la viuda de Álzaga mientras observaba con fastidio la manera en que se alejaba Josefina de allí.

Thomas, por otro lado, se fue con Victoria y continuó presentándola a los conocidos que se cruzaba. Ella atraía las miradas de varios de los invitados por su belleza, de la que nunca presumía.

—Mi amor, espero que les quede claro con quién estás.

—Nadie se atrevería a acercárame.

Él la besó sin darse cuenta de que alguien se aproximaba.

—¡Wood, qué bien acompañado que lo veo!

Victoria pudo sentir cierta rigidez en el cuerpo de Thomas, que la atrajo más hacia él.

—Goyena, ella es mi mujer.

La muchacha sintió cómo ese hombre la escrutaba de arriba abajo.

—Si no deja de mirarla del modo en que lo hace, le rompo la cara —
siseó al acercársele.

El destinatario de la amenaza no se imaginaba esa reacción, por lo que dio un paso hacia atrás.

—Hace tiempo que quiero hacerlo, y le aseguro que, cuando suceda, va a tardar en recuperarse. Usted elige.

Sin ánimo de recibir ninguna golpiza, Goyena se ocultó entre los invitados, que no dejaban de hablar sobre política y economía.

Alba también estaba allí. Había aceptado la invitación de Goyena padre porque debía ir acompañada y él volvía a ser el candidato indicado. Desde una de las mesas, no había perdido detalle de los movimientos de Thomas, quien caminaba junto a aquella maldita joven. Contempló con envidia la figura de la muchacha y el modo en que destellaban las joyas que lucía. Estaba segura de que eran obsequios de Thomas, de quien no había recibido ningún regalo de importancia durante el tiempo que habían estado juntos. Estuvo tentada a acercársele, pero supo que no debía enfurecerlo si en verdad buscaba que se volviera a fijar en ella.

Joaquín deambulaba por el lugar mientras escuchaba a algunos invitados departir de política como si todo anduviese sobre rieles, cuando la realidad era otra. En medio de tales reflexiones, apareció Paloma, lo que le borró todos los pensamientos de un plumazo.

—Creí que no vendrías —expresó al acercarse.

Se aproximó más al notar que ella no le contestaba. Pensaba que quizás no lo había visto.

—Paloma —insistió.

Ella lo miró de un modo extraño. De hecho, la manera en que se comportaba también resultaba anómala.

—Joaquín, dime por favor que no es cierto lo que me han dicho.

Él no necesita pensar más de un segundo quién podía haberle hablado mal de él. Franco Goyena era la única persona ensañada en lastimarlo. No sabía cuál de los Goyena era peor, si el padre o el hijo.

—No creas en lo que te dice ese imbécil. ¿Qué nueva historia se ha inventado?

—¿Es verdad que has matado a un hombre?

Debería haber imaginado que le contaría eso.

—Joaquín, por favor, contéstame.

El asesinato por el que había estado detenido y en la cárcel era un estigma que no podría quitarse a pesar de que el asunto hubiera sido aclarado.

—Lo hice, pero no fue como él te lo ha dicho.

Paloma se llevó la mano a la boca en un gesto de absoluta sorpresa. La mirada de decepción de ella lo aniquiló, y el joven vio cómo la dama salía disparada de su lado con el miedo, la decepción y el desencanto reflejados en el rostro.

—Iré a consolarla —susurró Franco, que había estado observando la escena. No le dio tiempo a Joaquín a reaccionar y, en el mismo instante en que aquel quiso atraparlo, el joven Goyena se había dado vuelta en busca de Paloma.

Al otro lado del predio, se encontraba Juan, que se había alejado del constante murmullo en busca de un poco de quietud. Los últimos días habían sido agotadores. El trabajo en el hospital y el arreglo de los detalles de la gala no le habían permitido descansar. Tomó un largo trago de champaña y, al levantar la vista, vio a Victoria junto a Eileen, que, con una copa en la mano y entre tambaleos, se negaba a hacer lo que le decía Victoria. Se apresuró para ayudarla, pero se detuvo al escuchar el diálogo que intercambiaban.

—Basta, Eileen, debemos irnos.

—Quiero irme con Thomas.

—Él vendrá en cualquier momento.

—No quiero nada de ti —se quejó.

—Te he propuesto una tregua con el convencimiento de que era lo mejor para ti, para mí y, en especial, para Thomas.

—Él era lo mejor para mí —exclamó en medio de un sollozo.

—¡Mereces que te deje aquí!

—Hazlo si quieres, como lo hizo él luego de haber estado juntos.

—¿Qué dices? —exclamó Victoria.

—¿Él no te contó que estuvimos juntos un tiempo?

Un ruido por detrás interrumpió la discusión.

—¿Eso es cierto? —preguntó ella con los ojos colmados de lágrimas al ver a Thomas.

—Eileen, ¿qué haces? —inquirió Thomas.

—Lo único que sé hacer: lastimar a las personas que se me acercan.

Él se adelantó y tomó a Victoria para evitar que huyera de allí.

—Mi amor, vamos a casa y ahí hablaremos tranquilos. —La abrazaba mientras intentaba que Eileen no se derrumbase.

Sin hacer demasiadas preguntas, Juan se acercó y tomó por los hombros a la tercera en discordia.

—¿Qué haces? —vociferó Eileen.

—Yo me puedo encargar de ella.

Thomas asintió y condujo a Victoria hacia un sector más sombrío para poder calmarla. De Eileen se encargaría más tarde.

Si había algo que Josefina no esperaba, era la irrupción de aquella mujer con la que Francisco conversaba. En apariencia, la viuda parecía no contar con las diferencias de las que tanto se ufanaba él al hablar de la relación que mantenía con la más joven. Mientras, Josefina no dejaba de actuar frente a Pereyra como si le importase cada palabra que le decía, sin escucharlas en realidad, porque solo pensaba en qué estaría haciendo Francisco con aquella mujer.

—Disculpa —se excusó el médico al tomar por el codo a Josefina—, debo hablar unas palabras con ella.

El muchacho se quedó sorprendido al ver cómo había interrumpido la interesante conversación que mantenía con la señorita Estrada.

—Pero ¿qué haces? —quiso saber mientras intentaba zafarse de los brazos de él—. ¿Dónde ha quedado tu querida señora Álzaga?

Francisco la llevó por detrás de los palcos, que aún no se habían poblado de invitados para ver la exhibición. La apoyó sobre uno de los postes de madera y fijó la vista en unos sorprendidos ojos color café.

—No me interesa la compañía de Dolores Álzaga, ni la de cualquier otra mujer que no seas tú —sopló sobre los labios de ella—. Nunca me importó lo que vayan a pensar de nosotros y, si aún tienes dudas, intentaré despejarlas.

En ese preciso instante, él se apoderó de la boca de Josefina para bucear cada recodo de su interior y hacerla suya en ese beso apasionado, vehemente y lleno de promesas.

CAPÍTULO 6

Secretos bebidos en el salón de un hotel

Thomas se mantuvo en silencio a bordo del carruaje hasta llegar a la propiedad. No bien arribaron, Eileen no quiso ayuda y, entre trompicones, enfiló hacia la habitación. Victoria huyó de su lado, y él se dirigió a la sala para servirse una medida de whisky. Necesitaba anestesiar la rabia que lo carcomía por dentro. Ya estaba cansado de que los demás conspiraran en contra de esa relación. Sin embargo, continuaba tan inquieto como minutos antes. Luego de haberse tomado el contenido del vaso de dos tragos, salió de allí y, tras abrir la puerta, se quedó apoyado en el marco mientras observaba a Eileen, que estaba sentada en el borde de la cama con una expresión ausente en el rostro.

—¿Por qué lo has hecho?

—Ya te lo dije, me gusta dañar a quienes me ayudan.

—Esto no pude continuar así —afirmó él.

—¿Piensas echarme de acá?

—Si aún continúas aquí es porque Victoria ha cambiado de actitud hacia ti.

—Quiere decir que, si por ti fuera, ¿me arrojarías a la calle?

—Quiere decir que no voy a tolerar que sueltes lo que se te venga a la cabeza. Yo no soy Barney.

—Lo que he dicho ha sido la verdad —objetó ella.

—No es así. Nosotros tuvimos una amistad que nos unió desde pequeños, y espero mantenerla. Cometimos un error al intentar algo que no nos llevaba a ningún lado, y me di cuenta de eso cuando supe que Barney sí sentía algo especial por ti.

—No sigas, por favor —murmuró angustiada.

—No confundas lo que fuimos ni lo que significas para mí.

Thomas se sobresaltó al sentir el roce de los dedos de Victoria sobre los propios.

—Amor, ya ha sido suficiente —le susurró—. Ven.

La muchacha, luego de haber escuchado la discusión, supo que él aún no se había dado cuenta de que había destrozado la única ilusión que Eileen conservaba sobre haber sido alguien importante en el corazón de él. Victoria podía entender el desencanto que vislumbraba en el rostro de Eileen. Con la otra mano, entornó la puerta de la habitación, y ambos caminaron por el largo pasillo. Luego de ingresar a la recámara, él se detuvo y acarició con el pulgar ese rostro que lo cautivaba cada vez que lo miraba.

—No dejas de sorprenderme.

—Lo que me molesta es que no me lo hayas contado. Sabes que siempre dijimos que debíamos mantener la confianza entre nosotros. De no haber sido así, habría sido imposible que, a la distancia, siguiésemos juntos.

—Mi amor, las cosas no variaron de la última vez. Ella es importante por el pasado, porque crecimos juntos, por el cariño que alguna vez nos tuvimos. En cambio, tú eres toda mi vida.

—Quisiera, entonces, que me demuestres qué significa para ti.

Del otro lado de la puerta, quedaron a un lado la desconfianza, la desazón y el recelo, junto con la posibilidad de que aquello que sentían no fuese para siempre.

* * *

El transcurrir de las horas avanzó sobre el día, y el atardecer cayó implacable sobre la ciudad. Eileen, luego de la discusión, había evitado encontrarse con cualquiera de los dos. Desde que había salido de la casa, no había dejado de deambular por la ciudad, hasta que de repente contempló la construcción de un edificio con un nombre que la atrajo. Se acercó y vio que estaba frente a un hotel llamado Phoenix. Quizás el estilo que ostentaba o los deseos de sentarse en una de las confortables sillas que se veían desde afuera la hizo entrar. Una vez situada en una de las mesas justo frente a uno de los cristales que brindaba una hermosa vista hacia la avenida Córdoba, se relajó. El camarero de inmediato la atendió y le ofreció uno de los exclusivos y característicos té que brindaban en el lugar. Fue grande la sorpresa del hombre cuando el pedido de ella se limitó a un simple vaso de cerveza. El establecimiento acuñaba el lema de que nunca se debía contrariar a un cliente, y eso, sumado al hecho de que, al escucharla mezclar palabras en inglés con otras en español, supo el origen de la joven, el mozo no dudó en complacerla, ya que gran parte de la clientela del lugar era británica. Quizá los sabores que servían en el sitio, junto con la decoración del edificio, marcaban una predilección por esa nacionalidad.

Con la copa entre las manos, Eileen saboreó la fresca bebida e intentó disfrutarla a pesar de las intensas emociones que la llevaban a los mejores recuerdos que conservaba de Thomas y Barney. Aquellos momentos no solo los había tornado inseparables, sino que los había hecho unirse en las peores circunstancias de la vida.

En el otro lado del salón comedor Alexander, se ubicaba Juan Rivas junto a dos directivos del Hospital de Niños. La amplia concurrencia en la gala del día anterior y el éxito que había significado la recaudación habían hecho que lo invitasen a aquel lugar para un íntimo festejo.

—Juan, debe saber que estamos muy contentos con el modo en que se llevó a cabo la celebración del día de ayer —lo felicitó uno de los hombres.

—Muchas gracias, pero no creo que sea para tanto.

—Claro que lo fue. Sé por experiencia propia que, en cuanto se habla de colaborar, son varios los que se manifiestan con voluntad de ayudar, pero, al momento de hacerlo efectivo, se rehúsan mediante cualquier excusa.

—Lo sé, pero solo se necesita algo de persuasión —reveló el joven Rivas.

—Claro que sí, muchacho. Ya estamos acostumbrados a su capacidad profesional en el hospital y, aunque no hace tanto que trabaja aquí, debemos reconocer que ha tenido un excelente desempeño, ¿verdad, Lautaro?

—Por supuesto. Necesitamos de personas como usted, joven, para sacar adelante la institución y continuar con el plan de expansión que tenemos.

El contundente silencio de Juan sorprendió a ambos.

—Doctor Rivas, ¿le sucede algo?

Rivas se había mantenido disperso desde que vio entrar a Eileen y sentarse a pocas mesas de dónde él se encontraba. El modo en que se movía y los gestos que ejecutaba no se parecían a los de las damas que estaban dentro del recinto. Con los dedos, se aferraba a esa copa de cerveza como si pretendiera bucear dentro de ella. Nada en esa muchacha era previsible y, lejos de encantarlo, pues nunca repararía en una mujer como ella, lo asombraba verla tan distinta al resto.

—No, solo estoy un poco cansado.

Los presentes no dudaron en creer que habían extendido por demás la celebración al darle demasiada conversación al joven médico.

—Deberá disculparnos, pero debemos continuar con nuestras obligaciones —declaró Antonio Costa.

—Por supuesto —secundó Lautaro Miguens.

—Yo me quedaré unos minutos más.

—Nos vemos en el hospital.

—Hasta pronto.

Eileen sintió un escalofrío, en especial en el cuello, y no era debido a la ingesta de alcohol, sino porque escuchó en el oído una voz susurrante.

—Deberías saber que no está bien visto que una joven recién llegada beba sola una copa de cerveza.

—¿Qué haces? —dijo sorprendida al verlo sentarse frente a ella.

Juan, de inmediato, hizo una seña con la mano para indicarle al camarero que le sirviese lo mismo que estaba tomando la joven.

—Acompañarte.

—No lo necesito. En Londres, bebo en las tabernas sola sin problemas.

—Deberías saber que, aquí, algunas cosas son distintas. Supongo que no querrás hacerte de mala fama tan rápido.

—No me importa lo que piensen de mí —repuso mientras se apoyaba por encima de la mesa y se acercaba más a Juan con la copa en la mano—. ¡A tu salud!

Él estalló en una carcajada ante el desparpajo de Eileen. En ese instante, al recibir su cerveza, la levantó y luego bebió sin dejar de contemplar a la joven con detenimiento. La noche anterior, no lo había hecho. El cabello rubio le caía por encima de los hombros, y la ropa que vestía parecía acorde a la del resto de las damas del recinto. Sin embargo, mantenía una actitud de cierta incomodidad, como si quisiera arrancarse aquellas telas para vestirse de otro modo y estar en otro lugar. Más allá de las facciones armoniosas, mantenía una expresión anodina en el rostro, en el que ni los ojos celestes ni el aspecto general brillaban. Había algo que parecía ocultar.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte?

—No lo sé, debo consultarlo con Thomas.

Él tomó otro trago y volvió a preguntar.

—¿Qué relación te une a él?

—¿Qué te importa? —replicó ella con desdén.

Una vez más, el desenfado de la joven lo asombró.

—Me sorprendió verte pendiente de lo que decía y hacía.

—Es solo porque somos amigos y nos conocemos desde que éramos niños.

—Aunque no debería importarte tanto, ¿verdad? —la acicateó.

—¿Qué sabes de eso? No lo entenderías.

—Te equivocas, te entiendo más de lo que imaginas.

—¿Sí?

—Así es. A mí me sucede algo parecido con una mujer —confesó Juan.

—¿Ella está enamorada de otro hombre?

—Sí, pero no me pidas que te cuente de quién lo está.

Eileen lo miró sorprendida porque no era fácil que alguien comprendiese ese sentimiento no correspondido hacia otra persona.

—¡A tu salud! —brindó el joven Rivas, lo que provocó una sonrisa en ella, que se sumó de inmediato al gesto.

—Ellos se lo pierden.

Juan volvió a llamar al mesero para pedirle el té del que tanto se hablaba allí.

—¿Tu familia se quedó en Londres?

—No tengo familia.

Juan evitó hacer algún comentario. En cada contestación, notaba que habían llevado una vida diferente. Sin duda, Eileen era diametralmente opuesta a cualquiera de las mujeres por las que Rivas pudiese haberse interesado.

—¿Alguien te recomendó venir aquí? —consultó él.

—No, llegué de casualidad. Deambulé por las calles hasta terminar aquí.

—Entonces, no vas a perderte la oportunidad de tomar un té.

—¿Debería hacerlo?

—Yo creo que sí, y no solo para probarlo.

—Sino —continuó Eileen al mirar a su alrededor— para acallar los comentarios que no dejan de hacer en la mesa de al lado.

—Así es.

—¿Te preocupa lo que digan de ti? —inquirió ella.

—Antes sí me molestaba, pero ya no. Lo que sí me incomoda es estar en boca de otros que no me conocen ni entienden lo que me sucede. Pero, por lo demás, ya me acostumbré. Es la consecuencia de vivir en una ciudad como Buenos Aires. Los porteños somos así.

—¿Porteños? —clamó con una adorable pronunciación.

—Así nos llaman.

—Además del hospital, ¿a qué otra cosa te dedicas?

—A conversar con una desconocida —respondió él en tono simpático— con predilección por beber cerveza y que, con cierto desparpajo, no deja de asombrarme.

—¿Todo eso? Supongo que debe de ser alguien especial.

—Intentaré descubrirlo.

La conversación entre ambos continuó sin que ninguno se lo propusiese. Quizás eso permitió que cada uno hablase sin intentar encantar al otro. Juan tomó el reloj de bolsillo y supo que tenía el tiempo contado si deseaba cumplir con el último compromiso del día.

—Eileen, debo irme.

Ella estaba extrañada de haber mantenido esa conversación con alguien tan diferente a sí misma. Él era educado y contaba con la preparación que ella nunca tendría. Eileen se daba cuenta de que, si no hubiese sido por la ropa que le había brindado Thomas, así como la posibilidad de conocer personas del círculo de él, jamás se habría encontrado compartiendo esa mesa, té de por medio, con Juan Rivas.

—Yo también debería hacerlo.

—Sí lo deseas, puedo llevarte. El carruaje está del otro lado de la calle.

—No, gracias, puedo regresar sola.

—Como quieras.

Juan abonó, y juntos salieron hacia la entrada. Allí, él buscó el vehículo y, luego de recorrer unos metros hasta la esquina, se detuvo para ver a Eileen. Si bien ella no había cambiado de opinión acerca de la intención de no regresar a Londres por el momento, se dirigía hacia el puerto de Buenos Aires con paso decidido, sin saber que debía encaminarse en sentido contrario para llegar a la casa. A él le causó gracia verla avanzar y, poco después, darse vuelta y tomar el camino correcto.

* * *

Durante el ocaso, luego de una jornada con muchas ocupaciones, Thomas regresaba a su casa. Se sentía contento de haber podido concertar una negociación para importar unos caballos de carrera.

En el trayecto, recordaba lo que había comenzado como un proyecto soñado en la empresa Lowe & Co. La comercialización de cereales le había permitido a Thomas posicionar la firma en el país, y entonces, con la cría de caballos purasangre, estaba logrando contar con los mejores ejemplares en un mercado al que no había sido fácil integrarse.

La llegada de compatriotas británicos había facilitado la creación de algunos clubes hípicos ante el interés que despertaba en los porteños ese deporte. No obstante, durante un largo tiempo, la comercialización de los equinos no había brindado sus frutos, ya que aquellos animales no estaban bien preparados ni eran los más veloces. Eso había permitido que se generara una gran competencia entre los caballos criollos, de los cuales se decía que estaban por encima de los ingleses en cuanto a calidad y velocidad. Con el tiempo, todo eso se había revertido. Para Thomas, haberse relacionado con las personas indicadas no solo le había brindado un voto de confianza importante para adentrarse en el negocio, sino que también pertenecer al Jockey Club había sido un gran aliciente y respaldo. Al descender del coche, lo hizo con buen ánimo, pues parte del día había transcurrido de manera satisfactoria.

Como solía hacer, se dispuso a ordenar la correspondencia, pero de inmediato extrajo un telegrama. El remite proveniente de Londres le provocó cierta inquietud, por lo que enseguida lo abrió. Rezaba así:

Espero y ansío que, por allá, esté todo bien. Cuida de mi familia por mí, aún no sé cuándo voy a poder unirme a ellos. Te saluda, tu amigo James.

Thomas sabía que ese momento llegaría. Había varias cuestiones que solucionar y, de James, debería hacerse cargo él. Ya nada quedaba de la amistad compartida tiempo atrás. No podía borrarse de la memoria la carta de despedida de George Lowe, en la que no solo le había hablado de que lo consideraba como un hijo, sino que le había pedido que encausase a James. Para Thomas, la decisión más difícil que había debido tomar había sido, de hecho, alejarse de Victoria para cumplir con la lealtad que creía que merecía Lowe. Había dejado atrás sus propios intereses para obrar de tal manera. Victoria había sido y era el gran amor de Thomas, pero había tenido que apartarse al creer que eso era lo que en aquel momento le correspondía hacer. Sin embargo, ni la distancia ni la separación con Victoria pudieron más que el amor que ambos se tenían. Había pasado ya un largo tiempo desde que se había sentado junto a James a beber algo de alcohol para festejar un negocio o discutir en una charla. Era ya el momento de entablar esa postergada conversación y decirle que todo aquello debía quedar en el pasado, pues la mujer que amaba y que estaba junto a él era Victoria.

La concentración que mantenía en esos pensamientos se interrumpió al escuchar el chasquido de la puerta.

—Thomas, deseaba hablar contigo —pronunció una voz masculina.

—Joaquín, pasa. Yo también quería preguntarte algo.

—Gracias.

—Quiero saber si tienes alguna novedad sobre aquello que te pedí.

—No sé si es lo bastante importante, pero es lo único que he conseguido —avisó el empleado.

—Adelante.

—Confirmé los dichos de parte del personal que trabajó en La Victoria en aquella época, y coinciden en que hubo un alumbramiento y en que una joven irlandesa huyó de allí.

—¿Buscaste en los hospitales de aquel momento?

—Lo hice, pero sin resultado alguno.

—¿No tienes más? —inquirió el patrón.

—Sí. En aquel momento, regía el Gobierno de Sarmiento y, bajo su mandato, se produjo la fiebre amarilla, que asoló a gran parte de la población.

—¿Y supones que ella pudo haber arribado a la ciudad y haber muerto como tantos otros?

—Podría ser. Hay algo que me lleva a pensar en esa posibilidad —agregó Joaquín.

—¿Qué cosa?

—En aquel momento, falleció el padre Fahy, de origen irlandés, radicado en este país.

—Sé a quién te refieres. Cuando arribé aquí y me puse en contacto con otros compatriotas del lugar, me contaron sobre su obra. Tiempo atrás, fundó el Hospital Irlandés y un hogar. Entiendo adónde quieres

llegar.

—Para alguien que no conocía la ciudad y que había llegado al país hacía poco, concurrir y solicitarle ayuda y refugio al padre habría sido una solución. Me han comentado de su labor y me enteré de que se encargaba de brindarles a los irlandeses recién llegados al país todo lo que necesitasen. Actuaba como un puente entre los inmigrantes y la gente de aquí.

—Y si ella se alojó en alguno de los establecimientos fundados por él, podría haber perecido, como el cura, por la peste.

—Así es. Sé que el padre prestaba servicio en la capilla San Roque todos los domingos, pero nada he podido conseguir más que esta información que nos habla más del padre Fahy que de esta joven irlandesa a la que parece habérsela tragado la tierra.

—Eso parece —concordó el joven Wood.

—Así es. Tampoco han quedado registros sobre las personas alojadas en algunos de los lugares que él dirigía. La documentación que pudo existir allí quizás haya tenido la misma suerte que el padre.

—Está bien, Joaquín, no creo que se pueda hacer mucho más.

—Yo opino lo mismo. Solo me resta una pregunta por hacerte.

—¿Cuál? —consultó Thomas.

—¿Victoria está al tanto de todo esto?

—No, yo solo quise averiguar lo que su familia se negó a afrontar.

Al escuchar de boca de Victoria lo sucedido con los Sáenz, Thomas se había permitido dudar sobre la veracidad de los hechos relatados. Siempre había desconfiado de aquella familia, en especial de Zelmiro,

y no se había equivocado, dado que era un ser despreciable. Todos habían humillado a Victoria al tratarla como una bastarda, incluso James; pero de eso se encargaría de modo personal.

—No quise decírselo para evitar ilusionarla sin sentido. Imagina si lo hubiese hecho.

—Es una verdadera lástima, pero no creo que obtengamos mayor información que esta —juzgó Joaquín.

—Yo creo lo mismo.

—Si eso es todo, me voy. Aún debo cumplir con algunas cuestiones personales.

—¿A qué te refieres?

Un leve sonrojo cubrió el rostro del asistente, quien no estaba acostumbrado a que Thomas fisgoneara en su vida.

—Joaquín, sabes que me preocupo por ti.

—Lo sé, pero debes quedarte tranquilo.

—Sé también que estás participando en un partido político que apoya una revolución para derrocar a este Gobierno.

Thomas estaba al tanto de las noticias que todos los periódicos reflejaban en sus páginas. Incluso aquellos que eran afines al Gobierno, como *La Tribuna Nacional*, en ese momento también habían tomado cierta distancia. La presidencia de Juárez Celman no contaba con el apoyo del pueblo luego de que su mandato se transformara en una oligarquía dirigida para unos pocos que obtenía beneficios económicos a raíz de la especulación financiera. De hecho, el propio Gobierno había efectuado esa engañosa operación al solicitar empréstitos en Londres y París para ampliar y ejecutar obras

que, a la postre, habían traído mayores deudas, junto con la imposibilidad de pagarlas. Para el presidente, era importante mostrar una opulencia y un poderío frente al mundo que en realidad la Argentina no tenía.

Las provincias eran también un reflejo de lo que sucedía en la ciudad de Buenos Aires. El descontento se replicaba a lo largo del país. La conmoción social crecía a pasos agigantados, e inclusive un jefe nacional en Mendoza se había lanzado en contra del Gobierno. Toda esa situación había llevado a la creación de un partido político que se había transformado en la única oposición férrea a la facción gobernante y que había sido llamado la Unión Cívica de la Juventud. Eran muchos los jóvenes convocados para defender las libertades públicas y para exterminar el fraude en las urnas, unidos por la condena hacia la intervención estatal en los actos cívicos. Thomas sabía que Joaquín estaba detrás de esa actividad y pretendía que tomase los recaudos más convenientes para evitar peligros.

—¿Por qué me lo dices? Yo me voy a realizar mis diligencias personales solo después de terminar con mi trabajo aquí.

—Lo sé, no lo digo porque quiera impedírtelo; solo te pido que te cuides. Yo apoyo y colaboro con la causa irlandesa en pos de la independencia y sé lo que se siente cuando uno defiende sus ideales. Lo que sucede es que quiero estar tranquilo de que puedes quedarte solo durante un tiempo.

—¿Hay un viaje en ciernes?

—Eso creo —reveló el patrón.

—¿Esta vez a Inglaterra?

—Sí. Para ser más preciso, a Londres. Aún debo acomodar ciertas cuestiones y sé que ese viaje está cada vez más cerca.

—Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Lo haré.

Thomas observó que Joaquín se mantenía inquieto en la silla, dudoso entre levantarse e irse o quedarse allí.

—¿No tenías que irte?

—Ah, sí, claro.

El joven se levantó de golpe y salió del escritorio rumbo a uno de los clubes de la Unión Cívica de la Juventud. Se apresuró para no llegar tarde.

No bien alcanzó la esquina, se sorprendió al ver a Eileen apoyada sobre el tronco de un árbol al tiempo que jugaba con una hoja que sostenía entre los dedos.

—¿No piensas entrar? —interrogó él.

Ella se sobresaltó, pues no esperaba que alguien apareciese allí. De hecho, intentaba no ser vista hasta tanto decidiese entrar a la casa.

—Allí dentro, nadie va a comerte.

—Eso ya lo sé, y desconozco por qué me lo dices.

—Porque sé que hubo una discusión ayer por la noche. Entiendo que tienes una relación de amistad con Thomas. Yo solo comparto con él el trabajo, pero es un buen hombre —comentó Joaquín.

—¿Cómo lo conociste?

—Yo trabajaba de botones en el hotel en donde él se alojó no bien llegó a Buenos Aires. Siempre necesité trabajar para poder ayudar a mi familia, que está en el campo.

—¿Él te ayudó?

—Sí, y me permitió vivir de otro modo. Yo nunca olvido que trabajo para él y que no pertenezco al círculo en el que se mueve, pero he aprendido mucho y, por más que se enoje, es alguien noble con su gente.

Eileen se conmovió al percibir el sentimiento con el que hablaba aquel muchacho de Thomas.

—Y te puedo asegurar que, desde que llegó la señora Victoria, ha cambiado.

—¿A qué te refieres? —inquirió ella.

—Es otro desde su arribo. La noticia de que tenía un hijo lo cambió de un modo muy especial. No sé cómo explicarlo, pero a veces me molesta.

—¿Qué cosa?

—No sé si puedas entenderlo, pero, cuando los veo y noto la fuerza de su unión, creo que a mí nunca me sucederá algo así. Estoy interesado en una mujer, y me encantaría vivir eso que veo en ellos. Me parece que la relación que tienen se da muy pocas veces.

—No sabes cuánto te entiendo —expresó Eileen.

—Entonces, deberías entrar y continuar con lo que tenías pensado hacer.

—Gracias, Joaquín.

—Nos vemos más tarde.

Ella enfiló hacia la casa y cubrió los últimos pasos hasta alcanzar la puerta. Se quedó allí, dubitativa, durante unos minutos, pero luego volteó la cabeza y vio a Joaquín, que no se había movido de la esquina y que aguardaba a que ella entrara.

Cuando el muchacho corroboró que ella se perdía a través de la puerta, retomó el camino para encontrarse con sus correligionarios de partido.

La puerta del escritorio de Thomas estaba entreabierta, pero el murmullo que provenía de allí no fue lo que la detuvo a escuchar la conversión, sino la mención de la ciudad de Londres. Esa sola referencia la alertó, así que se acercó para oír lo que hablaba Thomas con Victoria y supo que debía hacer algo al respecto. Continuó el camino hasta su habitación, sin dejar de considerar las consecuencias que implicaba esa conversación para ella.

* * *

Victoria acababa de levantarse sin la compañía de Thomas, quien la había dejado descansar luego de una noche en la que los fantasmas del regreso a Londres habían retornado. Ella sabía que, por mucho que desease quedarse en la ciudad de Buenos Aires, no podía negarse a efectuar ese viaje. Ni ella ni Thomas serían felices si no cortaban con los lazos que aún los unían a Londres. Se apresuró a vestirse y fue, como cada mañana, a saludar a su hijo. Cada vez que lo arropaba en sus brazos, se sentía a salvo de todo. Mientras las manitos de él se enredaban en la larga cabellera de la muchacha, ella lo llenaba de besos en los rozagantes mofletes para hacerlo reír una y otra vez.

—Victoria —llamó una voz femenina.

—Eileen, pasa.

—Necesito hablar contigo.

—Siéntate.

Vio que se ubicaba en uno de los sillones del amplio cuarto de Colin. Si bien lo esperaba, no había imaginado que estaría dispuesta tan pronto a hablarle sobre lo sucedido la noche anterior, cuando Thomas y Eileen habían terminado en una desagradable discusión.

—Si vienes por lo ocurrido ayer, ya está solucionado.

—Victoria, sé que no me comporté como es debido, pero aún no hablé con Thomas sobre aquello. Cuando quise hacerlo, los escuché conversar sobre regresar a Londres.

—¿Escuchaste detrás de la puerta? —inquirió Victoria.

—No estaba cerrada, sino entreabierta.

—¿Y eso te habilita a que andes husmeando por la casa?

—En eso te equivocas. No soy una fisgona, pero, gracias a haberme enterado de aquello, vengo hablar contigo.

—Adelante —comentó extrañada.

—Debo suponer que el regreso es inminente.

—Lo es, aunque no tenemos una fecha exacta.

—Yo no quiero ir con ustedes —soltó Eileen.

—¿Cómo?

—Victoria, no puedo ser parte de esa partida.

—¿Por qué, Eileen?

—Por el mismo motivo por el que vine aquí. Mi relación con Barney llegó a una etapa en donde alejarnos el uno del otro era lo mejor. No entenderías si te lo explicara.

—Inténtalo —insistió Victoria.

—Mi vida ha sido muy diferente a la tuya. Yo me crié en la calle junto a Thomas y Barney. Durante años, hemos sido inseparables. Thomas hizo su camino, por mucho que nos haya pesado a nosotros. Sabes que Barney sigue en la misma condición de siempre, y yo me he cansado de los problemas en los que se mete debido al alcohol y a las peleas callejeras. Tú has visto la locura que es todo aquello. No tengo a quién recurrir sino a ustedes.

Victoria no olvidaría jamás la ocasión en que había visto a Thomas en plena contienda callejera. Aún recordaba la zozobra y la rabia que había sentido al comprender que él podría terminar en el estado en que estaba el contrincante. De solo pensarlo, se le helaba la sangre.

—Y vienes a hablar conmigo para...

—Victoria, no quiero regresar tan pronto, no puedo. No te imaginas lo mucho que me cuesta pedirte esto: intercede ante Thomas.

Unos pasos distrajeron a la solicitante.

—¿Hablaban de mí?

Wood apareció con una sonrisa al ver que su hijo contemplaba embelesado a Victoria, que lo tenía en brazos. Encontrarse con Eileen sentada frente a ella lo sorprendió. Esperaba que ambas hubieran pactado una tregua, si bien él aún tenía pendiente una conversación con Eileen. Thomas se acercó a besar a Colin y a Victoria antes de sentarse en el brazo del sillón en el que la última estaba sentada.

—¿Interrumpo?

—No, solo quería saludar a Victoria y ver a Colin.

—Eileen, pensaba conversar de esto contigo más tarde, pero creo que este es el momento. Cuando me enviaste el telegrama, yo le pedí a Margaret que dispusiera de todo lo que necesitas, pero no lo hice en realidad para alentarte a que vinieras, porque, de hecho, sabía que muy pronto deberíamos regresar a Londres. Eileen, ha llegado el momento de hacerlo.

—Thomas, no puedo —se negó ella.

—Si lo dices porque no has conocido lo suficiente la ciudad, te invitaremos más adelante, y podrás quedarte el tiempo que desees.

—No quiero irme. No he venido para regresar a Inglaterra al poco tiempo de haber llegado.

—Deja de ser caprichosa. Ya te he dicho que no puedes disponer de mí como se te antoje.

—Thomas —lo frenó Victoria al momento que depositaba al niño en los brazos de él —, no me parece tan disparatado que Eileen desee quedarse.

—¿Qué dices?

—Que si ella lo desea, podría permanecer en esta casa.

—¿Sola? Poca vendrá con nosotros.

—Sí, pero quedará gente del servicio en la residencia en caso de que ella necesite algo —agregó Victoria.

—Eileen, no conoces a nadie aquí. Olvídate de la idea de quedarte en esta ciudad que te es ajena.

—La noche pasada, conocí a las personas que me presentaste.

—Mi amor, estaría Josefina para lo que ella precise —argumentó Victoria.

Thomas la miró extrañado. Podía entender la obstinación de Eileen, pero desconocía la testarudez de Victoria.

—No insistan —sentenció.

—Joaquín vive aquí. Estuve conversando ayer con él y creo que es alguien en quien puedo confiar —añadió Eileen.

—Claro que puedes hacerlo, pero él estará ocupado en otras cuestiones, no podrá hacerse cargo de ti.

—Thomas, no soy una niña.

—Mi amor, ella no está tan equivocada —secundó Victoria.

—Eres tú quien está empeinado en que no me quede.

—Eileen, te conozco, y siempre quieres salirte con la tuya. Esta ciudad no es Londres y no estás familiarizada con ella. Podrías meterte en algún problema, y yo estaré lejos.

—Puedo contar con Juan Rivas también.

—¿Con Juan? —preguntó sorprendida Victoria.

—Así es. Tomé el té ayer con él en el Hotel Phoenix.

Thomas cruzó una imperceptible mirada con Victoria. Eso sí que les había llamado la atención a ambos.

—Él no es una persona en la que puedas fijarte. Puede dañarte —le advirtió el dueño de casa.

—Thomas, el único bebé que tienes está en tus brazos. Yo ya soy grande, y sabes que puedo cuidarme sola.

—Mi amor, estaremos en contacto durante el tiempo que Eileen permanezca aquí. Lo peor que puede suceder es que ella deba sacar un pasaje de regreso a Londres, y allí nos reuniremos todos otra vez.

—Victoria tiene razón. Thomas, sabes que no suelo rogar por nada, pero esta vez, por favor, te suplico que me dejes quedarme. Te aseguro que no vas a arrepentirte.

Thomas no entendía la insistencia de Eileen por evitar el viaje, pero hacía tiempo que había dejado de intentar comprenderla.

—Haz lo que quieras; que quede claro, sin embargo, que no estoy convencido de esto.

Thomas se levantó y dejó al niño en la cuna, ya que, en medio de la conversación, el pequeño había caído en un sueño profundo.

—Me voy a mi despacho.

Sin más, se retiró y, durante unos instantes, el recinto se cubrió de un silencio pesado e incómodo.

—Gracias, Victoria. Quizás, en algún otro momento, podamos hablar más tranquilas.

—Cuando quieras. Eso sí, ten cuidado con Juan. Él es un buen muchacho, pero...

—Ama a una mujer que no lo corresponde —completó la idea de Victoria—. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Desconocía que lo supieras.

—Victoria, yo jamás me fijaría en alguien al que nunca podría acceder. No cuento con educación ni con todo lo que debe tener la mujer que quiera estar a su lado.

Victoria supo que no había nada más que discutir. Eileen sabía lo que hacía con su propia vida. El modo en que se había manejado siempre hablaba a las claras de que sabía cuidarse sola.

—Entonces, comenzaré a dejar todo listo para tu estadía en la ciudad de Buenos Aires.

Victoria invitó a Eileen a retirarse y dejó a su amado Colin al cuidado de Paca, que acababa de entrar.

—Creo que quedaré en deuda contigo —dijo Eileen a la joven.

—No es así. Lo único que te pido es que te cuides. Thomas va a estar preocupado por ti. Él piensa que eres su responsabilidad.

—Una vez más, se equivoca, porque él debe velar por ustedes, que son su familia. Yo ya no lo soy.

Victoria supo que podía confiar en ella. Asimismo, estaba convencida de que la idea de Eileen de quedarse en la ciudad no era tan descabellada como creía Thomas.

CAPÍTULO 7

Estampas del pasado

El carruaje en que Victoria iba a bordo había aminorado el traqueteo, señal de que acababa de arribar al lugar del encuentro. Luego de descender, se detuvo para mirar a su alrededor. La Basílica de La Merced se erigía en diagonal del Grand Hotel, hacia donde ella se dirigía. Cuando comenzó a caminar, recordó los momentos que había atravesado no bien había arribado a la ciudad, al alojarse en esas instalaciones. Habían transcurrido varios meses desde aquella época, y la vida de la joven había dado un vuelco inesperado pero soñado. Sin embargo, ese hotel había sido también el testigo silencioso de los desencuentros con Thomas y de la negativa de él a estar con ella. Entonces regresaba para reunirse con Josefina y contarle que el día de la partida, esa vez junto a Thomas y Colin, se aproximaba de manera inexorable, por lo que otra vez deberían separarse.

—¿Regresas?

Los ojos café de su amiga estaban abiertos como dos faroles, sin poder disimular la sorpresa que le causaba que Victoria se fuese tan pronto.

—Sí. Por mucho que desee quedarme aquí, no puedo eludir todo lo que dejé en Londres. Sé que Thomas intenta refrenarse y no decirme lo que significa para él este viaje.

—Imagino que debe de ser difícil para ambos.

—No te imaginas cuánto. No deseo ver a James y desconozco cuál será su reacción cuando me encuentre con Thomas y Colin.

—Victoria, no debes angustiarte. Esto es algo que debía suceder y, cuanto antes lo resuelvas, más pronto podrás dejar atrás esta incertidumbre que no debe de dejarte tranquila.

—Eso espero.

—Lo que más voy a lamentar será que me alejes de este hombrecito que me tiene loca de amor —concluyó Josefina con una sonrisa.

—A mí no me engañas —repuso la otra al acercársele—. Tu debilidad no es mi niño, sino un hombre hecho y derecho que, con solo mirarte, te obnubila.

—Esta vez tienes razón.

Josefina estalló en una carcajada, y las mejillas se le colorearon de un tono carmesí. Victoria la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que había algo más.

—Dime, ¿qué sucede?

—Luego de tomar este té, me escaparé para verlo.

—¿Todo depende de este té? Mira lo que hago —dijo Victoria al tomar la taza con las dos manos y, de un trago, beberse la infusión.

—¡Victoria! Está caliente, estás loca.

—No más que tú —objetó burlona.

—Por más que me apure, Francisco no estará disponible hasta dentro de un rato. Aún tenemos tiempo para hablar.

—Entonces, comienzo yo. ¿Qué te parece Eileen, la amiga de Thomas?

—Ella no puede caerme en gracia luego de la actitud que ha mostrado hacia ti. Al menos, ahora que regresa a Londres, ella retornará a su vida y dejará de molestarte, ¿o no crees que sea así?

—De eso quería hablarte. Ella no vendrá a Londres.

—¿Y dónde se quedará? Entiendo, no quieres que vaya contigo. Hmm, puede ser una buena manera de quitártela de en medio. Oh, no —comentó Josefina mientras negaba con la cabeza—. No querrás que se quede conmigo en mi casa.

—Por supuesto que no. Nunca te pediría algo así. Thomas no está de acuerdo con que permanezca en Buenos Aires, pero yo creo que quizás no sea tan mala idea. No lo pienso como una estrategia para hacerla a un lado, pues en Londres hay bastantes personas con quienes lidiar. Ella se quedará en nuestra casa. Ambas hemos hablado y aclarado ciertas situaciones.

—¿Y le has creído?

—No he tenido tiempo para asegurarme de su honestidad, pero quiero darle una oportunidad. Por eso, como va a quedarse aquí, quería saber si puedes pasar un tiempo con ella por si necesita algo.

—Sabes que, si me lo pides, lo haré —le aseguró la joven Estrada.

—Gracias, Jose. Aunque hay algo que me desconcertó. Cuando hablé con ella, dijo que, si bien la ciudad le era ajena, tenía algunos conocidos, y mencionó que estuvo tomando el té con Juan en el salón al que fuimos la otra vez.

—¡En el Phoenix Hotel con Juan! No puede ser.

—Jose, tampoco es algo tan tremendo.

—Claro que lo es. Él se merece a otra mujer. Eileen me da mala espina.

—Yo no voy a defenderla, pero tampoco me parece que es para que te lo tomes de este modo —opinó Victoria.

—Sabes lo mucho que quiero y aprecio a Juan.

—Lo sé, pero, en tal caso, deberías dejar que sea él quien elija.

—Tienes razón.

—Además, tienes otras cuestiones en las que pensar, ¿verdad?

—Por supuesto. Y, hablando de eso, creo que es hora de que vaya a verme con Francisco —comentó Josefina.

—Ve, que yo me arreglo aquí. Y cuídate mucho.

—Gracias.

La muchacha se levantó de un salto y, en unos pocos segundos, ya estaba fuera del hotel, rumbo a ese ansiado encuentro.

Para Victoria, recorrer los lugares por los que había estado esa tarde le traía recuerdos de lo que había atravesado para vivir la felicidad que compartía con Thomas. Con sus guantes de cuero, empujó la puerta de cristal y madera que habilitaba el ingreso al Hospital Británico. Nunca dejaría de agradecer todo lo que habían hecho por él cuando estuvo herido, pero el motivo de esa visita era verse con la señorita Taylor. No podía abandonar la ciudad sin despedirse de esa mujer, a quien le estaría siempre agradecida por haberla acompañado en el momento más difícil que había vivido. En

medio de tales remembranzas, la vio aparecer por uno de los largos pasillos con el impecable uniforme en compañía de otra enfermera, aunque con señales de cansancio en el rostro.

—Victoria, ¿qué haces por aquí? Supongo que vienes solo de visita.

—Así es.

—Te presento a Isabel Eames, que ha llegado de Londres hace unas pocas semanas.

—Un placer conocerla.

—Victoria, ella ha estado trabajando en el Hospital Saint Thomas —explicó la enfermera en jefe.

—Yo también he colaborado allí, pero, luego de tener a mi hijo, he debido abandonarlo.

—Imagino que fue un muy buen motivo para hacerlo —apuntó la recién llegada.

—Por supuesto.

—Quizá nos hayamos cruzado en alguna oportunidad, aunque, este último tiempo, he estado tan ocupada que no recuerdo muchos rostros.

—¿Ha venido a instalarse aquí? —interrogó la recién llegada.

—Victoria, Isabel tiene la intención de quedarse a vivir aquí para establecer, si todo está en condiciones, una escuela de Enfermería. Se necesita de tiempo, esfuerzo y paciencia para hacerlo, pero doy por descontado que, para el año entrante, podremos contar con este proyecto.

—Sería muy bueno, que el hospital pueda contar con una escuela de esas características. Tener su experiencia dotará de importantes conocimientos a quienes participen. En el tiempo que asistí al Hospital Saint Thomas, noté el respecto por Florence Nightingale y su obra —comentó Victoria.

—No pretendo emularla, ya que ella fue una pionera, pero me da felicidad preparar a mujeres para la enfermería, aunque, al principio, por un tema de idioma, será solo para nuestra comunidad.

—Al menos es un gran comienzo. —Hizo una pausa y luego comentó—: Yo vine aquí a despedirme porque en breve regreso a Londres con Thomas y Colin.

—¿Piensan quedarse mucho tiempo allí? —inquirió la señorita Taylor.

—No lo sé. Yo tengo deseos de quedarme aquí e instalarnos de manera permanente en Buenos Aires, pero esa decisión ya no depende solo de mí.

—No quiero ser entrometida —intercedió Isabel—, pero, si piensas concurrir al hospital, van a dar unos cursos que quizás te interesen. Conozco a la persona que los dará, y es de mi máxima confianza.

—Me encantaría asistir. Ojalá pueda hacerlo.

—Si lo haces, ve de mi parte y dile que hemos estado juntas. Supongo que no tendrás tiempo de abocarte mucho a esta especialidad, pero te aseguro que puede resultarte útil y, por otro lado, tendrás algo más para distraerte.

—Para mí, que haya llegado Isabel es una gran alegría. Ya no estaré sola en la toma de decisiones —expresó la enfermera de mayor rango.

La conversación se desarrolló unos cuantos minutos más de manera amena y cordial. Luego, cuando llegó el momento de la despedidas, Isabel agregó:

—Victoria, vi el aporte que has hecho con la colección de Dickens.

—Es algo mínimo ante tanto dolor que hay aquí dentro. Si con la lectura se logra distraer a los enfermos de todo esto, me doy por satisfecha.

—Ya sabes que eres bienvenida aquí las veces que quieras venir y, en especial, si regresas y te quedas a colaborar —aseveró la señorita Taylor.

—Del mismo modo en el Hospital Saint Thomas —concluyó Isabel.

—Les aseguro que, una vez que me instale, les enviaré noticias mías.

—Espero que todo salga como lo deseas.

Una vez que Victoria se despidió, recorrió el pasillo para salir de la institución hospitalaria con ganas de regresar en alguna oportunidad.

* * *

La ansiedad de Josefina, desde que había salido de tomar el fugaz té con su amiga, no había mermado. Verse con Francisco esa tarde era el anhelo más profundo que había guardado durante los días anteriores, luego de que él le hubiese demostrado, en la gala de beneficencia, lo poco que le importaban las miradas ajenas. En medio de esos

pensamientos, alcanzó la esquina del consultorio de Rivas. Creía que ese era el único lugar seguro para poder verse, y la ilusión por ese encuentro la colmaba de felicidad.

—¿Qué haces por aquí?

La sonrisa que la muchacha tenía dibujada en el rostro se le borró de un plumazo al escuchar la sorda voz de su padre.

—¡Josefina, te pregunté qué haces a menos de una cuadra del trabajo de Francisco!

Estaba harta del permanente hostigamiento del señor Estrada. No había manera de que entendiese cuánto lo amaba y que solo de la mano del mayor de los Rivas sería feliz.

—Padre, acabo de juntarme con Victoria a tomar el té.

—Quiero saber hacia dónde te diriges.

—Al fin te encuentro, Jose.

Padre e hija se dieron vuelta de inmediato al escuchar a Juan detrás de ellos.

—Juan, ¿qué haces aquí? —inquirió don Estrada.

—Me retrasé un poco del horario pactado para verme con su hija.

—¿Aquí?

—Debía venir a buscar unos papeles al consultorio de mi padre y creí que podría verme con ella. No tengo mucho tiempo, así que pensé que sería una buena idea.

—Claro que lo es. Josefina, deberías habérmelo dicho.

—No he tenido la oportunidad de hacerlo —se justificó la joven.

—¿Adónde piensan ir?

—En la otra esquina, hay una confitería. Don Mariano, si lo desea, puede venir con nosotros.

—De ningún modo —dijo al mirarlo y sonreírle de manera cómplice—. Disfruten de la cita. Hija, te veo en casa.

—No se preocupe, que yo me encargo de acompañarla hasta la finca —prometió Juan.

Ambos se dieron vuelta para observar cómo se retiraba Mariano Estrada a buscar el carruaje que lo aguardaba.

—Caminemos hacia el lugar al que le dije que iríamos —le susurró él mientras avanzaba junto a Josefina—. No se irá de aquí hasta que no nos vea entrar en la confitería.

—Gracias, Juan.

—De más está preguntarte si ibas a encontrarte con mi padre, ¿verdad?

—Juan...

—Adelante. —Él le abrió la puerta de ingreso al establecimiento, y se sentaron en una mesa ubicada frente a una de las amplias ventanas del recinto—. Desde acá, tu padre nos verá y se irá de inmediato.

—Gracias.

Josefina se frotó las manos. No sabía si el frío que sentía se debía al clima o a los nervios que había sufrido al verse descubierta.

—Vamos, Jose —la tranquilizó el joven médico al apoyar las manos sobre las de ella—; no es para tanto. Quiero que sepas que esto lo he hecho por ti. No podía dejar que tu padre tomara alguna represalia contigo.

Juan hizo un gesto para llamar al mesero y pedir dos chocolatadas bien calientes. Esperaba que, con esa bebida, a Josefina se le calmaran los nervios que tenía y dejara de tiritar. Aunque ella dijera que se debía a la temperatura, intuía que en realidad era producto de la situación vivida.

—Te agradezco, Juan, aunque todo esto se tendrá que arreglar cuanto antes.

—Eso no depende de mí, sino de mi padre y, con él, las cosas no están del mejor modo, lo sabes.

—Juan, debes entender que lo que me une a Francisco es...

—Jose, no vine a hablar de lo que sientes por él. Ya no me importa, o al menos eso debería pasarme, ¿verdad?

Ella bajó la mirada y evitó contestarle porque no quería lastimarlo. Lo quería, pero nunca del modo que Juan le había demostrado. Esperaba que eso quedase en el pasado.

—Eres mi amiga aún, y no querría que pasaras por un mal momento con tu padre.

—Gracias otra vez. Claro que tú también eres mi amigo, y me preocupo por ti. De hecho, hay algo que me inquieta de manera especial.

—Vamos, te escucho —alentó él.

—Sé que te has visto con Eileen, la amiga de Thomas que vino desde Londres.

Juan evitó demostrar la sorpresa que le provocaba lo que ella le decía. El mozo acababa de depositar las tazas humeantes, y el muchacho tomó un sorbo mientras prestaba atención a Josefina.

—No es alguien conveniente para ti. No sabes quién es, ni por qué ha pasado y, además, en algún momento regresará a Londres.

—¿Desde cuándo te interesa con quién me veo?

Él desconocía cómo podía haberse enterado de que había compartido un momento con Eileen. Al parecer, la llegada de esa amiga de Thomas a la ciudad había levantado rumores de todo tipo, y el encuentro con ella había dado de qué hablar a la chusma.

—Me alarma todo aquel que pueda lastimarte, y quizás ella lo haga.

—Te agradezco la preocupación, pero, aunque no lo creas, sé cuidarme solo.

—Perdón, se los ve tan bien que no quiero molestarlos — interrumpió una voz varonil.

Francisco los estaba observando hacía unos largos minutos mientras ellos, con las manos unidas sobre la mesa, conversaban como si fuesen una pareja de enamorados. Quizás lo eran, y él aún no se había dado cuenta.

Josefina deslizó las manos por debajo de las de Juan y, sin desearlo, golpeó la taza y volcó el contenido.

—Deberías cuidar más lo que tienes —clamó Juan—. Jose, nos vemos en otra oportunidad.

—No te vayas, el que se retira soy yo —repuso Francisco.

Juan se levantó de inmediato de la mesa y se acercó a su padre.

—No te comportes como un niño.

Josefina se estremeció ante la mirada desafiante y encendida de Francisco Rivas. Se podía leer en ella el deseo por estar junto a la muchacha, la rabia por haberla encontrada allí y los celos hacia su propio hijo, aunque estaba segura de que la culpa por eso no dejaba de perseguirlo. Él se sentó frente a ella y desplazó la taza servida. Levantó la mano para hacerse cargo de la cuenta sin dejar de contemplar a Josefina. Deseaba perderse en los ojos color café de ella, bucear en ellos y comprender lo que le sucedía.

—Mi padre me encontró a pocos metros de tu consultorio. Juan apareció y simuló una cita. De ese modo, lo convenció de que se fuera. No te enojas con él.

—Quizá deberías haberte quedado con él y continuar agradeciéndole.

A Francisco lo consumía una duda que aún estaba alojada muy dentro de él. ¿Era Juan el indicado para ella? Quizá Josefina se negaba a confesarle que aún sentía algo especial por el joven. ¿Y su hijo todavía seguía prendado de ella? Esa última pregunta tenía, para él, una respuesta afirmativa.

—Francisco, me cuesta entenderte. Me dices que no te importa lo que comentan los demás, pero luego no haces más que recriminarme lo que hago y con quién estoy. Más aún al ver que quien me acompaña es Juan.

Ella sucumbió a la mirada ardiente e incendiaria lanzada por él. El calor que le invadió su cuerpo le coloreó las mejillas.

—Si aún no logras comprenderme, sabes lo que debes hacer. Vamos.

Ella se levantó cuando él la tomó de la mano y tiró de la muchacha. Le pasó el brazo por la cintura para guiarla hacia el exterior, donde una bocanada de aire gélido los envolvió. Él detuvo un carruaje con la mano libre.

—¿Adónde vamos? —consultó ella.

—A tu casa. Es lo mejor.

—Pero...

Los ojos de Josefina se llenaron de lágrimas, aunque no quería sucumbir al llanto. No podía creer el comportamiento que Francisco tenía. La ilusión que había mantenido mientras lo esperaba acababa de diluirse.

—Como quieras —musitó ella, sin ánimo de discutir.

El silencio instalado en el interior del vehículo fue elocuente. Ella no entendía cómo él se mantenía apartado sin siquiera rozarla. La tensión crecía a medida que el carruaje avanzaba rumbo a la casa de Josefina. Ella describió la cortina de seda y supo que estaban a pocas cuadras de la vivienda, sin que nada hubiese cambiado entre ellos.

El coche se detuvo en la esquina de la propiedad de los Estrada. Ella intentó salir de inmediato, pero él se lo impidió, descendió antes y la ayudó a bajar. Cuando Francisco trató de retenerla para despedirse, ella se soltó del brazo de él y salió disparada hacia la casa. Lo que el médico no logró ver fue que lo hacía envuelta en lágrimas.

Josefina parecía revivir todo cuanto había ocurrido tiempo atrás, cuando sus padres insistían en que Juan era un excelente candidato para ella. Don Mariano estaba en la casa y le había comentado a su

esposa sobre el encuentro de los dos jóvenes. Por más que ella le había dicho que no creía en que aquella relación pudiera tener algún viso de seriedad, él parecía estar seguro de lo contrario. Cualquiera otro habría sido un mejor pretendiente que aquel que había sido un amigo y se había transformado en su peor enemigo.

—Hija, creo que será conveniente que invitemos a cenar mañana a Juan —propuso Mariano.

—Disculpen, estoy con un fuerte dolor de cabeza.

—Querida —acotó doña Estrada—, ve a descansar. Cuando regresemos, si aún persiste, llamaremos a un médico.

—Pero, mujer, ¿qué dices? ¡Francisco no vendrá a atenderla nunca más!

—Querido, no me refiero a él, no grites. Hija, ve a descansar.

Doña Estrada la vio alejarse y se dirigió a su esposo.

—Resuelve cuanto antes la cuestión con Francisco y no vuelvas a comportarte así con nuestra niña. La noté apesadumbrada y no quiero volver a verla como estaba antes de que partiésemos de viaje a Europa. No lo soportaría.

—Tú ve a dar las últimas indicaciones al personal, que no quiero que se nos haga tarde.

Estrada no mencionó que esperaba ver a Francisco en la gala a la que concurrían esa noche. Terminaría de dejarle claro que le daría la mano de Josefina a un buen hombre que la pretendiese, pero nunca a él.

* * *

El brasero instalado en la sala irradiaba el calor que Josefina necesitaba en el cuerpo. Ni siquiera el caldo que tenía entre las manos lograba quitarle la sensación de vacío que persistía desde esa tarde, cuando nada de lo sucedido había transcurrido según lo había soñado. Escuchar la retahíla de su padre sobre la conveniencia de aquella cita con Juan la hastiaba. Esas afirmaciones eran una permanente alusión a la oposición, aversión y rechazo que Mariano sentía hacia Francisco. Por más que él se preocupase por resaltar que esa inquina se debía a que Rivas padre no era el candidato ideal para ella por no contar con los requisitos imprescindibles de un pretendiente, había algo más profundo e inescindible que no mencionaba. Ella sospechaba que tenía que ver con la traición a esa amistad que ambos habían conservado durante años. Era ahí donde Mariano no podía transigir.

—Señorita Josefina, su madre me pidió que insistiera en que comiese como es debido.

—Lo sé, pero no es necesario que le digas que no lo hice.

La criada abrió los ojos oscuros de un modo que parecían dos manchas de alquitrán en medio del empedrado.

—No puede pedirme que le mienta a su madre.

—No te exijo que lo hagas, solo que lo omitas, al menos mientras no te lo pregunte.

La empleada mantuvo el ceño fruncido en la frente al escucharla, pues no entendía la diferencia que la señorita le marcaba.

—Tienes razón, Rosita, haz como quieras. Ahora me voy a descansar. No te preocupes, mañana estaré bien y comeré los manjares que prepares.

—Eso espero —contestó, sin estar muy convencida de que la niña se fuera a sentir mejor.

Josefina sabía que la familia había padecido el comportamiento taciturno y desolado que había mostrado ella antes del viaje que habían emprendido a Europa. La angustia vivida ante la imprevista partida de Francisco hacia Norteamérica le había provocado semejante estado. Ya nadie en la casa quería volver a verla así, y la falta de apetito había sido un síntoma a tener en cuenta.

Ella dejó de pensar en todas las consecuencias que había tenido su propio proceder en el pasado cuando, tras cerrar la puerta de la habitación, sintió que una mano le aprisionaba la boca. El cuerpo de Victoria chocó con otro, y el estremecimiento que la atravesó de punta a punta no hizo más que confirmar que era Francisco quien la sostenía por detrás.

—¡Shh! No grites.

Él la dio vuelta y, al tenerla tan cerca, no dudó en hacer lo que tanto había deseado realizar esa tarde y que los celos que lo habían embargado se lo habían impedido. La boca de él buscó la de ella con hambre y desesperación. Recién en ese instante, al tenerla entre sus brazos y acariciarla, sintió que renacía. Los tímidos gemidos que ella emitía mientras él descendía con los labios por el fino cuello de Josefina le permitieron sentirse vivo. Durante las horas transcurridas desde que la había dejado en la casa, se había sentido morir. Supo en ese tiempo que, a ella, podía perdonarle cualquier cosa, incluso estar interesada en Juan. Entendió que el amor que sentía por ella era tan inmenso que superaba el orgullo que siempre había alardeado tener. Lo único que le importaba era que aquella joven estuviera con él. De

ese modo, podría tolerar cualquier situación, aunque no desistiría en el intento por que ella solo pensara en él, en esos besos, en esas caricias y en todo lo que él era capaz de ofrecer a una mujer. Ella aún no era consciente de que la amaría más allá de todo y a pesar de las circunstancias más adversas que les tocara vivir.

—Te amo —susurró sobre los labios de ella—. No te imaginas cuánto.

Josefina sentía el cuerpo desfallecer, esa vez no de debilidad, sino de felicidad. Era así como deseaba estar con él. Cualquier enojo que pudiera haber sentido por la manera en que él se había comportado se había esfumado en el mismo momento en que había escuchado esa voz. Ella deslizó las manos por los hombros de Francisco hasta sujetársele del cuello para acercarlo más, si aún era posible. Las manos de él se deslizaron hacia los pechos enhiestos para acariciarlos y experimentar con todas las sensaciones que podía provocarle. Eso lo hacía sentirse más vivo que nunca. Con los dedos, fue desabrochando la larga hilera de botones con la que contaba el vestido azul y negro que llevaba. A cada minuto que pasaba y con cada caricia que le prodigaba, la pasión que ella despertaba en él lo encendía más y más. De a poco, el pesado género cedió hasta que parte del vestido cayó.

—Josefina, te deseo.

Ella expresó entre gemidos y jadeos las ansias que la embargaban al igual que a él.

—¡Señorita! —interrumpió la empleada con golpes a la puerta al tiempo que intentaba abrirla con un constante movimiento del picaporte, sin poder lograrlo—. ¿Le sucede algo?

Francisco la sostuvo entre sus brazos mientras intentaban quietarse. Recién en ese instante se dio cuenta de lo que habría sucedido si no se hubiese producido ese contratiempo.

—Mi amor, dile algo —le susurró a la joven en el oído.

—Rosita, me acabas de despertar.

—Disculpe, solo me preocupaba por usted.

—Déjame dormir.

—Hasta mañana, mi niña.

Francisco debió calmar la respiración agitada que tenía y apoyó la frente contra la de ella para sosegarla. Luego, comenzó de a poco a colocarle el vestido en tanto trataba de enganchar la larga abotonadura de la espalda. A medida que lo hacía, los dedos masculinos no dejaban de acariciarla.

—¿Por qué te has detenido?

Él le levantó la barbilla con una mano y adoró el gesto de ella. Volvió a besarla, pero, esa vez, con dedicación y sin premura, como si el tiempo no fuese a acabarse y nadie pudiese romper ese instante que solo les pertenecía a los dos.

—Josefina, es mejor así.

—¿Piensas irte?

—No. Ven.

Ella fue hasta la cama, y él la arropó con sus brazos. Allí, entre las caricias y las palabras susurradas, Josefina había revivido. Era ahí, junto a él, donde deseaba estar.

—Toda mi vida, soñé estar de este modo —señaló.

—Mi amor, te deseo como nunca antes me sucedió. Quiero hacerte mía, pero me dejé llevar. Deseo hacerte feliz, pero no quiero que suceda aquí.

—Entonces...

—Vine a decirte —continuó él— que, en estos días, concertaré una entrevista con tu padre. Quiero formalizar nuestra relación y decirle que vamos a casarnos.

—Pero él no va a permitirlo. No tienes idea de todo con lo que debí lidiar esta tarde cuando regresé. Él creyó ver algo que nunca existió cuando Juan apareció.

—Y si hubiese existido, nadie podría culparte por sentirte atraída por un joven de tu edad.

—Pero jamás me sucedió algo así porque, por más que te resistas a escucharlo y te niegues a aceptarlo, yo estoy enamorada de ti desde siempre, y nadie puede hacer tambalear los sentimientos que despiertas en mí.

—Mi amor, si así fuera, yo nunca dejaría de amarte. Por eso, hasta que me muera, deberás lidiar conmigo.

Él le besó la punta de la nariz ante la franca sonrisa que ella le regaló.

—¿Cómo harás para que mi padre concurra a un encuentro? No va a querer saber nada de ti.

—Eso es lo que dice, pero él sabe que aún hay algo pendiente entre nosotros y que yo no descansaré hasta tenerte. Es eso lo que lo hace reaccionar cada vez que nos vemos. Mi amor, por el bien de ambos, eso tiene que terminar.

—Me da miedo escucharte hablar de este modo —reveló ella.

—No debes temer. Por más que se niegue, deberá entender cómo nos sentimos. Ya soy un hombre hecho, y él sabe que puedo darte todo lo que desees. Ya no debo esperar como un joven para tener algo. Aunque se niegue, no conseguirá que me aparte de ti.

—Lo único que deseo es que me ames.

—Mi amor, deja que arregle esto con tu padre para entonces estar juntos y no separarnos más.

—¿Va a ser así de fácil?

—Te lo prometo —juró él.

Selló las palabras con un beso que calmó las ansias que ella tenía por que al fin todo se solucionase. Josefina le daba la fuerza para saber que nada era imposible, ni siquiera convencer a Mariano Estrada de que él sería el esposo de su hija y de que no aceptaría un “no” por respuesta.

—¿Ya te vas?

—Es lo mejor. Pretendo que tu padre me acepte, y no le va a caer en gracia encontrarme aquí, aunque te aseguro que daría lo que fuera por quedarme contigo.

—Yo podría convencerte.

—Josefina, no necesitas hacerlo —replicó con una sonrisa.

Ella se abrazó a él sin desear que la abandonase allí.

—Tus padres deben de estar por llegar de la velada que tenían.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo había prometido asistir también, pero, luego de lo que ocurrió esta tarde, solo podía pensar en verte y estar aquí.

—Te amo.

—Yo también.

Él se dio vuelta y volvió a irse por la misma ventana que había atravesado esa noche. Solo por ella se comportaba de ese modo y era capaz de efectuar tales locuras sin medir las consecuencias. Ella se merecía todo lo que él estaba dispuesto a darle y mucho más.

* * *

Una tenue luz se filtraba por el cristal de la ventana y brindaba algo de luminosidad a las penumbras de la biblioteca compuesta por gran cantidad de libros. Dentro de ella, se destacaba la novela *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens, debido al lugar de privilegio en que la había ubicado el dueño de casa. Las profusas sombras se desplegaban dentro del recinto y envolvían los vivaces colores de los cuadros colgados en una de las paredes hasta cubrirlos de un gris ceniciento. Sobre la robusta mesa de caoba, se ubicaban algunas carpetas y documentos que habían sido ordenados de manera reciente. A un costado de la lámpara apagada, descansaba un ejemplar de *La Nación* con las hojas ajadas por haber sido leído en más de una ocasión. El periódico se hallaba abierto en la página principal, en la que se destacaba un artículo que aseveraba lo que tanto temía Thomas.

En la jornada de ayer se ha vivido un acto político inigualable. Las inmediaciones del Frontón Nacional, ubicado sobre la avenida Córdoba, se vieron atestadas de jóvenes, apoyando al partido Unión Cívica que brega contra las prácticas inconstitucionales del presente gobierno. La gran multitud formada por miles de personas, ocupó las amplias instalaciones del lugar y, de modo ordenado, se manifestaron contra Juárez Celman y sus ministros. Cada uno de los opositores tenía el pleno convencimiento de que la solución para salir de semejante dilema era tentar al pueblo con una revolución. Esa era la única salida posible si en verdad se deseaba encauzar a la Argentina hacia el destino que todos los argentinos desean. Varios fueron los políticos que pronunciaron sendos discursos ante la multitud.

Mitre lo hizo leyéndolo, algo que contradecía la costumbre de hablar de un modo improvisado sin contar con algo escrito, como en esa ocasión. En sus últimas palabras exaltó a mantener una actitud de protesta y resistencia contra el Gobierno nacional.

Sin embargo, fueron las vehementes palabras pronunciadas por Leandro N, Alem que enardecieron a la multitud, clamando por reconquistar las libertades

individuales para ser dignos de los fundadores de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Luego de las locuciones de distintos políticos, las principales figuras convocadas, encabezaron una marcha silenciosa, seguidos por la multitud, hacia la Pirámide de Mayo. Cerrando ese acto multitudinario ante un emblema de libertad e independencia para el pueblo.

En medio del acto, un grupo de manifestantes intentó empujar a Mitre hacia la Casa de Gobierno, pero la rapidez del político, hizo que se subiera de inmediato al coche para llevarlo hacia su casa de la calle San Martín.

No solo en la ciudad de Buenos Aires, sino también en el resto del territorio argentino, se viven momentos de inquietud y zozobra, ante quienes buscan encarrilar al país en la senda de conciliación, libertad y el respeto hacia las instituciones.

* * *

Atrás quedaba la casa que había sido testigo de la tristeza y los sinsabores que Thomas había debido sortear hasta alcanzar la felicidad junto a Victoria y Colin.

El oleaje del río no dejaba de romper contra los pilotes que sostenían la larga estructura de madera. El tablado que formaba el muelle de pasajeros se humedecía por las salpicaduras de aquella agua enlodada. El frío del invierno se colaba entre los abrigos de los viajeros que aguardaban allí a que los botes se dispusiesen para trasladarlos hasta el vapor anclado en la rada exterior.

Thomas abrazó a Victoria, que mantenía en los brazos a Colin. Paca se había quedado unos pasos detrás de ellos para custodiar el equipaje que llevarían en ese trayecto a Londres. Sin embargo, no habían llevado toda la ropa, sino que gran parte había quedado en la casa, dado que mantenían la esperanza de regresar a la ciudad de Buenos Aires. Una nueva etapa se abría ante Thomas. Por más que no lo expresase, le inquietaba arribar a la ciudad de la niebla, con todo lo que aquello significaba.

—Mi amor —susurró—, todo va a estar bien.

Thomas no necesitaba que ella le confesara que estaba alterada ante el inminente desplazamiento.

—Lo sé. Si estamos juntos, nada malo puede sucedernos.

Thomas la besó para confirmar que así sería y que, como una vez le había jurado, daría lo que fuera, inclusive su propia vida, por ella, por su hijo y por la felicidad que habían logrado conseguir.

Desde el Paseo de Julio, apenas se podía vislumbrar lo que ocurría adelante, a orillas de del Río de la Plata. Pero Alba no necesitaba mucho más para identificar que, a cierta distancia, estaba Thomas con el niño y esa mujer que había logrado apartarlo de ella. Por culpa de aquella entrometida, nada de lo que la viuda había soñado se había hecho realidad. Sin ella, todo habría sido diferente. Alba tocó con los dedos el frío y filoso metal del facón que había heredado de su difunto esposo. Sin embargo, el fuerte deseo por que todo se acabase

quedó suspendido cuando vio a Thomas darse vuelta y otear los alrededores como si supiera que alguien podía estar acechándolo a él y a su maldita familia. Él nunca había puesto el empeño necesario en saber qué quería Alba durante el tiempo que habían estado juntos. La mujer se había dado cuenta de que nunca le había importado a él lo suficiente. A pesar de todo, impedida por el dolor que sentía por el absoluto rechazo de Thomas, no pudo dañarlo del modo que tenía pensado. La intención de ella había sido actuar contra aquella muchacha y, de ese modo, terminar destruyéndolo. Así, aunque Thomas no le perteneciera, tampoco estaría junto a aquella joven. Desconocía si alguna vez podría animarse a ejecutar ese plan.

CAPÍTULO 8

Sin tregua

El transcurso de los días había consolidado la idea de que, sin una insurrección, la situación política no cambiaría. Desde el seno del Gobierno, ya se sabía de las intenciones revolucionarias. Nadie estaba ajeno a lo que se gestaba en la ciudad. La confrontación armada era un hecho. El partido de la Unión Cívica había abandonado el debate de las ideas para pasar a las armas. Leandro N. Alem presidía la Junta Revolucionaria e invitaba a distintas personalidades a participar de la asonada. Se habían barajado varios nombres como candidatos a la presidencia del futuro Gobierno revolucionario. Uno de los señalados había sido Mitre, pero el viaje a Europa en el que se había embarcado no solo lo había alejado de los hechos candentes que se desarrollaban en la ciudad, sino también de la posibilidad de reivindicar su lugar en ese cargo. Por ello, fue en cabeza de Alem que recayó el puesto mayor y, en Mariano Demaría, la vicepresidencia.

Lo porteños se aprovisionaban de armas para dar respuesta al descontento popular contra el Gobierno, en un franco apoyo a los revolucionarios. Los jóvenes vivían con algarabía, expectación y tensión los momentos que se desarrollaban. Joaquín estaba junto a otros tantos correligionarios a la espera de lo que fuera a suceder.

Debido a la información con la que contaba el oficialismo sobre el intento de sublevación, la gente cercana a Juárez Celman lo instó a abandonar la ciudad y, sin oponerse, se retiró hasta las inmediaciones de la localidad de Campana a la espera del siguiente movimiento. Pellegrini, mano derecha del mandatario, era quien se encargaría de

negociar con los revolucionarios si se hacía necesario. Incluso se corría la voz de que, junto a Roca, socio político del vicepresidente, habían pergeñado que podrían sacar provecho de la ausencia de Juárez Celman. Aunque estuviesen en el mismo bando, enarbolados bajo el partido PAN, sabían que lo más conveniente era colocar distancia con respecto al primer mandatario, ya que podían vislumbrar la pronta caída del funcionario.

En vísperas al ataque armado, Joaquín se mantuvo en vela, con la expectación propia de alguien que había esperado por ser parte de algo importante y que estaba decidido a conservar y defender las convicciones políticas en las que creía. A veces le costaba imaginar qué habría sido de él si no hubiera abandonado el pequeño pueblo en el que aún vivía su familia, a la que ayudaba desde que había conseguido su primer trabajo. La vida del joven había experimentado un gran cambio desde que había pisado la ciudad de Buenos Aires. Poco había quedado de aquel botones del Grand Hotel. Gracias a la posibilidad de crecimiento que le había brindado Thomas, había podido participar de aquella corriente política y defender los ideales a los que adhería. Los pensamientos del muchacho iban y venían sin cesar. Desconocía cuánto tiempo había estado contemplando, frente al cristal de la ventana, la profusa oscuridad que reflejaba esa noche. Desvió la vista hacia las manos que sostenían el *Manifiesto de la Junta Revolucionaria*. Cada integrante del partido se sentía parte de esa proclama en la que se daban a conocer los fundamentos por los cuales se creía que una reacción armada era lo que debía llevarse a cabo para encarrilar el país. Sin embargo, se tenía el convencimiento de que ese movimiento contra el Gobierno no era obra solo del partido, sino de todo el pueblo, que, esperanzado, reaccionaba ante la corrupción y la injusticia instaurada por los partidarios de Juárez Celman. Miró el reloj de bolsillo y supo que aún le quedaba tiempo para dirigirse a las oficinas de los periódicos y entregar una copia de aquella declaración para que fuera difundido en las primeras horas

del día por toda la ciudad. Otros correligionarios se encargarían de arrojarla en las casas y calles para completar la divulgación de aquel documento. Los dedos de Joaquín desdoblaron el papel que rezaba:

El patriotismo nos obliga a proclamar la
revolución como recurso extremo y
necesario para evitar la ruina del país...

Unos golpes a la puerta interrumpieron la lectura de ese texto que conocía de memoria. Al dirigirse hacia la entrada, supo que solo una persona podía estar deambulando por la casa sin cumplir con el comportamiento que se esperaba de una joven.

—Eileen, ¿qué sucede?

—Estoy un poco inquieta.

Estaba arropada en un chal de lana que cubría el camisón de lanilla azul que vestía. Medias gruesas abrigaban los pies descalzos de la muchacha, cuyas manos intentaban acomodar la despeinada cabellera rubia.

—Vamos a la sala. Voy a tomar un poco de alcohol, que mal no me a venir.

—Joaquín, debes estar con todos los sentidos intactos para lo que se avecina.

—Ambos hemos sabido cuidarnos desde siempre —descartó él.

—Lo sé, pero nunca está de más recordar que debemos ser cautelosos.

—¿Quieres?

Se negó a compartir el coñac que Joaquín acababa de servirse.

—Por mucho que te pese admitirlo, estás preocupada por mí — comentó con una sonrisa.

—Será porque estamos solos aquí. Por lo menos yo no cuento con nadie más.

—¿Cómo estás llevando la ausencia de Thomas?

—He debido acostumbrarme a eso, aunque hace demasiado tiempo que lo había perdido como para lamentar ahora su falta —respondió ella.

—No estamos tan solos.

—¿Lo dices por Paloma?

El elocuente gesto en el rostro de Joaquín provocó que la muchacha se levantara de golpe con una sonrisa.

—Creo que no soportaré otra noche de tragos y conversación sobre esa jovencita. Te aseguro que, si no se da por aludida de tus intenciones o cambia la actitud que tiene frente a ti, me haré cargo de ella.

—Si la amenaza viene de tu parte, debería advertírselo.

Ambos estallaron en una carcajada que ocultaba el temor de la muchacha y la expectativa de él por lo que se avecinaba.

—Cuídate —murmuró Eileen al acercársele.

—Prometido —señaló al levantar la copa; luego bebió el resto de alcohol que quedaba.

* * *

La madrugada avanzaba implacable en un día que estaba plagado de incertidumbre. Los destellos provocados por las armas de fuego tiñeron de un tono plomizo el aire gélido que envolvía a la ciudad. El Parque de Artillería comenzaba a plagarse de boinas blancas pertenecientes a los revolucionarios, que, al mando de Alem, tomaban posiciones detrás de algunos tranvías volcados y bolsas de arena para defenderse de las tropas gubernamentales. El general Manuel Campos, designado por la Junta Revolucionaria como jefe militar, se apartó del plan que habían trazado la noche anterior y evitó avanzar hacia los edificios estatales. En cambio, decidió quedarse en el parque para hacer frente a las tropas militares que avanzaban desde la plaza Libertad.

El regimiento militar encabezado por el general Levalle, ministro del Gobierno regente, junto a Pellegrini, marchaban hacia el lugar al compás de la marcha militar. Luego de ordenar las filas, tras el gesto elocuente del general al levantar su arma para arengar a la tropa al son de “¡Viva la patria!”, expresión replicada por todo el batallón, se dio comienzo a la lucha armada.

El olor a pólvora se mezclaba con los gritos de los heridos que caían en medio del terreno a la espera de que alguien los atendiese. La desesperación de los conjurados por continuar con el combate y velar por los caídos provocaba confusión y caos.

Las horas pasaban sin que la ferviente batalla que se desarrollaba en el centro de la ciudad diera tregua. Ciudadanos provenientes de distintos lugares comenzaron a acercarse para ser parte de la gresca revolucionaria. No todos lo hacían impulsados por el ánimo

combativo, en pos de tomar las armas: a un costado del parque, se había tendido una precaria carpa que funcionaba como un hospital de campaña.

—Doctor Rivas, qué alegría verlo. Es imposible dar abasto con la cantidad de heridos que tenemos.

—Doctora Rawson, no podía faltar. Debemos ayudar a toda esta gente.

—Le agradezco lo de “doctora”, pero aún me falta un poco para serlo.

—Sé de sus prácticas, así que, para mí, lo es. ¿Qué tenemos aquí?

Juan Rivas había conocido a Elvira Rawson al cruzársela en algunas oportunidades, no solo en el claustro universitario, sino también en el hospital. Le quedaban unas pocas materias para recibirse, pero ya era reconocida entre la comunidad médica porque se convertiría en la segunda profesional de esa carrera recibida en el país. La única doctora que había finalizado la carrera antes que ella había sido Cecilia Grierson, quien se había ganado el respeto de todos por el esfuerzo y el empeño que ponía para destacarse en un mundo de hombres.

—En este sector están los que conservan un estado de gravedad importante porque tienen algún órgano vital comprometido —explicó la joven.

—Necesitaremos voluntarios. Si no, esto se va a transformar en un matadero.

—Espero que vengan a ayudarnos para darles alguna oportunidad de vivir.

—¿Por qué en este sector no hay otros profesionales?

Juan se había acercado a dos heridos cuyo estado era muy delicado y que, hasta el momento, estaban tirados sobre unas mantas, sin recibir atención médica.

—Debemos detener la hemorragia —agregó.

Con premura, tomaron unos trapos y algunas gasas para intentar impedir que la sangre continuase brotando de las laceraciones de los hombres.

—Elvira, avise que necesitamos que vengan hacia este sector para asistirlos.

—Doctor, ya lo hice, pero dicen que debemos repartirnos en la atención de los heridos. Parece que cumplen una orden dada por las autoridades militares.

Se había corrido el rumor de que, en las esferas superiores del Gobierno, solo habían habilitado a que los médicos atendiesen a los lesionados de las tropas militares, sin importarles los caídos o maltrechos revolucionarios.

—¡Mierda! No importa a qué bandería pertenezcan —vociferó mientras ambos efectuaban un torniquete para evitar lo que, minutos más tarde, sucedería. El paciente acabó muriendo entre las manos de los dos médicos, y había otros cuantos que parecían inclinarse en ese mismo sentido.

—¿En qué situación están aquellos enfermos?

Juan se refería a los heridos ubicados al otro lado de la carpa.

—No he logrado ver a todos, pero están alojados allí porque su estado no implica gravedad.

—Perfecto —dijo Juan, que continuó con la ardua tarea de asistir a los accidentados junto a Elvira, sin que las manos les alcanzaran.

El intenso frío parecía haber congelado el tiempo en la improvisada tienda de campaña dentro de la cual, en medio de los destellos, disparos y fogonazos de las armas, se atendía sin tregua.

—Juan.

El joven Rivas levantó la vista y no se sorprendió al ver a su padre. Aunque no fuese a admitirlo, esperaba que se presentara. Necesitaba de su apoyo y del de todos los que pudiesen sumarse cuanto antes. El agotamiento se hacía sentir. Sin embargo, no dejaba de observar el diestro desempeño de Elvira, que, a pesar de ostentar las huellas del cansancio, no cesaba de atender a los enfermos.

—Vine con el doctor Juan B. Justo —comunicó en una escueta presentación—. Danos un parte del escenario.

Francisco no había dudado en acercarse al centro de operaciones, pues creía que sería más útil allí al ayudar a aquellos pacientes que al portar una Remington junto al resto de los revolucionarios. Claro que, antes, se había asegurado de que Josefina estuviera bien y de que no saliera de la casa. A Justo se lo había cruzado en el camino hacia el parque y, si bien era conocida la inclinación socialista que aquel exhibía, se había dado cuenta, al igual que Francisco, de que las ideas políticas debían quedar a un costado cuando la vida de un hombre estaba en juego.

Juan le habló de modo preciso para evitar perder más tiempo y continuar con los cuidados médicos.

El paso inexorable de las horas dejaba hombres que no habían podido sobrevivir a pesar de los esfuerzos. Los había de diferentes edades porque, llevados por el deseo de defender sus ideales, no

habían dudado en acercarse a la lucha armada. La noche había desplegado un espeso manto de oscuridad sobre el resplandor de los disparos que no dejaban de retumbar.

—Elvira, ve a descansar —apremió Juan.

—No, aún quedan pacientes por ver.

—Al menos ve a tomar algo caliente.

—Lo haré. Acá está todo controlado, pero antes quería darme una vuelta por el otro sector.

—Iré yo. Si no quieres ausentarte, descansa por aquí unos minutos. Aún nos queda trabajo por delante. —Juan viró la mirada y descubrió que Francisco no había dejado de ocuparse de los heridos.

Elvira supo que Juan estaba en lo cierto, por lo que dejó que él se hiciera cargo, al menos por unos minutos, hasta que pudiera recuperarse del cansancio y de la desolación que se vivían allí. El constante silbido de las balas no se había detenido desde que había arribado al lugar.

Juan comenzó a auscultar a los enfermos que, a pesar de contar con alguna lesión leve o una laceración en el cuerpo, en casi todos los casos, estaban lo bastante lúcidos para hablar.

—Doctor —lo llamó un muchacho con el rostro cubierto de polvo, las ropas sucias y la respiración agitada—, debe venir. Hay una joven que no reacciona.

Se levantó de inmediato y fue a auxiliar a quien reclamaba la atención médica. La templanza que tenía cuando atendía a los pacientes se disipó cuando vio a Eileen tendida en el piso. No entendía qué hacía allí. Los cabellos rubios le caían alborotados sobre el rostro. En medio de la frente, tenía una mancha de color morado

debido a un golpe, y un magullón en una de las mejillas. Le revisó los signos vitales con temor de que estuviese herida. No tenía sangre en la ropa, pero quería descartar alguna otra lesión que no fuera evidente, ya que, de existir, podría provocar alguna consecuencia severa. Luego de realizar la observación de rigor y saber que los signos vitales eran normales y que no corría peligro, se quedó con ella mientras la sostenía con las manos e intentaba reanimarla.

—Vamos, Eileen, despierta —sopló en el oído de la joven—. Despierta.

De a poco, la muchacha abrió los ojos, sin entender qué hacía en los brazos de Juan, mientras observaba la boca de él, que no dejaba de moverse, aunque no podía escuchar bien lo que le decía.

—¡Eileen!

Ella pudo girar despacio la cabeza y darse cuenta de que estaba junto a otros heridos.

—¿Puedes oírme?

Se limitó a asentir ya que, en los oídos, vibraba un silbido que no lograba acallar, lo que hizo que se llevara los dedos a las orejas.

—¿Qué sientes?

—Un fuerte zumbido.

Los dedos de él reemplazaron los de ella, y supo que no era nada de importancia. De a poco, el mareo se iba desvaneciendo.

—Debes haber estado cerca de una detonación que te dejó aturdida.

—Puede ser. Ayúdame a levantarme.

Al intentarlo, a Eileen le pareció que el suelo cedía bajo sus propios pies.

—Aquí las órdenes la doy yo —declaró el médico en tanto se acercaba más a ella—. ¿Qué hacías en medio del tiroteo?

—Por favor, deja de preguntar y ayúdame a ponerme de pie.

—Primero me vas a contar por qué estúpida razón viniste hasta aquí.

—Estaba preocupada por Joaquín. Sabía que estaba acá porque anoche hablamos y me contó cuáles eran los pasos a seguir.

—Entonces, debería haberte advertido que no te acercaras y que lo esperaras en la casa —siseó al tomarla por la cintura para levantarla—. Vamos.

—¿Adónde piensas llevarme? —inquirió al observar a su alrededor a los hombre tirados—. Puedo irme sola, gracias.

Juan se dio vuelta y observó a Francisco, que se acercaba hacia donde ellos estaba.

—Haz lo que debas hacer, yo me ocupo del resto —ofreció Francisco.

—Regresaré más tarde.

—¡Pero qué haces! —exclamó ella.

—Ir contigo a la casa de Thomas. Si no lo hago, te quedarás por aquí, en medio de esta contienda —explicó mientras salía por una abertura de la carpa—. Parece que te gusta meterte en líos.

—Juan, sé moverme sola, no soy como el resto de las mujeres que tú conoces y con quienes te relacionas.

—Eileen —dijo al clavar la mirada en los ojos de ella y detener la marcha—, si hay algo que tengo claro en mi cabeza es que no te pareces a ninguna dama que conozca. Ahora, si no quieres hacerme enfadar más de lo que estoy, deja de rechazar mi ayuda y camina.

Ella lo notó cansado y supo que no debía contrariarlo más. Por mucha voluntad que pusiese Eileen para avanzar erguida y sin dar trompicones, tuvo que permitir que él la mantuviese abrazada mientras marchaban y, de ese forma, en menos de lo que esperaban, estuvieron próximos a la residencia.

—Según parece, cada vez que me ves, tienes que sostenerme y ayudarme a caminar.

Él la miró de soslayo y la aumentó la presión en los hombros de ella en respuesta a lo que acababa de decir.

La ciudad parecía transitar una tregua, ya que el sonido de las armas se había acallado y gran parte de la gente se había disipado. Se vivía una apacible calma que, sin dudas, se resquebrajaría en cualquier momento de la madrugada.

—Hemos llegado. Gracias. —Ella creyó notar que él no tenía intenciones de irse de allí, por lo que agregó—: ¿Quieres pasar?

Él asintió y entró detrás de Eileen. La sala estaba en penumbras, y el silencio que los envolvió al entrar fue quebrado por la voz de la criada.

—Señorita, ¡al fin regresa! —exclamó al encender una de las lámparas—. Oh, disculpe, no sabía que estaba acompañada. —Se detuvo—. Pero ¿qué le ha sucedido?

—No te preocupes.

—¿Podría traerme un paño embebido en agua? —pidió Juan—. Además, quisiera lavarme las manos.

—Por supuesto, pase por aquí.

Eileen se había sentado en uno de los sillones sin dejar de observar las indicaciones que daba aquel hombre como si ella no estuviera presente.

Cuando lo vio retornar, se levantó y, sin que él se lo pidiese, fue hacia un mueble en el que había una botella de whisky y le sirvió una medida.

—Si deseas, aquí tienes algo fuerte.

Juan tomó en sus manos el vaso y dio un trago profundo.

—¿Tú no tomas?

—No me gusta. No me mires así, que tome cerveza no quiere decir que me guste el whisky, aunque solo he probado el irlandés.

Juan la contempló y luego desvió la mirada cuando la empleada entró con lo que le había pedido.

—Gracias —dijo al dejar la bebida a un costado para tomar el paño y colocárselo en la frente a Eileen.

—Yo puedo —objetó Eileen al apoyar los dedos sobre los de él.

—¿No te cansas de ser tan testaruda?

A ella le causó gracia la pregunta y esbozó la primera sonrisa que, desde hacía días, mostraba.

—¿Mejor?

Ella asintió y cerró los ojos cuando notó que él desplazaba el paño para apoyar los labios sobre el golpe que tenía en la frente. Fueron unos pocos segundos en que la paz la alcanzó, un momento en que el mundo dejó de girar y ella se sintió solo a merced de Juan.

—Esperemos que se cure lo antes posible —susurró sobre la piel de ella.

Un fuerte estremecimiento recorrió todo el cuerpo de Eileen. No estaba acostumbrada a que la trataran con dulzura. Quizás ese era el motivo de que rehuyera de las personas cuando veía que se dirigían hacia ella de un modo cariñoso. Ella creía que siempre había un motivo para desconfiar de los demás y, por eso, siempre insistía en protegerse para que no volviesen a lastimarla.

—Te he atendido y curado, pero al final no me has dicho cómo te hiciste esa lastimadura.

—Salí porque estaba preocupada por Joaquín.

—Ya me comentaste eso.

—Juan, me quedé sola y al resguardo de él. Es así como lo quiso Thomas cuando partió hacia Londres. Si no hubiese estado seguro de eso, no habría permitido que me quedase aquí. Cuando supe lo que se avecinaba de boca de Joaquín, me angustié y, al no contar con noticias de él durante todo día, no dudé en salir a buscarlo para saber si le había sucedido algo.

—¿No se te ocurrió pensar que hacerlo era peligroso? —inquirió él.

—No.

—¿Quién te golpeó? —interrogó al deslizar el dedo por el magullón.

—Cuando llegué al parque, como no lo encontraba, me fui adentrando en medio de la gresca. Cuando me di cuenta de que debía huir de ahí, recibí un empujón y, al incorporarme para correr, un militar me aporreó con la culata de un fusil. El fuerte estacazo me produjo un mareo, pero logré salir de allí hasta alcanzar la carpa. A partir de ese momento, no recuerdo qué sucedió hasta que abrí los ojos, y ya estabas regañándome. Ni siquiera cuando estoy malherida dejas de reprenderme.

—Eileen —pronunció al tiempo que pasaba el pulgar por la mejilla lastimada de la muchacha—; es mejor así.

Ella supo que no había lugar para más preguntas. Entendía que estaba enamorado de otra mujer y admiraba la honestidad que mostraba con ella. Tampoco necesitaba complicarse la vida, ya bastante tenía con la que había llevado.

—Creo que será mejor que te vayas.

Juan dejó que su dedo recorriese el rostro de ella sin cesar de contemplarla.

—¿Es muy notorio el golpe? —consultó la joven.

Ella aún no se había visto en el espejo para comprobar qué aspecto tenía. No dudaba de que él la estaba inspeccionando.

—No era lo que estaba mirando, pero tienes razón, lo mejor es que regrese. Aún me queda mucho trabajo por delante.

Eileen se levantó para acompañarlo hasta la puerta y despedirlo, aunque, a ciencia cierta, no sabía qué pensar sobre el momento que habían compartido.

—Sé que es pedirte demasiado, pero hazme caso y cuídate.

—Lo haré. —Ver la expresión de duda reflejada en el rostro de Juan la conmovió—. Lo prometo. —Eileen se llevó ambas manos al corazón para aseverar lo dicho.

Juan sonrió y, sin agregar nada más, se dio vuelta para encaminarse hacia el Parque de Artillería. Allí, bajo los fogonazos de las armas, atendería a los lesionados e intentaría darles esperanzas a los moribundos que, sin remedio, aguardaban su momento para dar la vida por la causa que defendían. Sin embargo, haber estado junto a Eileen había significado un respiro inesperado y deseado desde hacía tiempo por él. La fatiga que le había embotado la mente se había disipado ante la compañía de ella. Aunque era mejor no pensar en ella. No debía hacerlo, ni imaginar algo más. Ya no. Había aprendido la lección con Josefina y, esa vez, no volvería a cometer el mismo error. Evitó que esos pensamientos lo invadieran y continuó con la caminata hasta llegar al centro de la trifulca.

El disturbio y la confusión se habían apoderado del lugar de nuevo. El presidente Juárez Celman había regresado a la ciudad por pedido del general Arredondo y, al hacerlo, se había encontrado con que las tropas solo obedecían al general Campos y a Pellegrini, el vicepresidente. Quizás, en ese momento, supo que los días de gobierno, para él, estaban contados.

Dentro del hospital de campaña, la circulación de heridos y de los pocos médicos que estaban allí era constante.

—¡Que alguien venga a verme!

Juan, al notar que los presentes estaban ocupados, se dirigió de inmediato a comprobar qué le sucedía al joven que acaba de ingresar.

—Me duele mucho el hombro. Por favor haz algo de inmediato —exigió.

A pesar del estado desaliñado que presentaba, Juan pudo reconocer a aquel hombre que demandaba ser atendido sin dejar de quejarse. Se trataba de Franco Goyena.

—Si te calmas, voy a poder atenderte mejor —señaló al desgarrarle la camisa para ver el estado de la herida.

—Entonces, hazlo bien.

Juan no le contestó, pues no quería distraerse en una discusión que no lo llevaría a ningún lado. Limpió el tajo y le vendó parte del hombro ante las quejas permanentes del joven Goyena.

Fuera de la carpa, el combate era encarnizado. Joaquín no había dejado de pelear junto a sus correligionarios. La lucha estaba dejando como saldo una gran cantidad de heridos y muertos. Se acercó a Alem, quien, ante el frío que les calaba los huesos y la falta de comida, no podía evitar pensar en su fuero íntimo que el resultado de esa cruenta batalla no sería el soñado. Ni siquiera la profunda calada a uno de los tantos cigarros que consumía pudo calmar la desolación que lo corroía por dentro. Ya tendría tiempo de reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo, pero de lo único que estaba convencido era del gran error de haberse quedado en el parque. Había acatado la decisión tomada por el general Manuel Campos a pesar de que contradecía lo pactado la noche anterior a la gresca. No podría perdonarse haber caído en un encerrona. El tiempo diría si ese sería el motivo por el cual la revolución no contara con los visos de la victoria que había añorado.

En ese momento, las palabras sobraban y eran reemplazadas por los estallidos y refucilos de los fusiles, que resonaban en medio del parque. Joaquín miró al político y se acomodó la boina blanca en un gesto de apoyo y confirmación de lo que se estaba defendiendo. La mera inclinación de cabeza de Alem le valió para continuar como si las condiciones a esa altura fueran tan favorables como al principio de

la reyerta. Quizá la incertidumbre por lo que fuese a suceder le permitía mantenerse en vigilia sin dar paso a la fatiga y al cansancio que lo acosaban. Cuando vio que una bala había alcanzado a Nicolás, no dudó en tomarlo por los hombros y arrastrarlo hasta las instalaciones médicas para que fuera atendido cuanto antes. Antes de llegar a la entrada de la carpa, sintió el frío metal de un cañón en la espalda.

—¿Por qué heriste a mi hijo? —inquirió una voz conocida.

—¡Hágase a un lado! —exclamó Joaquín.

—¡Cómo te atreves a desafiar a un Goyena!

De inmediato apareció Elvira Rawson junto a otro médico, y se hicieron cargo del maltrecho muchacho.

—Quíteme el arma de encima o haga lo que tiene que hacer, ¡pero hágalo ya!

Miguel Goyena mantenía el revólver levantado y, en ese preciso instante, supo que se había dejado llevar por las exageraciones de Franco. Él conocía como nadie a su hijo y sabía que no era el joven impetuoso que decía ser, sino que más bien contaba con cierta debilidad que él continuaría protegiendo. Enseguida bajó el arma.

—Me tienen cansado usted y su hijo. En cada oportunidad que los veo, creen que pueden culparme de todo lo que les sucede. Sepa que está muy equivocado y que no voy a tolerar más todo esto. Aunque usted crea que soy insignificante y que no valgo la pena, sé defenderme muy bien y, si es sin armas, mejor.

La mano de Goyena estaba tan fría como el metal de la pistola que sostenía. Se había detenido justo antes de cometer una locura y supo que había llegado el momento de retirarse de allí. No quería pronunciar alguna palabra o cometer alguna acción de las que pudiera

arrepentirse. En silencio, se fue de allí para dejar a Franco al cuidado de los médicos. La herida que tenía no revestía gravedad, por lo que la recuperación sería rápida.

Joaquín se adentró al hospital para saber cómo se encontraba Nicolás.

—Por suerte, la herida rozó el costado del abdomen sin provocar otro daño que el dolor por el arañazo de la bala.

—Joaquín, deberías haberle dicho que fui yo —expresó el herido.

Nicolás valoraba que aquel amigo no hubiese revelado que el autor del disparo al joven Goyena había sido en realidad él, pero no quería provocarle mayores problemas a Joaquín por su culpa. Había visto lo que el otro había padecido en la celda mientras Goyena se ufanaba de que estuviera preso.

—Cállate —dijo al inclinarse—. Él aún sigue aquí. No le des motivo para enfurecer. Nada de lo que digas calmará el odio que me tiene, y yo lo aborrezco porque no puedo creer que pueda guardar tanto recelo hacia mí.

—Pero su padre estuvo a punto de matarte.

—El padre es como el hijo: se recrean en amenazas, pero, al momento de hacer frente a las cosas, se esfuman —afirmó Joaquín.

—Ten cuidado, esta revolución no está saliendo como lo imaginábamos.

—Lo sé. Quedarnos en este parque ha sido un gran error.

—¿Crees que los comentarios que corren son ciertos?

—¿Te refieres a los rumores acerca de que el general Campos, mientras estaba en prisión en los días previos a esta revolución, realizó un pacto con Roca cuando lo fue a ver? Si es verdad que acordó mantenernos aquí para que quedáramos encerrados y así facilitar una victoria del Gobierno, deberá pagarlo ante nuestro jefe. Haberlo traicionado tendrá su costo.

Aquella sospecha ya se había instalado y, de ser así, no solo el Gobierno se quedaría con la victoria, sino que habrían encontrado un modo de neutralizar la influencia de Leandro N. Alem, por un lado, y la del Partido Autónomo Nacional, al que pertenecía Juárez Celman. Para Roca significaba obtener dos réditos políticos en vez de uno solo.

—Claro que sí.

—Aunque estamos con pocas armas y despojados de todo. Nada de lo que pensamos que podía suceder ocurrió. Quedan solo los deseos y las convicciones por las que nos levantamos en armas. Pero no es tiempo de lamentos, sino que debemos continuar hasta el final y esperar que no haya más muertos —sentenció Rodríguez.

—Tienes razón. Ya puedes irte, deja de preocuparte por mí.

—Cualquier cosa que necesites, sabes dónde encontrarme.

—Para eso estamos nosotros —contestó desde atrás Elvira Rawson—. Aquí tenemos todo controlado.

—Gracias, doctora.

Ella intentó detenerlo para decirle que aún no lo era, pero el fragor y la actividad le impidieron hacerlo.

Cuando Joaquín alcanzó la salida, un sujeto se abalanzó sobre él a los tumbos. Sin verlo, supo de inmediato de quién se trataba.

—Franco —pronunció antes de darse vuelta, tomarlo por el cuello y sisear—: Deja de meterte conmigo. Ya se lo aclaré a tu padre y te lo repetiría, pero no te veo en condiciones para enfrentarme. Cuando estés listo para hacerlo, búscame. Eso sí, evita presentarte en compañía de tus amigotes. Si eres tan valiente como crees serlo, ven solo. Te estaré esperando.

Lo soltó de inmediato y cargó el fusil al hombro para continuar con la lucha, ya que, en ese momento, la causa que defendía era otra. Franco Goyena podía aguardar.

Los disparos se fueron acallando, y la gente se fue dispersando del Parque de Artillería.

* * *

Los vestigios de la lucha eran visibles a cada metro que recorría. Aún la tierra estaba impregnada de sangre; el aire olía a pólvora, desesperación y muerte. Parecía difícil creer que la ciudad pudiese retomar el ritmo abandonado unos días atrás.

Los distintos periódicos daban cuenta de la crónica de los hechos que habían mantenido en vilo a la ciudad de Buenos Aires. Con la tinta derramada en sus páginas, retrataban de este modo lo acontecido:

El día 26 de julio, se desató una revolución en el Parque de Artillería. Allí, los rebeldes convocados por el partido Unión Cívica de la Juventud, junto a gran

parte del pueblo, se unieron para hacer frente a las tropas del Gobierno con el fin de derrocar al presidente Juárez Celman.

Es importante destacar que, detrás del saldo político, hubo una gran cantidad de muertos y heridos pertenecientes a ambos bandos. La orden sobre el estado de sitio y la censura que sufrió la prensa en general al día siguiente del estallido de la contienda impidió que se informase lo que en realidad sucedió. La Junta Revolucionaria supo que no contaban con las armas que habían creído tener. Por otro lado, la escuadra naval sublevada no logró el éxito pretendido con el ataque desde los buques contra los edificios gubernamentales. Eso provocó que se gestara una tregua. De inmediato, se convocó una reunión entre líderes de ambos bandos: por un lado, Pellegrini en el rol de vicepresidente y, por el otro, Del Valle como integrante de la Junta Revolucionaria y mano derecha de Alem. Cuando los insurrectos tomaron conocimiento de que carecían de la artillería para afrontar semejante lucha, supieron que el fin había llegado y que sería cuestión de horas hasta deponer las armas y entregarse. Sin embargo, la victoria no fortaleció al Gobierno.

Se gestó un armisticio en que se decidió no llevar a cabo un juicio contra los civiles involucrados en la contienda, como tampoco contra los militares que formaron parte de la sublevación. Las armas cargadas por la población quedarían en el parque. De nada sirvió el ánimo combativo de aquellos que pretendían continuar con la lucha. De a poco, todo llegó a su fin en unas jornadas inolvidables. La revolución fue sofocada, y el país se mantiene a la deriva hasta que se encauce en la senda que todos deseamos. Este periodista se hace eco de las palabras pronunciadas ante el Senado por Pizarro al decir que “La revolución está vencida, pero el Gobierno está muerto”.

La ciudad de Buenos Aires había sido arrasada por la Revolución del Parque, y los habitantes debían levantarse tras el dolor por las pérdidas sufridas. Las detonaciones habían cesado, ya no había heridos que atender ni muertos esparcidos que sepultar. Bajo el implacable frío del invierno, la capital debía renacer, como otras tantas veces, cuando había sido testigo silenciosa de una reacción subversiva que buscaba liberarla del yugo de un gobierno corrupto y amoral. Sin tregua y con trabajo, todo volvería a reverdecer.

El fracaso de la revuelta había provocado, en los revolucionarios, una dura crítica sobre las decisiones que se habían tomado y las consecuencias que aquellas habían producido. No obstante, las reuniones del partido continuaron. Era un momento político en el que se necesitaba no solo de una profunda reflexión sobre lo sucedido, sino también del reconocimiento hacia quienes habían

colaborado en la lucha armada llevados por la convicción en las bases del partido. Fue así que se celebró un acto de la Unión Cívica en el que Alem quiso agradecer la participación de su gente. Joaquín estaba presente, con el mismo ánimo que el resto de la concurrencia. Si bien él sentía un sabor amargo en cuanto al resultado de la contienda armada, estaba convencido de haber estado en el lugar indicado y se enorgullecía de haber defendido lo que creía justo no solo para él, sino para el país.

—Creí que no seríamos tantos.

—Nicolás —dijo sobresaltado Joaquín al sentir una palmada en el hombro—, no esperaba que vinieras. ¿Cómo anda la herida?

—Salvo por la molestia de no poder moverme como quiero hasta que cicatrice, estoy bien.

—Me alegro de que así sea.

—Además, quería estar presente en el acto en que le darán un regalo a quien me atendió como un ángel.

—Tienes razón. Sin ella y los otros profesionales que estuvieron al pie de la lucha, esto se habría transformado en un matadero —coincidió Rodríguez.

—Mira, ahí se acerca.

En el centro del escenario, se podía ver a Alem hacerle entrega a Elvira, luego de unas sentidas palabras, de un reloj de oro como reconocimiento y agradecimiento por la labor efectuada en el hospital de campaña de la Revolución del Parque. Sin ella, muchos de los presentes no podrían haber estado allí para aplaudir y festejar la actuación de la joven.

CAPÍTULO 9

El principio del fin

A medida que la tarde languidecía, la inquietud de Josefina crecía. Se había enterado de que su padre había recibido una nota de parte de Francisco para encontrarse esa noche. Claro que ese hecho no había podido silenciarse en la propiedad de la familia Estrada. Aún resonaba en los oídos de la joven los gritos de Mariano tras haber leído la esquela. Su mujer lo había calmado y, desde ese momento, la tensión aumentaba con el transcurso del día.

Ella posó la mirada en el reloj que adornaba su mesa de luz para constatar que quedaba menos de una hora para que se encontrasen. Por más que todos habían intentado ocultarle lo sucedido en torno a la futura reunión, ella sabía, de boca de Francisco, cuándo se produciría. Había cumplido con la promesa que le había hecho. Al fin todo podría salir a la luz. La cita de Rivas con el señor Estrada implicaba que la pareja podría dejar de esconderse del resto. Todos esos días, había conservado una calma aparente para enmascarar la algarabía y la exaltación que la embargaban con solo pensar que pronto, muy pronto, todo se resolvería. Por más que ella quisiera disimular, con ese comportamiento sosegado, que sabía acerca de ese esperado encuentro, los nervios la carcomían por dentro. Por eso, con la excusa de ir a averiguar qué iban a cenar, abandonó la habitación. Suponía que su padre aguardaría en el despacho hasta que fuese la hora de comer. Entonces, algo la detuvo y le heló la sangre. No fue el leve murmullo de la conversación, sino lo que implicaba aquello que estaba escuchando. Las voces provenían del escritorio de Estrada.

—Por favor, Mariano, deja eso —imploraba doña Estrada.

—Mujer, no me molestes, vete. No sabes de qué hablas.

—Esta vez no vas a callarme, aunque sea lo último que pueda decirte.

—¡Basta!

—Por favor, Mariano —gimió ella.

—Hay un solo modo de acabar con todo esto. Está claro que es él o yo. No cabe duda de quién será el vencedor, más aún cuando quien te recibe lo hace con la guardia baja.

De inmediato, se escuchó la puerta abrirse y cerrarse con el mismo ímpetu. Josefina se había quedado petrificada, a un costado del pasillo, al escuchar a sus padres. Hubo algo que la obnubiló por completo, y fue ver el arma que su padre llevaba calzada en la cintura, antes de cubrirla con el abrigo que se colocó para salir por la puerta de entrada.

No supo cuánto tiempo le duró el estado de estupor por la situación vivida. Solo podía pensar en una cosa: avisarle a Francisco lo que su padre tenía pensado hacer. Debía adelantarse a él y detenerlo. Ella no podía siquiera concebir la cruel idea de que Francisco muriera en manos de Mariano. No supo cómo lo hizo, pero alcanzó la puerta y dio un portazo sin escuchar los gritos de la empleada que, sumados a los de su propia madre, clamaban por que regresara. Apenas si pudo vislumbrar la lejana imagen del vehículo en el que viajaba don Estrada, que se perdió en la oscuridad de la noche. Se lanzó a la carrera en busca de un carruaje que la llevara hasta la casa de Francisco. Con la respiración agitada y con un solo pensamiento en la mente, corrió sin control. Una y otra vez, se repetía que debía llegar a destino antes que su padre. En medio de esas

tribulaciones, no vio cómo un coche cruzaba en la misma esquina por la que ella pensaba doblar ni escuchó el relincho de los caballos al pretender detenerse para no colisionar con la joven. El golpe fue atroz, y el cuerpo de Josefina impactó contra el empedrado de la calle. En medio de la conmoción del conductor, que se había detenido sin entender cómo había sido posible semejante accidente, Rosita y la señora Estrada llegaron al lugar e intentaron reanimarla.

La tenue luz de una farola ubicada en aquella fatídica esquina iluminaba el cuerpo de Josefina sobre un charco de sangre. El llanto, los gritos y la desesperación de los presentes no hicieron más que empeorar la situación. Minutos después, Josefina se alejaba a bordo de aquella misma carroza hacia el hospital. Lo único que se escuchaba dentro del habitáculo eran los rezos y las promesas para que se produjera un milagro, para que ella reaccionara y saliera del estado de inconsciencia en el que se había sumido.

La sala de espera del hospital, por la que había sido ingresada la joven, era sombría, y la quietud, escalofriante. Sin embargo, el ir y venir de los médicos a través de los pasillos de la institución no se había interrumpido. Doña Estrada no había dejado de llorar y rezar luego de que Josefina fuera preparada para entrar al quirófano. Esperaba haber actuado con la suficiente rapidez y que ello fuera determinante para cambiar el grave estado de su hija.

—Señora, cálmese, todo va a salir bien —la tranquilizó Rosita, que enseguida levantó la vista y agregó—: Mire, acaba de llegar el señor.

El rostro imperturbable con el que entró Mariano Estrada se debía a que desconocía qué había sucedido. Le habían avisado que Josefina había debido ser trasladada a la institución médica justo antes de que él llegara la casa de Francisco. Durante el trayecto, no había dejado de barajar distintas alternativas sin dar con la causa exacta del accidente de Josefina.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué sucedió?

—Te dije que era una mala idea verte con ese amigo tuyo.

—¿Qué dices? ¿Qué le ocurrió?

—El choque que tuvo fue como consecuencia de saber cuáles eran tus intenciones al encontrarte con Francisco. El estado de nuestra hijita es muy grave. En cualquier momento, entrará en el quirófano.

El llanto que lanzó doña Estrada fue desgarrador. No pudo continuar hablando ni contestarle a su esposo todo lo que le preguntaba.

El eco de unos pasos contra la fría loza hizo que los presentes se dieran vuelta para saber si se aproximaba algún médico.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete ya! —gritó Mariano Estrada al ver aproximarse a Francisco Rivas.

La expresión en el rostro Francisco no denotaba emoción alguna salvo por la palidez que lo teñía. Pasó por donde estaba la familia Estrada, cuya presencia ignoró, hasta encontrarse con dos enfermeras y otro médico. Con pocas palabras, pidió un informe sobre el estado de Josefina. No permitiría que nadie actuase ni la operase sin que él estuviera al tanto de todo para participar de cuanto se hiciese. Para eso, requería estar sereno, sin pensar que la única mujer que amaba con locura y por encima de todo estaba luchando por sobrevivir.

Cuando un auxiliar de la institución había acudido a buscarlo ante la complejidad del caso que acababa de arribar al hospital, dudó en dejar de lado la entrevista que debía mantener con Estrada por la importancia que tenía para él y Josefina. Pero luego, al escuchar con mayor detenimiento el estado del paciente, salió de su propiedad, no sin antes dejar precisas indicaciones al personal de servicio para que le comunicaran a Estrada que, cuando regresara, se pondría en

contacto con él. Nunca había imaginado que Josefina era la mujer que había sido arrollada por un carruaje. Él no podía permitirse desfallecer ni demostrar cómo, en un solo instante, su mundo se había derrumbado. No debía hacerlo. Josefina lo necesitaba, y él haría lo imposible para sacarla adelante. Para él no había opción, no cabía pensar en otra alternativa. Tras intercambiar unas pocas palabras con el personal médico, se enteró de la acuciante situación de ella.

—Francisco, no sé si lo más conveniente es que estés dentro en la intervención.

—¿En verdad lo crees?

La contundente mirada de Rivas no le permitió a Quintana continuar con los cuestionamientos, si bien sabía que era su obligación hacerlo. Apreciaba demasiado a Francisco como para dejarle cometer algún error.

En ese instante, Rivas escuchó por detrás los improperios lanzados por Mariano Estrada, quien se abalanzó sobre él. Francisco Rivas de inmediato se dio vuelta, lo tomó por la solapa del abrigo y lo estampó contra el muro de la sala.

—Me importa una mierda lo que digas o hagas. Mi única preocupación es y será Josefina. Voy a formar parte de la operación y participar de todo cuanto se le haga. Ni tú ni nadie va a poder apartarme de su lado, acostúmbrate a la idea.

Luego, lo empujó hacia atrás y se retiró, con el resto del equipo médico, hacia el largo pasillo que conducía al quirófano.

—Por favor, no te entrometas más —imploraba doña Estrada—. Es nuestra hijita la que está grave. No puedes anteponer tu enemistad con Francisco a la salud de nuestra niña.

—Nunca lo haría, pero tengo derecho a exigir que no sea él quien la atienda. No lo quiero cerca de ella.

—Basta, Mariano —gimió la mujer entre lágrimas—. Él es de lo mejor que hay en la ciudad en su profesión. Por mal que te pese, es un médico reconocido. Por favor, no me quites la esperanza de que todo salga bien.

A Estrada, el llanto de su esposa, junto con el consuelo permanente de Rosita y la presencia de Francisco, le colmaron la paciencia. Necesitaba irse de allí para tomar un trago y anestesiar la impotencia que lo embargaba ante todo lo que le ocurría. No soportaba estar un minuto más allí dentro, le urgía descargar la inquina y la incertidumbre que tenía. Desde que había arribado a la clínica, no había dejado de sentir la mirada inquisidora de su esposa, que le comunicaba, sin necesidad de palabras, que todo había sido culpa de él. Sin embargo, nada de eso era verdad, porque él actuaba para salvar a su hija de las sucias y traidoras manos de Francisco Rivas.

* * *

Dentro de la sala de operaciones, el movimiento de las enfermeras era constante y cada uno actuaba del modo más eficiente posible. Francisco comandaba la intervención. Acostumbrado a tratar con todo tipo de casos, tuvo que respirar fuerte y controlar el vahído que le provocó ver a Josefina tendida en la camilla. El esfuerzo que debió hacer para no dejarse caer ante ese espectáculo se asimilaba en severidad al estado de ella. La única tranquilidad que tenía era que estaba acompañado por el doctor Álvaro Quintana, otro profesional de fuste, con quien había trabajado desde hacía mucho tiempo y, por ello, podían entenderse con solo una mirada. En verdad, ese era el único

modo en que se debía actuar dentro del ámbito aséptico del recinto. Supo que el caso requería de toda la experiencia, conocimiento y tranquilidad de ambos para que se vislumbrara la posibilidad de que la intervención fuese exitosa. Las contusiones que tenía la joven desparramadas en el cuerpo eran lo que menos lo preocupaba; el fuerte golpe en la cabeza y la falta de reacción eran algo que debía contemplarse en las próximas horas. Si bien había una lesión que lo angustiaba bastante, en ese momento, lo más importante era disipar y descomprimir cualquier coágulo interno que pudiera existir para que Josefina volviera en sí.

El tiempo transcurrido allí dentro se detuvo cuando la mente de Francisco se centró en todo lo que debía hacer. La concentración que tenía no le permitía siquiera mirar el reloj que pendía de un gancho en una de las paredes; si no, se habría dado cuenta de que hacía dos horas que estaba allí, y aún restaba un poco más para concluir la operación. Cuando finalizó y vio cómo la llevaban a una habitación, apoyó las manos contra el muro mientras unas cuantas gotas le perlaban la frente.

—Debes mantenerte fuerte. Yo me encargo del resto —aseguró Quintana al darle una palmada en el hombro.

Con esas escuetas pero sólidas palabras de aliento, Francisco se cambió para regresar junto a Josefina.

La aparición del doctor Quintana en la sala de espera fue providencial para la familia Estrada. Mariano había llegado hacía un tiempo y, ni siquiera con los efectos de unas cuantas copas de ginebra, había logrado quietarse.

—Doctor, dígame cómo está mi niña —inquirió doña Estrada.

—La intervención fue exitosa, hicimos lo que debíamos hacer. Resta esperar que ella evolucione del mejor modo.

—¿Usted ha estado a cargo de la operación? —se interesó Estrada.

—No: fue el doctor Francisco Rivas quien la realizó y, si no fuera por su excelente desenvolvimiento, ahora le estaría dando una lamentable noticia.

La madre de Josefina emitió un ahogado gemido y tuvo que agarrarse del brazo de su esposo para no desfallecer ante semejante sugerencia.

—¿Podemos verla?

—No; por ahora estará bajo la constante atención de enfermeras. Recién dentro de unas horas, podrán hacerlo. Les sugiero que descansen un poco y que regresen más tarde. Sería lo más prudente.

—No me iré de aquí. No pienso dejar a mi hija en compañía de desconocidos —se negó Mariano.

—Haga lo que quiera. Solo le advierto que tendrán mucho tiempo para quedarse en este hospital y acompañar a su hija durante su evolución.

Francisco le había pedido al doctor Álvaro Quintana que se hiciera cargo de comunicar el resultado de la intervención y de manejarse con la familia para cualquier consulta médica. Él no podía distraerse con Mariano Estrada, y menos en escuchar los constantes reclamos de su antiguo amigo. Lo único que le importaba era Josefina, que estaba frente a él, en la cama, con las vendas por todo el cuerpo que él había mandado colocar. Los dedos del médico acariciaban los de ella sin lograr despertar ninguna reacción inmediata. Los efectos de la anestesia obraban en ella no solo para calmar los dolores posteriores a la intervención, sino también para brindarle un sueño profundo que la ayudara a recuperarse, aunque él se comportaba como si desconociera esa información.

Por ese motivo, en realidad sabía que no podía esperar una señal pronta de ella, pero la desesperación que lo embargaba era incontrolable. Debía apaciguar la imperiosa necesidad de que esos ojos café se abrieran de una maldita vez. Él no podía ignorar que el paso de las horas era fundamental para definir la situación de un paciente. ¿Cuántas veces lo había dicho al estar frente a los familiares de los enfermos? Sin embargo, cada minuto que pasaba sin verla despertar parecía robarle tiempo de vida.

—Doctor —señaló Bernarda, una de las enfermeras cuyo turno había comenzado—, yo me haré cargo de atenderla. Debe de estar cansado luego de la compleja cirugía.

—Le agradezco, pero me quedaré con ella.

—¿No desea que la asista durante unas horas, así usted descansa?

—No, gracias. Cuando la necesite, se lo haré saber.

En silencio y preocupada por el semblante del doctor Rivas, la enfermera se retiró de la habitación para dejarlo en medio de la penumbra del recinto, acompañado por el dolor y la desesperación por el estado de Josefina.

Parecía que el tiempo transcurrido allí dentro, en vez de sosegarlo, lo atormentaba más. Las manos de Francisco no se habían separado de las inmóviles de ella, sin dejar de acariciarlas. Apenas si se podía ver el largo cabello moreno del que Josefina solía hacer gala al peinarlo hacia el costado, entonces envuelto en el vendaje que se le había hecho. Quizá conocer las consecuencias que podía tener un cuadro de esa naturaleza lo desesperaba aún más. No había encomendado a nadie el riguroso plan de medicación que se le debía administrar ya que él mismo se hacía cargo de todo. En muda contemplación, las imágenes de ambos comenzaron a cobrar vida en la mente de él, y los recuerdos que atesoraba con celo se

transformaron en la tabla de salvación para evitar hundirse y dejar escapar las horas en aquella habitación. Habría dado lo que fuera por ver la franca sonrisa que Josefina solía regalarle en cada encuentro clandestino o escucharla confesar cuánto lo amaba. De a poco, la templanza y la mesura a las que había debido recurrir horas antes se fueron resquebrajando como el cristal de una copa hasta dejar unos pocos instantes de cordura. De golpe, desde las entrañas de aquel hombre, un llanto incontrolable que no pudo detener irrumpió en la quietud de la habitación.

Hacía unos pocos minutos, Juan había abierto la puerta, pero se había quedado sin poder moverse al contemplar el espectáculo que tenía delante. Él había llegado hasta allí ya que los rumores entre los médicos corrían con una velocidad inusitada. Le había costado creer que pudiera ser Josefina la víctima de semejante accidente, pero había terminado de comprobarlo con las palabras desesperadas de Mariano Estrada, que lo había ido a ver para decirle:

—Juan, por el cariño y aprecio que esta familia te tiene y el amor que sientes por mi hija, debes hacerte cargo de ella y de todo lo que necesite.

El joven médico había quedado conmocionado por el relato de don Estrada, quien había aseverado lo que, minutos antes, había escuchado de boca de otros profesionales dentro del Hospital de Niños.

No había dudado un segundo en abandonar lo que estaba haciendo para ausentarse, en compañía de Estrada, rumbo al centro en el que estaba internada Josefina. Le había pedido a Mariano que se quedara fuera hasta que él se interiorizase en los detalles del estado de ella, pero nunca había imaginado que descubriría a su padre en ese estado. Jamás lo había visto llorar ni expresar una desesperación como la que exhibía entonces. Si en algún instante había dudado acerca del sentimiento que tenía su padre por Josefina, acababa de echar por

tierra toda incertidumbre. La certeza sobre el amor profesado por Francisco, que lo ataba a ella por el resto de su vida, se había apoderado de la mente del joven médico. Por más que Juan en algún momento había soñado con la vaga idea de que todo cambiase y de que él pudiera despertar un amor como ese en Josefina, esa ilusión acababa de esfumarse. Atrás quedaba todo por cuanto se había esforzado y peleado hasta el punto de haberse enfrentado a su propio padre por el amor de ella. Sin embargo, lo aliviaba saber que la traición de Francisco, que tiempo atrás lo había devastado, no había sido en vano. No sabía si en algún momento podría perdonárselo. Sin permitir que esos pensamientos lo angustiaran más, entró en la habitación.

Francisco levantó la vista húmeda cuando sintió la presencia de alguien dentro del recinto. Más allá de la distancia que ambos habían construido a partir del conflicto en torno a Josefina, se mantuvieron en un elocuente silencio porque las palabras de consuelo y congoja sobraban. Juan se acercó a ella y no pudo controlar la emoción al verla en ese estado. Nadie podía mentirle ni decirle algo que no era. Él, como médico, podía comprender lo que veía.

—¿No ha habido cambios?

—Ninguno.

—Sabes que el tiempo obra milagros —alentó el muchacho.

—Esa es mi única esperanza.

Francisco sabía que, sin ella, él no podría continuar, pero, en medio de la angustia que lo abrumaba, no podía olvidarse de que estaba frente a su hijo, al que había considerado el motor de su vida y por quien había luchado para salir adelante luego de que su esposa

muriera. En ese momento, a la distancia, aquel dolor por todo lo que había debido atravesar se diluía ante el profundo tormento y la desesperación que lo consumían hora tras hora.

—Afuera está Mariano.

—Que pase, es su padre.

—Lo más conveniente es que te vayas o que esperes fuera. Luego te aviso. Yo puedo quedarme con ella.

—No lo haré. No pienso separarme de Josefina.

Juan se fue para hacer entrar en razón a Mariano sobre la conveniencia de que Francisco velase por el cuidado de la muchacha. No logró aquietarlo, pero doña Estrada se deslizó entre ellos para adentrarse al cuarto de la convaleciente. Creía que se había quedado sin lágrimas por todo lo que había llorado, pero de inmediato comenzaron a caer más, sin poderlas contener.

—Mariano está imposible, no le hagas caso, Francisco. Haz lo que tengas que hacer por ella, te lo suplico —sollozó.

—No necesitas pedírmelo. Haré todo lo que esté a mi alcance por ella aunque se vaya mi vida en ello.

La presencia de Mariano Estrada se hizo notar minutos después.

—Quiero que te largues de aquí —exigió—, al menos mientras estemos nosotros.

Francisco supo que no podía negarles eso a los padres de una paciente, por más que se tratase de Josefina. Desvió la mirada y vio a Juan, que aguardaba fuera y que, con una inclinación de cabeza, lo invitó a retirarse de allí.

—Nos va a venir bien tomar algo caliente —adujo su hijo.

Francisco sabía que no podía continuar sin ingerir algo, pero antes instruyó a la enfermera para que fuera a la habitación y controlara a Josefina. Le indicó en qué confitería estaría para que le comunicara cualquier novedad y se retiró del hospital luego de una noche para olvidar.

* * *

Le sumó al café bien cargado una medida de coñac.

—¿No piensas comer algo?

El mayor de los Rivas no podía probar bocado. De solo pensar en probar algo sólido, se le revolvía el estómago.

—Hijo, no deberías estar cuidando de mí, pero ya ves, todo está trastocado.

—¿A qué te refieres?

—A que yo debería estar tirado en esa cama de hospital, no ella, que tiene toda una vida por delante.

La voz se le quebró al tiempo que se acallaba.

—Esa tampoco es la solución.

—Lo sé, pero no es justo —se quejó Francisco.

—Muchas situaciones no son justas; sin embargo, suceden, y hay que atravesarlas.

—¿Lo dices por...?

—No importa por qué lo digo, son cosas que ocurren, y hay que aceptarlas.

En medio de la conmoción por el momento que atravesaba, Francisco supo que esas palabras tenían otra connotación. Josefina, su amor, solo ella podía haber hecho que se enfrentase a Juan y que se distanciase de él sin saber si en algún momento todo podría solucionarse, aunque esperaba que así fuera.

—No quiero ser insistente, pero debes comer algo.

Francisco negó con la cabeza.

—Sabes que esto va para largo —persistió Juan.

—Lo sé.

—Te vendría muy bien que, en unos días, comenzaras a atender a tus otros pacientes. Eso te ayudará durante la convalecencia de Josefina. Si lo deseas, podemos turnarnos para cuidarla. Tener la mente ocupada en otra cosa te va ayudar a sobrellevar la estadía en este hospital.

—Te equivocas. Dejaré todo de lado para ayudarla, solo pido a Dios que me permita hacerlo.

Juan se calló ante la contundencia de la declaración de su padre.

—Como quieras.

No pasó demasiado tiempo hasta que ambos se levantaron y tomaron rumbos distintos. Francisco había cruzado la calle para adentrarse en la clínica, mientras que Juan se dejó envolver por el frío instalado en la ciudad y caminó sin importarle la llovizna que

comenzaba a caer. Quizás esa manera de refrescarse le aclarara los pensamientos enmarañados que no dejaban de hostigarlo a cada paso que daba en tanto se alejaba de Josefina, de su padre y de todo por cuanto había luchado.

Desde que había conocido a Josefina, había creído que él iba a ser parte de la vida de la muchacha y que la acompañaría en todos los momentos importantes que atravesara. Sin embargo, supo que, en esa situación, no tenía cabida. Ya no. Claro que iría para saber de la recuperación de la joven, dado que se aferraba a la idea de que ella se repondría, pero mantendría la distancia que le permitiesen los padres de Josefina y Francisco. Por mucho que había deseado consolar a su propio padre, no había podido transmitirle alivio. Ella estaba más presente que nunca entre ambos. Sin mencionarlo, los pensamientos de padre e hijo estaban indefectiblemente unidos y entreverados por una mujer. No obstante, darse cuenta de la realidad no implicaba que debiera soportar, en un futuro, que su padre estuviera de la mano de ella. Esa imagen aún lo atormentaba. Al llegar a la entrada del hospital, lo hizo empapado. La lluvia caía sin cesar, y no había podido quitarse la sensación de pesadumbre que llevaba. Se adentró con la mente ocupada en lo que, minutos antes, había vivido.

—Juan, ¿qué noticias trae?

Él se detuvo de golpe ante el cruce con el doctor Miguens, uno de los directivos de la institución, que se había anoticiado de la ausencia del médico y de los rumores de lo sucedido con la joven Estrada.

Los ecos sobre los vínculos amorosos de la familia Rivas y Estrada habían corrido tiempo atrás. El compromiso suspendido con Josefina y los reportes sobre la relación de ella con Francisco se habían echado a rodar hasta enriquecer aún más la historia entre ellos. Por otro lado, la noticia del trágico accidente ya se comentaba, y se desconocía la dimensión que cobrarían las acotaciones insidiosas cuando saliese a

la luz el frustrado encuentro entre Francisco y Mariano. En solo cuestión de horas, todo volvería a comenzar, y ambas familias se verían envueltas por la mirada de la chusma porteña.

—No son muy alentadoras. Solo resta esperar. En estos casos, es lo único que uno puede hacer.

—Comprendo. Creo que es mejor que se vaya a su casa.

—Aún no he terminado de atender a mis pacientes —repuso el joven Rivas.

—Ya he dispuesto que fuese reemplazado en toda esta jornada. No me mire así, lo hice porque pienso en usted. Será mejor que, si puede, se distraiga y mañana venga a completar el trabajo pendiente.

—Gracias.

No iba admitir que lo necesitaba porque su mente estaba en cualquier otra parte. Aún no había abandonado el hospital en el que yacía Josefina, ni dejado atrás la conversación con Francisco, menos aún se había borrado de la mente del muchacho la mirada desconsolada de su padre hacia la mujer que, en algún momento, Juan había creído que podía ser suya. Nunca se lo confesaría a las autoridades del hospital, pero tampoco iba a desaprovechar la posibilidad de marcharse de ese lugar. Era lo que necesitaba hacer.

Cuando atravesó la amplia puerta de salida, observó que continuaba lloviendo, pero con menor intensidad. Se levantó el cuello de abrigo para salir raudo de allí, pero una voz lo detuvo.

—Estoy esperándote, aunque no te hayas dado cuenta al entrar hace unos minutos.

—Eileen —dijo con cara de sorpresa—, ¿qué haces aquí?

—Si mal no recuerdo, me habías citado para verme por el golpe. Dijiste que querías darme el alta.

—Disculpa, me olvidé. Lamento que hayas tenido que venir con este día.

Él la contempló con mayor detenimiento y notó que el aspecto de la muchacha denotaba que la lluvia la había sorprendido, como a él. El cabello rubio, que siempre tenía alborotado, estaba pegado al cuerpo de ella, por donde seguían cayendo gotas.

—¿Has venido a pie?

—Por supuesto. Nunca he necesitado de lujos como carruajes.

¿Cómo explicarle que en la “pequeña Dublín” nunca había podido acceder a esa comodidad? Caminar y adentrarse por los callejones en los que se había criado no se condecía con el modo en que había vivido Juan. Estaba claro que no había entre ellos ningún lazo que los conectara.

—Entonces, lo harás ahora.

Juan la tomó por el brazo y la condujo hasta la calle, donde veía que se acercaba un coche, y allí le indicó al conductor una dirección. Una vez dentro del vehículo, él la miró y se sorprendió de que ella no reaccionara ni le dijera nada. Esperaba que se opusiera a lo que acababa de hacer, como cada vez que intentaba imponerle algo. Sin embargo, esa vez Eileen no le hizo notar su desconformidad.

—¿Por qué no protestas? ¿Quizás el golpe obró un milagro contigo?

Juan le acarició con los dedos la frente y el magullón que tenía en la mejilla, que iba perdiendo color. Ella cerró los ojos y sonrió ante el mero tacto de él.

—No creo, la testarudez es parte mía.

—Me gusta que así sea.

El traqueteo del carruaje se veía apaciguado por el constante repiqueteo de las gotas de lluvia sobre la capota. Fue ese sonido el que los acompañó durante el trayecto hasta que Juan descorrió la pequeña cortina para certificar que estaban por arribar a destino.

—¿Ya llegamos a mi casa? —preguntó Eileen.

—No, y tampoco a la mía. Quería ir a beber algo y elegí el Phoenix Hotel.

Ella recordó que había sido allí donde habían compartido unos tragos la vez anterior.

—Me va a venir bien tomar algo.

—Un chocolate caliente para ti y un whisky fuerte para mí — propuso Juan.

—Esta vez, dejo que elijas.

Juan la ayudó a bajarse del vehículo por más que ella no estuviese acostumbrada a que la trataran como a una dama. Le intrigaba saber cuál era la historia que había rodeado el viaje de ella hacia la ciudad de Buenos Aires, pero ese no era el día para averiguarlo.

—Adelante.

Al entrar, eligieron una mesa frente al amplio cristal de la ventana. La lluvia continuaba y parecía no querer ceder. El camarero, diligente, tomó los pedidos y, cuando se retiró, un pesado silencio cayó sobre ellos. Antes de que cierta incomodidad se instalara, Eileen decidió romperlo.

—Me siento muy bien del golpe. Cuando te dije que me habías citado, si bien era verdad, también era una excusa para verte.

—¿Sí?

—Sabes que la herida no me tenía preocupada. Además, podía curarse sola —argumentó ella.

—Ah, qué bien, gracias por lo que me toca.

—Pero quería verte. Prefiero decirte la verdad y comentarte que estoy al tanto de lo sucedido con la familia Estrada.

Juan no supo si le impactó más que ella le comentase que estaba enterada de lo ocurrido o el modo en que lo había encarado para decírselo. Hablaba con una honestidad digna de admirar, aunque ella misma no la valorara.

—¿Y creías que estaba destrozado?

Él se calló cuando las bebidas fueron depositadas sobre la mesa.

—Si no deseas hablar, no lo hagas. Solo quiero decirte que puedes contar conmigo. La otra noche, cuando me llevaste a casa luego de atenderme, comenté que, en las dos oportunidades en que nos vimos, tuviste que socorrerme y sostenerme. Esta vez, si me lo permites, lo haré yo contigo.

Juan bebió un largo trago del whisky recién servido sin dejar de observarla.

—Si lo deseas, te dejo solo —agregó al acercarse sobre la mesa, y murmuró—: Además, no es de mi agrado este chocolate caliente.

Desde que había amanecido, solo Eileen había podido robarle una sonrisa. Ella era impredecible, y eso a él lo desconcertaba.

—Me gusta estar contigo.

—Gracias —dijo ella en tono de sorna, acompañado por un forzado revoloteo de pestañas.

Él levantó la mano para indicarle al mesero que le trajese un té de la casa.

—Con este nuevo pedido, vamos mejorando —bromeó Eileen.

—Supongo que estás al tanto de qué lugar ocupó Josefina en mi vida.

—¿Ocupó?

—Sí, de eso me acabo de dar cuenta esta mañana. Por mal que me pese, debo entender cómo son las cosas y sé reconocer cuando estoy fuera del juego.

—Te entiendo.

Eileen no necesitaba hacer referencia a Thomas ni a la profunda desazón que había experimentado al darse cuenta de que no formaba parte de la vida de él o, mejor dicho, del amor no correspondido que ella había sentido hacia Wood. Era una sensación desgarradora, que solo se alivianaba cuando se daba cuenta de cómo eran las cosas.

—¿Cómo está ella?

—Mal.

—Creía que la situación de Josefina había mejorado. En la ciudad, se corrió la voz sobre lo acontecido, y Joaquín me informó sobre lo demás.

—Joaquín está siempre contigo, ¿verdad? —inquirió Juan.

—Sí, estamos solos aquí y nos hacemos buena compañía.

—¿Tan buena y estrecha es la relación que los une?

Una vez que lo mencionó, se arrepintió. Tampoco se dio cuenta del motivo por el que le molestaba la cercana amistad de Joaquín y Eileen.

—Él es alguien a quien aprecio. Nos acompañamos porque ambos estamos solos en medio de esta ciudad. A veces no es fácil, y sentir que uno no está aislado ayuda.

Juan no le contestó, sino que se limitó a beber otro sorbo de alcohol con la sensación de que algo lo quemaba por dentro.

—Aún no te lo dije, pero me gustó que me esperaras, por el motivo que fuera. Pensaba tomarme unas copas solo y ahora estoy pasándolo mejor de lo que me imaginaba contigo.

—Me alegro.

—Nunca te hablé de lo que Josefina significó para mí.

—Puedo suponerlo.

En la mente de ella, la imagen de Thomas regresó una vez más. De ese modo podía sentir más cerca a Juan porque podía imaginar por lo que estaba pasando en ese preciso instante.

—A ella la conozco desde que éramos pequeños. Nuestras familias se relacionaron desde aquella época. Crecimos con el convencimiento de que estaríamos juntos cuando fuésemos más grandes, parecía que no había otra alternativa. Pero me equivoqué, porque hoy me di cuenta de que ella nunca fue mía.

—¿Aún la amas?

—Tengo todo muy mezclado. Si me lo hubieras preguntado ayer, quizás te habría dicho que la seguía amando aunque supiera que no tenía esperanzas. Pero, al observar a mi padre destruido junto a ella, supe que el dolor que él tenía no se asemejaba al mío. Fue muy confuso verlo del modo en que lo encontré y escuchar lo que me dijo.

Por otro lado, Juan se había convencido de que cualquier artimaña que pudiera pergeñar para que su padre estuviera con otra mujer era en vano. Dolores Álzaga había sido una buena alternativa, aunque no había tenido el efecto deseado.

—Quizás alguna vez vivas con otra mujer eso tan especial que viste en tu padre.

—No lo creo. No pienso pasar de nuevo por una situación así.

—Haces bien. Cuando te lastiman una vez, no deseas volver a pasar por esa experiencia.

—Así es.

Ella tomó el último sorbo del té, que aún se conservaba caliente, bajo la atenta mirada de Juan. Sabía que él estaba peor de lo que le había confesado, pero no iba a discutirlo.

—¿Otro té?

Asintió. Estaba segura de que ni en Londres se habría inclinado por beber tanto té.

El anochecer se precipitó en medio de la tormenta. Pese a eso, Juan permanecía aún en el salón del hotel, sin dejar de asombrarse de que fuera Eileen, una mujer tan diferente a las que estaba acostumbrado a tratar, quien le hiciera más agradable un día que habría preferido olvidar.

CAPÍTULO 10

De regreso a la ciudad de la niebla

Londres, 1890.

La bruma se agitaba al compás de las plateadas aguas del río Támesis. Apenas se podía vislumbrar la silueta costera del puerto de Londres. Atrás quedaba la veintena de días que había durado el viaje desde la ciudad de Buenos Aires a tierra inglesa.

Para Victoria, nada era igual. Aún le latía en la memoria el encuentro con Thomas años atrás, apenas arribada a la ciudad en una fría mañana del mes de noviembre, y no podía evitar evocar cómo, a partir de aquel instante, todo se había transformado. Cuánto había debido recorrer y luchar hasta que al fin había podido estar junto a él. Por momentos, había sentido que su propio presente se desmoronaba en compañía de James, el hombre elegido por Zelmiro Sáenz por considerarlo el candidato ideal para unirlo a la vida de la familia. La ilusión de que la relación con Thomas se concretara se había visto minada por el imprevisto casamiento con James. Sin embargo, el anhelo y la esperanza de que algo cambiase para que pudiese estar con Thomas nunca la habían abandonado. Quizás eso le había permitido transitar todos los sinsabores, angustias y dolores que le había brindado esa convivencia junto a James Lowe.

La cálida brisa golpeó el rostro de Victoria, que se aferró con las manos a la baranda del barco como si de algún modo pudiera quedarse a bordo, sin bajar a tierra, y negarse a enfrentar lo inevitable. Los latidos del corazón de la muchacha se incrementaban a medida que los pasajeros, junto a sus baúles y equipaje, descendían

por la escalerilla envueltos en la ilusión y con las ansias por arribar a destino. El personal portuario que cumplía con las actividades de embarque y desembarque se desdibujaba en medio de la espesa niebla.

—Mi amor —susurró Thomas, que, sin preguntárselo, intuía cómo debía de sentirse al conocer el significado que guardaba ese regreso para ambos—, no debes preocuparte por nada, todo va a estar bien.

Victoria sintió que los brazos de él la rodearon para brindarle el amor, la calidez y la certeza que ella necesitaba para descender los escalones que la llevarían a una realidad que temía. Los labios de él besaron los de ella, y un fuerte escalofrío atravesó el cuerpo de Victoria hasta borrar cualquier otra impresión del pasado que pudiera sentir.

—Vamos, es hora de descender y de que vayamos a nuestra casa.

Victoria se dejó llevar por él, acompañados por Paca, que los custodiaba desde atrás con el pequeño Colin. El carruaje los condujo por la ciudad hacia una de las zonas más elegantes de la capital, en donde se erigía la propiedad de Thomas. El barrio Mayfair se levantaba frente a ellos con todo su esplendor, elegancia y refinamiento.

Victoria descendió del vehículo y se sorprendió al descubrir la zona en que estaba, más cuando vio la propiedad a la que se dirigían.

—Este no es lugar adonde te visité la vez que...

La joven no pudo continuar porque Thomas la interrumpió con un beso para luego agregar:

—La última vez que nos vimos en Londres fue en mi antiguo departamento y fue una de las peores noches que tuve luego de que te fueras. En aquella despedida, desconocía cuándo volvería a verte.

Horas más tarde, me torturaba la duda de si volveríamos a encontrarnos y, en tal caso, si me estarías esperando.

La conmoción de lo que escuchaba se reflejó en las lágrimas que comenzaron a rodarle por el rostro a Victoria. Él besó las pecas húmedas que tanto adoraba y continuó.

—Antes de partir, dejé precisas instrucciones de adquirir otra propiedad luego de desprenderme de la que, hasta ese momento, era mi casa. Aunque te sorprenda, vamos a recorrerla juntos porque nunca viví aquí. Solo la adquirí porque soñaba con que, en algún momento, pudiéramos estar de este modo.

—Te amo tanto.

—Esta noche, puedes demostrármelo —murmuró mientras abría la cancela negra que daba la bienvenida a la residencia.

En la construcción de estilo victoriano, se destacaban los muros de ladrillo que cubrían los tres pisos en que se alzaba la finca, por donde asomaban exquisitas ventanas en forma de arco con vidrios repartidos que brindaban luz y calidez al interior.

El personal de servicio se presentó no bien entraron. Esperaban a la familia, por lo que todo estaba dispuesto para habitar el nuevo hogar.

—Mi amor, habrá tiempo para realizar los cambios que desees.

Él no había dejado de contemplar cómo Victoria observaba con sorpresa todo a su alrededor.

—Es hermosa.

—Pero le falta tu sello.

—Aún me cuesta creer todo esto.

—Pues deberás acostumbrarte. Quiero que la sientas tuya y que hagas de todo esto nuestro hogar.

Para él, sería el primer lugar en el que albergaría a los suyos. Esa casa tenía una gran importancia, no por el valor económico, sino por el significado que tenía para él, ya que nunca antes había tenido un verdadero hogar. Nunca había deseado tenerlo con ninguna otra mujer que no fuese Victoria, y ese anhelo al fin se había cumplido.

Él, una vez más, la envolvió en sus brazos: necesitaba sentirla para transmitirle toda la confianza que debían tenerse para enfrentar lo que restaba resolver.

* * *

Las horas se habían esfumado al ritmo de los arreglos en la instalación en la nueva casa. Thomas se había retirado durante unas horas al estudio, en donde había pergeñado las actividades del día siguiente, mientras Victoria se entretenía con la disposición del equipaje y de las habitaciones con las que contaba la finca.

La noche la había alcanzado en el nuevo cuarto de Colin, con el niño en sus brazos, a quien acunaba. De a poco notó cómo el pequeño, que continuaba aferrado a ella, con los deditos enroscados en la larga cabellera de Victoria, iba cediendo y cerrando los ojos azules ante las palabras de amor que ella recitaba.

—Mi cielo —musitó al besarle las mejillas—, veo que también te gusta mi cabello. —Desenroscó los mechones rojizos entre las manos de su hijo.

El bebé le contestó con una sonrisa que le colmó el alma. Victoria no dejaba de asombrarse de que, con cada día que pasaba, el niño se convirtiera en el fiel reflejo de Thomas. Adoraba que fuese así.

A un costado de la puerta, él observaba la escena. No había deseado interrumpir ese diálogo de miradas y mimos entre Victoria y su hijo. Ella elevó la vista al presentirlo y, con una sonrisa, se levantó para llevar a Colin a la cuna. Entonces Victoria sintió cómo los brazos de él la rodeaban por detrás.

—Ahora que nuestro hijo se ha dormido, quiero tu dedicación exclusiva —susurró él.

Ambos abandonaron la habitación cuando Paca entró para hacerse cargo del niño y caminaron hasta llegar a la propia.

—Te amo.

Thomas selló con los labios la boca de ella al tiempo que, con la mano, le rodeaba el cuello para regarlo de besos que fueron descendiendo hasta la clavícula. Con diestros dedos, le fue desabrochando el vestido hasta dejarlo caer alrededor de la joven.

—No me cansaré nunca de verte de este modo. Eres preciosa.

Una vez más, como si fuese la primera vez que la contemplase de esa manera, las mejillas de ella se sonrojaron.

—Aún no he logrado quitarte esa timidez adorable que tienes. Parece que deberé empeñarme un poco más.

El grácil cuerpo de Victoria vibraba con cada palabra dicha y con cada caricia brindada. Thomas se quitó la ropa en unos pocos segundos y, al dar unos pasos, las vestimentas cayeron sobre la amplia cama.

—Quiero sentirte y hacerte mía.

Las manos de él la acariciaron hasta arrancarle gemidos y jadeos. Thomas recorrió con el tacto cada centímetro de ese cuerpo que estaba a punto de estallar. Con la boca, lamió y succionó los pechos que, enhiestos, aguardaban por él.

—Mía —clamó ahogado—, solo mía.

Ella, aferrada a los hombros de él, no dejaba de convulsionar ante el efecto demoledor que él le provocaba cada vez que la amaba.

—Te amo. —Victoria explotó con un sinnúmero de sensaciones que solo él podía inducirle.

Él enterró la cabeza en el hueco del cuello de ella al tiempo que intentaba aquietar su propia respiración y los efectos del infinito placer que le provocaba Victoria, porque solo ella le podía ocasionar semejante gozo. La brisa nocturna hacía ondear la cortina blanca por donde se filtraba el resplandor de la luna. En medio de las luces y sombras que destellaban en el recinto, las confesiones no se hicieron esperar.

—No te imaginas cuánto te amo yo.

Victoria se perdió en los ojos de Thomas. En aquel instante, no había nada que pudiera interponerse entre el amor que se tenían. Ella podía bucear por el azul de esos ojos y saber que solo allí deseaba estar. Junto a él, podía alcanzar la felicidad, el bienestar y la protección que solo él le daba.

—Ámame.

Ante el pedido de ella, él no se hizo esperar y, en aquella noche londinense, se adoraron sin restricciones ni pensamientos que pudieran opacar ese momento. Los primeros rayos de la mañana los

encontrarían con las sábanas enroscadas entre los cuerpos extasiados luego de haber sellado esa pasión.

* * *

La mañana había comenzado y, con ella, el cumplimiento, por parte de Thomas, de las cuestiones pendientes. A bordo de un cabriolé, atravesó la ciudad al bordear el río Támesis. Descorrió la liviana cortina de la ventana para contemplar el camino que había recorrido innumerables veces. Le parecía que había transcurrido toda una vida desde que había abandonado Londres. Sin embargo, no habían sido tanto los años. Quizá fuera el modo en que los hechos se habían desencadenado lo que había hecho que viviera todo con tanto frenesí. Antes de continuar, le pidió al cochero que se detuviera para descender y caminar las dos cuadras que restaban hasta llegar a la empresa.

La construcción de ladrillos de Lowe y Co. se recortaba majestuosa en medio de la sombría neblina. Thomas tenía impresas en el recuerdo las ansias por arribar allí y el sueño de que, en algún momento, su vida diese un cambio y pudiera salir del agujero negro en que estaba sumido. El tiempo le había dado la posibilidad de lograrlo, aunque había debido sortear una serie de obstáculos que atravesaría otra vez si ese fuera el precio de la felicidad.

Varios eran los operarios que maniobraban la mercadería y la descargaban para llevarla dentro de los amplios depósitos con los que contaba la firma. Bastó con que uno de ellos se distrajera al observar a Thomas acercarse al lugar para que el resto dejase la labor que realizaban. Sin temor a una represalia, abandonaron lo que hacían para ir a saludarlo.

—Señor Wood, al fin lo vemos por aquí.

Con respeto, se fue acercando el resto de personal que se encontraba a la vera del río en la función de carga y descarga.

—Qué alegría verlo de nuevo —manifestó el encargado, que había trabajado en sus comienzos palmo a palmo con él.

—Me agrada verlos a todos.

—Se lo ve muy bien, parece que Argentina le ha sentado de maravilla.

—Quizá sea otro el motivo —aventuró Thomas.

—Señor, ¿viene a quedarse?

—Tengo que arreglar unas cuantas cuestiones antes de decidir cuánto tiempo permaneceré.

—Adentro está el señor Lowe —informó el encargado.

—Continúen con lo que estaban haciendo, que yo debo cumplir con algunos compromisos. —Se acercó al capataz y le susurró—: Procura que nadie nos moleste.

El asentimiento del empleado fue elocuente.

—Allá arriba estarán solos; los martes no viene Margaret.

Thomas, tras escucharlo, caminó rumbo al interior del edificio. Ningún empleado se animó a mencionar los rumores en los que se habían visto involucrados Wood y la prometida de James, ni el motivo real sobre la efectiva partida de quien acababa de regresar.

Thomas se dirigió hacia las oficinas ubicadas en el primer piso de la firma. La actitud de Margaret respecto a James Lowe había confirmado para todos que la batalla que se decía haberse desatado entre ambos por una mujer había sido cierta. Claro que ella había jugado del bando de Thomas, y eso le habría costado el puesto allí si no hubiera sido por las condiciones y estrictas instrucciones que Thomas había dejado para que ella conservara aquel trabajo. Solo permitiría que abandonase el lugar ante el sincero pedido de ella. Él sabía que, para eso, deberían hablar largo y tendido y, en ese momento, lo único que tenía en mente era precisamente eso: hablar con su socio.

Con el puño, golpeó dos veces la puerta y entró a la antigua oficina de George Lowe, entonces remozada a nuevo por James, que estaba inmerso en unos contratos desperdigados sobre la mesa de caoba. En el momento en que levantó la vista, un fuerte escalofrío recorrió el cuerpo de Lowe. Fue un instante en que ambos se limitaron a sostenerse la mirada porque las palabras sobraban. Aún tenían mucho para decirse, pero debía pasar ese primer impacto del reencuentro. James fue quien reaccionó primero y se levantó para saludarlo.

—Qué alegría verte —expresó—. Deberías haberme avisado que vendrías. Te aseguro que la recepción habría sido otra.

—Lo importante es que estoy aquí.

—Quiero saber de mi familia. ¿Los has dejado en Buenos Aires?

—No, he venido con Victoria y Colin.

—Pero ¿han llegado recién? ¿O los has dejado en mi casa? Si es así, saldré de aquí en breve para reunirme con ellos. Ya sabes el deseo que tenía de verlos.

Thomas recordaba el telegrama recibido y el modo en que había debido adelantar la partida de Buenos Aires para arribar a Londres y poner coto a toda esa situación.

—Thomas, ¿qué sucede? Ah, ya sé.

James fue hasta una mesa en donde descansaba una botella de whisky junto a dos vasos de cristal y volcó el líquido ámbar en tanto intentaba disimular el temblequeo que tenía en las manos. Thomas no dejaba de observar cada movimiento de aquel adversario por muy pequeño que fuera.

—Aquí tienes.

—Es muy temprano para beber —se excusó antes de desplazar el cristal a un costado—. Aparte, he venido para hablar.

—Hombre, ¿desde cuándo te pones tan formal para intercambiar unas palabras con un amigo? —acusó, tras lo cual tomó un fuerte trago y agregó—: Aún no me has dicho dónde está mi familia.

—James, lo que llamas “tu familia” no existe. Si te refieres a Victoria, puedo decirte que es la mujer que siempre he amado y que amaré por siempre, le pese a quien le pese.

—Supongo que esa es una broma de mal gusto.

Thomas no le contestó, sino que esperó a que asimilara lo que acababa de confesarle.

—¡Pero qué dices!

James lanzó el vaso, que se estampó contra la pared.

—¿Cómo puedes decirme algo así? ¿Dónde está el hermano que, con tanto alarde, afirmabas ser? Claro, es la duda que siempre tuve desde un principio, y no haces más que confirmar que el dinero de los Lowe era lo único que te importaba. El viejo George estaba grande, y su falta de lucidez hizo que se acercara a ti y que no reparara en tu ambición por el cariño que siempre te tuvo. Has tenido la suerte de que, hasta después de muerto, haya cuidado de ti mediante las disposiciones a tu favor en su testamento.

—Si prefieres creer que tu padre se ennegueció conmigo en vez de pensar que él no podía confiar en ti porque nunca le demostraste ser alguien en quien él pudiera apoyarse, no me importa. Si prefieres creer que a mí lo único que me movía era el dinero, hazlo y distráete de la verdad de los hechos para evitar pensar que tu propio padre no podía fiarse de ti.

—¡Cállate!

—No lo haré, porque vine hasta aquí a hablar contigo para dejar claro ciertas cuestiones. Me importa una mierda lo que pienses de mí. Tu padre me conoció y supo cómo era. Mientras estábamos acá ocupados en trabajar y luchar por sacar adelante la empresa, tú te divertías con tu gente en la universidad, lejos de todos los problemas.

—Lo hice porque yo siempre tuve lo que tú nunca has tenido: una posición social que me permite moverme en los círculos sociales a los que tú solo has tenido acceso gracias al apellido Lowe. Mientras yo deambulaba por las mansiones de mis amigos, tú lo hacías por los callejones de Londres.

Thomas se acercó un poco más en tanto movía los dedos para evitar que se cerraran en un puño que se estampara contra el rostro de James.

—Me crié en las calles de Londres e hice cosas que no te imaginas, pero pude dejar atrás todo aquello gracias a tu padre y a mi tesón por intentar ser alguien diferente. Nunca renegué de lo que fui ni negué de dónde vine. Sin embargo, el agradecimiento y la lealtad a tu padre tuvieron un precio muy alto que debí pagar.

—¿Qué dices?

—Que debí alejarme de la mujer que siempre he amado cuando me dijiste que habías pedido la mano de Victoria al inescrupuloso de Zelmiro Sáenz.

—¿Me quieres decir que nada de lo que afirmaste en aquel momento era cierto? ¿Dónde quedó ese hermano que me auguró todo lo mejor con mi esposa?

—Lo que hice fue hacerme a un costado porque sentí que debía cumplir con el último pedido de tu padre. Él buscaba que te asentaras en los negocios de la mano de una buena mujer, y yo prometí que me aseguraría de ello en su nombre.

—¡Y ahora que lo he logrado, vienes a arrebatarme todo!

—¡Te equivocas! Yo no te quité nada porque, a Victoria, nunca la has tenido. El amor de ella siempre ha sido y será mío.

—¿Quieres decir que te has aprovechado de mi pobre mujer, que llegó junto a mi niño a la ciudad de Buenos Aires? Mientras yo confiaba en ti y te pedía que velaras por ellos, lo único que has hecho es traicionarme con mi esposa!

—Piensa lo que quieras y sigue negando la realidad de los hechos. Tú sabes cómo son las cosas —concluyó Thomas.

—¡Explícate!

—Deja de gritar.

No solo fue el modo, sino la contundencia con que lo dijo lo que hizo que James supiera que debía escuchar lo que Thomas tenía para decirle.

—Te equivocas al creer que te he robado algo tuyo, porque Victoria nunca lo fue. Ambos estábamos enamorados antes de que pidieras su mano.

—No sabes lo que dices. Quizás es lo que creíste, pero todo eso es mentira. Si no, pídele a ella que te cuente cómo se entregaba a mí noche tras noche.

James no tuvo tiempo de continuar con la seguidilla de comentarios que pensaba lanzar porque Thomas se le abalanzó y lo acorraló contra uno de los muros de la habitación. Desde que había ingresado al despacho, Wood se había jurado controlarse y conversar de manera que no quedaran dudas sobre la situación que vivía con Victoria y Colin, pero le costaba soportar con estoicismo cada palabra envenenada lanzada por James.

—No vuelvas a hablar de Victoria del modo en que lo has hecho — siseó a pocos centímetros de James mientras lo sostenía por el cuello —. Ella no merece que mancilles su nombre con mentiras.

—¡No sabes lo que dices! ¿Acaso no te contó lo bien que lo pasábamos juntos?

—Cállate. Ella ha venido conmigo, está en mi casa y no regresará a la tuya nunca más.

—Victoria está con mi hijo —objetó James.

—¡Colin no es tuyo; es mi hijo!

—Estás demente.

—No lo estoy, y más te vale aceptar todo lo que te estoy explicando.

—Ella es mi esposa y, aunque tuve que soportar que sea una bastarda y silenciar los comentarios que no dejaban de resonar en torno a mi familia y a mi apellido, no dejaré que salga a la luz que se haya comportado como una cualquiera al acostarse con mi socio, a quien yo consideraba mi hermano.

Thomas perdió el control que había mantenido y, tras sentir los puñetazos que James le lanzaba luego de que hubiera logrado zafarse de aquel agarre, no respondió de sí. La silla en la que, minutos antes, estaba sentado Thomas cayó al piso, y ambos terminaron rodando sobre la alfombra. James no tenía tanta experiencia en peleas pugilísticas, pero igualaba en fuerza a Thomas, que no dejaba de esquivar los golpes al aire que James intentaba darle. Entonces, Thomas le lanzó un golpe que le dejó sangrando el pómulo derecho.

—¡Hijo de puta! No vuelvas a nombrar a Victoria de ese modo.

El sonido sordo del puñetazo dado de lleno por Thomas sobre el cuerpo de James no alivió la ira que navegaba por las venas del atacante.

—Ella regresará conmigo. Solo yo puedo darle todo lo que necesita y que tú no tienes —gargajeó James con sangre en la boca.

—Ni sueñes con acercarte a ella.

—¡Quiero ver a mi niño!

—¡Colin no es tu hijo!

—Claro que lo es. Exígele a Victoria que te cuente la despedida que tuvimos antes de que partiera a París. No quería que se fuese sin sentir mis manos por su cuerpo ni mis besos al recorrerla por completo.

Un puñetazo, seguido de otro, se estampó contra el abdomen de James, lo que hizo que aquel se doblara y no dejase de retorcerse en el piso.

—¡Haz lo único que sabes hacer: pegar! Eres igual que Victoria, que solo sirve para mentir. Para eso ella es muy buena, aunque para...

Un último puño colisionó contra la mandíbula de James y, al darle de lleno, impidió que pudiera continuar vociferando contra Victoria, Colin y la familia que Thomas acababa de construir. Wood se levantó agitado y apoyó las palmas de las manos sobre las rodillas mientras intentaba aquietarse. Aunque no había recibido golpes por parte de James, las palabras vertidas por él no dejaban de repiquetearle en la cabeza.

—Si crees que vendrás a mi empresa como un pandillero a golpearme y robarme lo que es mío, estás muy equivocado —aseguró Lowe como pudo una vez que logró modular las palabras tras el feroz golpe en el rostro—. Parece que no has cambiado y que no dejas de comportarte como lo que siempre fuiste.

—Te repito por última vez que no he venido a quitarte nada, pues ella nunca te perteneció, ni tampoco será tuya ahora. Hazte a la idea.

—Si aún te mantienes en esta postura, debes saber que voy a hacer valer mis derechos como dueño de esta compañía.

Thomas fijó una glacial sobre James. Solo se podían escuchar las respiraciones agitadas de ambos hasta que Thomas cortó la quietud.

—No eres dueño de todo esto, sino de un parte y, si deseas serlo, deberás sacarme de aquí y hacerme a un lado. Yo también deseo cortar con los lazos que me atan a ti, así que vamos, comienza a moverte, porque te aclaro que yo ya he empezado.

—Te voy a destruir.

—Adelante, pon en práctica todos los conocimientos aprendidos y haz algo. Eso sí, te aseguro que, a partir de este momento, no tendré piedad por ti.

Thomas recordó que la última vez que había augurado algo así había sido ante Zelmiro Sáenz, cuando aquel lo había ido a ver para anunciarle que Victoria solo se casaría con James Lowe. Había debido transcurrir un largo tiempo para que Thomas pudiera desenmascarar a Sáenz y al fin apoderarse de todo aquello que había perdido.

—Haré valer mis derechos como marido de Victoria y como padre de Colin.

Thomas se acercó un poco más para agregar:

—Si intentas tocarle un solo pelo a Victoria o a mi hijo, te juro que voy a matarte. Deberías saber que no me va a temblar el pulso al hacerlo.

James lo miró de un modo extraño, aunque supo que sería mejor quedarse callado. Thomas se retiró de allí hasta dejar atrás la sala devastada por completo, sin demostrar en el rostro ninguna de las emociones que le atravesaban todo el cuerpo. Abandonó la empresa Lowe & Co. con el pleno convencimiento de que no regresaría allí hasta que ciertas cuestiones estuvieran arregladas. El personal continuaba trabajando, pero ninguno intentó acercarse a él ya que lo

conocían lo suficiente como para saber cómo debían actuar en esos casos. Thomas se perdió en una caminata a la vera del río en medio de la niebla y los pensamientos que no dejaban de hostigarlo.

* * *

Victoria no había dejado de ir y venir dentro de la casa. Si bien parecía que estaba todo listo, quedaban varias cuestiones por resolver, y quería darle a Thomas lo que le había pedido. Ella también necesitaba sentir que ese hogar sería especial y, para lograrlo, haría todo lo que no le había permitido realizar James durante el tiempo que había debido vivir en aquella desencantada mansión. Más allá de la distracción que suponían las horas dedicadas a los quehaceres de la casa, le extrañaba que Thomas aún no hubiese regresado, por más que supiera que debía cumplir con varias diligencias en su primer día de trabajo. Se acercó a la ventana arqueada y contempló cómo, en pleno anochecer, se acercaba una silueta inconfundible para ella. Se alejó de allí para abrir la puerta y recibirlo.

—Te esperaba desde hace un largo rato.

Victoria se lanzó a los brazos de él no bien abrió la cancela.

—Te extrañé todo el día —susurró ella.

Él le tomó el rostro con ambas manos y fijó la vista en cada detalle de las facciones de ella. La boca de Tomas capturó la de ella y, en un beso profundo, apasionado y hambriento, le demostró que él también la había echado de menos.

—Mejor entremos —propuso Thomas.

—Mi amor, la cena está dispuesta.

—Antes, quiero pasar por mi escritorio. Debo completar algunos asuntos.

Victoria dispuso que Paca se hiciera cargo del niño y ordenó que el personal de servicio diese por terminada sus funciones. Luego, enfiló hacia el despacho de Thomas. No bien entró, lo vio sentado en un amplio sillón con la blanca camisa arremangada y un vaso de whisky en una mano. Le dio un profundo trago al verla entrar. Ella caminó hacia él como si entre ambos hubiese una atracción difícil de eludir.

—¿Quieres hablar?

—No, solo quiero tomar esto —repuso él, tras lo cual levantó la bebida y tomó un trago— antes de cenar. Ve con Colin, más tarde me uniré a ustedes.

Victoria no se amilanó ante la actitud de él, que parecía haber cambiado desde que se había encerrado allí, sino que se acercó aún más a la mesa de madera.

—¿Has estado con él?

Thomas terminó el contenido de aquel recipiente de alcohol y lo dejó a un costado.

—¿Te importa que haya estado con James?

—Claro que sí.

—Creí que él había dejado de significar algo para ti hace tiempo.

Victoria corrió con una mano algunos de los documentos que había expuestos allí para apoyarse y tener más cerca a aquel hombre.

—Esto es lo que no quería. Sabía que, cuando lo vieras, podrían surgir viejos reclamos. Él no va a permitir que estemos juntos, no será fácil que entienda lo que nos sucede.

—No deberías preocuparte porque creo haber sido claro esta mañana, pero ¿qué debería entender él?

Thomas se apoyó sobre el amplio respaldo de cuero verde sin dejar de mirarla.

—Que soy la mujer de un solo hombre, que me enamoré de una única persona y que volvería a pasar por todas las angustias y los sinsabores si supiera que al final podría estar con ese hombre que amo con locura. Debería entender que, sin ese hombre, me secaría día tras día. Thomas, te amo tanto que me duele el alma de solo pensar que algo pueda separarnos.

—Él dijo que cosas que yo...

Victoria le cubrió los labios con los dedos. No quería escuchar nada de lo que pudiera haberle dicho, no en ese momento.

—Shh, supongo que habrá situaciones de las que querrás saber, pues aún no hemos conversado de muchas cosas. Sé que te has esforzado por no preguntar para no lastimarnos, pero ahora necesito demostrarte cuánto te amo y todo lo que significas para mí. Para hablar, tenemos el resto de la noche. ¿Qué dices?

Thomas creía que no había modo de que pudiera amar más a Victoria. Esa mujer tenía el poder de interpretarlo y brindarle, con las palabras justas, todo cuanto necesitaba en el momento indicado. Él nunca la había visto tomar la iniciativa y sabía que hacerlo le costaba más de lo que le estaba demostrando en ese preciso instante. Ella se apoderó de la boca de él mientras que los dedos femeninos tiraban hacia atrás de los cabellos de Thomas y le acariciaban los hombros

para luego comenzar a desprenderle la camisa. A medida que lo hacía, la boca de Victoria descendió por el robusto pecho de Thomas. Para él era una tortura no poder hacerle todo lo que deseaba.

—Quiero ayudarte —ronroneó ella.

Los dedos de él se apoyaron sobre los de ella para arrancar de una vez todos los botones y librarse de la molesta camisa. Rodeó con un brazo la cintura de la muchacha mientras que, con el otro, desplazaba hacia el suelo todo lo que ocupaba la mesa. Desde que la vio entrar al recinto, había deseado hacerla suya sobre ese lugar de trabajo. Necesitaba saborear cada pulgada de esa piel y cada parte de ese cuerpo. Sus bocas se fundieron en un beso cargado de pasión y angustia en tanto Thomas evitaba pensar y recordar las acusaciones de James. Desde que había abandonado Londres sin ella, se había impuesto no imaginarla en brazos de otro hombre, pero las palabras dichas por James aún retumbaban en la cabeza de él. Los gemidos de ella, provocados por las caricias de Thomas, no se hicieron esperar. Con las yemas de los dedos, él le acarició las piernas y le levantó la falda hasta enroscársela en la cintura. Frotó el centro del placer de aquella mujer y, minutos después, los dedos fueron remplazados por la boca de él, que absorbió aquella humedad mientras ahogaba entre sus labios la excitación que ella destilaba. Una vez más, Victoria se dejó llevar por el placer que solo él podía brindarle. Cuando creyó que no soportaría más, Thomas se fundió dentro de ella, con las manos enlazadas por encima de la cabellera de Victoria.

—Te amo —gimió ella ante las estocadas de Thomas.

La joven pudo ver en la mirada de él todo lo que esos labios aún no habían pronunciado.

—Solo tú —exhaló ella.

Las potentes embestidas culminaron cuando ambos liberaron el placer en un grito ahogado. Él apoyó los labios sobre el cuello de ella al tiempo que intentaba sosegar su propia respiración y la intensidad de lo vivido minutos antes. Apenas se separó unos centímetros para contemplarla con la cabellera esparcida sobre la mesa, las mejillas sonrojadas y la expresión en el rostro de haber sido amada. Con el pulgar, le delineó los labios y luego le dio tiernos besos en las comisuras de la boca.

—Eres lo más importante que tengo. Sin ti, yo no sabría qué hacer —susurró él.

—Yo tampoco, mi amor.

Luego de haberla amado, parecía que su cuerpo había vuelto a cobrar vida.

—Thomas, deseo hablar contigo.

En silencio, él se incorporó y la ayudó a levantarse. Con mesura, fue vistiéndola bajo la absorta mirada de Victoria. La tomó de la mano, la condujo hacia un sector en el que había un amplio sillón de tres cuerpos y se sentó al lado de ella.

—Es mejor que me preguntes lo que deseas saber —planteó Victoria.

—Quiero que me cuentes lo que ocurrió durante los días previos a tu partida a París.

Victoria supo de inmediato a qué se refería, y un fuerte escalofrío la recorrió. Aunque no quería volver a recordar aquella noche, por Thomas, lo haría.

—Nunca entendí qué lo motivó a permitirme viajar junto a Josefina a París. James nunca se mostraba accesible cuando yo le pedía algo. Él siempre supo que yo anhelaba irme de allí y pasar un tiempo con la familia Estrada. Sucedió que, una noche, llegó, como lo hacía otras tantas, con varias copas de alcohol encima. Esa vez no continuó hacia una de las habitaciones de huéspedes, donde desde hacía tiempo dormía, sino que se adentró en la que estaba yo. El fuerte golpe al cerrar la puerta me despertó. Él apenas lograba mantenerse en pie. Cuando intenté incorporarme, lo tuve encima de mí.

Thomas no se había dado cuenta de que tenía el cuerpo rígido ni de que la fuerza que intentaba ocultar se reflejaba en los puños cerrados.

—Intentó hacerme suya, pero al final pude resistirme, y todo quedó resumido en manotazos, toqueteos y nada más —replicó con asco ante un hecho que no olvidaría—. El sueño lo alcanzó y, esa noche, la pasé en vela, como otras tantas, mientras pergeñaba cómo podía irme de allí. Me sentía encerrada en una jaula de cristal. Todos mis movimientos eran controlados por él. Fue así que, al otro día, me citó en su escritorio. Recuerdo haber abierto la puerta para verlo como siempre, con algún papel entre las manos. Su actitud cambiaba todo el tiempo, y yo creía estar frente a un desconocido. Nunca podía vislumbrar qué me diría o cómo actuaría. Fue así que me recibió del mejor modo y me pidió que me acercara. Mi cuerpo temblaba, aunque no quería demostrárselo. No quería que supiera que le temía. Fue en aquel momento, mientras doblaba el telegrama que tenía entre sus dedos, que afirmó haber pensado sobre el viaje y me aseguró que creía que lo mejor era que acompañara a Josefina, junto a Paca y su familia, a París. No podía creer que hubiera accedido a algo que yo deseaba con tanto afán. Recuerdo que hizo alusión a la noche anterior como si hubiese sucedido algo especial entre nosotros. Quería huir de ahí, no podía continuar dentro de ese despacho un minuto más. El alivio que sentí al retirarme de su estudio fue el mismo que

experimenté al preparar mi equipaje para ese viaje. Dudaba si podía cambiar de opinión minutos antes de partir. Los días posteriores se sucedieron como un torbellino y, cuando quise darme cuenta, obró el milagro por el que tanto había pedido. Verte era mi gran anhelo y se hizo realidad cuando te encontré aquel día en el mirador de la torre Eiffel.

Victoria acariciaba con los dedos el pétreo rostro de Thomas para intentar apaciguar la reacción que él exhibía al escucharla.

—Nunca entendí por qué se comportaba así conmigo, dado que él lo sabía.

—¿Qué era lo que sabía? —siseó.

—Lo nuestro.

—¿Cómo dices?

—Una tarde, luego de regresar del hospital, tomé la decisión de escribirte. Ya no soportaba la distancia impuesta y, luego de terminar la carta, salí de mi habitación en busca de un sobre que necesitaba para guardarla. En uno de los cajones del escritorio de James, descubrí otra carta que te había enviado y que nunca habías recibido. Estaba abierta y, en ella, yo te confesaba cuánto te extrañaba y evocaba el significado que había tenido para mí conocer Londres a tu lado.

Los brazos de Thomas la rodearon con fuerza, como si de ese modo pudiera quebrar cada uno de los malos recuerdos revividos en aquel momento. Un leve sollozo estalló en ese abrazo.

—Mi amor, debería haber sabido por lo que pasaste.

—Me cuesta hablar de todo aquello, no quiero hacerlo. Solo me trae dolor y angustia, y lo único que deseo es estar a tu lado sin que nada nos dañe.

—Nadie va a hacerlo —prometió él al separarse unos centímetros de ella—. Te doy mi palabra de que él no volverá a lastimarte.

Thomas volvió a abrazarla mientras una serie de imágenes cobraban vida en la memoria de Thomas. Necesita ordenar los pensamientos que le desbordaban la mente. Lo que más deseaba era darle tranquilidad a Victoria, asegurarle que nunca más volvería a pasar por algo así, para que la figura de James Lowe quedase en el pasado, del que nunca debería haber salido.

CAPÍTULO 11

Con las cartas sobre la mesa

Thomas acababa de salir de la casa rumbo al centro de la ciudad, en donde estaba enclavado el estudio jurídico conformado por el doctor Sinclair y el notario Jack Dooner. Lo había conocido de la mano de George Lowe, y luego el mismo Wood había contratado los servicios profesionales de esa firma. Tras ingresar al suntuoso edificio, subió la escalera de mármol blanco hasta alcanzar el primer piso. Allí, conducido por una de las secretarías, llegó a la sala de reuniones donde lo estaba esperando el abogado.

—Thomas, al fin volvemos a vernos.

—Así es, aunque hayamos estado todo este tiempo en contacto permanente mediante las cartas.

Antes de marcharse de la ciudad de Londres, Thomas le había dejado indicaciones precisas para el profesional que operara y realizara transacciones en nombre de él, ya que necesitaba estar al día de todas las negociaciones que se realizaban en Lowe y Co.

—Por supuesto —dijo, y le indicó un asiento con la mano—. Adelante.

De inmediato, la secretaria les trajo dos tazas de café —uno cargado para él—, mientras desplegaban una serie de documentos sobre la mesa.

—Aquí tienes la carpeta que pediste, con todos los datos y movimientos comerciales de la empresa.

—Gracias.

—¿Piensas realizar alguna operación mercantil?

—Tengo algo en mente, pero antes me quiero cerciorar de que la información enviada en su momento por ti coincida con la situación actual y de que no haya habido ningún cambio.

—Suponía que querrías estar al tanto de las novedades sobre James, así que adjunté un informe sobre los avances que ha tenido en el área política. Imagino que es lo que te interesa saber en realidad.

—Así es —admitió al tiempo que leer por encima el documento que tenía en las manos—. Es parte del Consejo de Londres. Parece que ha alcanzado lo que tanto ha buscado.

—Sí. El organismo ha reemplazado a la Junta Metropolitana de Obras Públicas de la ciudad. El objetivo que buscan es mejorar el área urbana y depurarla de ciertas zonas que, según ellos, afean y crean inconvenientes de salubridad para la capital.

—Como los barrios pobres en los suburbios de Londres, ¿no?

—Thomas, no creas que he querido ofenderte, pero es que también apuntan a eso.

—Quédate tranquilo, sé que no lo dices con esa intención, pero yo conozco a la perfección lo que es lidiar con la pobreza y la miseria, nadie debe explicármelo. Si logran hacerlo mediante una iniciativa que provea de un trabajo a la gente que vive allí, quizás hasta los vote —declaró Wood de modo sarcástico.

—Desde que forma parte de este organismo, su vida pública se ha incrementado.

—Supongo que su presencia será requerida en las galas benéficas y demás actos de la ciudad.

—Sí, y desde que se ha ido Victoria, lo ha hecho en algunas oportunidades en compañía de Trinidad Sáenz.

—¡Cuántas novedades han surgido en mi ausencia!

—No solo competentes a James —agregó el abogado.

—¿A qué te refieres?

—Thomas, he recibido una carta que, según mi valoración profesional, no cuenta con un sustento legal. No hace tanto que la recibí, y la firma John Miller.

Un frío helado corrió por la espalda del empresario. Creía haber sepultado ese apellido dentro de un bote en la ribera del Río de la Plata.

—Por tu cara, supongo que has tenido novedades de él.

Thomas no había creído conveniente ahondar en detalles sobre la persona de John Miller ni el lugar que había tenido en la vida de él.

—¿Qué decía esa carta?

—Solo que te hacía responsable de la muerte de su padre y de cualquier cosa que pudiera ocurrirle a él en un futuro. Parece que el hombre te buscaba y no sabía cuál sería tu reacción cuando te viera, porque deja claro que pretendía culparte de lo que pudiera sucederle.

—Él estuvo involucrado en el rapto de mi hijo al poco tiempo de que Victoria se instaló conmigo. —Thomas había sido escueto al narrarle lo acontecido en Buenos Aires en una de las cartas enviadas al letrado, en la que además le había avisado de la pronta llegada a Londres—. Murió en una pelea luego de haber atacado a mi niño y a mí. Todo quedó cerrado en la comisaría de Buenos Aires. Las autoridades no levantaron cargos. Mi estado de salud era muy grave, y se pudo comprobar cómo se dieron los hechos en verdad.

—Thomas, esta carta no fue ratificada ante un notario u otro profesional, no es un documento con valor legal, sino un simple escrito sin un contenido cierto, así que no te preocupes. La he guardado para que la veas, pero ya no tiene sentido que la conserve.

Thomas la tomó y, de manera inmediata, se fijó en el dorso del sobre para chequear los datos del remitente.

—La estafeta postal es de una de las zonas bajas de la ciudad. Fue en lo primero que me fijé —observó el litigante.

Wood buscó cualquier otro detalle que se le pudiera haber escapado al diligente abogado.

—Thomas, ese nombre había salido a la palestra en el incidente del incendio de tu casa. Sé que intentaron vincularte con la muerte del padre de este sujeto. George me habló en su momento para efectuar una declaración en la sede policial sobre ese crimen del que se te acusaba de manera injusta. Me relató el episodio con la presencia de la policía en la empresa y el modo en que te habían hostigado con un interrogatorio. Por ese motivo es que me pidió que estuviese al tanto de si surgía algo, porque no iba a permitir que volviesen a molestarte ante semejante dolor por el que debiste haber pasado tras la pérdida de tu hermano. Pues bien, aunque tú no lo supieras, me preocupé de

seguir aquella investigación, que quedó en la nada y fue cerrada hace un tiempo largo ya. Esa fue una de las últimas noticias buenas que pude compartir con George Lowe antes de su deceso.

Una vez más, Thomas no dejaba de sorprenderse ante los giros de los acontecimientos al saber que Lowe le había estado cubriendo las espaldas hasta último momento.

—La sed de venganza de ese sujeto no ha tenido límites, pero no ha necesitado demasiado ayuda para saber dónde estabas —apuntó Sinclair.

—¿Qué quieres decir?

—Que, por mal que te pese, la vida que has llevado se ha tornado pública gracias a la familia Lowe. La muerte de George y tu posterior manejo de la empresa junto a James han sido sucesos de gran interés no solo en el círculo en que te has movido, porque, a partir de ese momento, tu vida personal ha concitado gran atención, al igual que ocurrió con tu socio.

A Thomas nunca le había importado lo que se dijera de él, y menos lo que se rumoreaba acerca de la familia Lowe. La decisión de abandonar la ciudad de Londres y afincarse en Buenos Aires había echado a correr comentarios sobre una probable disolución de la empresa. Claro que no él no había estado en la ciudad para escuchar tamañas sandeces.

—De él debes saber que la vida que ha llevado en su matrimonio no siempre ha sido prolija. Por otro lado, el rumor sobre Victoria y tú siempre envolvió a la familia Lowe. Hace unos pocos días que regresaste con ella y su hijo. En menos de lo que imaginas, este escándalo estará en las primeras planas de los periódicos y estallará en la opinión pública.

—Lo sé y quiero darle un corte drástico a todo esto. Quiero que te encargues del divorcio de Victoria cuanto antes.

—Thomas, no va a ser fácil.

—Deberás hacerlo fácil, entonces.

—Tienes que estar al tanto, entonces, sobre lo sucedido con el caso Parnell, líder del Partido Nacionalista Irlandés, y todas las consecuencias personales y políticas que le acarreó el divorcio de su amante.

—Conozco lo que sucedió y sé hasta dónde ha sido capaz de llegar ese hombre para defender lo que quiere.

Thomas había apoyado la causa enarbolada por Parnell en busca de una Irlanda autónoma como primer paso para la real independencia de la nación. Dos simples palabras sintetizaban ese deseo: Home Rule. En el largo camino por alcanzarla, había logrado el apoyo de William Gladstone, líder del Partido Liberal Inglés, que aceptó hacer pública su adhesión al proyecto de ley. Contar con ese apoyo era fundamental si en verdad se quería lograr la emancipación irlandesa. Pero los rumores sobre la moral del líder irlandés y el amorío con la esposa del capitán O'Shea le habían costado la ruptura de ese acuerdo por el que tanto había bregado. El tan ansiado proyecto presentado por el líder inglés ante el Parlamento no solo había contado con la oposición de la Iglesia católica, sino también con la del Partido Conservador, ya que descreían que Parnell pudiera llevar adelante esa causa o desempeñarse en cualquier otro puesto en la vida pública. Resonaban en esos días, en los distintos periódicos, las críticas descarnadas a las que se lo había sometido por el comportamiento inmoral llevado con su amante, Catherine O'Shea, por la existencia de tres hijos de ambos y por el divorcio pedido por el afectado capitán O'Shea.

—Creo que necesitarías leer algo de esto.

—No es la primera vez que Parnell ha debido plantarse ante una afrenta. Lo mismo sucedió tres años atrás, cuando *The Times* publicó unas cartas en las que se lo comprometía con los asesinatos de Phoenix Park.

Thomas recordaba que, en un ejemplar de aquel periódico que descansaba en ese momento en la mesa, había observado la publicación de un artículo de gran conmoción política titulado “Parnell and Crime” que pretendía vincular al susodicho en aquel asesinato. Eso lo había llevado a ofrecer su dimisión a Gladstone como miembro del Parlamento.

—Luego se supo que esa carta era apócrifa y que él no tenía nada que ver con los cabecillas del atentado, que, por otra parte, no tuvieron la decencia de hacerse cargo de esa matanza y señalaron a unos pocos compañeros para librarse de culpa y cargo.

Thomas, como otros tantos fervientes partícipes de la causa irlandesa, había rechazado el accionar de un tal James Carey, uno de los cabecillas de ese asesinato que no había defendido a sus compañeros y había terminado mandándolos a la cárcel. La opinión inglesa había quedado tan convulsionada a raíz de la posición política y social de la principal víctima que se había aprobado una ley de prevención de crímenes que dejaba a Irlanda en un modo de gobierno similar al estado de sitio. Wood desplazó los periódicos deslizados por el letrado para que confirmase todo cuanto le había referido sobre el escandaloso divorcio y enseguida desvió la vista para observar un artículo en particular.

Implicaciones de un divorcio

El líder político irlandés Charles Parnell se ve implicado en uno de los más grandes escándalos políticos de los últimos tiempos. Se afirma que el divorcio de su amante, Katherine O'Shea de su esposo, William O'Shea, puede costarle al parlamentario su brillante carrera. El amorío que Parnell mantiene con la dama data de varios años y se ha convertido en un secreto a voces. No le será fácil congraciarse con sus fieles seguidores católicos irlandeses cuando está provocando y apoyando una práctica prohibida por el catolicismo, como lo es el divorcio. Gladstone le ha advertido las consecuencias que puede acarrearle tal situación personal en su futura candidatura, pero lo que sucederá solo se sabrá cuando sea el momento de la votación, en breve. Entonces se podrá medir la mística irlandesa que parece tener este dirigente político.

—Es lamentable leerlo. Sé que todos quieren sacar rédito al exponer a Parnell a un escarnio público con algo que no tiene que ver con su función política. Además, tengo conocimiento de que el marido de su amante ha tratado de chantajearlo con esto. Aquí nadie es inocente, cada uno busca sacar ventaja de la situación.

—¿Eso crees? —inquirió el abogado.

—Por supuesto.

—Thomas, no querrás que te explique cuáles son las normas morales que nos rigen aquí, pero debes pensar en eso. Si deseas que Victoria se exponga a un divorcio, debes saber que lo único que le va a traer serán comentarios insidiosos y malintencionados ante la infidelidad que ella ha cometido. James tiene todas las posibilidades de ganar esta contienda, y el precio será la imagen de Victoria y la tuya, que será despreciada en el círculo comercial. Dejarás de ser fiable para el resto de los empresarios que se jactan de hacer negocios contigo. Todo lo que has construido puede derrumbarse en un instante. Sabes que la confianza y el valor de la propia palabra son algo a tener en cuenta en cualquier carrera. Si se demuestra que has traicionado a tu socio con su mujer, quedarás muy mal parado. Aquellos que hoy te saludan, cuando te vean, se cruzarán de vereda. Caer en el ostracismo será la condena social que ustedes deberán pagar luego de verse expuesto ante estos hechos.

—¿Hay algo más que desees decirme?

—Como tu abogado, tengo la obligación de advertirte sobre cómo será el futuro que se avecina si aún insistes con ese divorcio.

—Nada de lo que me digas va a hacerme cambiar de opinión. Si no deseas llevar esto adelante, buscaré a otro profesional. Quien se meta con Victoria lo hará conmigo. Sabes que cuento con los medios necesarios para responder a cualquier ataque que se dirija a nosotros. No voy a tolerar que se metan ni con ella, ni con mi hijo.

—Si es así, cuenta conmigo. Eso sí, te olvidas de James. Él deberá presentar su conformidad con respecto a la culminación del matrimonio y, luego de enterarse de la situación en que estás tú con Victoria, no creo que esté dispuesto a cumplir con lo que le pidas. Si yo fuera él, jamás te daría el divorcio.

—Si yo fuera tú, me pondría a buscar todo lo necesario para llevar adelante cuanto antes todo esto. Además, de James me ocuparé yo en persona.

—Está bien, pero, luego de esto, desconozco cómo podrán conservar la unión comercial que mantienen en Lowe & Co.

—Yo haré mi parte, no te preocupes, pero tú haz la tuya si quieres seguir trabajando conmigo.

—Entonces, según parece tendré de que ocuparme durante un largo tiempo.

—Eso creo —concluyó Thomas al levantarse para estrecharle la mano.

—Estaremos en contacto. Veré qué puedo conseguir.

—Gracias.

Wood abandonó el despacho. Sabía a lo que iba a enfrentarse y que no sería nada fácil, pero su vida nunca nada lo había sido. Debería buscar por todos lados, incluso bajo tierra, algo que lograra quebrar a James Lowe y no descansaría hasta obtenerlo. Caminó unas cuerdas hasta llegar a otra reunión que tenía pendiente; en ese caso, el objetivo del encuentro era asegurarse de que Victoria estuviera protegida cuando él no pudiera acompañarla a los compromisos a los que sabía que asistiría, ya que no siempre podría estar con ella.

* * *

Thomas apuró el paso hasta llegar a su casa. Era ahí donde deseaba estar. Ver a Victoria y a su hijo borraba todo malestar por la contienda entablada contra Lowe. La sala estaba silenciosa, y aún debía cumplir con un último compromiso antes de que finalizase el día. A través de la puerta entreabierta de habitación, contempló a Victoria, que no dejaba de dar vueltas frente al espejo con un vestido de seda color verde con manguitas pequeñas que le cubrían los hombros. No parecía convencida con lo que llevaba, ya que se dio vuelta para tomar uno de los atuendos dispuestos sobre la cama.

—Estás hermosa con el que tienes puesto.

—¿Lo crees?

Ella vio a Thomas, recostado sobre la puerta, desnudarla con la mirada al contemplarla sin pausa y de ese modo que remarcaba que era solo ella quien atraía el interés de él. Victoria caminó los pasos que los separaban para dejarse envolver en los brazos de él.

—Estás preciosa.

—Entonces, este es el indicado.

—Mi amor, con cualquier prenda que uses, estarás radiante.

Él la miró y notó que ella efectuaba ese gesto característico con su pequeña nariz que solía hacer cuando tenía alguna duda sobre algo.

—Quedará encantada cuando te conozca.

Él la atrajo para darle un beso apasionado que le demostró cuánto la había extrañado ese día.

—Si en verdad deseas conocerla, es mejor que nos vayamos ahora, a menos que quieras que nos quedemos encerrados aquí dentro.

—¡Thomas!

Ella lo empujó con la mano para distanciarse de él, aunque sin lograrlo, y una vez más el sonrojo coloreó las mejillas pecosas de Victoria.

—Ya estoy lista.

—Vamos entonces —dijo al besarle la pequeña nariz.

A bordo del carruaje, atravesaron Piccadilly Circus, donde se erigía el restaurante Criterion. Al descender del coche, la construcción de estilo neobizantino de cinco pisos se alzaba frente a ellos. Ese era un lugar al que solía concurrir Thomas, pero esa vez no lo haría en compañía de otros hombres de negocios, sino de la mano de las dos mujeres más importantes en su vida. La elección del establecimiento no había sido casual; quería volver a recorrer los mismos lugares en lo que había estado presente en el pasado, pero con Victoria, en una situación diferente.

—Señor Wood, lo acompaño a la mesa que tiene reservada.

Thomas guio a Victoria por el lugar bajo la atenta mirada de algunos comensales que lo conocían. Ella, una vez ubicada, observó todo a su alrededor. De inmediato, notó cómo el rostro de Thomas cambiaba y una tímida sonrisa asomaba en él. Siguió la línea de visión de Thomas y enfocó la propia en una mujer morena mayor que ellos enfundada en un simple vestido morado acompañado por un chal del mismo color. Llevaba el cabello entrecano sujeto con una peineta y se acercaba con una alegre mueca en el rostro en respuesta a Thomas, que acababa de levantarse para ir a su encuentro. Él sabía lo obcecada que era, por eso no había insistido cuando Encarnación se había negado a que fuera a buscarla.

El abrazo que ambos se dieron conmovió a Victoria. Cuando se dispuso a saludarla, la mujer tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Encarnación, te presento a Victoria, mi mujer.

Ambas se estrecharon con calidez. Victoria sabía lo importante que era para Thomas la mujer que tenía enfrente y estaba un poco tensa porque quería caerle en gracia. Era la primera vez que conocía a alguien de la familia de Thomas. Ella había ocupado el lugar de la madre que lo había abandonado y que él no había dejado de buscar. Ese aún era un tema sobre el que Thomas no se había abierto demasiado.

—Al fin puedo conocerte —expresó Encarnación mientras mantenía las manos ajadas por los años y el trabajo entrelazadas con las de Victoria—. Mi muchacho me ha hecho esperar para verte.

—Disculpe, ¿desean pedir ya?

—Lo que te parezca estará bien —comentó tímida Encarnación.

—Para empezar, ostras y cangrejos, y luego pastel de cordero para los tres. De beber, quiero una botella de Château Haut-Brion y limonada para las damas.

—Por supuesto —dijo el camarero antes de alejarse.

—Encarnación, ¿sabía de mí?

Victoria se cohibió ante la mirada cómplice de los presentes.

—Conozco a Thomas lo suficiente como para darme cuenta de que existía un motivo muy importante, cuando se vino a despedir de mí, para emprender el viaje hacia Buenos Aires. Le pedí que me dijera quién era la mujer, pero no lo hizo. Me recriminó que yo no quisiera

cenar con él en aquella oportunidad. Fue allí que le prometí que aceptaría cenar con él, pero de la mano de su mujer. Supe que ese día iba a llegar, y me da mucha felicidad que sea junto a ti.

—Muchas gracias. Para mí es muy importante conocerla.

—Mi muchacho no pudo elegir mejor, pero no te creas que es solo a ti es a quien quiero conocer. Me muero por ver al hijo de los dos.

—Supongo que va a reconocerlo no bien lo tenga en frente. Es Thomas en pequeño.

—¿Sí?

—Eso dicen —comentó él con una amplia de satisfacción por que así fuera.

El mozo dispuso los platos pedidos para que los disfrutaran.

—Aquí preparan unas ostras muy ricas.

Encarnación se quedó observando el plato, en especial los cangrejos que lo decoraban.

—No tiene comparación con los que comíamos tiempo atrás —comentó Thomas al guiñarle el ojo.

—Quizá Victoria no lo sepa, pero no siempre contábamos con el dinero suficiente para cenar. Los cangrejos se vendían en puestos callejeros y, junto con los pudines, era lo que solíamos comer cuando se podía. Recuerdo que, cuando Thomas comenzó a trabajar en la empresa, me dio dinero para comprar algo más que solo aquello a lo que estábamos acostumbrarnos. La comida escaseaba, y hacíamos malabares para poder tener un plato todos los días. Alimentar nuestro estómago era un lujo que no alcanzábamos diariamente.

—Supongo que debe de haber sido terrible todo aquello.

—Mi amor, no siempre fue así —la consoló él al deslizar el pulgar por la mejilla de la dama.

—Encarnación, ¿aún sigue viviendo allí?

—Sí, ese es mi lugar, a pesar de que mi muchacho siempre me insiste para que abandone nuestra “pequeña Dublín”. Esa es mi casa, la que construí junto a mi esposo, que en paz descansa. A pesar de la lucha que todos llevamos a diario para vivir, cuento con el apoyo de él para todo lo que necesite y te aseguro que, aunque no se lo pida, se preocupa de que nada me falte.

Victoria no dudaba de que fuese así, y le gustaba que él respetase la decisión de Encarnación.

—Me ha comentado Thomas que has estado colaborando en el hospital de la ciudad.

—Sí —confirmó al tomar las manos de su pareja y mirarlo—, fue gracias a él que pude cumplir con el sueño de trabajar como voluntaria allí. Lo hice hasta que quedé embarazada de mi bebé. A partir de ahí, velé por mi niño y me alejé de la institución. En verdad disfrutaba mucho de hacerlo.

—¿Y ahora?

—Me encantaría regresar, pero no creo contar con el tiempo suficiente para concurrir. Estamos muy complicados con cuestiones personales y con la atención de nuestro hijo. No sé si conoces la situación en la que estoy.

—Encarnación —replicó Thomas al interrumpirla— sabe el motivo por el que estamos en Londres.

—Querida, no te preocupes, sé que Thomas hará todo lo necesario para que al fin logres distanciarte de ese hombre.

—Por supuesto —aseveró él.

—Y, mientras tanto, puedes dedicarte a lo que tanto te gusta. Aunque sé que debes de contar con el personal necesario, cuando necesites que cuide del pequeño, no dudes en avisarme.

—Gracias, de verdad.

Una vez más, las manos de ambas mujeres se entrelazaron como símbolo de cariño y de una relación que querían entablar.

—Aunque espero que Colin tenga el temperamento más sosegado que su padre —comentó la española.

—¿Lo dices porque era bravo?

—Sí quieres, te cuento algunas travesuras para que sepas a qué atenerte.

Ambas estallaron en una carcajada mientras Thomas las observaba con alegría de que pudieran llevarse tan bien. Escuchar hablar de su hijo lo colmaba de felicidad. Hacía tiempo que los recuerdos de su propia infancia junto a su hermano solo terminaban en tristeza, pero, de la mano de Encarnación, pudo evocar instantes de su vida en los cuales había sido feliz. La noche transcurrió en un derroche de anécdotas pasadas junto a la promesa de volver a verse con la compañía del pequeño Colin.

* * *

Victoria acababa de desayunar junto a Thomas, ya que debían salir para cumplir con algunos compromisos. Aún ella estaba en ascuas sobre adónde irían.

—Mi amor, hoy haremos algunos diligencias juntos, pero deseo que, cuando yo no pueda acompañarte, salgas siempre en compañía de Dwayne, que irá contigo adonde deseases.

—¿Has reemplazado al cochero que conocí cuando llegamos?

—No, él seguirá trabajando con nosotros, pero no siempre podrá estar a tu disposición, por eso prefiero que sea Dwayne quien siempre te acompañe.

El hombre era de origen irlandés, y Thomas lo había conocido tiempo atrás en las reuniones secretas a las que ambos concurrían en defensa de la causa irlandesa. Nunca había dejado de estar en contacto con él porque de ese modo se mantenía alerta sobre una serie de cuestiones importantes para el empresario. El irlandés, se había instalado durante un tiempo en Londres, y cuando Thomas se había enterado, no había dudado en ofrecerle trabajo. Tenerlo cerca le daba tranquilidad no solo sobre la seguridad de Victoria, sino también porque lo mantendría informado con respecto a los intereses de Thomas sobre Irlanda. Él no creía necesario que Victoria supiera sobre la identidad del nuevo cochero.

—Está bien. De todos modos, no creo que necesite de él porque no salgo mucho.

—Hablando de salir, debemos irnos —anunció con una sonrisa.

Ella se dejó guiar por el brazo de él, que la condujo hasta el cabriolé. Allí fue presentada al nuevo empleado antes de subir a bordo. En el trayecto, Thomas no dejó de acariciarla hasta que el vehículo se detuvo.

—Llegamos.

Victoria, al bajar, vislumbró el puente de Westminster y, a un lado, el Hospital Saint Thomas, bordeado por las aguas del Támesis. Era una mañana cálida y sin bruma, hecho que ella tomó como un buen augurio, ya que no siempre se podía tener una visión clara y diáfana de la ciudad de Londres.

—Thomas, ¿tienes algún problema que yo desconozca?

—No, solo quiero que regreses aquí y que cumplas tus actividades. Quizá no puedas venir con la misma frecuencia que antes, pero eso será cuestión de arreglarlo con quien se encargue de la organización de los horarios.

Los ojos de Victoria se humedecieron ante la emoción que la embargó. No cabía en el corazón de la joven la felicidad por saber que él intentaba hacerla feliz en cada momento y a cada instante.

—No sé qué decirte.

—Por ahora, me conformo con que me repitas cuánto me amas. El resto lo dejaremos para cuando regreses a casa.

Cuando entró a la institución médica, la inundaron los buenos recuerdos vividos allí dentro. Le daba una gran ilusión volver a ver a los compañeros con quienes había transitado gran parte de sus días en la anterior estadía en la ciudad.

—Wood, lo estaba esperando —saludó el señor Nicholson, una de las autoridades del hospital.

Thomas había recurrido a él cuando se había marchado de Londres para dejarle una recomendación sobre Victoria y que así pudiera comenzar a trabajar allí, como tanto lo deseaba.

—Un placer volver a verlo —dijo, y presentó a Victoria Sáenz—. Ella ha estado colaborando aquí antes.

—Sí, aunque no la conocía en persona, me lo comentó mi secretaria cuando usted llamó para concertar esta reunión.

No era el momento indicado para indagar sobre los rumores que aquella empleada le había manifestado a raíz de la entrevista solicitada por Thomas. Los comentarios acerca del matrimonio Lowe no habían sido auspiciosos luego de que Victoria abandonara la ciudad junto a su hijo. Sin embargo, no creía que fuese pertinente sacarlos a la luz cuando Wood pensaba hacer una ostentosa contribución al hospital. La atención que le brindaba era de hecho por haber sido un gran benefactor desde hacía unos años. Esa era una ventaja que no pensaba echar por la borda. Tampoco desecharía la colaboración de la señora Victoria en la institución. Él se mantendría al margen, ya que lo más importante era el Hospital Saint Thomas al, que le había dedicado parte de su propia vida.

—Podemos pasar a mi despacho y, de ese modo, conversar un poco mejor.

—Por supuesto. Quiero manifestarle que, a partir de mañana, podrán contar con lo prometido.

—Qué celeridad. Entonces lo invito con un brandy para festejar. —Hizo un gesto para llamar a la secretaria—. Si quiere familiarizarse una vez más con el lugar, sepa que la están esperando.

—Me encantaría —contestó Victoria, cohibida por desconocer cómo conducirse en ese instante.

—A eso has venido —replicó Thomas al acariciarle la mano—. No estaré para cuando finalices. —Se acercó y susurró—: Te espero en casa.

Un fuerte calor invadió a Victoria. Lo amaba con locura y sabía que la manera de conducirse de Thomas tenía el objetivo de infundirle la tranquilidad que ella aún no tenía.

—Gracias.

Wood no se movió de allí hasta que la vio alejarse en compañía de dos enfermeras que la habían ido a buscar. Una vez que ella se perdió por los pasillos del hospital, se dirigió al directivo, que se mantenía expectante.

—Le acepto la copa de brandy.

Antes de entrar, se cruzó con el médico de la familia Lowe. Sabía del cariño que el doctor Mildred tenía hacia George y que no podía culparlo por no haberle dicho la verdad sobre la salud de Lowe. Sin duda, había debido guardar el secreto por serle fiel al paciente.

—Thomas, qué alegría que hayas regresado —expresó el antiguo conocido.

—Gracias, me alegra verlo.

—Y que sea en otra situación.

—Así es.

—Doctor Mildred, acabo de invitar al señor Wood a tomar una copa en mi despacho. Si desea, puede acompañarnos —propuso Nicholson.

—Lo lamento, debo continuar con mi actividad. A mi edad, no me es tan fácil recuperarme luego de unas copas de alcohol.

—Como quiera. Lo veo más tarde.

—Está bien. —Extendió la mano para saludar a Thomas—. Cuando andes con más tiempo, espero tu visita.

—Por supuesto, hasta pronto.

—Es un médico extraordinario —comentó el señor Nicholson al tiempo que abría la puerta del despacho— y, por más que le haya insistido, se niega a continuar durante mucho más dentro de la institución. Si en algún momento decides hablarle y convencerlo, te lo agradecería.

—Podría visitarlo cuando regrese, pero no tengo el poder para hacerlo desistir.

* * *

—Adelante.

Victoria entró a la sala del personal para saludar a quienes estaban allí. La jefa de enfermería le dio la bienvenida con gran algarabía al saber que contarían una vez más con su colaboración. En el tiempo que la joven Sáenz había estado allí, se había encariñado con ella, y verla le alegró la jornada.

—Espero que esta vez te quedes más tiempo.

—Yo también lo deseo.

—¿Cómo está tu niño?

—Hermoso, pero no creo que cuentes con el tiempo suficiente para que te hable de él.

Ambas estallaron en una carcajada hasta que entró otra enfermera para informarles que habían llegado dos pacientes en estado grave y que se requería de sus servicios.

Victoria dejó sus pertenencias y siguió a la jefa de enfermería a la espera de que le indicase de qué manera podía colaborar.

Sintió que cada minuto destinado al cuidado de los enfermos era recompensado por la dicha de hacer algo que tanto le gustaba. No quería extenderse más tiempo del indicado en ese primer día, ya que extrañaba a su hijo y creía que ya había sido suficiente hasta que lograrse ambientarse al ritmo de trabajo una vez más.

—Victoria —dijo la enfermera mayor—, me gustaría presentare a Róisín O’Donnell.

—Un placer. ¿Nos hemos cruzado antes?

—No lo creo.

—Ella está aquí para brindar unos cursos sobre enfermería que son formidables —informó la jefa.

—Claro que sí. De usted me ha hablado la enfermera Taylor, con quien me une una hermosa amistad, e Isabel Eames. Me dijeron que, si la veía, le enviase sus saludos.

—Cuánto me alegro que Isabel esté ubicada y feliz en una nueva tierra. ¿Usted vive allí? —preguntó O’Donnell.

—Por ahora no, aunque me encantaría al fin instalarme en Buenos Aires. Permanecí allí un tiempo, y fue en esos meses que estuve con ellas.

—Victoria, como te decía, si estás interesada, puedes concurrir con Róisín.

—Debería consultar los horarios porque no quiero ausentarme demasiado de mi casa.

—Háblalo con ella. No me has pedido mi opinión, pero creo que sería beneficioso para ti hacerlo porque de ese modo enriquecerías tus conocimientos.

—Me encantaría —expresó Victoria.

—No te preocupes, tus horarios se podrán combinar para que, cuando no estés con Róisín, estés colaborando conmigo.

—Sería fantástico.

—Victoria, arregla tus compromisos, yo te estaré esperando. Y vuelvo a agradecerte que quieras contribuir con nosotras —le aseguró O'Donnell—. El lunes próximo, si lo deseas, podrías participar del nuevo curso que comienza.

—Por supuesto.

—Es por la mañana, a las diez horas para ser más exacta.

—Gracias, aquí estaré.

Victoria se despidió y enfiló hacia el pasillo que la conducía hacia la sala principal. La alegría que llevaba no le permitió ver a la persona que se acercó con sigilo a ella.

—Victoria, detente.

Jamás había imaginado que se toparía con la sorpresa de tener frente a ella a Zelmiro Sáenz. Aún recordaba la última vez que habían estado juntos y las ofensas que él le había dicho.

—Deberías haberte quedado en Buenos Aires.

—Usted no tiene ningún poder sobre mí. Ya no. Me ha despreciado y, por suerte, ya no tengo nada que ver con la familia Sáenz.

—Qué desfachatada. Te equivocas. Has venido aquí solo para humillar a quien es tu marido.

—Mejor dicho, a su benefactor —corrigió ella.

—No me faltes el respeto porque aún puedo dañarte.

—Ya no puede hacerlo.

—Sé que llegó Thomas Wood, y aún me quedan cuestiones pendientes con él.

—No sería capaz de meterse con él.

—Seré capaz de cualquier cosa si continúas pavoneándote de la mano de él y mancillando el honor del apellido Lowe. James es tu esposo, y le debes lealtad —declaró Zelmiro al tomarla por el codo.

—Suélteme y váyase si no desea que grite para que alguien lo eche de aquí.

—Volveremos a vernos, y espero que sea en otra circunstancia, junto a tu esposo.

Lo vio irse y debió apoyarse sobre la blanca pared para no desvanecerse. Bastante daño le había causado esa familia como para permitir que continuaran amenazándola.

—¿Te sucede algo?

—No, Róisín, solo fue un leve mareo.

—Disculpa mi intromisión, pero ¿conoces al sujeto que se acercó a ti?

Victoria logró aquietar la agitación que sentía y, poco a poco, recuperó el ánimo que tenía antes de ver a quien durante mucho tiempo había considerado su padre.

—No lo conozco, era el familiar de un paciente que atendí una vez, solo eso.

—¿Quieres que te acompañe hasta la salida?

—No es necesario, muchas gracias. Nos vemos el próximo lunes.

Róisín la vio alejarse de allí con la intuición de que no había sido sincera con ella. Suponía que algo escondía, pero no podía juzgarla por eso.

—Señora, ¿está todo bien? —preguntó el cochero al ver a Victoria.

—Por supuesto. Ya puede llevarme a casa.

—Suba —indicó, sin dejar de observar a su alrededor.

—El lunes por la mañana deberé estar aquí.

—Así será.

Con el bamboleo del vehículo, Victoria se alejó del hospital para dejar atrás el mal momento vivido con Zelmiro. Obviaría ese desagradable encuentro para centrarse en la alegría que le había producido comenzar con esas prácticas de enfermería. Tampoco le diría a Thomas sobre aquel desagradable sobresalto. Bastante tenía él con la tarea de lidiar con todos aquellos problemas como para sumar uno más.

CAPÍTULO 12

Tan solo una señal

Buenos Aires, 1890.

Entre la penumbra de la habitación, apenas un rincón del recinto aparecía iluminado. Sin embargo, Francisco podía describir con los ojos cerrados cada objeto que había dentro. Los días transcurrían para él con una pesada desazón por el estado de Josefina. Aún no había reaccionado, y la condición de la joven se mantenía con una leve mejoría. El paso de las horas jugaba a favor de ella, pero él necesitaba que la muchacha abriera esos ojos cafés para por fin verla y decirle cuánto la amaba.

El silencio del hospital daba cuenta de la quietud que se vivía dentro. Francisco se levantó de la silla que había sido su lugar de descanso desde el accidente, se acercó a la ventana y vio que se asomaban las primeras luces del alba. Otro día comenzaba con la ilusión de que algo cambiase. Con los dedos, se tocó la barbilla y rozó una incipiente barba. No pensaba rasurarse hasta que Josefina pudiera verlo; esa había sido una de las tantas promesas que había hecho a cuanta estampa de santo había recibido por parte del personal de la institución médica. En medio de tales tribulaciones, un escalofrío le atravesó la espalda. Fue en ese instante en que se dio vuelta, aunque no había sentido que nadie hubiese entrado al cuarto. Se acercó a Josefina y la contempló con detenimiento, como solía hacerlo. Las vendas habían sido cambiadas y estaban impecables, sin mancha alguna de sangre que pudiera señalar alguna hemorragia. Cotejó, en el cuaderno que descansaba en la mesa al lado de la cama,

el registro de anotaciones sobre los medicamentos que se le debía suministrar. Todo estaba en orden. El tenue roce sobre la sábana hizo que el cuaderno se tambaleara en las manos de Francisco. Cualquier sonido, por muy insignificante que fuese, cobraba una nueva dimensión en aquella pesada y angustiante calma. El leve movimiento en uno de los dedos de la mano derecha de Josefina lo conmocionó.

—Mi amor, despierta.

Francisco susurraba inclinado sobre ella al tiempo que, con la mano, acariciaba la delgada muñeca de Josefina. Esa era la señal que necesitaba para creer que algo bueno podía suceder.

—Acá estoy, despierta por favor.

No hubo otro movimiento. De golpe, creyó que la falta de sueño, junto con la desesperación por verla, podían haberle jugado una mala pasada. Llamó de inmediato a una enfermera y chequearon los signos vitales de la muchacha, que se mantenían acorde a lo esperado.

—Doctor, no se ofenda, pero creo que sería conveniente que saliera de aquí y se fuera a su casa para airearse un poco.

—Gracias, pero, por ahora, prefiero quedarme con ella.

—Si es así, le traigo un café. Eso va a permitirle despejarse más.

—Si no tiene nada más importante que hacer, se lo agradecería. Me vendría muy bien.

Francisco no quería confesar que tenía la mente embotada. Tantas horas para pensar y elucubrar los distintos resultados que podía tener el accidente de Josefina lo habían agotado. Corrió la silla para acercarla a la cama y entrelazó la mano con la de ella en tanto se disponía a repetir la acción que venía efectuando desde del día del

sinistro: esperar. Lo reconfortó beber unos pocos tragos de la caliente infusión, no solo porque lo espabiló, sino también porque lo ayudó a entrar en calor. Dejó la taza a un costado y volvió a mirar a Josefina para cruzarse con unos ojos cafés que acababan de abrirse. No pudo evitar que los propios se humedecieran ante la evanescente mirada de la muchacha.

—Amor, aquí estoy.

Josefina hizo un leve movimiento con la mano.

—Estás vivo —susurró en un ahogo.

Una imagen fugaz apareció en la mente de ella: la escena de su padre al ir a buscar a Francisco para matarlo se hacía cada vez más nítida, como si fuese ese el único recuerdo vivido antes del accidente. De a poco, la claridad de ese suceso se fue apagando, y todo se fue esfumando.

—Mi vida, te he estado esperando.

Una tenue sonrisa asomó en el rostro de ella y, segundos después, volvió a dormirse. Una vez más, la joven caía en una inmensa e insondable oscuridad. Francisco se aferró con las manos a las de ella y se entregó a un llanto incontrolable que había acumulado por los días de angustia sin saber qué sería de Josefina. Durante cada maldito día que pasaba allí dentro, se culpaba por no estar en esa cama y por no haber permitido que ella tuviera una buena vida, aunque el costo fuese que la viviera sin él. Los rumores afirmaban que la intención de Mariano había sido matarlo a él, aunque aún Rivas no había querido hablar con el padre de Josefina. Si Estrada lo hubiese alcanzado con el arma, habría sido el cuerpo del médico el que estaría sumido en esa lucha por subsistir, y no Josefina, que, al lanzarse a la carrera para avisarle y salvarlo, había sido víctima de un brutal accidente.

Con ese atisbo de mejoría, cada minuto dentro del hospital cobraba sentido. Era lo que Francisco necesitaba para saber que, poco a poco, todo iría saliendo como ambos lo habían soñado. Unos golpes a la puerta lo distrajeron del estado en que estaba sumergido.

—Francisco, ¿qué sucedió? —Doña Estrada irrumpió y se lanzó al borde de la cama para tomar la muñeca de su hija y cerciorarse de que aún tenía pulso.

—Nada malo. Josefina acaba de abrir los ojos, es una gran señal. Hay que darle tiempo para que, a su ritmo, se recupere.

Doña Estrada se arrojó a los brazos de Francisco entre sollozos. El cuerpo de la mujer se sacudía ante los espasmos involuntarios provocados por el llanto.

—Gracias por lo que has hecho.

—No debes agradecerme, es la mujer que amo, y todo lo que haga será poco.

—Perdona a Mariano; no sabe lo que hace.

—Lo que no quiso entender antes deberá hacerlo ahora. Pero en este momento es lo que menos me importa. Te dejo con ella un rato, quiero reunirme con mi colega Quintana para hablar sobre los avances.

—Ve tranquilo, que yo me quedo con mi hija.

Doña Estrada se sentó al lado de Josefina al tiempo que sentía que volvía a recuperar la compostura perdida ante el endeble estado de salud de su hija.

Dentro de la institución médica, no importaba lo que sucediera afuera, sino la evolución de los pacientes, las historias de los convalecientes y las de los familiares que pasaban semanas a la espera de una leve mejoría. Sin embargo, en la ciudad de Buenos Aires, ciertas cuestiones habían cambiado.

Las calles habían dejado atrás los convulsionantes momentos producidos a raíz de la Revolución del Parque en los que se vivían las consecuencias de aquel alzamiento finalizado hacía un mes. Juárez Celman había dimitido del cargo de presidente de la nación para refugiarse en la estancia La Elisa y dejar en el olvido aquel desacertado desempeño oficial. Durante esa mañana del siete de agosto, asumía Carlos Pellegrini, que se había desempeñado como vicepresidente en la anterior gestión. Si bien la cuestión política se había calmado, no así la acuciante situación económica. No sería fácil gobernar un estado tan endeudado, que debía devolver el dinero de los empréstitos tomados de la banca inglesa dentro de pocos días. En vísperas a la asunción del cargo, Pellegrini citó a varios empresarios amigos, políticos y banqueros pertenecientes a la selecta sociedad porteña para comunicarles la grave situación que atravesaba la República. Por ese motivo y en provecho de los contactos con quienes lo habían ido a buscar para saludarlo antes de la asunción, les hizo entrega de una hoja escrita por él que explicaba todo cuanto sucedía y describía el crítico panorama que les tocaba afrontar. Dentro de la propiedad ubicada en la calle Florida, esquina Viamonte, cada uno de los invitados detalló en aquel papel una suma de dinero como aporte al país. Ese sería un buen augurio para el entrante presidente, que, al salir de la finca, lo hizo con el convencimiento de contar con el apoyo de gran parte de la ciudad porteña. Marchó con el resto de los invitados hacia el acto de oficial mientras repasaba en su mente lo que haría poco después: quitar el estado de sitio a la ciudad que había sido testigo de la revolución era algo que le urgía efectuar.

Joaquín se había reunido junto a otros correligionarios del partido para brindarle apoyo a Alem en un día tan especial como el que se vivía. Por un lado, al hablar de la Revolución del Parque, se mencionaba la derrota vivida por los rebeldes, que habían decidido entregarse ante las adversas circunstancias que enfrentaban contra el Gobierno. Sin embargo, el líder de la Unión Cívica había logrado deponer al presidente de la nación. Ese había sido el costo político que había debido pagar el Partido Autonomista Nacional, encabezado por Juárez Celman. Si bien la elección de Pellegrini no era lo que esperaba la oposición ni el resto de la ciudadanía, ya que el país seguiría bajo la misma facción gobernante, la actitud del nuevo presidente era más mesurada que la del antecesor. Eso daba cierta tranquilidad en momentos de tanta exaltación.

El clamor por el líder de la Unión Cívica se escuchaba en la vereda de la finca que habitaba, mientras se lo veía salir para reunirse con parte de los seguidores. A pesar de los vítores y la efervescencia de los manifestantes, se hizo presente sin estridencia, tan solo con la algarabía propia para acompañar a su gente y la alegría de descubrir el apoyo que siempre le brindaban los partidarios. En medio de la personas, Joaquín vislumbró la cándida imagen de Paloma, que pasaba por allí. Volvió a mirar para cerciorarse de que no hubiese sido un engaño de la vista por los fuertes deseos que tenía de encontrársela, pero ella ya no estaba. A pesar de eso, fue desplazando al gentío que se interponía entre el tumulto de personas que continuaban con los cánticos. El rostro que buscaba se había esfumado ante otros que se plantaban frente a él.

—¡Joaquín! ¿Te vas? —preguntó Nicolás.

El joven hizo caso omiso al llamado y a lo que sucedía a su alrededor para escabullirse por entre los apretujones y seguir el instintivo deseo de verla. Aún no podía localizarla. Al llegar a la esquina, se dio vuelta para mirar hacia el lugar donde creía haberla vislumbrado, pero no estaba. Se apoyó contra una farola con la cabeza

gacha. La cuestión con Paloma lo estaba agobiando. Él no era una persona que soliera dejarse abatir con facilidad; sin embargo, parecía vencido.

—Joaquín, creí que te quedarías en medio de la manifestación.

—Paloma, te estaba buscando.

La tomó de la mano para caminar hacia la otra esquina y estar un poco más apartados del resto.

—¿Qué haces por aquí? —inquirió él.

—He salido con mi tía, que debía cumplir con una diligencia, e insistí en quedarme por aquí. No quería acompañarla.

—¿Por algún motivo en especial?

El dedo de Joaquín acariciaba el rostro de la joven.

—Debía entrevistarse con el doctor Miguel Goyena.

Por más que intentase evitarlo, escuchar ese apellido le provocó un fuerte estremecimiento. Imaginaba lo que significaría para Paloma.

—No puedo ausentarme durante mucho tiempo porque ella ya debe de estar por salir.

—Quiero verte.

—Pero mi tía no va a dejarme.

—Deshazte de ella esta tarde. Te espero en el Grand Hotel. Quiero invitarte a tomar el té. Conozco gente allí dentro, sabes que trabajé mucho tiempo ahí, así que es un lugar seguro.

—Entonces, nos vemos allí. Si me retraso, espérame —pidió ella.

—Paloma —susurró Joaquín mientras tomaba con las manos el rostro de la joven—, hace mucho tiempo que te espero.

Los labios del muchacho se apoyaron sobre los inexpertos y cálidos de ella. En ese instante, fue como si un relámpago lo partiera al medio. Pudo sentir el leve temblor de ella y se separó apenas unos centímetros de aquel rostro, que estaba con las mejillas sonrojadas.

—Hace tanto que deseaba besarte.

Ella bajó la vista, no porque no le gustase lo vivido minutos antes, sino por la timidez de la que siempre había sufrido.

—No faltes.

—No lo haré.

No desvió la vista de ella mientras el constante repiqueteo de los zapatos sobre la calle empedrada sonaba como un eco distante al tiempo que la joven se alejaba de él.

* * *

A pocas cuadras de ahí, dentro del despacho de Miguel Goyena, surgía uno de los temas recurrentes entre él y Alba cada vez que se reunían.

—Yo creo que deberías dedicarte a viajar por el mundo y a olvidarte del hijo de puta de Wood —aconsejó Goyena.

—Basta, no lo nombres.

—Claro que debo hacerlo. Pon fin a ese sufrimiento por un hombre que no vale la pena. Mírame.

—Miguel —dijo con una sonrisa sarcástica—, no tienes paz, ¿verdad?

—No —manifestó él con elocuente simpleza.

—¿Qué quieres decirme?

—Acepto que dejemos a un lado el interés que aún conservo por ti, pero todavía no me has hablado sobre la postura que tomaste respecto a las tierras que quiero comprarte.

—Pero otra vez con lo mismo... ¿Para eso me has citado?

—Puedo entender que acordar la venta de ese terreno no te cueste tanto como tomar la decisión de estar conmigo.

—Te aseguro que me cuesta entender el empeñamiento que tienes con ese campo —expresó ella.

—Son unas buenas tierras, y pienso pagarte por lo que valen. Te aseguro que no voy a escamotearte un peso.

Alba se levantó, cansada del reclamo que, cada tanto y de modo persistente, le hacía Goyena.

—Miguel querido, puede ser que sea una mujer dolida y que, en este tiempo, haya estado abrumada ante la partida de Thomas, pero eso no me obnubiló la mente. No soy estúpida y sé que, detrás de ese reclamo por las tierras, hay algo más. Cuando quieras contármelo, puede que entonces tome la decisión de vendértelas. Tú decides.

Goyena la vio irse del despacho, y tras escuchar el chasquido de la puerta, arrojó la botella de coñac que tenía sobre la mesa. Ya estaba cansado de tener que suplicar por lo que quería desde hacía tanto tiempo.

* * *

Londres, 1890.

La densa niebla volvía a arropar a la ciudad con su capa espesa y grisácea que desdibujaba las construcciones que se alzaban a su paso. A bordo de un carruaje, Thomas releía unos documentos entregados por el letrado Sinclair. Descorrió la cortina de seda y constató que estaba en las proximidades del restaurante Rules, sobre el 35 de Maiden Lane. Al entrar, sintió la familiaridad de regresar a un lugar en el que había sido un asiduo comensal. Las alfombras con arabescos que tapizaban el suelo y los cuadros colgados que decoraban los muros reavivaron ese recuerdo.

El *maître* lo condujo hacia la mesa reservada. Allí, de pie lo esperaba Jordan, quien, durante la gestión de George Lowe en la empresa, se había transformado en la mano derecha del dueño. Luego, tras el deceso del jefe, todo había cambiado. Sin embargo, Thomas se había asegurado de que, en su ausencia a raíz del viaje a la ciudad de Buenos Aires, no se tomase ninguna decisión que a él lo pudiese afectar. Por ese motivo le había entregado a Jordan una suma de dinero: para satisfacer las ansias de poder que siempre había notado que tenía. Thomas había buscado que, mientras durase el temporal alejamiento de la empresa, la unión de Jordan con James no pudiera perjudicarlo. A su regreso, volvía a encontrarse con el estimado gerente.

—Thomas, qué alegría volver a verte. Era ya tiempo de que regresaras.

—Gracias, Jordan —dijo al sentarse a la mesa.

—¿Cómo te ha ido en Buenos Aires?

—Disculpen la interrupción, señores, pero ¿qué van a pedir? — consultó el camarero.

—¿Qué me recomienda?

—Faisán en galantina para empezar, y el estofado de liebre con verduras sería una excelente opción.

—Traiga ese menú para dos, entonces, y un Château Haut-Brion — aseveró Thomas.

—Nada mejor que un buen vino para un almuerzo de negocios — comentó jocoso Jordan.

—Así es. Según me has comentado en tus cartas, la empresa ha cumplido con los contratos correspondientes a lo largo de este tiempo.

—Por supuesto. Debo decirte que, si bien tuve mis dudas cuando te fuiste y quedó a cargo James, todo ha ido sobre rieles. Sé de tu preocupación al respecto, pero debes estar tranquilo.

—Supongo que el sobresaliente manejo de James en la firma ha sido toda una sorpresa.

—Yo creo que fue un descubrimiento que todos tomamos con beneplácito, incluso tú también.

El mesero colocó los platos junto al vino. Luego de que Thomas indicara con la copa que la bebida estaba en condiciones, el empleado sirvió a ambos. Thomas se tomó su tiempo en degustar el alcohol bajo la atenta mirada de Jordan.

—Exquisito —opinó al dejar la copa a un costado—. Me decías que todo ha funcionado como lo estimábamos. Aunque debo confesarte que las cosas con James no están del mejor modo.

—¿Es verdad lo que se dice respecto a su matrimonio?

—Son cuestiones personales que no me interesa exponer en esta mesa.

—Por supuesto. Lo único que puedo decirte es que, cuando los asuntos de índole personal se mezclan con los negocios, todo puede complicarse —señaló el subalterno.

—En eso tienes razón.

—Te lo advierto porque he pasado muchos años en la empresa. Sabes que he dejado la vida allí dentro. He visto cómo de la nada se transformó en lo que es, he estado desde los cimientos, y en esta nueva etapa, me toca colaborar para sostener este imperio económico.

—Lo sé, Jordan. Siempre has estado al lado de los Lowe, quizá con algún resquemor hacia mí, al menos al principio —comentó Wood con una sonrisa.

Thomas se había dado cuenta de que, en las primeras reuniones a las que había sido invitado a participar, Jordan intentaba desestimar algunas de las sugerencias que el entonces novato daba. Por fortuna, no era tomado en cuenta por George Lowe, que avalaba las ideas pensadas por Thomas si en verdad las consideraba funcionales a la firma.

—Tienes razón. Sabes que era notoria la diferencia marcada por George Lowe entre tú y James. Por lo general, desechaba las opiniones de su propio hijo, y yo me veía en la obligación de apoyarlo. Pero, con el tiempo, me he dado cuenta de que has sido un gran aporte para Lowe & Co.

—¿De verdad lo crees?

Thomas bebió de la copa sin dejar de contemplar a quien estaba sentado frente a él.

—Por supuesto, eso nunca lo he puesto en duda.

—Sin embargo, tengo razones para creer que las cosas no son como dices.

—¿A qué te refieres?

—He notado —expuso Thomas mientras desplazaba el plato recién servido para colocar sobre la mesa los documentos que llevaba—, según estos informes, que el monto de los contratos no coincide con el valor que habíamos concertado. Eso podría llevarme a pensar, como primera posibilidad, que ha habido un error al transcribir estas cifras, aunque es una posibilidad que, por su extrañeza, descarto de lleno. Entonces paso a la segunda opción: desde la empresa, se han incrementado los montos de esos contratos para que alguien se quede con una diferencia que nunca se contabilizó en la firma.

—¡Thomas, me tomas por sorpresa! —replicó lívido ante el cambio de rumbo de la conversación—. Deberé hablar con el contador para certificar eso.

—Jordan, no es necesario porque cada dato consignado en estos documentos está avalados por los dichos de los contratistas con los que negociamos las transacciones. No es tan difícil de entender. Ellos han debido pagar por encima del precio establecido en nuestros acuerdos para asegurarse de continuar con nosotros en un futuro.

—Thomas, si me estás inculcando de algo así, no puedo permanecer un minuto más en esta mesa. No puedes manchar mi nombre ni mi carrera por meros dichos de otros. He estado aquí ocupado en pelear por la empresa en tu ausencia. Mi tiempo y

dedicación han sido exclusivos. Es muy fácil venir aquí y creer que tienes la verdad para acusar a quien quieras. Vaya uno a saber qué estabas haciendo en la ciudad de Buenos Aires mientras yo acá estaba defendiendo lo que es tuyo —concluyó acalorado.

—¿Es así cómo crees que me muevo?

—Por supuesto, no encuentro otra razón para que me hagas este planteo.

—Bien, entonces, ahora vas a escucharme. Si mal no recuerdo, antes de irme, acordé contigo una suma de dinero para que tuvieras un mejor recuerdo de mí. En verdad, lo único que hice fue comprar tu voluntad para que, de algún modo, pudieras mantenerte imparcial en la firma. Pero, cuando accediste y aceptaste lo que te di, supe de inmediato que no eras fiable, porque existía la posibilidad de que otro redoblara la apuesta y te ofreciera más de lo que yo te había dado. Has estado robándole a la empresa, junto con la ayuda de James, en cada contrato que hemos celebrado, y tengo la prueba de que es así. No creas que vas a conmoverme por el trabajo y la consagración que dices haber tenido a Lowe & Co. Si quieres que sea más claro, lo seré: tú y James han estado estafando a esta empresa.

El fuerte ruido de la silla al correrse sorprendió al camarero, que se acercó para saber si deseaban algo más. La cara adusta de los comensales fue la única respuesta necesaria para que se retirara.

—Deja de hacerte el ofendido. Si deseas escuchar una propuesta, siéntate. Si te vas y no me prestas atención, mi abogado se encargará de presentar una denuncia contra ti. Decídetes —apuró Thomas.

—No serías capaz —replicó el embaucador, inclinado hacia adelante—. No puedes ir contra algo tuyo, y la empresa también te pertenece.

—¡Qué equivocado estás, Jordan! Durante este tiempo, he tenido la oportunidad de duplicar mi dinero y de hacer otras inversiones. La empresa no es lo único que tengo. Entonces, o te quedas y escuchas, o quien se va soy yo.

Thomas se incorporó para abandonar la sala.

—Quédate, quiero oír lo que tienes para decirme.

Ambos se sostuvieron la mirada y, de a poco, volvieron a ubicarse en las sillas.

—Quiero hacerte una propuesta.

—¿Aún con lo que supones de mí?

—Por supuesto. Jordan, sabes que George Lowe nos legó la empresa por parte iguales a James y a mí. Supongo que creía que en algún momento ambos podríamos coincidir y llevarla adelante del mejor modo. Pero también previó que, si en algún momento eso no sucedía, alguien pudiese ponerle coto, por eso te dejó un pequeño porcentaje a ti. Bueno, quiero comprarte esa parte.

—De ningún modo. Ese es mi salvoconducto para los años que me queden luego de que me retire de la actividad —explicó Jordan.

—Te pagaré por eso.

—No, Thomas.

—Creí que eras más práctico de lo que demuestras ser ahora. Mira, a ti no te interesa quedarte con una pequeña parte de la firma, sino con el dinero que puedas obtener de ella. Te estoy ofreciendo comprarte esa parte y, si no aceptas, es porque debes de habérsela prometido a James.

—Si fuese así, ¿qué te importa a ti?

—En realidad, debería importarte a ti, porque tienes todo el derecho de negarte a vendérmela, como yo tengo todo el derecho a presentar la denuncia en tu contra. Te aseguro que yo soy capaz de resistir la embestida, pero no creo que tú puedas.

Jordan tomó la copa para beber un par de tragos mientras meditaba la propuesta bajo la atenta mirada de Thomas.

—¿Qué certeza tengo de que quedaré libre de cualquier cargo si decido venderte mi dos por ciento? —inquirió Jordan.

—Firmaré un acuerdo que me impida iniciar acción alguna referida a tu actuación en la empresa.

—Lo tienes todo pensado, ¿verdad?

—No me has dejado alternativa.

La rabia que masticaba Jordan era manifiesta, porque, si algo había aprendido dentro de Lowe & Co, era a saber cuándo debía hacerse a un lado, y había llegado ese momento. Por más que quisiera tomarse más tiempo para decidirse, solo contaba con una opción.

—Está bien, acepto.

—Hay otra condición —agregó Thomas en tanto recogía los documentos de la mesa para guardarlos—. Deberás firmar una cláusula de confidencialidad sobre la venta. No podrás decírselo a James. Si lo haces, da por sentado que me enteraré y que perderá validez mi compromiso de no accionar contra ti.

—Eres más despiadado de lo que lo fue el viejo Lowe.

—Tuve un buen maestro. Tú eliges —concluyó Thomas.

—No me has dejado otra alternativa que aceptar. Supongo que tampoco tendré opción de fijar el monto de la compra.

—Jordan, agradece que te pague y que no te dé por satisfecho con el dinero extra que te has estado robando. Ahora, todo esto se hará según mis condiciones.

Wood, antes de levantarse, llamó al camarero para abonarle.

—Conoces la dirección del estudio Sinclair. Mañana a las once, te esperan para firmar los documentos y hacerte entrega de todo. Hasta que yo lo decida, seguirás trabajando en la empresa. Por último, quiero advertirte que me enteraré de cualquier movimiento extraño que hagas.

—¿Qué harás con James? Te aseguro que él no se quedará de brazos cruzados.

—De James me encargaré en persona. Nos vemos, Jordan, tú eliges dónde.

Se quedó abatido en la silla, sin poder articular movimiento. ¿Cuántos años había pasado en la firma buscando hacerse un porvenir? ¿Qué importaba el modo en que lo había alcanzado? Lo sustancial era haber conseguido el dinero. Dinero tendría, no era ese el problema. Sino quedarse afuera del mundo de los negocios, de los restaurantes de lujo, del respeto que impartía con su cargo.

Thomas salió del lugar seguro de no haberse equivocado respecto a Jordan. Desde siempre había sabido que no era un hombre de fiar. Solo restaba que, al día siguiente, firmara lo acordado, y habría concluido otro de los temas que lo contrariaban.

Bajo la brisa cálida, se lanzó a caminar por las calles londinenses. Necesitaba hacerlo para quitarse el amargo sabor de ese almuerzo. Tomó el reloj de bolsillo y comprobó que era más tarde de lo que

imaginaba. Dudó sobre lo que debía hacer, pero los deseos de ver a Victoria inclinaron la balanza, y se encaminó hacia la casa que compartían. A pocas cuerdas de haber salido del restaurante, sintió que lo perseguía una extraña impresión. El sonido de unos pasos al aproximarse lo detuvo, y el tronar de una desagradable voz que reconoció de inmediato hizo que se diera vuelta.

—¡Thomas Wood!

—Zelmiro Sáenz, qué triste coincidencia.

—Nunca deberías haber regresado. Has venido aquí para arruinar a las personas de bien, como nosotros, los Lowe.

La fuerte carcajada de Thomas interrumpió el discurso de Zelmiro.

—¿De qué te ríes?

—Siempre supe que usted era un rufián, pero no creí que además fuese tan estúpido. ¿“Lowe” dice? Usted nunca perteneció a ese círculo, pero, si en algún momento creyó hacerlo, lo abandonó cuando Victoria se enteró de que ustedes no eran sus verdaderos padres. En el momento en que se supo la verdad, se quebró cualquier posibilidad de que usted se codeara con esa gente, en especial con James. Aún no sé cómo sigue en la ciudad.

—¡Eso es mentira!

—Usted y James no hicieron más que humillar a Victoria al llamarla bastarda. Sáenz, no tuvo el coraje de defender el cariño que ella siempre mantuvo por su familia, sino que solo le importó congraciarse con James.

—He defendido a mi familia y he luchado por ella, para que tenga el lugar social que se merece —repuso Zelmiro.

—¡Miente! Lo único que le importó fue vender a Victoria al mejor postor, y lo hizo con un candidato hecho a su medida. En aquel momento, ella le sirvió, y por eso usted hizo valer que era su hija frente a James cuando notó el interés de él. De ese modo, pensaba acomodar su situación patrimonial mediante un matrimonio arreglado con un Lowe. Nunca se preocupó por ella, por contarle la verdadera historia de su nacimiento ni por brindarle el apoyo que necesitaba cuando supo la verdad.

—¡Cállese!

—No lo haré. Usted es un hijo de puta. Lo único que hizo con los suyos fue llevarlos a la ruina —casi gritó Thomas con los puños cerrados por la rabia que le provocaba tener enfrente a Sáenz.

—¡Deje de vociferar!

—Ahora le preocupa lo que digan los demás. Debería haberle interesado antes. Ya no le queda lugar donde esconderse.

—Se equivoca, pues aquí tengo mis contactos y puedo regresar a Buenos Aires cuando lo desee.

—¡Eso cree! En Buenos Aires, no tiene adónde ir. Perdió sus tierras y su fortuna.

—No sabes nada de mi situación —rebatía el padre de Victoria.

—¿Que no lo sé? Hace tiempo que le juré que no me detendría hasta descubrir qué ocultaba y que, una vez que lo hiciera, no tendría piedad, como usted no la tuvo tiempo atrás al enterarse de los sentimientos que compartíamos con Victoria. Si mi felicidad quedaba trunca, la suya quedaría sepultada, y cumplí con mi promesa.

—Basta de blasfemias, Wood.

—Sepa que soy dueño de la estancia La Victoria. No solo he comprado las que eran sus tierras, sino que las amplié.

—No puede ser —gimió Sáenz.

—Sí que lo es. Su nombre quedó enterrado junto a la fortuna que perdió con el juego. No es bien visto en la ciudad, pero, si quiere comprobarlo, regrese y sabrá qué se dice de Zelmiro Sáenz. Nadie quiere tenerlo entre de sus amistades porque ha perdido todo y llevó a su familia a la pobreza.

—¡No es así!

—Claro que lo es.

Thomas se dio vuelta porque no quería continuar en compañía de ese sujeto deleznable, pero apenas pudo caminar unos pocos pasos más porque lo que escuchó lo obligó a detenerse.

—Me importa una mierda lo que piense de mí. Victoria ha sido más amable conmigo cuando nos vimos.

—¿Qué dice?

Thomas se acercó y lo tomó por las solapas del saco gris.

—No mienta más —siseó.

—¿Ella no le contó que estuvimos juntos en el Hospital Saint Thomas? ¿Tampoco le dijo cómo me abrazó? Porque, más allá del dolor que sintió por lo sucedido al enterarse de la triste verdad y por el modo en que nos manejamos, conmigo ha tenido una fuerte unión que no es fácil de romper, como tampoco lo es el vínculo que comparte con James. ¿Eso tampoco se lo comentó?

El puño de Thomas se estampó contra el pómulo de Zelmiro.

—Es un hijo de puta mentiroso.

—Usted es un pandillero de poca monta. Por mucho dinero que haya ganado, no hace otra cosa que arreglar los problemas a los golpes —retrucó Sáenz con la mano sobre el rostro para paliar el dolor que sentía.

—Ni se le ocurra volver a acercarse a mí o a Victoria.

—Nadie va a impedírmelo.

Thomas lo empujó contra el muro de ladrillo y agregó:

—No se atreva a hacerlo.

—¿Esto es una advertencia?

—No, es una amenaza.

Thomas se fue de allí envuelto en la rabia y la inquina que le provocaba ese hombre por haber lastimado a Victoria y porque sabía que todo lo que le había dicho había sido un engaño. Victoria nunca le habría mentado, menos con respecto a un encuentro con Zelmiro Sáenz.

Por su parte, Sáenz se quedó a un costado de la calle con la respiración agitada, pero con la satisfacción de haber hecho lo que tanto deseaba: encontrarse con Thomas Wood. No había sido difícil seguirle los pasos. Los rumores sobre la llegada del empresario se iban propagando de modo inusitado. Zelmiro se había presentado en el restaurante Rules, pero no había podido averiguar con quién se había encontrado Thomas a almorzar, aunque eso se trataba de una cuestión menor. Lo importante era verlo para sembrar la duda respecto de Victoria. Por más que Thomas lo negara frente a él, había

visto una cuota de vacilación en la mirada de aquel hombre. Con eso le bastaba. Del resto se encargaría James, a quien debía acudir para contarle cómo le había ido en el encuentro con Wood.

Thomas se adentró por las calles del barrio Mayfair. Restaban unos pocos pasos para que llegara a su casa. Entró e hizo caso omiso de la empleada que lo saludaba. En el trayecto, se cruzó con Paca.

—¿Dónde está Victoria? —le preguntó a la empleada.

—Debería saber que, si no está con usted, está con su hijo.

Thomas subió la escalera en un par de zancadas, sin escuchar lo que le continuaba diciendo la fiel aya de Victoria.

La puerta entreabierta le permitió contemplar a Colin en brazos de su madre. Esa era la imagen que necesitaba tener para aquietar el exaltado espíritu. Desde que había pisado la ciudad de Londres, todos los fantasmas del pasado se empeñaban en regresar.

—Llegaste —dijo Victoria al desviar la mirada de Colin y centrarla en Thomas—. Te estábamos esperando, ¿verdad que sí? —pronunció mientras besaba la cabecita del niño.

Thomas se acercó, los rodeó a ambos y sintió cómo se reconfortaba cuando estaba junto a ellos. Era así como deseaba estar, ellos eran un refugio y hogar que nadie destruiría.

—Te extrañé —ronroneó él.

A Victoria la excitaba escuchar el tono ronco de la voz de él, y un fuerte estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—Deja a Colin, soy yo quien te necesita.

Victoria dejó al pequeño en la cuna y se fue junto a Thomas. Tras el chasquido de la puerta, él la acorraló contra la cómoda que decoraba la recámara, le lamió las comisuras de los labios y se entregó a un beso profundo y apasionado.

—Me gusta que me extrañes de este modo —replicó ella sobre sus labios.

Él tomó con las manos el rostro de ella y la devoró con la mirada. Con el pulgar, le recorrió el contorno de la boca, y un latente cosquilleo se apoderó del cuerpo de Victoria. La cercanía no podía ser mayor. Por momentos, esos ojos azules la intimidaban, parecían bucear dentro de ella como si de ese modo pudiera conocer todos los pensamientos más profundos de la muchacha.

—Mi amor, ¿qué sucede? —murmuró Victoria.

—No quiero que haya secretos entre nosotros.

—No los hay.

—¿Existe algo que desees decirme?

Ella titubeó al darse cuenta de que había un motivo para contarle lo sucedido en el hospital.

—No sé si te interese saberlo.

—¿A qué te refieres?

—Thomas, no quiero traerte más problemas de los que tienes.

—Victoria, dímelo —exigió al acariciarle el cuello y enroscar un dedo en un mechón colorado de ella.

—Cuando estuve en el Saint Thomas, vino a verme Zelmiro y me hizo recriminaciones sobre el mismo tema de siempre. Me echó en cara no solo mi regreso, sino el modo en que lo hice; para ser más precisos, el que haya venido contigo. Por suerte, una enfermera se acercó de inmediato, y él se fue.

Thomas contempló cada músculo de ese rostro que lo subyugaba y supo que le decía la verdad.

—No vuelvas a ocultarme nada.

—Nunca lo he hecho —gimió Victoria—. Bésame.

Él se entregó a esos labios, la acarició y recorrió con los dedos el grácil cuerpo de Victoria al tiempo que bebía de ella en cada centímetro de piel que exploraba con la boca. Era así como ansiaba tenerla por siempre.

Victoria dejó que el roce de Thomas la hiciera vibrar, que la amase una y otra vez y que, de ese modo, lograrse hacerla olvidar algo que la angustiaba, pero que no podía compartir con Thomas a pesar de haberle dicho lo contrario.

Durante la ausencia de él, había recibido un sobre lacrado con el expreso pedido de ser entregado en persona a ella. Paca había intercedido para recibirlo, pero no había podido acceder a la nota. Victoria había evitado decirle a la mujer que había reconocido el sobre y que sabía de dónde provenía. Había simulado que era un documento enviado por el estudio de abogados que trabajaba para Thomas. Sin más, con sigilo, se había retirado con la excusa de cuidar a su niño. Mientras subía los escalones de mármol, había abierto la misiva y se había encontrado con la familiar letra de James.

Victoria:

Desde que partiste, deseo estar contigo. Sé que guardas cierto recelo hacia mí, pero quiero verte. Es algo que nos debemos, no puedes negarte a hacerlo. Quiero escucharte decir que ese hijo que cobijé en mi casa no es mío. Quizá no haya actuado contigo del mejor modo, pero quiero que al menos tengamos un último encuentro. Solo te pido que sea nuestro secreto. Si no fuera así, pondrías en peligro la vida de Thomas. Espero que hayas entendido el tenor de esta cita. Te espero a las dos de la tarde frente a la torre del Big Ben. Aguardo con anhelo este encuentro y doy por sentado que no faltarás.

Tu esposo, James.

No podría volver a leerla porque la había destrozado en mil pedazos, pero, sin desearlo, en su propia mente se repetía cada palabra escrita con la sutil amenaza de que, si no concurría, Thomas pagaría las consecuencias, y ella no estaba dispuesta a permitir eso. Esa vez, no.

CAPÍTULO 13

Las campanadas del reloj

Londres, 1890.

Una cálida brisa alborotó la cobriza cabellera de Victoria, que acababa de deslizarse por una de las puertas laterales del Hospital Saint Thomas para salir con el objetivo de evadir la entrada principal. Los dedos de la joven se aferraron al chal color esmeralda que acompañaba el vestido a rayas blanco y verde como si de ese modo pudiese aquietar los nervios que se habían apoderado de su cuerpo. Bordeó el camino a la vera del Támesis con paso ligero. Había salido con la suficiente antelación para llegar a tiempo a la cita. En la caminata, no dejaba de mantener la vista en el puente de Westminster, que debía cruzar para llegar a la torre. Lo alcanzó con la respiración agitada, no por el recorrido transitado, sino por saber que en breves minutos estaría frente a James, el hombre que había sido un obstáculo en la felicidad de Thomas y ella. Volvería a ver al hombre que la había destrutado, humillado y que no había tenido una palabra de aliento cuando se había develado la verdad sobre el origen de ella, sino que, muy por el contrario, se había mostrado avergonzado porque la consideraba una bastarda.

Desde el puente, era inigualable la visión sobre el río Támesis, transitado por una gran cantidad de barcos que navegaban las agitadas aguas. El palacio de Westminster se alzaba en una fastuosa construcción de estilo neogótico. A un costado, se erigía la torre del Big Ben y, en los cuatro laterales de aquella, se podía vislumbrar el reloj que marcaba con precisión la hora en la ciudad. El inigualable

sonido de las campanas, que marcaba el horario exacto del encuentro, comenzó a sonar. Cruzó la acera para esperar frente a la torre, ubicada en el sector noroeste del palacio. Parecía que los pocos segundos que llevaba allí se habían transformado en largas horas. Un frío sudor le corrió por las palmas de las manos, y el tenor una voz familiar que quería olvidar se hizo oír a su lado.

—Victoria.

Ella se dio vuelta y, con las manos, se envolvió el cuerpo como si de ese modo pudiese cubrirse de James o de cualquier daño que él buscara ocasionarle.

—Al fin nos encontramos. Hace mucho tiempo que deseaba verte.

Lowe se acercó y, con el dorso de la mano, acarició la mejilla de ella, que, de inmediato, ante el mero roce, se dio vuelta para evitar cualquier contacto con él.

—Deberías saber que eres mi esposa.

—Eso ya no importa.

—¿Cómo es eso?

Una sonrisa sarcástica se dibujó en el rostro de él, que negó con la cabeza, lo que hizo que se despeinara el cabello rubio que siempre llevaba cuidado y prolijo.

—No creo necesario recordarte el tiempo que llevamos casados ni las veces que nos amamos.

—No sigas, por favor, eso no es cierto.

Ella había aprendido a amar y a sentirse amada de la mano de Thomas.

—Pero si es la verdad. Quizá cometí algunos errores, pero, por cada uno de ellos, me disculpé.

—Debes entender que eso ya no importa.

Él parecía haberse olvidado de los permanentes desencuentros que habían tenido, de las infidelidades cometidas, inclusive en brazos de Trinidad, a quien Victoria había soportado porque creía que era su hermana.

—Eres tú la que tiene que comprender que no entiendo qué sucede. ¿O te has olvidado de todo lo que pasamos juntos cuando, mientras estabas encinta, debiste guardar reposo luego de la caída que sufriste en la escalera? Ambos cuidamos de nuestro niño porque deseábamos que todo saliese bien, y así fue.

—James, no es nuestro...

Victoria no quería recordar el padecimiento que había implicado para ella guardar bajo siete llaves el secreto de que el hijo que llevaba en el vientre era de Thomas. No había querido que Lowe se enterara por temor a que tomase alguna represalia. Ese hijo que llevaba dentro y la esperanza de volver a verse con Thomas habían sido el sostén que le había permitido continuar adelante.

—Déjame seguir para poder saber qué ocurrió. Nunca he sido un hombre demostrativo, pero, a mi manera, lo he sido contigo y con nuestro hijo. Te aferraste al niño de un modo tal que tampoco dejabas que yo pudiera unirme a ustedes. A pesar de que lo sucedido en tu familia afectó mi apellido y buen nombre, ya que fue muy complicado acallar los comentarios que comenzaban a rodar entre la servidumbre, mantuve mi apoyo a los tuyos como si nada hubiera ocurrido. Aun así, creí que te vendría bien realizar un viaje porque te vi apesadumbrada con todo eso porque supuse que alejarte aliviaría ese pesar que debes de haber sentido al saber que no eras quien creías

ser. Confié en ti y en mi mejor amigo y socio para que velara por ti. Ahora, él me dice que están juntos. Victoria, necesito una respuesta. Me la merezco, y de tu boca.

—Hablas como si nuestro matrimonio hubiese sido un lecho de rosas. Nunca lo fue, pero, además, mi padre concertó contigo esta unión cuando yo estaba perdidamente enamorada de Thomas.

—¡Cállate!

Victoria retrocedió cuando vio que él se acercaba a ella.

—James, sabías que era así.

—Por supuesto que no. Desconocía todo esto.

—Mientes. Encontré en tu escritorio una carta que yo había enviado a Thomas. La leíste y, sin embargo, preferiste guardarla para que él no la recibiera y hacer como si nada sucediera.

—No es así. ¿Thomas no te dijo la verdad?

—¿A qué te refieres? —inquirió ella.

—Yo hablé con él y le pregunté si había algo entre ustedes, y él me aseguró que no había sido nada importante.

—No mientas más.

—Habla con él. Lo que no sé es cómo le contarás de este encuentro.

—Eres deleznable.

—Soy un hombre que quiere a su mujer a su lado —repuso James.

—Eso nunca sucederá, porque amo a Thomas por encima de todo.

—Has cometido el error de llevarte a mi hijo. A Thomas le manifesté mediante un telegrama mi preocupación por ti y por Colin, le dije que los extrañaba y que ansiaba verlos. ¿Es así cómo me pagas todo lo que he hecho por ti?

—Colin no es tu hijo, sino de Thomas.

Él la tomó del codo y la zarandeo.

—¡Explícate!

—Nunca perdí el contacto con Thomas y, cuando viajé a París, nos vimos y estuvimos juntos el tiempo que permanecí allí.

—¡Cómo has tenido el descaro de engañarme de ese modo!

—No te engañé porque nunca he estado enamorada de ti, sino que siempre amé y amaré a Thomas. Él es el padre de mi hijo. No tienes más que verlo para constatarlo.

—¿Crees que voy a contentarme con un parecido físico para desechar que en verdad el niño no sea hijo mío? Te equivocas. ¿Quieres que te recuerde la última noche que pasamos juntos antes de tu partida?

—Eso lo he dejado en el olvido. ¿Quieres que rememore cómo me maltrataste y el modo en que intentaste forzarme?

—Si tanto lo amas, piensa muy bien qué harás porque no voy a permitir que me conviertan en el hazmerreír de Londres, mientras tú y ese desagradecido andan pavoneándose de la mano por toda la ciudad.

—No tengo nada que pensar.

—Yo creo que sí —resopló él—. He construido una carrera política, lo sabes. Has estado conmigo para participar de cada acto y en cada gala, has visto cómo me he esforzado para lograr el bienestar de la comunidad, y no voy a tolerar que, por un capricho, echas a perder todo lo que he edificado.

—Lamento que lo veas de ese modo, pero yo no tengo nada que ver en todo eso. No pienso alejarme de Thomas.

—¿Aunque sepas que está en peligro?

Victoria intentaba no derramar las lágrimas que pugnaban por salir, ni mostrar el temblequeo de sus manos, porque todo el cuerpo de la muchacha parecía a punto de estallar. Cada palabra dicha por James era un recordatorio sobre las situaciones vividas en ese matrimonio que había sido el mayor error que había cometido.

—No puedes dañarlo por amarme.

—Puedo hacerlo porque él siempre me quita lo que me pertenece.

—¡Suéltame! —gritó ella.

—Voy hacerle pagar por lo que me ha hecho.

—Por favor, no le hagas daño.

—Si es eso lo que quieres, quédate conmigo.

—¿Cómo?

—Victoria, si no me amas, no te pido que estés a mí lado durante mucho tiempo, sino que sea solo un breve lapso, hasta que pueda ver cómo salir de todo esto. Si no lo haces, destruirás la carrera que tanto me ha costado forjar. Creo que eso me lo debes.

—No puedo.

—Te lo pido por favor, es humillante saber que la mujer que elegiste como esposa te ha traicionado con tu mejor amigo y socio.

—No puedes pedirme eso —suplicó ella.

—No te estoy pidiendo que lo abandones, sino que estés conmigo. Me refiero a que simules que lo estás, solo durante un corto tiempo, hasta que pueda arreglar todo esto. Aunque sea dime que lo pensarás.

La mente de la joven era una maraña de pensamientos. No podía concebir la idea de regresar con él porque nunca abandonaría a Thomas. Él era el único hombre que amaba, pero necesitaba irse de allí para no tener que soportar más la presencia de James ni el modo despótico en que le hablaba. Cada palabra lanzada avivaba el recuerdo de los tiempos pasados con él.

—Está bien.

Lowe desvió la vista hacia un punto detrás de la imagen de Victoria y se acercó más a ella para susurrarle:

—Gracias.

Antes de irse, apoyó los labios sobre los de ella y, de inmediato, se alejó y dejó a Victoria conmocionada por lo vivido. Ella no había imaginado que compartirían semejante despedida y estaba tan conmocionada que no había podido esquivarlo. Se pasó la mano por la boca como si pudiera borrar cualquier vestigio de James en sus labios.

—La he estado buscando.

La voz de Dwayne a sus espaldas la sorprendió. Si había alguien a quien no esperaba ver ni escuchar, era al nuevo cochero.

—¿Qué hace acá? —interrogó ella.

—Alguien me avisó que se había ausentado del hospital, así que salí a buscarla. Ha elegido un lugar muy transitado para un encuentro secreto.

—Pero ¿qué dice? He tenido una emergencia y he debido retirarme del hospital.

—Como diga, señora. Tengo el coche en la esquina. ¿Usted va a regresar a la clínica o la llevo a su casa?

—Por favor, lléveme a mi hogar.

Lo único que deseaba Victoria era estar junto a Thomas y olvidarse de lo que acababa de vivir. Necesitaba alejarse cuanto antes de allí. Desde la ventana del vehículo, podía ver cómo la magnificente construcción palaciega se alejaba desde el otro lado del río. Ni siquiera el constante traqueteo sobre el empedrado, junto con el bamboleo del carruaje, lograban aquietar la desazón que la embargaba. A medida que se distanciaba del lugar del encuentro, mayor dimensión cobraban las palabras y la amenaza vertida por James.

Al fin llegó a la residencia. Era ahí donde necesitaba estar: un lugar donde sentirse segura junto a Thomas y a Colin. Cuando vio a su hijo en brazos de Paca, se abalanzó hacia él para abrazarlo y sentir que nadie volvería a quitárselo, pero ni siquiera la presencia de Colin logró calmarla.

—Mi niña, yo creo que debería dejar las visitas al hospital durante un tiempo —opinó la mujer.

—¿Por qué lo dices?

—Mire cómo está, aferrada al niño como si no lo viese desde hace días. Si así lo siente, no creo que vaya a disfrutar las prácticas en ese establecimiento. Dése un baño y tranquilícese, pronto vendrá el señor, y todo se le va a pasar.

Victoria se fue a su cuarto. Luego, preparó la tina, colocó unas gotas de aceite de rosas y espliego para relajarse. El agua caliente, junto con el aroma que emanaba de las esencias, le permitieron cerrar los ojos y olvidar el encuentro con James. Lo que no podía borrarse de la mente era la advertencia dada por él. Sabía que no podía plantearse de verdad la propuesta de Lowe, aunque no dejaba de rondarle la mente. En medio de esas reflexiones, un fuerte escalofrío le recorrió la espalda. Abrió los ojos de inmediato y vio a Thomas, con la camisa blanca abierta y las mangas levantadas, apoyado sobre el lavabo. Un par de ojos azules la devoraban al recorrerla entera.

—No te escuché entrar —balbuceó Victoria, que se sentía desnuda bajo esa mirada abrasadora que parecía encenderla. Dobló las rodillas y las rodeó con los brazos.

—¿Está agradable el agua?

Él la contemplaba, en medio del vapor que la envolvía.

—Sí, ya estaba por salir.

Thomas no dejó de mirarla mientras ella se levantaba de la bañera e intentaba cubrirse con las manos al tiempo que el agua no dejaba de caerle por todo el cuerpo.

—Victoria, no te escondas de mí.

Ella deslizó las manos hacia los costados para quedar expuesta en su totalidad. Las mejillas le ardían, y un intenso calor se había apropiado de ella. En ese mismo instante, no sabía qué hacer. El

modo en que él la observaba y la manera en que se comportaba no hacían más que inhibirla. Rastreó con la mirada la toalla para envolverse, pero notó que Thomas la tenía en una mano.

—¿Es esto lo que buscas? —consultó al mostrarle el objeto buscado.

Ella asintió y, ante un gesto que él le hizo, se acercó.

—¿Sucede algo? —preguntó Victoria.

Él la envolvió en la toalla y la atrajo hacia sí sin que ella pudiese moverse. Las respiraciones de ambos se mezclaban ante la corta distancia que los separaba.

—¿Me extrañaste? —preguntó él.

—Mucho.

Victoria sintió cómo el aliento de Thomas le acariciaba la boca y, de manera inesperada, él se apoderó de los labios de la joven, entró en la boca rosada de ella con la lengua lleno de desesperación y ansias. La toalla cayó de un tirón, y el cuerpo de Victoria fue acariciado por las manos de él, que lo recorrían sin pausa.

—Te amo —gimió ella en medio de las sensaciones que solo él le hacía experimentar.

La pasión de él la desbordaba. Ella necesitaba como nunca sentirlo dentro para comprobar y apreciar que la conexión que ambos tenían continuaba intacta. Las manos de Victoria no dejaban de deslizarse por el musculoso pecho de él, que se agitaba ante las caricias. Una sinfonía de gemidos se mezclaba con la humedad de los cuerpos.

—Ámame —susurró Victoria ante la turbación que le provocaba Thomas.

Él desplazó una mano hacia el cuello de ella y enredó los dedos en su larga cabellera para inclinarla hacia atrás.

Esa mirada que ella tanto amaba se había evaporado, y una glacial se había apoderado de los ojos azules de él.

—Vístete.

—Thomas, ¿qué sucede?

Tras el chasquido de la puerta, ella quedó con el cuerpo dominado por temblores ante la frialdad de él. Se secó lo más rápido que pudo y, envuelta en aquella tela absorbente, salió de allí para saber qué ocurría. Esperaba con ansias que no fuera lo que creía. Cuando atravesó el umbral, vio que él se sacaba la camisa para colocarse otra. Se arreglaba como si fuera a salir, aunque recién había llegado.

—¿Cómo estuvo tu día en el hospital? —preguntó Thomas.

—Bien. Sabes que disfruto ir.

—¿Tanto te gusta concurrir?

—No entiendo por qué lo dices.

El tono de voz develó que algo andaba mal. La manera en que la miraba y se comportaba daba cuenta de eso. Ella supo que él se había enterado del encuentro y temió tanto por la represalia de James como por la reacción de Thomas.

—¿Necesitas que te lo diga o prefieres hacerlo tú?

—No debes mal interpretar lo que sucedió esta tarde.

Victoria se acercó a él para abrazarlo, pero de inmediato notó cómo se alejaba de ella.

—Te escucho —dijo él.

—James me envió una nota para vernos.

—¿Cuándo?

—Ayer, antes que regresaras —confesó ella.

—¿Dónde está?

—La rompí.

—No querías que la descubriera —afirmó.

—Me pidió que te lo ocultase.

Una sórdida carcajada salió de la boca de él.

—Por supuesto, le haces caso a tu esposo, ¿verdad?

—Por favor; no es así.

—¿Y cómo es entonces?

—Amenazó con que te haría daño, y yo no quiero que nada te suceda. Bastante tuvimos con todo lo que atravesamos en Buenos Aires. Temo por ti, por Colin, por nosotros.

—¿Tanto poder crees que él tiene? Victoria, qué equivocada estás. Si hay alguien a quien no le tengo miedo, es a James Lowe, y debería ocurrirte lo mismo a ti.

—Thomas...

—Déjame decirte —dijo él al acercarse— que puedo entender que él desee verte, pero no puedo creer que me lo hayas ocultado. Días atrás, dijimos que no habría secretos entre nosotros. Parece que es fácil

borrar lo que prometes.

—No es así.

—Podría perdonarte que hubieras querido verlo para terminar por fin algo que nunca debería haber comenzado, pero no puedo borrar de mi cabeza la imagen de él al besarte.

—Pero es que no ha sido así —objetó Victoria.

—¡Basta! ¿Crees que Dwayne no me tiene al tanto de tus actividades?

—¿Me tienes vigilada?

—No, él solo te protege cuando yo no puedo hacerlo. Hubo alguien que le avisó que no te encontrabas en el hospital. ¿Quién creés que mandó a ese mensajero? Fue James, por supuesto, porque buscaba que me enterase.

—Porque busca que discutamos y nos peleemos —razonó ella.

—Victoria, yo no estoy enfadado por el imbécil de James, sino porque, aunque sabes la mierda que ha sido y es, te entregaste en un beso con él.

—Thomas...

—¡Vístete! Si deseas irte con él, hazlo ya, pero a mi hijo nunca te lo llevarás.

El fuerte sonido de la puerta al cerrarse se produjo en el mismo instante en que Victoria rompió en llanto. No entendía cómo, en un segundo, todo había vuelto a resquebrajarse y la desgracia había regresado de la mano de James. Se lanzó sobre la cama, mientras el cuerpo se le convulsionaba por la rabia, la desazón y el profundo

dolor que le provocaba que Thomas pensara que ella podía guardar algún sentimiento de cariño hacia Lowe. Todo lo que ella hacía era por el insondable amor que sentía por Thomas.

* * *

En la penumbra de la habitación, Victoria continuaba echada en la cama. Varias veces había intentado entrar Paca, pero ella se había negado. Necesitaba aquietar esos pensamientos que no dejaban de consumirle la paz que había alcanzado fuera de la ciudad de Londres, lejos de la familia que la había criado, de James Lowe y de la mentira vivida con él.

Unos insistentes golpes hicieron que se levantase. Quizás Colin necesitaba de ella.

—Mi niña, una pelea no puede empañar la felicidad que tiene con el señor. Debe bajar porque alguien quiere verla.

—Paca, no es un buen momento para recibir a nadie.

—Es una dama. Se llama Margaret; dice que desea verla y hablar con usted.

—Dile que bajo dentro de unos minutos.

Victoria se colocó el primer vestido que vio, intentó acomodarse el cabello con los dedos sin mirar la deplorable imagen que le devolvería el espejo y salió rumbo a la sala.

La última vez que se había visto con Margaret había sido cuando estaba embarazada y en reposo. Había sabido en aquel momento, no bien la había ido a saludar, que la empatía que había entre ambas se había quebrado. Margaret no había visto con buenos ojos que ella se quedase con James ni que tuviesen un hijo, ya que la unión que tenía con Wood era indestructible, así como la fidelidad que se prodigaban. Nunca más había sabido de ella.

Desde que Thomas se había ido de la casa, unas horas antes, no había sabido nada de él tampoco. Esa vez, como tantas otras, esperaba que aquella mujer obrase como un nexo con él.

—Margaret, qué sorpresa verla por aquí.

—Yo debería decirte eso. Ansiaba que regresasen aquí cuanto antes. Cuando Thomas me avisó del viaje, me dio mucha felicidad, y enterarme todo sobre Colin, mucho más.

Una criada entró con dos tazas té junto a un plato de budín de banana y nuez. Victoria sirvió la infusión mientras evitaba que el temblor en las manos hiciese que derramase el contenido.

—Yo quisiera decirle que...

—Victoria —interrumpió Margaret—, no debes decirme ni explicarme nada. Él lo ha hecho, y me siento muy feliz de que así sea. En otro momento, me gustaría ver al niño.

—Cuando lo desees. Es un placer que estés aquí.

—Aunque creo que no he venido en un buen momento. Debes entender que no es fácil para Thomas todo lo que sucede.

—¿Has estado con él? —consultó la joven.

—Debíamos mantener una reunión en el día de hoy, pero se retrasó porque algo urgente lo hizo venir hacia aquí. Lo conozco lo suficiente como para saber que lo único que puede haberlo alterado tanto para presentarse del modo en que lo hizo eres tú.

—¿Cuánto tiempo estuvo contigo?

—El suficiente como para tratar un tema de la empresa, y luego se fue. Imaginaba que no estaría aquí. Salió de mi apartamento después de nuestra reunión, e imaginaba que, antes que regresar, se iría a cualquier otro lado.

—Temo por él y por que James lo dañe.

Una leve sonrisa se dibujó en el sereno rostro de Margaret.

—Ese es un miedo infundado. Él nunca haría nada que los colocara en peligro a ambos, aunque sé que se jugaría hasta la última carta para defender lo que siente por ti y por su hijo. James va a arrepentirse de haberse metido contigo.

Luego de las contundentes palabras de Margaret, un pesado silencio se instaló en la sala.

—Margaret, te agradezco que hayas venido a verme porque sé que no debes de tener la mejor impresión de mí. La última vez que nos vimos, cuando nos despedimos, no creí que volviera a cruzarte.

—Querida Victoria, nunca dejé de tenerte en mis pensamientos, pero comprendía el gran dolor que le estabas causando a Thomas. Te lo dije una vez, cuando recién nos conocimos, y vuelvo a repetírtelo: en la vida de él, nada ha sido fácil. Por cada logro obtenido, ha tenido que pasar por un verdadero infierno. Lo importante es que lo ha superado, aunque no dudo de que el más difícil e importante desafío es alcanzar la felicidad contigo. Estoy convencida de que también superará este obstáculo. Eres una mujer demasiado importante en su

vida, y eso lo hace vulnerable frente a ti. Eres su talón de Aquiles, y todo lo referente a ti lo desborda, más cuando se inmiscuye James en medio de ustedes dos.

—Gracias por lo que dices.

—Victoria, nada de lo que he dicho ha sido para congraciarme contigo, sino porque soy una mujer grande que ha conocido el amor con un hombre al que le di todo y sé qué se siente cuando se quiere demasiado.

—¿Piensas que yo no paso por lo mismo?

—Claro que sí, pero la diferencia es que él debe luchar por tu amor contra un Lowe; Thomas sabe que uno de los dos terminará destruido. Por más que él no lo quiera reconocer, el fantasma de George todavía lo ronda.

Victoria no dejaba de sollozar ante las palabras de Margaret.

—A veces no sé qué hacer. Me duele amarlo tanto y, a la vez, me doy cuenta de que lo daño por creer que estoy haciendo lo mejor para ambos.

—No te angusties —la consoló la secretaria al tomarle las manos—. A pesar de todo, debes sentirte afortunada de haber conocido el verdadero amor y de que haya sido con un hombre como Thomas. Deberás tener paciencia, pero él siempre ha sido leal a las personas que quiere, aunque eso no lo exonere del carácter difícil que tiene.

Victoria, en medio del llanto, esbozó una tibia sonrisa.

—¿Ves que no es para tanto?

—No sabes lo que te agradezco que estés aquí. Desde que Thomas se fue, hace unas horas, no he sabido qué hacer. La angustia y la incertidumbre me carcomen por dentro —se quejó la muchacha.

—No sé cuándo vendrá, pero te aseguro que lo hará. No puede estar lejos durante mucho tiempo, ni de ti, ni de su hijo.

Margaret se levantó y, cuando se acercó a saludarla, ambas se envolvieron en un afectuoso abrazo.

—Espero verte pronto —dijo Victoria.

—Yo también, aunque quiero encontrarte de otro modo. Hasta pronto.

Minutos después, Victoria se quedó arrebujaada en el sillón, con las piernas recogidas y la cabeza apoyada sobre las rodillas mientras enfocaba la vista hacia la puerta de entrada a la espera de que por fin se abriera para dejar entrar al hombre que tanto quería.

—Mi niña, debe cenar algo.

—Paca, no tengo ganas.

—Debería hacerlo. Si no desea comer ahora, vaya a descansar a la habitación. Así, cuando se espabile, verá las cosas de otra manera.

Le hizo caso y, antes de entrar en su cuarto, pasó por el de Colin, le llenó de besos el rostro y lo dejó dormir.

Ni siquiera los nervios y el cansancio le permitieron entregarse al mundo de los sueños de una vez. Se levantó de la cama enredada en el largo camisón de satén que vestía, se acercó a la ventana y solo vio la farola que destellaba en medio de la oscuridad. No había nada que la calmase. Abrió la puerta de la habitación con cuidado para no hacer ruido, dispuesta a buscar a Colin. Quizá con él podría encontrar la

calma que necesitaba. Cuando se asomó a los aposentos de su hijo, se detuvo de inmediato al ver a Thomas en el sillón, al lado de la cuna del niño. Un calor intenso la envolvió. No le importaba si solo había regresado por el pequeño, tampoco si la había extrañado o se había sentido desfallecer, como le había ocurrido a ella, durante las horas en las que había estado ausente. No sabía dónde había estado ni le preocupaba eso en ese momento. Se acercó un poco más y contempló los nudillos raspados y lastimados de una de las manos de Thomas. No era difícil saber qué le había sucedido; lo que no sabía era si se había enfrentado a James o a alguien más. Como si ella lo hubiese llamado, él abrió los ojos y se encontró con los verdes de Victoria.

Ella nunca sabría cuánto la amaba. Por ella, daría la vida. Sería capaz de perdonarle todo, pero no podría permanecer separado de esa mujer. Si bien nunca se lo diría, el amor que sentía, por momentos, lo asfixiaba, aunque tenía la plena convicción de que no quería estar alejado. Incluso podía permitirle que hubiera dudado de lo que sentía, pero no que se apartara de él.

—Te estuve esperando.

Ella supo que había estado bebiendo: la mirada azulina estaba manchada con pinceladas coloradas. Con los dedos, acarició los mechones negros que caían sobre la frente de Thomas.

—Te amo; no quiero perderte.

El silencio de él la lastimaba más que cualquier otra palabra que pudiera pronunciar.

—Di algo, por favor.

Ella se acercó a él y apoyó los labios sobre los de Thomas. Intentó besarlos, pero él no la correspondió ni le permitió que lo hiciera.

—Si deseas castigarme por lo sucedido esta tarde, hazlo. Podrás seguir días y meses con esta actitud, pero nada —le aseguró mientras se acercaba más a él—, ¿me escuchas?, nada ni nadie va a lograr que me separe de ti. Nunca podré. Eres parte de mí. Pero, por favor, mi amor, no me tortures con este silencio. Prefiero escucharte gritar y decirme cualquier cosa a que te mantengas de este modo.

Ella se incorporó a sabiendas de que de nada serviría que siguiera allí. Lo importante era que él había regresado, aunque no supiera durante cuánto tiempo se comportaría de esa manera. Él había regresado junto a ella y Colin. Aunque fuese por el niño, él no la abandonaría. Volvió a mirarlo y, en silencio, se retiró.

Thomas debió asirse con los puños del antebrazo del sillón para no agarrarla no bien la vio envuelta en ese camisón que recorría cada curva del grácil cuerpo de ella. Tuvo que pensar en cualquier otra cuestión para no devorarle la boca cuando ella intentó besarlo. Haría uso del resto de la voluntad que le quedaba para quedarse allí junto a su hijo y no sucumbir a Victoria.

Aún debía refrenar los deseos por destrozarle la cara a James. Hacía tiempo que no corría dentro de él una inquina tan potente, pero no haría lo que James esperaba. Tampoco le dejaría el recordatorio de la cara destrozada si lo encontraba. Debía pegarle, sí, pero donde más le doliera, y era eso lo que estaba buscando. Estaba seguro de que, en un futuro, Lowe se arrepentiría de haberse metido con él y con Victoria. Con las yemas de los dedos, se tocó los nudillos de la otra mano. Cuánto habría deseado que estuviesen así por haberse estampado contra el cuerpo de James. Sabía que eso era lo que había creído Victoria al desviar la mirada hacia aquella mano, pero esa vez había actuado de modo diferente. No quería entrar en el juego de James porque él tenía el propio. Tampoco se había trezado en una pelea callejera, como solía hacerlo tiempo atrás, para alivianar y calmar sus propios demonios.

Claro que no había podido eludir regresar a la “pequeña Dublín”. El lugar del que había logrado salir lo hacía regresar cada vez que creía desmoronarse. Había deambulado por uno de los callejones mugrientos y malolientes tan familiares para él. Se había detenido y, contra un muro descascarado, había descargado aquel puño ante la rabia y la ira que le provocaba lo que le sucedía. No habían sido tantos los minutos que había dedicado a esa lucha contra el concreto de la pared. Tampoco había sido el dolor de la mano lo que lo había obligado a detenerse, sino el haber escuchado la voz de su amigo Barney, que lo llamaba. De repente, el pasado había regresado y, sin desearlo, Thomas se había detenido. Hacía mucho tiempo que no se cruzaba con Barney. Lo que sabía de él lo había escuchado de boca de Eileen, aunque tampoco había sido mucho lo que le había dicho. Siempre había evitado meterse entre ellos dos. Bastante tenía con lo que le ocurría.

—Al fin has regresado a tu lugar.

Thomas suponía que no llevaba la mejor apariencia, pero estaba claro que la de Barney era peor. El aspecto que tenía era deplorable.

—Hace unos días que estoy aquí.

—Vamos a festejarlo.

Thomas sabía que Barney había pasado gran parte del día dentro de la taberna.

—No vas a negarte a unas cervezas frescas, ¿o sí?

—Por supuesto que no.

Thomas se había restregado el puño sobre el costado del pantalón para limpiarse la sangre que le manaba de los nudillos y se había acercado a Barney hasta fundirse en un abrazo. No importaba lo que le sucediera a cada uno, ni el tiempo que hubiera transcurrido. En ese

momento, los dos volvían a tener doce años, como cuando recorrían los callejones de aquel lugar en busca de algo de alcohol y diversión. La imagen de ambos se había perdido en el lúgubre callejón iluminado por algunas fogatas improvisadas al costado de la calle. A pesar del avance del tiempo, el lugar continuaba habitado por mendigos que, envueltos en harapos y en el hedor que emanaban, bebían alcohol. Nada había cambiado en “la pequeña Dublín”.

CAPÍTULO 14

Solo una noche

La imagen de Francisco frente al espejo había cambiado de manera favorable. Acababa de afeitarse la barba que se había dejado crecer en una de las tantas promesas que había hecho hasta que al fin pudiera ver a Josefina. Con la navaja en una mano y el cuenco de espuma blanca a medio llenar, tras terminar de rasurarse, volvía a tener el aspecto que siempre lo había caracterizado. Claro que esa mañana era especial porque le harían unos últimos estudios a Josefina para completar el diagnóstico sobre el accidente sufrido. Luego de pasar largas y tediosas noches en el hospital mientras la cuidaba, no le había quedado más remedio que hacerles caso a quienes le pedían que fuese a su hogar, descansara y regresase con más bríos al sanatorio. Atrás había quedado la actividad en el consultorio, ya que la había relegado hasta que todo volviese a ser como antes. Luego de vestirse, partió hacia el hospital.

—Buen día, Bernarda, ¿cómo anda todo?

—La señorita Josefina está mejor; se nota que está caprichosa y se niega a comer. Es un buen síntoma, pero nadie puede con ella; ni siquiera su madre, que intenta que pruebe el desayuno.

—Ahora voy a verla.

Bernarda sintió alivio de que el doctor se hiciera cargo de la situación, ya que eran muchos los pacientes a lo que debía asistir, y no quería lidiar con la joven Estrada, que se negaba a todo cuanto le

querían hacer.

—Francisco, has venido.

Doña Estrada estaba sentada a un costado de la cama de su hija, con la bandeja del desayuno sobre la falda. Josefina tenía el rostro ladeado hacia el lado contrario y, aunque sabía que Francisco estaba en la habitación, no se había dado vuelta para saludarlo.

—Quizás contigo quiera comer algo.

—Puedes ir a tu casa si lo deseas, yo estaré aquí.

—Hijita, ¿quieres que me vaya?

Ante el silencio de Josefina, doña Estrada decidió que era mejor marcharse y regresar más tarde. Francisco se ubicó en la otra silla para tenerla frente a él.

—¿A mí no me vas a saludar?

Él vio que ella dudaba, pero enseguida levantó la mirada hacia él.

—Así está mejor.

Él se inclinó hacia ella para besarla y le acarició el rostro con la mano sin dejar de contemplarla.

—¿Aún no desayunaste?

—No.

—¿Por qué? —inquirió él.

—Creí que no vendrías a verme.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no vendría a verte?

—Supongo que en cualquier momento vas a cansarte de mí. ¿Hace cuántos días que estoy acá encerrada sin poder moverme? No tienes que sentirte obligado a permanecer conmigo. Si aún no te has hartado de mí, continuar viniendo aquí va a lograr generarte un gran hastío cada vez que me veas.

—¿Y qué sucede si yo quiero seguir encerrado contigo para continuar aburriéndome entre estas cuatro paredes?

La expresión de ella, con los ojos abiertos como hacía tiempo no los veía, lo conmovió.

—Entonces, estoy en lo cierto —aseveró la joven.

—Josefina, si estoy acá, es porque te amo y no soporto estar alejado de ti. Durante cada maldita noche que pasé en esta habitación, rogaba por que abrieses esos ojos preciosos que tienes y volvieses a ser la misma encantadora mujer que me enamoró. Nunca dudes de lo que siento por ti, ¿está claro? —Él se acercó a ella y, antes de besarla, agregó—: Deberías saber que me gusta verte combativa, aunque me des más trabajo.

Él acercó la bandeja con el desayuno que ella había rechazado antes, tomó una galleta, la untó con mermelada de higo y se la dio en la boca. No fue necesario que le indicara que la abriera.

—¿Mejor así? —preguntó Francisco y, para sorpresa de ella, se acercó, le quitó una migaja que tenía en la comisura de la boca y se la comió—. Es imposible negarse a un rico desayuno, ¿verdad?

—Tengo miedo de abrir los ojos un día y que no estés.

—Si es eso lo que piensas, es que no me conoces lo suficiente; supongo que deberé esforzarme un poco más para demostrarte cuánto te amo.

Los ojos café de Josefina se humedecieron, aunque evitó largarse a llorar.

—Francisco —dijo Quintana al entrar a la habitación—, ¿me parece a mí o has perdido el tacto para tratar a tus pacientes? Mira cómo la has hecho llorar. Josefina, si es así, solo debes decírmelo, y yo vendré a atenderte.

—Álvaro, no te pases de listo.

Una sonrisa asomó en el rostro de la muchacha, mientras Rivas le alcanzaba la taza de té para que lo bebiera y concluyera el desayuno.

—Cuando termines, quiero hacerte unos leves estudios para ver cómo sigues del golpe —informó el recién llegado.

—Doctor, ¿cuándo podré irme a mi casa?

—Lo más complicado fue el estado de confusión y abatimiento que tenías. De a poco te has recuperado, así que ahora solo resta ver cómo estás en el área motriz.

Durante un segundo, Álvaro y Francisco entrecruzaron una mirada para centrarla luego en Josefina.

—Yo ya desayuné. Cuando quiera, me dice qué debo hacer.

Luego de un período tan largo en reposo, no era fácil recuperar la movilidad. El golpe tenía sus consecuencias, y de a poco todo iría mejorando. Si bien le costó un gran esfuerzo, Josefina pudo quedarse sentada en la cama con las piernas colgando. El doctor Quintana las revisó al golpear con los dedos en distintas partes de ambas extremidades. Buscaba chequear los reflejos de la muchacha para quedarse tranquilo.

—¿Qué sientes? —preguntó al detenerse en una zona de la pierna.

—Nada.

—Josefina, debes saber que has tenido un gran golpe y te has fracturado una costilla. Deberás tener cuidado y paciencia para lograr que se suelde sola, ¿entendido? Ahora, con tranquilidad, vamos.

Josefina apoyó los pies y tuvo agarrarse del borde de la cama porque un pequeño mareo la hizo tambalear.

—No te preocupes por eso, has estado mucho tiempo sin moverte, y es normal que sientas algún vahído, no es más que eso. Quiero verte avanzar unos pasos.

Josefina dio un paso hacia adelante, pero al segundo trastabilló. Los fuertes brazos de Francisco la abrazaron para evitar que se cayera.

—¿Qué me ocurre?

Francisco la había vuelto a sentar en la cama y la estrechaba con su cuerpo mientras compartía otro cruce de miradas con Álvaro.

—Como te dije antes, el golpe en la cadera y en la columna ha sido muy fuerte. Una de las posibilidades era que una lesión de estas características complicase el normal funcionamiento de tu cuerpo.

—Francisco, ¿qué me quiere decir?

—Que, en otro paciente, el accidente lo habría dejado postrado en la cama, pero no en tu caso, ya que cuentas con la juventud y toda la fuerza necesaria para recuperarte.

Josefina irrumpió en un llanto incontrolable, y el doctor Quintana creyó conveniente dejarlos solos. Sabía que a Francisco le quedaría la peor parte.

—Vamos, mi amor, no puedes ponerte de este modo.

—Francisco, quiero que me digas la verdad.

—Mi vida, nunca te mentiría —le aseguró él.

—¿Podré volver a caminar como antes?

—Eso lo veremos cuando termines la rehabilitación a la que debes someterte.

—Sé más claro por favor —clamó en un ahogo.

—No solo debes recuperar la tonicidad y la fuerza en las piernas, sino que también debe soldarse la costilla dañada. La manera de lograrlo será mediante un tratamiento con algunas poleas para que adquieras más fuerza en las piernas. Deberás mostrar tesón para los ejercicios. Mi cielo, debes poner mucha voluntad para lograrlo.

—Pero, entonces, no me iré más de aquí.

—Claro que sí, pero deberás comprometerte a cumplir todas nuestras instrucciones. No será fácil acatarlas, a veces estarás cansada y no querrás hacerlo, pero debes involucrarte en todo esto.

—¿Cuándo podré irme? —inquirió ella.

—Eso lo arreglará Álvaro con tus padres. Él se va a encargar de contarles sobre tu estado.

—Tendré que venir hasta acá para cumplir con todo esto. ¿Quién será la persona que me ayude durante el tratamiento?

—La idea es que no sea necesario que debas venir hasta aquí, sino que puedas hacerlo desde tu casa. Allí cuentas con todas las comodidades necesarias. Además, seré yo quien se haga cargo de todo.

—Francisco —dijo desconsolada—, no quiero que te ates a mí. No sabes cómo quedaré luego de que siga este método. Es el momento justo para que te vayas y luego, cuando yo esté mejor, veas si volvemos a estar juntos. No soporto que me tengas lástima, por favor no lo hagas.

Josefina no aguantó más, y las lágrimas le inundaron el rostro. Él la abrazó y dejó que vaciara toda la angustia y desazón que tenía desde que había abierto los ojos para encontrarse en la habitación de un hospital sin poder moverse. Josefina era pura vitalidad, siempre estaba con esa risa alegre y contagiosa y entretenía a todos con los comentarios disparatados que hacía. Ya nada quedaba de todo eso, pero, con paciencia, tenacidad y mucho amor, ella lograría recomponerse y volver a ser lo que era.

—Mírame —susurró él al alzarle el mentón—. Te amo tanto que a veces no sé cómo expresarlo en palabras. No puedo ni podré vivir si no es a tu lado. Verte de este modo me angustia, pero no por cómo te encuentras, sino porque no soporto escucharte decir que voy alejarme de ti, porque nunca lo haré. Te guste o no, estaré aquí. A esta altura de mi vida, no sé vivir si no es con tu amor. Querida, por favor no te angusties por algo que no sucederá. El único momento en que podrás alejarte de mí será cuando yo no esté más.

Josefina, con los ojos colmados de lágrimas que no dejaban de caerle por las mejillas, colocó los dedos sobre los labios de él.

—No vuelvas a decirlo.

—Tú tampoco.

Ambos se abrazaron, ella en busca de consuelo y él para darle todo cuanto necesitaba. La presencia de Bernarda interrumpió el momento.

—Doctor, ¿puede venir por favor?

Francisco le dio un beso a Josefina y salió de allí. A unos metros de la puerta de entrada de la habitación, habían colocado una silla de ruedas.

—El doctor Quintana me pidió que la trajera. Sería bueno que ella se fuera acostumbrando porque, según me dijo el médico, va a necesitarla hasta que logre recuperarse.

—Bernarda, lleve esa silla de regreso. Josefina no la precisa.

—Disculpe mi intromisión, usted sabrá lo que hace, pero no puede negar el estado en que se encuentra la joven Estrada —objetó la enfermera.

—Justo por eso, ver esto lo único que va a lograr será angustiarla más de la cuenta. Ella debe conservar la fuerza de voluntad necesaria para recuperarse. Yo me haré cargo y, si en algún momento ella requiere la silla, seré el primero en solicitarla. Por ahora, no es necesario.

El silbido de las ruedas en el piso se perdió en el largo pasillo de la institución. Él la llevaría en andas para trasladarla hasta la casa si no quedaba alternativa, pero no la colocaría en ese maldito asiento. Iba a entrar en la habitación cuando alguien lo llamó.

—Francisco.

Mariano Estrada estaba a pocos pasos de él, luego de haber escuchado el intercambio de palabras con la enfermera.

—Acaba de hablar con nosotros el doctor Quintana —comentó con gesto adusto.

—Entonces, estarás al tanto del estado de Josefina.

—Sí, y también de lo que vendrá.

—Creo que lo mejor es que esté en tu casa, fuera del ámbito médico. Así tendrá más voluntad para iniciar la rehabilitación — aconsejó el médico.

—Sí, creo que es lo más conveniente. De lo que dudo es de que seas tú quien esté a cargo de todo.

Francisco dio unos pasos para acercarse a él.

—Me importa una mierda lo que creas, porque se hará de ese modo. Lo único que busco es que Josefina se recupere y vuelva ser la de antes. Espero que no cometas el grave error de interponerte en su mejoría porque te juro, Mariano, que seré yo quien te borre de un plumazo de este mundo. Intentaste matarme para apartarme a un costado, y te aseguro que no tendré piedad si vuelves a meterte entre Josefina y yo. Hoy debería ser yo quien esté allí adentro; sin embargo, a pesar de la juventud que tiene, está ella. Deberá luchar para recuperarse, pero lo hará de mi mano, y no voy a tolerar que digas o hagas algo que pueda mortificarla. Parece que no conoces lo hijo de puta que puedo ser cuando me lo propongo. Estás avisado.

Fue la primera oportunidad en que Mariano Estrada no pudo acotar nada más. Nunca nadie lo había dejado con la palabra en la boca. Aquella era la primera vez que el padre de Josefina veía de ese modo a quien había sido durante tantos años su fiel amigo.

* * *

Al otro lado de la ciudad, se erigía el Grand Hotel, en diagonal a la iglesia La Merced. Hacia allí cruzó Paloma. Había logrado desembarazarse de Alba cuando le dijo que iría a la casa de Dolores Iturralde a tomar el té. La joven no había dejado de tener presente en los pensamientos a Joaquín desde que él la había besado. La única experiencia que había tenido de ese estilo era el beso robado y forzado de Franco Goyena.

—¿Llegué a tiempo? —preguntó la joven.

—Sí.

—Pude ausentarme gracias a que le mentí a mi tía, pero no sé cómo será la próxima vez, si en verdad deseas que volvamos a vernos.

—Claro que lo deseo —le aseguró él.

—Además está Franco.

—¿Te ha molestado?

—Cada vez que nos vemos, no deja de hablar de ti y de lo que has sido capaz de hacerle.

—Paloma, ¿a qué te refieres?

—A que lo heriste y a que, si no hubiera sido por la pronta intervención de una médica, habría muerto —explicó ella.

—Es un miserable, porque no es cierto, pero, en cada oportunidad que tenga, va a seguir engañándote.

Joaquín ya estaba cansado de todo. ¿Cuánto más podría esperar?

—Paloma, debes tomar una decisión entre él y yo. De otro modo, esto no nos va a conducir a buen puerto. Yo te amo y tengo buenas intenciones para contigo, pero necesito saber que a ti te ocurre lo mismo. Si es así, podré tolerar todo lo que se aproxime, pero, de otra manera, es mejor que me rompas el corazón ahora.

—Yo no quiero estar con Franco Goyena, nunca quise estarlo. Es mi tía la que insiste. No sé qué temas lo unen a él —declaró Paloma.

—Aún no me has dicho lo que quiero escuchar: ¿me quieres?, ¿deseas estar conmigo?

La timidez de ella solo le permitió asentir con la cabeza mientras el intenso calor se apoderaba de sus mejillas.

—No tienes idea de cuánto deseaba saber que sientes lo mismo que yo.

—Pero no sé cómo se lo tomará mi tía cuando se entere de tus intenciones.

—Yo sí sé cómo se lo tomará, pero deberemos armarnos de paciencia, aunque, si sé que estaremos juntos, nada más me importa.

Desde el otro lado de la calle, Franco no le había quitado la vista de encima a Paloma. Había sabido que algo no andaba bien cuando la había ido a buscar y le habían dicho que se había ido a la casa de esa amiga a quien hacía bastante que no veía. No había que ser muy sagaz para saber que el único lugar al que podía acceder el imbécil de Joaquín era ese hotel donde se había desempeñado como un mísero botones, sitio del que nunca debería haber salido.

* * *

Los rayos del atardecer caían sobre la ciudad y marcaban para muchos el fin de una jornada de trabajo. Juan había finalizado la tarea en el Hospital de Niños y creyó conveniente pasar a ver cómo estaba Josefina. Los rumores daban cuenta de la mejoría de la joven y, hacía unos días, había recibido la visita de Mariano Estrada, quien le había comunicado las últimas novedades sobre el estado de salud de su hija. Desconocía cuánto tiempo estaría en la institución médica. Miró el reloj de bolsillo y decidió darse una vuelta. A bordo del carruaje, no dejó de pensar cómo habían cambiado ciertas cosas. En el pasado, ante una situación así, habría estado desesperado, convencido de que, sin Josefina, él no podría continuar adelante. No podía dejar de asombrarle la manera en que todo había adquirido otro matiz. En verdad, por más que desease negarlo, había un motivo: una mujer a la que se estaba resistiendo porque no quería volver a sufrir. Por más que no desease pensar en ella ni verla, cada vez le era más difícil lograrlo. El traqueteo del vehículo disminuyó, lo que le advirtió que había llegado a destino. Bajó y se adentró en la amplia recepción.

—Doctor Rivas, ¿cómo le va?

—Hola, Pedro.

El hombre había estado trabajando en el Hospital de Niños hacía un tiempo; ahora, lo hacía en esa otra institución. Ya contaba con muchos años y era muy querido en el ambiente médico. Luchaba por llevar dinero a su casa; nadie quería que le faltase trabajo, ya que se había ganado el cariño de todo el personal.

—Parece que, por aquí, siempre hay un doctor Rivas.

—Lo debe de decir por mi padre —contestó con una sonrisa.

—Por supuesto. Aquí, en este registro de entradas —señaló al mostrarle el cuaderno que tenía en un sencillo escritorio—: El apellido Rivas es el que más tildes tiene, aunque tiene una competidora.

—¿Otra familiar que viene a ver a alguien?

—Parece que sí. No quiere decirme su nombre, pero, casi todos los días, pasa por aquí al mismo horario. Acaba de irse —agregó con el índice levantado—. Ahí va cruzando la calle.

Juan se dio vuelta y vio a Eileen alejarse de allí para perderse por la calle de la esquina.

—Me parece que no es de aquí. Aunque no habla mucho, el tono que tiene es distinto. Yo sé que desea saber sobre la salud de la señorita Josefina y me adelanto a darle las últimas novedades.

Juan ya no escuchaba lo que don Pedro seguía diciendo. Abandonó el hospital sin mayor explicación a los pocos minutos de haber entrado.

—¡Ey, doctor Rivas! —gritó el empleado a medida que lo veía alejarse—. Parece que el padre no es único alterado por la salud de la paciente Estrada —murmuró, tras lo cual cerró el cuaderno de registro y se dirigió al guardarropa para buscar el abrigo y dar por finalizado ese día laboral.

Juan había salido en busca de Eileen, pero no la había alcanzado. Parecía que no había tomado el camino que la conducía hasta la residencia de Wood. A él ya se le habían pasado los deseos de estar con Josefina, y estaba seguro de que al día siguiente podría averiguar cómo seguía, así que decidió ir hasta la casa donde ella residía y esperarla allí.

Por más que cavilaba sobre el motivo por el que Eileen concurría al hospital para preguntar sobre el estado de salud de Josefina, no lograba entenderlo. Tocó la aldaba, y una empleada se asomó para atenderlo.

—La señorita Eileen no está.

—¿Sabe si vendrá pronto?

—Seguro que sí, pase nomás. ¿Desea tomar algo?

—Un té está bien.

Juan se sentó, aunque no dejaba de sentirse raro por haber perseguido a Eileen sin saber si era por mera curiosidad o porque necesitaba estar con ella. Con la taza en la mano, estaba a punto de beber un sorbo cuando el ruido de la puerta lo detuvo. En un segundo, vio pasar como una tromba a la muchacha que tanto lo intrigaba, que se dirigió hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones. Él dejó la taza a un lado y fue hacia allí. Al entrar en el cuarto en el que ella había entrado, la vio con los cabellos rubios alborotados y unos sobres en la mano. Estaba abriendo uno de cajones del secreter de caoba lustrada, pero un pequeño ruido la distrajo y, al darse vuelta, lo vio a bajo del vano de la puerta.

—¡Juan! Me asustaste, no te oí entrar.

—Hace un rato que estoy aquí.

—Pero ¿dónde estabas? Nadie me avisó —se quejó ella.

—Te esperaba en la sala, pero entraste como una exhalación y viniste directo hacia aquí.

—Perdona, entra.

—¿Novedades?

Él hacía clara referencia a las cartas que, sin abrir, la joven había dejado en el mueble.

—No lo creo, pero qué sorpresa verte.

Ella se había sentado en un butacón ubicado detrás del espejo, y Juan lo había hecho en un sillón cerca de la joven, aunque debió desplazar dos vestidos convertidos en un amasijo de telas.

—La prolijidad no es una característica propia de mí —admitió la muchacha.

—Eso veo.

Una fuerte tensión se hizo presente entre ambos y, antes de que el silencio se apoderase de ese momento, Juan agregó:

—Me preguntaste por qué vine a verte, y en verdad hay un motivo.

—¿Cuál?

—Coincidimos en el hospital hace un rato. Mientras yo estaba dentro, tú acababas de irte de allí. Parece que ambos habíamos concurrido para saber sobre el estado de Josefina.

—Sí, pasé por allí y pensé en preguntar por ella para mandarle noticias a Victoria.

Juan clavó la mirada en la muchacha, y le sorprendió que las mejillas se le tiñeran de un tono rojizo. No creía que pudiera ser vergonzosa. El modo en que se conducía era diferente al de las demás jóvenes; de hecho, tampoco le resultaba normal que lo hubiera hecho pasar a aquel dormitorio para hablar en vez de hacerlo en la sala.

Estaba claro que lo había hecho sin ningún tipo de intención oculta, sino por no conocer ciertas normas de urbanidad. Por todo eso, cada gesto poco convencional de ella lo cautivaba más.

—Eileen, ¿por qué has ido a ver a Josefina casi a diario?

—No he ido tan seguido y te aseguro que no lo he hecho para molestarla.

—Eso no es necesario que me lo aclares.

—¿Cómo te enteraste?

—Deberías saber que, como médico, tengo mis informantes — concluyó con una sonrisa.

—Desde que me contaron del accidente, no pude dejar de pensar en ella y en lo que se debe de sentir estar encerrada en un lugar así, aunque no solo pensaba en ella. Ir hasta ahí me ha costado porque odio estar en los hospitales y les tengo mucho miedo.

—¿Por qué?

—Quizá porque he debido concurrir más de la cuenta a una edad en la que lo que debería haber hecho era disfrutar y jugar, pero es lo que me tocó vivir. Juan, no me mires así, porque ahora no deseo hablar de eso.

—Decías que no solo pensabas en Josefina. ¿En quién más pensaste cada vez que ibas al hospital a saber de ella? —cuestionó él.

Juan había apoyado los codos en las rodillas y, con el mentón sobre las manos, la escuchaba y la contemplaba sin perderse ningún gesto que hacía.

—Pensaba en ti y en cómo te sentirías si el estado de Josefina empeoraba. Si bien me dijiste que había dejado de importarte tanto como antes, supongo que con ella se debe de ir parte de tu vida, y no quería estar lejos de ti si algo feo le sucedía. Esa posibilidad me angustiaba de solo pensarlo.

Él había barajado una serie de alternativas para entender la actitud de Eileen, pero nunca había creído que él mismo podía ser la respuesta al comportamiento de la joven.

—La otra vez que estuvimos juntos, te dije que permaneciste a mi lado cuando lo necesité; yo quería tener la posibilidad de acompañarte si algo ocurría.

Ella concluyó con una extraña sensación al notar cómo la miraba Juan.

—¿Qué sucede?

Observó que Juan se levantaba y se le acercaba. Enseguida sintió que los dedos de él se entrecruzaban con los de ella para tirar hacia arriba y levantarla del butacón. Luego, rodeó con las manos el rostro de Eileen, que no tuvo tiempo de advertirle nada porque la boca de él capturó la de la muchacha. Con dedicación y pasión, él saboreó los labios de ella. En ese beso, Eileen sintió que el cuerpo dejaba de pertenecerle. Era una sensación extraña, nunca antes le había ocurrido.

—Me gustas mucho —sopló en los labios de ella.

—Juan, no sabes nada de mí. Yo no quiero...

Las palabras fueron silenciadas por la boca del joven Rivas, que no dejaba de jugar con la de ella hasta hacerle experimentar ciertas sensaciones que había creído nunca volver a sentir.

—Sé lo que necesito de ti. Hace tiempo que distrajiste mi atención —hablaba con las manos en el rostro de la joven—. Yo tampoco quiero dañarte, pero no puedo negar que siento algo importante por ti, algo que no quiero dejar pasar. Tampoco deseo hacer castillos en el aire. Te necesito y solo anhelo estar contigo. Te juro que me resisto a pensar en ti cada noche desde que nos vimos, pero es algo más potente que yo. Por más que haya intentado evitarlo, te has metido en mis pensamientos, estás ahí, siempre presente. Hui de ti y no quise pasar a verte antes porque creí que era lo mejor, pero no es así. Hoy, cuando te vi y supe lo que hacías, quebraste la última defensa que quedaba en mí. Eileen, te deseo como hace tiempo no deseo a una mujer.

Por más que ella intentó no emocionarse ante semejante declaración, no pudo. Algunas lágrimas le cayeron por las mejillas, sin poder controlarlas.

—Nunca nadie me habló del modo en que lo haces. Yo siento algo especial por ti, pero no creo ser la mujer indicada.

—¿Por qué?

—Bueno, está a las claras: soy una extranjera sin preparación, apenas si sé leer, tengo un pasado que no conoces y no quiero volver a sufrir. Yo nunca estuve con un hombre como tú.

—Hasta ahora, nada de lo que me has dicho define un motivo certero que nos impida estar juntos —susurró mientras deslizaba un dedo por el contorno de los labios femeninos—. Por otro lado, creo que es un buen momento para que me conozcas, ¿no te parece?

Eileen, a esa altura de los acontecimientos, había dejado de razonar y aguardó a que él volviese a besarla. Con cada minuto que transcurría, él la tomaba con más intensidad, mientras sus lenguas se mezclaban con los leves gemidos de ella, que no hacía más que

incitarlo a continuar. Luego, la boca de él abandonó durante unos segundos la de ella y se desplazó por terso cuello de Eileen para saborear cada centímetro de esa piel.

—Te deseo —gimió.

Él solo necesitaba una señal para saber que ella daría el paso que él quería tomar. Lo miró con los ojos llenos de pasión y, con las manos en los hombros de él, lo atrajo para sí. A medida que las caricias avanzaban, la ropa de ella se iba enmarañando entre los dedos de él, hasta caer en un revoltijo de telas junto a las de Juan. En unos pocos pasos, alcanzaron la cama, donde cayeron. Él recorrió, con las yemas de los dedos, palmo a palmo, todo el cuerpo de Eileen. A medida que se deslizaba por el vientre de la muchacha, percibió una fuerte tensión en ella, al tiempo que la mano de Eileen tomaba la de él para desplazarla hacia otro lugar y así evitar que rozara el contorno irregular que le sobresalía en la piel. La boca de Juan descendió hasta llegar allí para besar la cicatriz que marcaba el cuerpo de ella. Él percibió una potente resistencia al acariciar con los labios esa zona lastimada y prohibida por ella. A medida que continuaba besándola, pudo sentir el estremecimiento que esas caricias le provocaban. De inmediato se incorporó y besó el rostro de Eileen, cubierto por lágrimas.

—Por favor, no llores.

—Nunca nadie me ha tratado como tú.

—Deseo estar dentro de ti.

Él vio el fuerte anhelo en los ojos de ella y la penetró no solo con el cuerpo, sino también con la mirada. En cada embestida, sentía que podía adentrarse más en la sombría vida de ella. Una sinfonía de jadeos irrumpió en la penumbra del cuarto. En aquel íntimo momento, ninguno de los dos podía mentirse ni confesar algo que en

verdad no sentían. Cada palabra silenciada era revelada por la manera en que se adoraban. Alcanzaron el éxtasis con los cuerpos húmedos por haberse amado sin límites. Un fuerte temblor los atravesó, y solo quedó la agitada respiración que resonaba en el recinto. Durante unos largos minutos, se mantuvieron bajo un significativo silencio. Cada instante que transcurría parecía señalar a gritos el modo en que se habían amado y el miedo que tenían por confesarlo.

Ella había quedado apoyada sobre el pecho de Juan, que no dejaba de acariciarle la espalda.

—Cuando te dije que no me conocías, era porque quería evitar que sucediera esto. Vuelvo a decirte que no creo ser la mujer que necesites.

—¿Eso crees después de lo que acaba de ocurrir?

—No lo digo por eso, sino por lo que has descubierto.

—Entonces, dime qué es lo que pretendes esconder.

Eileen se tomó unos largos segundos antes de comenzar a hablar. Debía contar con el coraje no solo para relatarle lo vivido, sino para enfrentarse al hecho de que, luego, él de seguro la trataría de una manera distinta o la abandonaría.

—Esta cicatriz me acompaña desde los ocho años, que fue cuando me la hice. Yo me crie en una familia muy distinta a la tuya. Mi padre venía a mi casa cuando se acordaba de que tenía una esposa y una hija. Ni siquiera se preocupó cuando supo de la enfermedad de mi madre. Nada le importaba. Te aseguro que las pocas veces que venía a vernos eran una pesadilla, no solo por las copas de más que llevaba encima, sino por los golpes que recibía mi madre. Para él, todo estaba mal. Cuando, por la enfermedad de ella, no pudo continuar castigándola, vino por mí. En cada embate, yo trataba de esconderme

o irme de la casa. Fue así como conocí a Thomas y a Barney. Con ellos, me sentía poderosa y a salvo. Hasta ese momento, ninguno de ellos sabía lo que sucedía dentro de la casa que habitaba con mi madre. Sin embargo, hubo un día en que todo cambió. Fue en plena madrugada. Unos fuertes golpes casi tiran abajo la delgada puerta de madera. Mi madre no podía levantarse ya que, debido al dolor y a la medicación, apenas si podía mantenerse despierta, y yo sabía que solo podía ser él. Salí de la cama y, cuando intenté trabar la entrada con la única silla que encontré en el camino, la puerta se abrió de golpe. Una vez más, había regresado borracho y no dejaba de gritar y preguntar dónde estaba mi madre. Bastó con que la viese dormida para que me buscara con el objetivo de descargar toda la ira que tenía dentro. El primer golpe anestesió los que vinieron después, pero no se contentó con eso, sino que intentó desgarrar mi ropa. Fue en ese mismo instante que supe que no tenía escapatoria y que, si no hacía algo, moriría en sus manos. Como pude, me deslicé hasta encontrar un cuchillo sobre la mesa de la cocina y se lo clavé en el pecho. Él sintió un fuerte dolor; la expresión que mostró me aterró. Me di cuenta en ese momento de que era él o yo. Me tiró contra el piso y me clavó el cuchillo en el vientre, pero el ardor de la herida no impidió que intentara defenderme. Me ayudó que el estado de él fuese calamitoso, dado que se encontraba atiborrado de alcohol, y en medio del tironeo de mi camisa para desnudarme, el cuchillo se le escapó de las manos. Fue ahí cuando, sin saber de dónde, saqué las fuerzas para tomar el cuchillo y se lo clavé, una vez más, en el pecho. Su sangre se desparramó, y su cuerpo se desplomó con espasmos sobre el mío. Los gritos y los ruidos alertaron a un vecino, que entró y logró quitármelo de encima. Estuve un tiempo en el hospital porque la herida que me había infligido había sido más grave de lo que se creía. Cuando logré recuperarme, el estado de mi madre se había agravado, y él había perecido. Recuerdo que, en aquella época, pude contar con la compañía de Thomas, Encarnación y Barney. Ellos hicieron que no fuesen tan horrorosos los días dentro del hospital. Cuando regresé a la casa, pasó poco tiempo hasta que mi madre murió. —Eileen tomó

un respiro en medio del relato y continuó—. El resto de mi vida no es muy difícil de adivinar. Me crié junto a la pandilla en los callejones de la zona donde crecí, con la ayuda de algunos vecinos. Cuando podía, iba a la escuela, y cuando no, limpiaba cualquier casa para tener algunos chelines en el bolsillo. Eso sí, nunca más nadie me molestó porque, si lo hacían, sabían que deberían enfrentarse a Thomas y Barney. Entre los tres, nos hicimos la promesa de protegernos. Creo que, en el fondo, todos buscábamos salir de allí, pero el tiempo marcó la diferencia entre nosotros, y el único que logró hacerlo fue Thomas. Luego, las circunstancias quisieron que yo viajase para aquí. Ahora ya sabes de dónde provengo. Sé que, por lo poco que puedo darte, decidirás irte, por eso vuelvo a decirte que no soy la mujer indicada para ti.

Juan había intentado reconstruir mediante esa narración todo lo vivido por ella y no podía creer que alguien pudiese albergar tanto sufrimiento como Eileen. Con las manos, la tomó del cuello para observarle el rostro lleno de lágrimas.

—Nunca tuve dudas acerca de que no eras para mí y, con esta confesión, acabo de confirmarlo.

—No sabes lo que dices. No necesito de tu lástima.

—Mírame, Eileen. ¿Es eso lo que ves?

Ella supo que no era pena lo que reflejaban los ojos de Juan, pero no quería volver a sufrir ni ilusionarse con algo que no merecía.

—Ya he decidido lo que quiero hacer y te aseguro que no es salir de aquí para huir de todo lo que me confesaste, sino que quiero volver a amarte.

Eileen se permitió volver a soñar y se dejó llevar por el profundo sentimiento que la unía a él. Al menos por una noche, se permitiría ser feliz, como alguna vez lo había añorado. Solo una noche.

CAPÍTULO 15

Una lucha sin fin

Londres, 1890.

Bajo el destello de la luna, la noche comenzaba a resucitar entre la niebla. Thomas aún estaba sentado ante el escritorio y se había entretenido en una nota del periódico *The Times* que mencionaba a un personaje que había conocido de manera escueta.

No todo brilla como el diamante

El panorama político se ha visto convulsionado por los negocios que realiza Cecil Rhodes, de origen inglés, apodado "El Rey de los Diamantes", en un plan de expansión hacia tierra africana. El hombre, que siempre ha estado tras la anuencia de la corona británica para que le concediera los permisos de explotación en aquella colonia, ha conseguido las concesiones solicitadas. Él ya había obtenido otras que lo transformaron en un hombre millonario que buscaba posicionarse también como un empresario de poder en la tierra africana.

Sin embargo, parece que no todo brilla para Cecil Rhodes. Una comisión encabezada por el rey Lobengula, líder de la nación zulú, se reunió con la reina Victoria para solicitar la denegación de los permisos de Rhodes. La reina aceptó la petición y rechazó los avances del burgués por el momento. El señor de los diamantes no solo ha contado con la negativa de la reina, sino con la de gran parte de la clase política inglesa, que ha visto con malos ojos las prácticas de ofrecer sustanciosas compensaciones de dinero a cambio de favores políticos. Este es un tema que alerta y preocupa a los funcionarios ingleses que no quieren verse involucrados en una maniobra de tales características.

Dejó a un costado el diario, al lado de unos documentos ordenados, mientras esperaba a Dwayne, que iba traerle novedades sobre un tema que lo acuciaba desde hacía años. Los golpes a la puerta lo sacaron de esos pensamientos.

—Adelante.

Dwayne se sentó en uno de los sillones frente al escritorio. Parecía un hombre a quien ninguna situación, por muy embarazosa que fuera, pudiera hacerle perder la compostura.

—Si bien hubo un retraso de unos cuantos días, aquí está la información que necesitas.

El cochero dejó sobre el escritorio un sobre lacrado con la documentación dentro. La pesquisa era de índole confidencial y provenía de Irlanda. A aquella tierra y a Thomas los unía no solo la causa por la autonomía irlandesa, con la que Wood colaboraba desde hacía tiempo, o las inversiones que había hecho de manera oportuna, sino también una infructuosa búsqueda que aún no había abandonado.

—Ya lo leeré con detenimiento, pero resúmelo.

—No ha habido novedades. Tampoco creía que fuera a haberlas. Se buscó en los mismo hospicios y hospitales de hace tres años. Este nuevo relevamiento no arrojó datos desconocidos.

—¿Han recorrido los otros lugares que les indiqué?

—Sí, pero yo creo que se debería profundizar un poco más la búsqueda aquí.

—¿Qué crees que hice? Contraté a gente especializada para que la buscara en esta tierra, y no habido noticias. Han pasado muchos años, y las alternativas no son tantas —razonó Thomas.

—¿Qué te hace creer que puede estar viva?

—No contar con la certeza de que murió. Sin embargo, creo que pudo haber abandonado Irlanda y haberse ido hacia Norteamérica, como tantos irlandeses.

—Si es así, será imposible saber algo acerca de ella.

Él asintió en reconocimiento de que, ni con todo el dinero con el que contaba, podría saber el paradero de su madre. Le rondaba en la cabeza la duda sobre adónde se había fugado luego de haberlos

abandonado tiempo atrás. Por momentos la odiaba por haberlo dejado solo. Ni siquiera debía de saber que contaba con un solo hijo ya que el otro había muerto en un incendio.

No entendía cómo podía haberse desligado de ellos sin preocuparse por su propia familia. ¿Qué clase de madre había sido? Quizás ese fuera el motivo por el que no dejaba de buscarla, porque creer que estaba moribunda en algún lugar alivianaba el dolor por saber que no se había preocupado por ellos. Aunque no le costaba entender que ella se hubiese desentendido de su esposo, un hombre dedicado al alcohol y al delito. Desde que Colin había aparecido en la vida de Thomas, él no podía concebir una existencia sin su hijo. Estaba claro que no todos pensaban de ese modo.

—Lo sé. Sé que es casi imposible. Sucede que regresar a Londres no hace más que revolver todo mi pasado.

Un pesado silencio sobrevoló la sala. No era difícil adivinar las otras ideas que se barajaban.

—Yo creo que deberías pensar en otra posibilidad.

—¿Qué quieres decirme? —inquirió Thomas.

—Yo creo que continuar con esta búsqueda es perder el tiempo. Por otro lado, si no ha querido contactarse con ninguno de ustedes, es porque no quiere verlos; eso si aún está con vida.

—Lo sé, pero al menos quería darme una nueva chance para cerrar todo esto. Creo que llegó el momento de hacerlo.

Para Thomas, había sido importante intentarlo, ya que en varias ocasiones había imaginado que la encontraría en un hospital sin que ella pudiera reconocerlo. Ni siquiera en aquel momento podía recriminarle algo. ¿Cuánto más iba a continuar torturándose por el amor de una madre que nunca había tenido?

—Hay demasiadas cuestiones del presente para solucionar como para abocarse a temas del pasado, que lo único que acarrear es dolor.

—Dwayne, ¿una copa?

—Por supuesto.

* * *

Los primeros rayos del sol se adentraron en la habitación y espabilaron a Victoria. Desplazó el brazo para buscar el cuerpo de Thomas, pero no estaba. Una noche más que pasaba sin él. Sabía que había mantenido una reunión con el cochero que, al parecer, a lo que menos se dedicaba era a conducir el cabriolé. Se colocó un vestido morado y se dejó la cabellera suelta, como le gustaba a él. Como cada mañana, buscó a Colin, que continuaba durmiendo en compañía de Paca.

—Por favor, no lo despierte.

Victoria no le hizo caso y lo llenó de besos, pero, a pesar de retorcerse ante los mimos de su madre, el pequeño ni siquiera abrió los ojos.

—Acabo de echar al padre, que quería hacer lo mismo que usted. Debe de estar desayunando.

—Paca, gracias por la información.

—Vaya nomás. En vez de preocuparse por el niño, hágalo por el señor. Aunque él no se lo diga, parece necesitarla.

A Victoria le reconfortó en el alma escuchar las palabras de Paca. Bajó la escalera con ímpetu hasta llegar a la sala. Thomas bebía una taza cargada de café mientras leía el periódico. Levantó la vista, y allí estaba Victoria. La contempló y se preguntó cuánto tiempo podría continuar apartado de ella en ese castigo, porque, al menos para él, era una tortura tenerla lejos.

—Señora, ¿le traigo un té?

—Sí, por favor.

Victoria se acercó a Thomas para darle un beso.

—Ayer aguardé a que terminaras de trabajar, pero parece que te has entretenido toda la noche en tu escritorio.

—Tengo muchos temas que resolver.

—Lo imagino; no te preocupes, sé esperar.

Thomas vio que le regalaba una sonrisa y supo que ella no había dejado nada al azar. El modo en que se había presentado, la ropa y el peinado, así como la manera en que le hablaba, no hacían más que provocarlo.

—Quería decirte que hoy debería ir al hospital para concurrir al curso de enfermería.

—Lo sé.

—Entonces, imagino que no debo avisarle a tu cochero hacia dónde debo ir porque ya se lo habrás dicho tú.

—No es necesario que lo hagas porque hoy iremos juntos.

—¿Sí?

Thomas no esperaba ver esa expresión de felicidad en Victoria porque él la acompañase. De hecho creía que eso iba a disgustarla. La empleada entró con la bandeja y dejó el desayuno sobre la mesa. Él no pudo concentrarse en la lectura del periódico mientras ella saboreaba el pudín de nuez y banana. De golpe, cerró y dobló el diario en un brusco movimiento que sorprendió a Victoria.

—Si deseas salir —dijo al tomar de un sorbo el resto del contenido de la taza—, yo ya estoy.

—Vamos entonces; no quiero perder tiempo.

Dentro del habitáculo del cabriolé, la tensión crecía a medida que el vehículo avanzaba rumbo al Hospital Saint Thomas.

—No sé si deseas saberlo, pero me da un gran placer concurrir a este curso.

—Supongo que no irías a un lugar al que no deseas.

La carga que tenían esas palabras la lastimaron. Durante un momento, pensó en cómo ella se sentiría si lo hubiera descubierto a Thomas en una situación tan poco clara. Por más que ella conocía muy bien el motivo por el que había concurrido a la cita con James, podía llegar a entender el dolor de Wood.

—No sé cuánto tiempo más piensas castigarme, pero puedo soportarlo. Lo que más me molesta es que él haya logrado lo que deseaba.

—Ese hijo puta —resopló en el oído de ella al tomarla por el brazo— no ha logrado nada. Fui claro cuando te dije lo que me molestó.

La mirada de él la estremeció. Estaba llena de deseo y lujuria.

—Al menos lo que te dije permitió que te acerques a mí.

El vehículo se había detenido, y los golpes de Dwayne en la portezuela quebraron esa ansiada intimidad.

Thomas caminó con ella para conducirla, con la mano en la cintura de Victoria, a la entrada del hospital.

—Victoria, has venido.

—Thomas, ella es Róisín O'Donnell, quien dicta el curso.

—Un placer conocerlo —saludó la enfermera.

—Lo mismo digo. Victoria está muy ilusionada con sus clases.

—Lo sé, me han contado sobre la importante colaboración que ha hecho aquí.

—Gracias, Róisín, aunque no creo que sea para tanto —dijo Victoria.

—Hablando de colaboración, debo cerrar algunas cuestiones sobre ese tema.

—Espero verte más tarde —agregó Victoria, que, en medio de la concurrencia, se colocó en puntas de pie para alcanzar la boca de Thomas y besarlo—. Nos vemos luego.

La vio alejarse por uno de los largos pasillos acompañada por la enfermera O'Donnell, mientras que él, antes de irse de allí, fue interceptado por el doctor Mildred.

—Hola; ¿debo creer que me has venido a ver?

—La verdad es que esa no ha sido mi intención, sino que debía resolver algunas cuestiones aquí, pero, si tiene tiempo, podríamos conversar.

—Por supuesto —accedió, tras lo cual lo guio hacia el ala derecha de la institución—. Mira, si espero hasta tener tiempo aquí dentro, olvídate de que podamos hablar tranquilos.

Thomas entró en un despacho que estaba atiborrado de cajas apiladas a un costado del escritorio.

—Como verás, no es el mejor lugar, pero, aunque no lo creas, acá me siento cómodo. Ha sido mi consultorio durante muchos años. Antes de ponerme nostálgico, ¿puedo ofrecerte un poco de té?

Sobre una pequeña mesa, había una jarra con té frío. En medio de las urgencias y las consultas, ese era un lujo que el doctor se daba.

—Está bien.

Mildred le entregó una taza mientras saboreaba su propia bebida.

—Por lo que veo, está arreglando su consulta.

—No, Thomas, ya no estoy en edad de continuar con este ritmo en el hospital. Deseo retirarme a mi casa de campo y allí disfrutar con los míos el tiempo que me quede por delante.

—Es bueno poder detenerse en el momento indicado.

—Exacto, eso es algo que les digo a aquellos a quienes atiendo, pero debes saber que un médico es un pésimo paciente. Si es por eso, debería decir que Lowe parecía un colega: era también un pésimo paciente. Nunca quiso dejar a un costado la empresa, a pesar de que fuera su propia salud la que estaba en juego. Él contaba contigo para apoyarse porque James le traía más dolores de cabeza que soluciones.

—De haberlo sabido, quizás habría podido hacer algo.

—No te culpes. Con el temperamento que tenía, no habrías logrado mucho. Fue un hombre que debió hacerse cargo de muchos problemas y, con el hijo que tuvo, la cosa se complicó. Sé que Lowe te tenía una gran confianza y que te hacía confidencias.

—Sí, manteníamos una estrecha relación.

—Sabrás entonces que el accidente que James tuvo de pequeño modificó el trato con él. Por eso no soportaba que su difunta esposa consintiera a su hijo. Según Lowe, ese había sido el germen del problema. James estuvo acostumbrado a que la familia cumpliera sus caprichos, y cuando su madre murió, quedó Lowe con esa carga.

Thomas había dejado de escuchar las últimas palabras porque una idea había comenzado a rondarle en su cabeza; algo que lo venía torturando desde hacía tiempo.

—Doctor Mildred, lo necesitan —interrumpió una enfermera.

—¿No te digo?, ya no estoy para estos trotes.

—No se preocupe.

—Si deseas esperarme, hazlo, aunque no sé cuánto podré tardar.

—No se preocupe, aún me quedan cosas para hacer por aquí.

Thomas lo vio irse y, entre el desorden, comenzó a buscar las cajas que contuviesen las historias médicas de los pacientes del doctor Mildred. Era la segunda vez que escuchaba sobre el accidente que había sufrido James de pequeño, y la referencia había sido la misma en cuanto a lo consentido que había sido. Cuando Thomas recién había ingresado a Lowe & Co, el dueño le había pedido que dejase de mostrarse condescendiente con James. Ese comentario había surgido como consecuencia de una borrachera del joven Lowe, en recriminación porque Wood lo había consentido. Lowe había insistido

con que bastante había debido soportar a su esposa con esa actitud luego del accidente. En aquel momento, Thomas le había restado importancia al hecho, pero entonces cualquier situación referida a James cobraba interés. La segunda y tercera caja tenían objetos que solían adornar la sala, y las otras dos contenían lo que estaba buscando. El orden del doctor Mildred le facilitó la tarea, ya que solo necesitó encontrar la caja siguiente, que guardaba las fichas de los pacientes cuyo apellido comenzaba con la letra “L”. Extrajo una carpeta con bastantes páginas y observó que empezaba con el deceso de George Lowe, por lo que razonó que lo que buscaba debía de estar al final de todo, que sería el comienzo de la historia. Escuchó unos pasos que se acercaban al consultorio, así que guardó la carpeta tras extraer las dos últimas páginas, donde creía que se hallaba la información que buscaba.

—Señor Wood, ¿qué hace? ¿Busca algo?

—No —contestó antes de guardarse con delicadeza los papeles, darse vuelta y ver a una enfermera que lo observaba con expresión adusta—. Disculpe si he desordenado más aún todo esto, pero se me cayó una medalla importante para mí.

—Está bien, solo vengo a avisarle que el doctor no se va a poder desocupar hasta dentro de una hora.

—Muchas gracias por informármelo. De todos modos, por si necesita ubicarme, dígame que estaré en el despacho del señor Nicholson.

—Ah, va a reunirse con uno de los directivos de la institución —observó la empleada.

—Así es.

—Disculpe entonces el trato dispensado.

—No hay por qué. La dejo continuar con su tarea.

Tras salir de la oficina, Thomas se encaminó hacia uno de los baños del lugar, cerró la puerta y extrajo las dos hojas, que comenzaron a cobrar una importancia inusitada al momento que leía línea tras línea.

—¡Hijo de puta! —clamó al tiempo que lanzaba un puñetazo contra la puerta de madera. Un sudor frío le corrió por la espalda a la vez que levantó la vista para cruzarse con la imagen que le devolvía el espejo. Una gran sonrisa asomó por su rostro y, en una milésima de segundo, largó una carcajada. Había alguien más en el baño y, al notar ese comportamiento, salió con el pantalón a medio abrochar para evitar permanecer con ese loco que estaba dentro.

* * *

El curso acababa de finalizar; para Victoria, estar allí había sido un enorme placer. Ella se levantó junto a otros compañeros y, mientras buscaba la salida, escuchó que Róisín la llamaba.

—Victoria, espero no retrasarte.

—Claro que no. Quiero decirte que estoy encantada con estas clases.

—Muchas gracias, a mí también me gusta mucho dictarlas. Quería comentarte que la vez pasada alguien estuvo preguntando por ti.

—¿Cómo era?

La descripción que Róisín le dio cuadraba a la perfección con la del cochero. Seguro habría querido constatar que ella había abandonado el hospital, luego de que alguien le hubiera avisado que se había retirado de allí para reunirse con James.

—Ahora que lo dices, sé a quién te refieres.

—Le dije que desconocía si estabas aquí, aunque te vi salir por una de las puertas laterales del hospital.

Victoria se tensó porque aún no sabía demasiado de Róisín, salvo que daba clases muy entretenidas y que contaba con la recomendación de la señorita Taylor.

—No me mires así, no diré nada. Solo quería que supieras que, si necesitas algo, puedes contar conmigo.

—Gracias.

—Supongo que todo esto tendrá que ver con aquel hombre que vino a verte.

—¿Te refieres a...? —No pudo continuar porque Thomas apareció por la puerta, lo que distrajo la atención de las damas.

—Victoria, quería saber si habías terminado. Yo finalicé lo que tenía que hacer.

—En otro momento seguimos con la conversación —se despidió la experta enfermera.

—Gracias, Róisín, nos vemos la próxima clase.

Thomas la saludó desde la puerta y esperó a que Victoria se acercara para tomarla por la cintura y llevarla hasta la salida del hospital.

El cabriolé aguardaba en la puerta, ella subió de la mano de Wood. Una vez que la portezuela se cerró y el bamboleó comenzó, la muchacha sintió que los brazos de Thomas la rodeaban, y el cuerpo de la joven vibró con las caricias que le prodigaba.

—No soportaba la distancia que impusiste —gimió.

De a poco, los dedos de él fueron levantándole la falda y atrayéndola para que se sentara sobre las piernas de él.

—Te necesito —ronroneó él.

A medida que el carruaje se alejaba del Hospital Saint Thomas, las manos de él recorrieron el cuerpo de Victoria, y la boca de él se sació de ella. El vapor que empañaba los cristales del vehículo, junto con los jadeos de ambos, fueron las señales sobre la pasión y el modo en que se habían adorado antes de arribar a Mayfair.

—Estás hermosa —dijo Thomas al notar que el rostro de Victoria reflejaba los rasgos de una mujer que había sido amada.

—Te amo —confesó ella.

Él la ayudó a acomodarse el vestido y a arreglarse al cabello alborotado. La acompañó hasta la puerta de entrada para alejarse de nuevo.

—Regresaré más tarde.

—Te estaré esperando.

Él selló la despedida con un beso posesivo y apasionado.

Cuando Victoria entró, la aguardaba Paca junto a Colin, que no dejaba de reírse ante las payasadas que la mujer le hacía.

—Parece que están con ganas de divertirse.

—Y al fin usted ha cambiado de talante. Ha regresado al humor de siempre —festejó la empleada.

—Paca, no creo que haya sido para tanto.

—Usted porque no se escucha.

—Si es así, ¿qué te parece si aprovechamos el día y nos vamos de paseo? No me mires así, es cerca de aquí, pero verás que te va a encantar. Me voy a cambiar. Estate lista para salir con mi niño también.

Mientras Victoria se dirigía hacia el dormitorio, escuchó cómo Paca le hablaba a Colin.

—Ahora tu padre dejará de acompañarte por las noches —explicó Paca, que le había dejado el lugar a Thomas en la habitación del niño —, y yo volveré a cantarte canciones de cuna.

Victoria buscó otro vestido de tarde para salir de paseo. No pudo concluir de vestirse porque la interrumpieron unos golpes en la puerta.

—Paca, me estoy dando prisa.

—Mi niña, no vengo a apurarla, sino a traerle esto.

Victoria abrió la puerta a medio vestir para recibir una caja envuelta en papel dorado.

—Aquí tiene. Parece que ustedes han hecho las paces.

Victoria cerró de inmediato y se sentó en el borde de la cama. Tomó con los dedos la tarjeta que decía: “Dulce y apetitosa como tú. Te amo. Thomas”.

Rompió el papel junto a la etiqueta de Fortnum & Mason y encontró una caja de trufas. Saboreó dos sin dejar de pensar en la reconciliación celebrada al regreso del hospital. Con una sonrisa, terminó de vestirse para bajar y emprender el paseo junto a Colin y Paca.

Desde que había arribado a Londres, no había podido disfrutar de la ciudad. El bamboleo del vehículo adormecía a Colin, mientras que Paca y Victoria contemplaban la cantidad de tiendas comerciales que había a lo largo de Regent Street. A poco de transitarla, el coche se detuvo para que ellas descendieran. Frente a ellas se erigía Hamleys, una juguetería que contaba con varios pisos en donde se distribuían los juguetes según la edad del niño. En los escaparates se podían admirar los bellos juguetes expuestos. Victoria parecía haber regresado a la niñez mientras buscaba en los distintos sectores regalos para Colin. No pudo resistirse a un tren pintado de madera con una locomotora diseñada en escala que parecía preparada para echar vapor en cualquier momento. También la sedujeron unos soldaditos de plomo y unos libros de cuentos que no podían faltar en la habitación del pequeño.

—Mi niña, su hijo va a crecer antes de que pueda jugar con todo lo que le está comprando.

—¿Te parece demasiado?

—Pero mire, no le alcanzan las manos para tantos obsequios.

—Creo que tienes razón.

Luego de casi una hora de recorrer las distintas plantas e ir sumando juguetes para decorar la habitación de Colin, dieron por finalizada la visita.

—Ahora, iremos a reponer las energías que gastamos en las compras —anunció Victoria.

—A eso no pienso negarme.

En medio de los paquetes que ocupaban parte del asiento del vehículo, Paca descorrió la pequeña cortina y notó que daban la vuelta por el mismo camino de regreso a la casa.

—Mi niña, veo que se arrepintió de la invitación. Estamos regresando.

—No, Paca, sucede que vamos a comer a un lugar ubicado cerca de donde vivimos.

Así fue como arribaron Fortnum & Mason. De esa cafetería había recibido el regalo de Thomas minutos antes de salir. Él le había mencionado días atrás que era cliente de allí y le había prometido que irían a probar las delicias del lugar. Las trufas que había saboreado no daban lugar a dudas acerca de la calidad de lo que servían dentro. Sabía que allí se comían exquisiteces y, ese día en particular, se sentía rebosante y pretendía disfrutarlo con los suyos. Se ubicaron en una mesa cercana a uno de los amplios ventanales que alumbraban el selecto salón. Desde allí, se podía contemplar a las personas que deambulaban por Piccadilly Street. Victoria se encargó de pedir para ambas un té que incluía una selección variada de sándwiches y escones, junto con unas rodajas de pudín de nueces, manzana y canela.

—Si cree que podemos comer todo esto, ha enloquecido.

La mesa estaba plagada de elegantes fuentes con lo solicitado.

—Paca, estoy feliz y quiero disfrutar de este paseo que hemos hecho.

—Está bien.

Victoria no pudo digerir el bollo que se llevó a la boca porque la voz que escuchó le erizó la piel.

—Al fin nos vemos. He escuchado algunos rumores sobre tu llegada, pero suponía que te mantendrías oculta y que no tendrías el descaro de pavonearte por la ciudad. Eso sí, no pierdes el mal gusto de hacerlo de la mano de esta mujer.

—Trinidad, vete de aquí.

—Si hay algo en lo que no has cambiado, ha sido el mal talante.

—¿Quieres que llame al camarero para que te eche de aquí?

—No lo harían, soy asidua concurrente del lugar. ¿Y este niño?

Los dedos de Trinidad intentaron acercarse a Colin, pero las férreas manos de Paca lo envolvieron para impedir que Trinidad Sáñez lo rozase. En ese preciso instante, Victoria levantó la mano para llamar al mesero.

—¿Debería considerarlo una suerte de sobrino o tan solo un bastardo como la madre?

—¿Desea que coloque otra silla para la señorita? —preguntó el diligente empleado al acercarse.

—No, deseo que la invite a retirarse de mi mesa.

—Pero, Victoria, ¿cómo osas hacer algo así?

—No creo que sea necesario que lo haga —acotó el camarero—, ¿verdad?

—Si no lo hace, tendrá un problema con Thomas Wood, cliente del lugar.

El mesero se ausentó unos minutos para llevar el reclamo al encargado del establecimiento mientras las mejillas de Trinidad adquirían un color carmesí ante la inquina que le provocaba ver a Victoria en el ámbito en que ella se movía. No soportaba estar cerca de ella ni de la gente a la que frecuentaba. No había sido fácil para la hermana mayor ingresar en ese círculo al que siempre había soñado pertenecer.

—¿Crees que me olvidé del juramento que te hice? Nunca permitiré que seas feliz —siseó Trinidad en voz baja para no causar alboroto.

—Claro que recuerdo esa estúpida promesa, pero deberías tener en cuenta que, cuando lo hiciste, había algo que nos unía. Pues bien, dejamos de pertenecer a la misma familia y, gracias al apellido Lowe, has trepado para codearte con esta gente —espetó Victoria al darse vuelta y ver el modo en que las observaban las damas que estaban con Trinidad en una mesa lejana a la de ella—. Bueno puedes despedirte de esa ventaja y de los beneficios que creías gozar. Soy la mujer de Thomas Wood, y el niño que tienes frente a ti es nuestro hijo. Quítate de la cabeza que continuarás sacando provecho de la familia Lowe.

—Eres una zorra casada con un hombre y en amoríos con otro, con el que has tenido un hijo.

—Yo estoy al lado del hombre que siempre quise y que amaré por siempre. En cambio tú te vendes al mejor postor. Creo que el apelativo de “zorra” te queda pequeño.

—Señorita —interrumpió el camarero al acercarse a la mesa—, la acompaño a su mesa si lo desea.

—¿Cómo tiene el tupé de echarme de aquí?

—No la estoy echando, solo le pido que deje tranquila a la señorita Victoria. Son órdenes del encargado.

Trinidad miró hacia la barra del lugar y contempló cómo los empleados no dejaban de observar lo que hacía.

—Si crees que te saliste con la tuya, te equivocas.

Victoria se calló y la vio alejarse con ese caminar orondo al tiempo que movía las caderas para atraer la atención de los hombres presentes en el salón.

—Mi niña, me sorprende cómo le ha hecho frente a la señorita Trinidad.

—Paca, varias cuestiones cambiaron. Aprendí lo que se sufre cuando te hacen a un lado e intentan robarte lo que más amas. Nunca nadie más lo hará, y si alguien lo intenta, conocerá lo que soy capaz de hacer.

* * *

El carruaje se detuvo frente a la firma Lowe & Co. Thomas descendió y, antes de entrar, se dedicó a observar en lo que se había transformado la pujante empresa. Luego emprendió el recorrido tan conocido por él para dirigirse hasta el despacho de James. En el camino, se cruzó con Margaret.

—Thomas, no sabía que vendrías aquí. ¿Te llevo lo de siempre?

—No, gracias, Margaret, solo deseo que no nos interrumpan.

—¿Hay algún problema?

Él la miró, le guiñó un ojo y se retiró hacia la oficina de James.

—Thomas, al fin has venido. En verdad te esperaba y creía que no tardarías tanto en regresar a verme.

El fuerte portazo no atemperó los caldeados ánimos de ambos.

—Sabía que regresarías al darte cuenta del grave error que cometiste conmigo.

—Te advertí que no volvieras a meterte con Victoria, pero parece que no entiendes —acusó Wood.

—Veo que mi esposa te contó que nos vimos. Deberás comprender que aún existe algo entre nosotros.

—Eres patético. Nunca has tenido ni tendrás algo en común con mi mujer.

—Te equivocas. Aún no he hecho los reclamos sobre mi hijo.

—No es tu hijo, ni nunca lo será porque, en todo este tiempo, te has aferrado a la vil mentira de que podías tener descendencia. ¿Quieres que te recuerde el accidente que tuviste de pequeño y cómo, desde aquel momento, se anuló la posibilidad de que engendraras?

—¡Cállate, son todas mentiras! No sé de dónde lo sacas —protestó James.

—Tú has vivido en una eterna ficción. ¿O necesitas que te recuerde lo sucedido cuando eras un niño?

—¡Eres una mierda!

Con el ofuscamiento que sufría en ese momento, las imágenes del percance que había tenido cuando era pequeño cobraron vida. La caída del caballo, junto con una fuerte patada del animal en la ingle y en los testículos, lo habían dejado doblado de dolor sobre el parque. Con el paso de los días, el malestar mermó, pero la angustia de su madre crecía noche tras noche cuando lo iba a ver a su habitación. Con el transcurso del tiempo, supo que la desazón de su progenitora y el modo en que lo consentía se debían a que ese golpe le había provocado un daño irreparable que le impediría tener descendencia. En la juventud, se había vuelto a hacer algunos estudios para reafirmar o desechar el pronóstico; sin embargo, nada había cambiado, y la posibilidad de ser padre se había diluido para siempre.

—¡Hijo de puta! Siempre supiste que el hijo que Victoria llevaba en el vientre no era tuyo y, aun así, pretendías atarla a ti con la excusa de tu paternidad.

—Claro que lo supe, y también que estabas en París. ¿Por qué creés que la dejé ir?

James se había regodeado al recibir el telegrama de su amigo Brian, que le había confirmado la noticia de que Thomas estaría en París en un acontecimiento que concitaba la presencia de empresarios y personalidades importantes. Jugar con la posibilidad de que Victoria se hallase allí y deseara estar con Thomas pero tuviera que regresar a él le provocaba una morbosa satisfacción.

—Quería saber cómo te sentirías al saber que no podrías tenerla porque Victoria ya no te pertenecía. Siempre intentaste robarme lo que era mío. Comenzaste con mi padre, al ocupar un lugar que nunca te perteneció.

—¡Eres un cínico de mierda!

—No creas que, con esto, vas a cambiar mi actitud sobre el divorcio, porque no pienso acceder a ese pedido.

—Vas a hacerlo te guste o no. Lo quieras o no, vas a divorciarte de Victoria —afirmó Thomas.

—¿Piensas matarme? Porque esa es la única manera de lograr que le deje el campo libre a ella para que se una a ti.

—Te equivocas, no está en mi planes asesinarte porque, de ese modo, te ahorraría el dolor que va a significarte perder todo.

—Deja de amenazarme como el pandillero que nunca dejaste de ser —clamó James.

—Te dije que iba a destruirte si te metías con Victoria y no me detendré hasta lograrlo.

—¿Y ahora con qué piensas salir? Vamos, habla.

—Continúas en esta empresa porque no decidí echarte de buenas a primeras.

—Estás loco.

—No lo estoy. He comprado la parte de Jordan y cuento con la mayoría de la empresa para decidir a mi gusto quién debe seguir dentro y quién no.

James tuvo que disimular el impacto que le produjo enterarse de que no tenía el control de la firma, no porque le interesara, sino porque no quería que otra vez Thomas le arrebatara lo que creía que propio.

—Eso deberán cotejarlo mis abogados. Seguro que has quebrantado alguna norma legal, pero ¿en verdad crees que la empresa es lo que deseo? Ha sido para mí una carga de mierda hacer lo que no me gusta.

—Si no accedes al divorcio, tu carrera política se verá manchada por el escándalo.

—Si crees que, llegado el momento, una separación me perjudicaría, estás equivocado. Hasta quizá me ayude. Cuando la gente sepa que mi esposa me traicionó con mi socio y fiel amigo, ¿quién crees que se llevará la peor parte? Yo me transformaré en la única víctima de esta historia; no soy Charles Parnell.

James hacía una clara referencia al escándalo del líder irlandés, que había cubierto las páginas de los distintos periódicos, con todas las implicaciones políticas que había tenido esa decisión.

—Claro que no lo eres. Si tuvieras la sagacidad, la tenacidad y las agallas de él para defender una causa como la autonomía irlandesa y para soportar los agravios a los que ha sido sometido, no estarías aquí ocupado en gritar y quejarte por no haber obtenido algo que nunca tendrás. Deberías darte cuenta de que llegó el momento de retirarte y saber que has perdido si no quieres que te arruine.

—Si piensas que, con lo que descubriste o porque hayas comprado parte de la empresa, me has lastimado, cometes otro grave error.

—Si no quieres que continúe, acepta el divorcio —amenazó Wood.

—Nunca se lo daré.

—Te dije, la última vez que nos vimos, que iba a destruirte y no me detendré hasta hacerlo. Entonces no tendrás otra alternativa que alejarte de manera definitiva de Victoria.

—Imbécil, no podrás hacerme daño.

—¿No? Buscaré la mierda que escondes, y ya no quedará nada de tu aspiración política.

—Ni se te ocurra meterte con mi carrera. Perderás el tiempo, allí no vas a encontrar nada. Me gané por mí mismo un nombre, una buena reputación y el respeto del partido al que pertenezco, y no me detendré hasta ubicarme donde en verdad deseo —aseveró James.

—Yo, en tu lugar, me preocuparía, porque no me detendré. Tienes la llave para acabar todo esto, decir “basta” y librar a Victoria de tu apellido.

—No lo haré.

—Tú eliges. Eso sí —agregó Thomas al acercarse peligrosamente a James—, no se te ocurra volver a acercarte a mi mujer porque te arrepentirás.

James se le abalanzó, y Thomas le dio un puñetazo que lo derribó contra la biblioteca. Con el mismo ímpetu con el que había entrado a la oficina, se marchó. El personal que había fuera se había quedado absorto al escuchar los gritos y las recriminaciones lanzadas entre ambos. La mirada de Margaret se cruzó con la de Thomas para brindarle el apoyo y la admiración por haberle hecho frente a James y por luchar por lo que quería. Lo único que temía y que la desconcertaba era desconocer cómo seguiría esa guerra que parecía no tener fin.

CAPÍTULO 16

La valentía de decidir

Buenos Aires, 1890.

La noche había cubierto la ciudad con una espesa oscuridad. Joaquín iba rumbo a la residencia Wood luego de haber pasado una tarde que nunca olvidaría. Haber estado con Paloma de aquella manera lo colmaba de felicidad. Al fin sentía que poco a poco todo iba acomodándose en su vida. Siempre había reconocido el sincero y profundo sentimiento que albergaba por ella, como también las circunstancias que los separaban. Sin embargo, había llegado el momento de que todo cambiase. Esa noche era especial porque había quedado con Eileen para cenar juntos en la casa. Por distintos motivos, desde hacía unos cuantos días, no se habían cruzado en la finca y, desde el tiempo que llevaba en Buenos Aires, habían estrechado la relación. Vivir lejos del lugar donde se encontraba su familia no era fácil. Dobló en la esquina y rodeó la farola. De repente, se le abalanzaron dos jóvenes para golpearlo. Él se concentró en que debía defenderse como había aprendido a hacerlo. Recordaba que Thomas le había mencionado que siempre debía estar preparado y que el factor sorpresa jugaba un rol importante en la lucha. Los puñetazos no cesaban; sin embargo, Joaquín también los daba a diestra y siniestra. Logró desembarazarse de uno de los atacantes al empujarlo contra el farol mientras que al otro había logrado asestarle un puñetazo que le había provocado una herida de la que manaba sangre. Él también estaba lastimado, y la camisa blanca que se había puesto para el esperado encuentro estaba manchada de rojo. En una fracción de segundo, trastabilló y terminó en el piso.

—Déjalo, que ahora me ocupo yo.

Joaquín aprovechó esos pocos minutos para recuperar el aliento y respirar de modo más pausado. Debía recobrar fuerzas.

—Así quería verte, tirado en el suelo, y esto es lo mínimo que puede sucederte si continúas metiéndote con Paloma. Parece que no entendiste cuando te dije que no te acercaras a ella porque es mía. Vamos, cobarde, levántate, ¿o piensas quedarte a dormir en la calle? Ustedes dos váyanse, ya no los necesito.

Joaquín se centró en la imagen de aquel adversario que, desde arriba, se afanaba en lanzarle amenazas e improperios.

—¡Imbécil, te dije que te levantarás!

Se puso entonces de pie sin quitarle la mirada de encima. Dejó que se acercara con la confianza que parecía tener, esquivó el primer puñetazo lanzado por Franco y le propinó otro para aturdir a Goyena golpe tras golpe. Era tanta la rabia que le corría por las venas, que no sentía los embates que había recibido su cuerpo tras la golpiza que le habían dado los amigos de Franco. Resistió dos manotazos más y le lanzó uno contundente que lo dejó tirado en el piso, con el rostro sangrante y a la espera de que no tuviera deseos de meterse con él.

—Voy a estar con Paloma porque la quiero, y evita volver a interponerte entre nosotros. Esto solo ha sido una advertencia. Ya sabes que tus amigos son tan ineptos como tú.

La tenue luz del alumbrado público caía sobre el cuerpo de Franco, que se revolcaba del dolor con la ropa manchada de sangre.

—Me la vas a pagar —susurró.

Joaquín acababa de entrar a la casa cuando una empleada se acercó a él con un grito. Desde que Thomas había abandonado la ciudad, no daba para sustos.

—No te preocupes, solo necesito un paño embebido en agua fresca.

—Joaquín, déjame ver.

Eileen era especialista en tratar rostros golpeados y ensangrentados.

—No se ve tan mal.

—Gracias por el apoyo.

—¿Tienes alguna papa? —preguntó la muchacha a la empleada.

—Creí que me esperarías para cenar —replicó Joaquín.

—Sí, señorita, iba a usarla para un guisito.

—Trae unas rodajas, por favor. Joaquín, dime que dejaste a ese matón tirado en el piso.

—Si quieres, puedes comprobarlo. Solo tienes que ir a la esquina.

—Al fin le has dado el merecido a ese Franco Goyena —lo felicitó Eileen.

—¿Cómo sabes que es él con quien me peleé?

—Porque lo único que te desborda de esta manera es Paloma, y Franco no hace más que molestarte con ella.

La criada apareció con un plato y las rodajas pedidas por Eileen.

—Gracias. Ahora, durante unos minutos, evita moverte.

Eileen se las colocó como una compresa fría sin dejar de reírse cada vez que presionaba en distintas partes del rostro.

—Ríete tranquila mientras te diviertes conmigo.

—Esto va a permitir que disminuya la hinchazón y también el dolor.

—No me duele.

—Eso dices ahora porque estás con toda la excitación de haberle destrozado la cara a Franco. Con las horas, vas a sentir que no te puedes mover.

—Supongo que debes haber curado a algún amigo —razonó Joaquín.

—Sí, Thomas luchaba con la pandilla y, aunque por lo general ganaba, nosotros ya sabíamos qué debíamos darle para que no se notaran tanto los golpes. Pero a Barney es a quien he curado en más de una golpiza.

—¿Qué sabes de él?

—Mejor ve a la habitación a darte un baño caliente. Yo te espero aquí para cenar, así podemos hablar más tranquilos.

—Gracias, Eileen.

—Espero que Paloma merezca todo lo que haces por ella.

—¿Tienes alguna duda?

—No, tienes razón, pero deberá saber imponerse frente a Goyena cada vez que quiera molestarla.

—Ella no tiene tu temperamento.

—A veces no sé de qué sirve —se lamentó ella al darle una palmada en el hombro—. Pero bueno, ve a quitarte toda esta mugre, que te espero aquí.

La criada mientras tanto terminó de preparar la comida.

—Señorita Eileen, ¿sirvo la cena?

—Sí, y puedes retirarte a descansar, yo me ocupo de ordenar lo que quede.

—Gracias.

Minutos después, aparecía Joaquín con otro aspecto.

—Me he comido las rodajas de papa —bromeó.

—Qué alegría que estés de buen humor.

Ambos se sentaron a la mesa.

—¿En qué andas?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque, en estos días, las pocas veces que nos hemos cruzado, has estado ausente. Sé que he estado atendiendo varias cuestiones y que, entre los encargos de Thomas y los reclamos del partido, casi no he estado en la casa.

—No te disculpes. Siempre te has movido solo, como yo, así que olvídate de continuar cargando conmigo —lo dispensó.

Joaquín observó cómo ella desplazaba con el tenedor la comida sin probar bocado.

—No me vengas con esas estupideces y dime qué ocurre.

—Sucedé que debo regresar a Londres.

—¿Cómo? ¿Por qué? Estoy en contacto con Thomas, y no lo ha mencionado en las cartas que me ha enviado.

—Yo le pedí que no lo hiciera. Quería decírtelo en persona, aunque no pongo en duda que, en cualquier momento, recibirás un telegrama de él para confirmar si ya me he ido. Mi regreso es inminente.

—¿Cuál es el motivo? —inquirió el joven.

—Cuando vine, sabía que, luego de una temporada, debería regresar, y llegó ese momento. Sabes que las cosas con Barney no estaban bien. La situación se había vuelto insostenible, él continuaba con la misma mentalidad: las peleas con cualquier persona eran cosa de todos los días, sumado a que amanecía borracho, tirado por algún callejón. Durante un tiempo, eso fue tolerable para mí, pero llegó una instancia en que no lo soporté más, ya no. Por ese motivo es que me comuniqué con Thomas. Él era el único que podía darme una solución. Y así fue. Te aseguro que no sé qué habría sido de mí si me hubiera quedado en Londres. En la última carta, Thomas me contó que se encontró con Barney, y que me necesita. Mi decisión tiene que ver con que Thomas está allá, y sé qué, ante cualquier problema que se produzca, podré recurrir a él, como siempre ha sido.

—¿Cuál era tu relación con Barney?

—Hemos estado juntos durante mucho tiempo y, si lo piensas, era natural que sucediera, porque nos teníamos solo uno al otro. Thomas se había ido; estaba enfrascado en cuestiones importantes. En el último tiempo, todo se complicó. Barney no dejaba de meterse en líos, hasta el punto en que yo no aguanté más. Fue ahí cuando decidí ponerme en contacto con Thomas y venir aquí.

—Pero, si todo sigue igual, ¿a qué vas?

—Ya te lo dije.

—Eileen, por favor, deja de dar vueltas. Sé que, si no quisieras regresar, te plantarías y no lo harías. Estoy seguro de que Thomas no te ha obligado. No he leído ninguna carta en la que mencione que podrías regresar, estoy seguro de que no ha sido una sugerencia de él.

—Tienes razón —comentó con una sonrisa.

—Habla entonces.

—No puedo quedarme aquí. Sería la mayor equivocación que podría cometer —confesó.

—Dime que este viaje no es por Juan Rivas.

Su silencio no hizo más que confirmar que la sospecha de Joaquín era cierta.

—Me conoces y sabes que yo no puedo ilusionarme con alguien como él. Nada nos une, o mejor sería decir que varias cuestiones nos alejan.

—Pero ¿se lo has dicho?

—Él dice que no es así, pero, con el tiempo, se dará cuenta del error que ha cometido, y quizás en ese momento sea tarde. No necesito pasar por el dolor de separarme de él cuando esté demasiado involucrada.

—Te equivocas si crees que puede tomar decisiones en su nombre —acusó.

—Prefiero equivocarme ahora que recién ha comenzado y no cuando ya no se pueda dar marcha atrás.

—¿Él sabe que te vas?

—No lo sabe, y menos que parto mañana.

—¿Qué? Estás loca. ¿Cómo me has ocultado esto? ¿O crees que solo él va a sufrir con tu ausencia?

—Joaquín, no lo hagas más difícil. Acá tienes a Paloma y una serie de problemas que solucionar. Cuando todo esté arreglado, te doy mi palabra de que volveremos a vernos —juró.

—No prometas en vano.

—Nunca lo he hecho, y deberías saber que tengo palabra.

Joaquín se levantó de la mesa y fue hacia ella para estrecharla en un abrazo. Aquella joven había cambiado sus días, porque sabía que tenía a alguien que lo esperaba cuando regresaba y con quien podía hablar de cualquier tema que le apeteciera.

—¿Qué ocurrirá cuando no pueda dormirme y te busque con una copa de coñac para conversar? —inquirió Joaquín.

—Yo también voy a extrañarte, y mucho, te lo aseguro.

Él miró a su alrededor sin notar ningún bártulo o equipaje que diera cuenta de ese viaje.

—¿Y los preparativos?

—Si te refieres al equipaje, no tengo. La ropa que me regaló Victoria queda aquí. Con la vida que llevo allí, puedo arreglarme con unos pocos vestidos que empaqué en la bolsa que traje.

—¿Cuándo piensas decirle que te vas?

—No lo haré.

—Eileen, estás equivocada —advirtió.

—Puede ser, pero es mejor así. Hace unos cuantos días que sé del viaje. No se lo dije en el momento en que debí hacerlo y no creo que convenga hacerlo ahora. Quizás Juan sufra el impacto de la noticia, pero luego todo volverá a la normalidad. Su vida, su profesión y su familia, todo cuanto desea y quiere está en esta ciudad.

Joaquín evitó decirle lo que pensaba porque la decisión ya estaba tomada y, porque la conocía, sabía que no daría marcha atrás.

—¿Cuánto nos queda hasta que te vayas?

Eileen miró el reloj de pared y vio que marcaba las diez de la noche. Le quedaba muy poco tiempo en la ciudad.

—En doce horas parto.

—Entonces, te propongo que nos tomemos unas cuantas copas de coñac para amenizar esta despedida que es una mierda.

—Está bien. Eso sí, no pretendas que embarque borracha.

—Por supuesto que no. Una última pregunta: ¿cómo sabes qué él no vendrá?

—Sé que estaba muy complicado en el hospital. Me lo hizo saber en una nota que me envió. Esperaba que, dentro de dos días, todo se arreglara. Igual debes prometerme algo —agregó ella.

—Por supuesto.

—Que le darás esto —señaló al sacar del bolsillo de la falda un sobre—, pero solo si me busca.

—Ay, Eileen, ¿en verdad crees que le importas tan poco?

—Yo no dije eso.

—Está bien —replicó Joaquín al tomar la carta y dejarla a un lado—, veo que pensaste en todo.

—He contado con el tiempo suficiente para hacerlo.

La conversación no hacía más que amenizar la separación que se aproximaba.

—Joaquín, no necesitas prepararte para salir temprano.

—En el día de hoy, no pienso hacer otra cosa que no sea acompañarte al barco y luego regresar aquí para tomarme unas copas de whisky mientras lamento tu partida.

Eileen estalló en una carcajada y se levantó para arreglarse.

—Mientes, vas a regresar a esta casa y brindarás porque al fin lograste derrotar a Franco Goyena —lo contradijo.

—Tienes razón.

—Como verás, detesto las despedidas.

—Somos dos.

Las campanadas del reloj anunciaron que había llegado el momento. Joaquín tomó el boleto para certificar los datos del pasaje y se cercioró de que Eileen viajara en primera clase. No podía esperar menos de Thomas. Al menos, en la travesía, ella no debería preocuparse por nada porque estaría bien cuidada.

—Cuando llegues, mándame un telegrama para saber que estás bien.

—No te preocupes, así será.

Joaquín se quedó de pie en el muelle de pasajeros; observaba cómo el resto de los viajeros subían a los distintos botes que los trasladaban hasta el vapor con destino a Londres. En medio del bamboleo de la embarcación, Eileen levantó la mano para saludarlo al tiempo que ocultaba, detrás de la melena rubia alborotada por la brisa, las lágrimas que no dejaban de caerle por las mejillas. Esa partida era la más dolorosa que había afrontado en la vida.

* * *

A poco más de tres kilómetros del centro porteño, fuera del ajetreo urbano, se ubicaba la quinta El Reposo, propiedad de los Estrada. En verano era cuando la familia se trasladaba allí para alejarse del calor de la ciudad. Sin embargo, en esa ocasión, aún no había comenzado la primavera, y ya estaban alojados en la casona. La modificación de los planes se debía a la recuperación de Josefina. Ese lugar era el indicado no solo por la naturaleza que lo rodeaba, sino por no tener que ahuyentar a las personas que querían visitar a la muchacha, en algunos casos –los bienintencionados– para saber de ella, y en otros –los maliciosos– para ver en qué estado había quedado.

Josefina se encontraba sentada en un sillón de la galería con la vista sobre la avenida de olivos que daba la bienvenida a la finca. No había querido comer porque, más allá del esfuerzo que hacían sus padres por intentar que se sintiese mejor, no lo lograban. Cuánto necesitaba de Victoria en este momento. Desconocía cómo le estaría yendo en Londres; tenía bastante por resolver. En el caso ella, el accidente lo había complicado todo. Con la mirada sobre el camino de ingreso, contempló un carruaje que se aproximaba y levantaba polvo a su paso. Sabía que era Francisco, que, como cada día, venía no solo a estar con ella, sino a ayudarla en la recuperación. En la casa se había

dejado a un lado la cuestión del compromiso de ella con el médico. Ya nadie hablaba del tema. Aunque él estaba más presente que nunca a su lado, todos simulaban que las cosas estaban muy bien. Tampoco lo había hablado con Francisco porque no creía que fuera el momento. Josefina estaba en la duda acerca de si en verdad a él lo movía el profundo amor que decía tener o si la culpa jugaba algún rol, ya que no soportaba que ella pagase las consecuencias de la reunión con su padre. En más de una oportunidad, Francisco le había dicho que debía haber sido él quien estuvo en el hospital y no ella. Por más que él le había jurado que seguía con ella porque la adoraba, Josefina tenía dudas. Lo amaba tanto que temía que él se cansara de ella y que se diese cuenta de que había dejado de ser la joven de la que se había enamorado.

Lo vio bajar con el maletín de cuero marrón en la mano. Tras unos pocos metros de caminata, se levantó el sombrero en señal de que la había visto. Ella sonrió y se sintió una tonta porque se había transformado en alguien por completo dependiente de él. Ansiaba que llegara y, hasta que no lo hacía, el día no comenzaba para ella.

—Veo que me estás esperando —lanzó él al encontrarse con ella y darle un beso.

—Siempre lo hago.

—Eso me gusta.

La puerta de la sala se abrió, y salió doña Estrada con una bandeja con panes, mate, té y confituras.

—Francisco, aquí les traigo algunas cosas por si quieren comer algo.

—Gracias, aunque he venido solo —comentó con una franca sonrisa—. Josefina, deberás hacerte cargo de gran parte de esta bandeja.

—Si lo hago, no sé cómo harás para levantarme.

—De eso no debes preocuparte porque pronto podrás caminar y moverte sola.

Doña Estrada los dejó con los ojos llenos de lágrimas. Le costaba reconocer a Josefina en esa muchacha irónica en la que se había transformado. Dentro, Mariano Estrada observaba la situación.

—No te pongas así.

—¿Cómo quieres que esté al verla esperar ahí a que alguien la ayude para trasladarse? Y el estado en que está es por tu responsabilidad. Si no hubieras salido como un loco en busca de Francisco, nada de esto habría ocurrido —acusó la señora.

—¡Claro, debería haberme quedado de brazos cruzados mientras veía cómo un hombre de mi edad cortejaba a mi hija!

—Cállate. Si en algún momento tuve dudas acerca de las intenciones y el amor que él podía sentir por ella, se han disipado. Solo un hombre enamorado actúa como Francisco Rivas lo hace con una joven como Josefina. Y de la mano de él, avanzará en la recuperación, así que hazte a la idea de que será así y de que se transformará en un asiduo visitante a esta casa.

Mariano Estrada se quedó con rabia porque, por mucho que insistiera con el asunto, debía reconocer que su esposa tenía una cuota de razón.

* * *

La noche volvía a caer en la ciudad, y esa vez Joaquín se encontraba solo, con un vaso de coñac de la mano y al recuerdo vivo de Eileen en la mente. Había soportado los lamentos de la criada al enterarse de que no debería lidiar más con la señorita. Levantó la vista y se topó con el reloj de pared, que marcaba ya las once de la noche. Aún no había querido cenar. El sonido de la aldaba lo arrancó de sus pensamientos, esperó que no fuese quien creía que era, porque entonces tendría una noche más larga de lo pensado.

—Juan, adelante.

—Disculpa el horario, pero acabo de desocuparme en el hospital. No quería irme hasta a mi casa sin antes ver a Eileen. En verdad han sido unos días terribles. Los niños no han dejado de enfermarse en esta época.

—Siéntate. ¿Deseas una copa?

—No, gracias, prefiero que le avises a Eileen.

Joaquín no le hizo caso, le sirvió una medida de alcohol y se fue. A los pocos minutos, regresó con un sobre en la mano.

—¿Y?

—Juan, es mejor que leas esto. Yo estaré en el escritorio por si me necesitas.

El joven Rivas tomó extrañado el sobre y lo desgarró de un tirón. Aferrado a un trozo de papel, comenzó a leer.

Querido Juan:

Cuando leas estas líneas, yo estaré rumbo a Londres. Sé que en este instante estarás insultándome por no haberte dicho que pensaba abandonar la ciudad. Sabía que la noche que estuvimos juntos sería uno de los pocos momentos que podríamos compartir. Fui egoísta en no decírtelo, pero, si lo hacía, me robarías la mejor velada que podría tener y, por una vez, pensé solo en mí. Al menos deseo que sepas que fuiste lo mejor que me sucedió en la vida, aunque tú no puedas decir lo mismo de mí. Gracias por haberte quedado a mi lado cuando te necesité. Siempre estarás en mi corazón.

Tuya, Eileen.

P.D.: Sabrás que no se me dan bien las palabras y, aunque esta carta te parezca escueta, tardé en redactarla porque quise evitar cometer algún error al escribirla.

Juan se tomó de un trago el vaso de coñac y enfiló hacia el despacho.

—¿No se te ocurrió pensar que era importante para mí saber que se iba?

—Ella lo quiso así.

—Me importa una mierda cómo ella lo quería.

—Cálmate.

—¿Encima me pides que me calme? Siempre supe que no eras una buena compañía para ella —le espetó.

—¡Pero qué dices!

—Digo que, si en verdad hubieras actuado de manera sensata, le habrías aconsejado que no se fuera o, al menos, que me diera la oportunidad de convencerla para que no lo hiciera.

—No es conmigo con quien debes quejarte.

—¿Y con quién mierda debo hacerlo?

Juan se acercó al escritorio, tomó algunas carpetas diseminadas en la mesa y las arrojó al piso.

—¡Deja de mirarme como si estuviese desquiciado! ¡No has hecho más que complicar las cosas!

Joaquín vio que se daba vuelta y que, en pocos segundos, alcanzaba la puerta de salida y producía un estruendo al cerrarla.

—Eileen, es una verdadera lástima que hayas hecho a un costado a Juan Rivas —murmuró.

* * *

La madrugada lo había alcanzado como tantas otras, con una copa de alcohol en una mano y un puro en la otra. Los recuerdos no dejaban en hostigarlo cuando abandonaba las actividades que lo tenían ocupado durante el día en el estudio jurídico que comandaba. Sabía

que la única solución era hablar con Alba y explicarle el motivo por el cual estaba interesado en esas tierras: sentía que adueñarse de ellas era un modo de resarcir el dolor que había causado y apaciguar el remordimiento que lo carcomía por la manera en que había obrado. Un pensamiento trajo otro y, de repente, pudo ver las distintas imágenes de su propia vida y poco a poco comenzó a desmoronarse. No podía seguir así y, por otra parte, Alba no le era indiferente, sino todo lo contrario. Si en verdad buscaba recomponer esa situación, debía hacer algo. Dejó a un lado la botella de whisky y se levantó para allí arreglarse para salir. No podía hacerlo en el paupérrimo estado en el que estaba.

* * *

Paloma no había podido dormir desde que las cosas con Joaquín se habían arreglado. Sentía que al fin todo sería como en algún momento lo había soñado. Buscó el reloj que descansaba sobre la mesa de luz y comprobó que daba las ocho de la mañana. Sabía que su tía desayunaba más tarde, ya que los compromisos sociales a los que concurría la dejaban fuera de actividad hasta llegado el mediodía. Se puso el primer vestido que vio y enfiló hacia la cocina para desayunar.

—Parece que, en esta casa, todos han madrugado —comentó la criada.

—¿Por qué lo dices?

—He debido despertar a la señora Alba hace unos cuantos minutos.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, lo único que le puedo decir es que vino hasta aquí el señor Goyena con la cara un poco desmejorada y pidió hablar con su tía.

—¿Y dónde está? —preguntó Paloma.

—En el escritorio, aunque no creo que la señora se haya levantado aún.

—No te preocupes, yo me encargo.

—¿Y su desayuno?

—Me llevo la taza de té y, cuando regrese, comeré estos panes.

La joven enfiló hacia el dormitorio de su tía y, al entrar, notó las sábanas hechas un revoltijo. No podía creer que al fin Alba se hubiese levantado temprano, pero supo que, si lo había hecho, sería por algo importante. Salió de allí y fue hasta el estudio solo para cerciorarse de que ella estaba allí atendiendo a la visita. La puerta estaba entreabierta, y la mención de un nombre captó la atención de la muchacha. Fue en ese momento que decidió hacer lo que nunca antes había hecho: fisgonear detrás de la puerta. Debió aferrarse a la taza para evitar que se le deslizara entre los dedos y ahorrarse hacer algún ruido que le impidiese escuchar semejante confesión. Las piernas de Paloma comenzaron a temblar, y se agachó en un costado del pasillo que daba al despacho mientras escuchaba la historia que se narraba dentro.

* * *

La casa que lo había albergado durante toda la vida le resultaba ajena. Hacía un tiempo ya que la había abandonado. Había jurado no regresar y había creído que no lo haría hasta que la situación que lo había alejado hubiese mejorado. No quiso hacer uso de la llave e hizo sonar la aldaba.

—Señor, qué sorpresa verlo por acá.

—¿Mi padre está o se ha ido?

—¡Juan! —exclamó Francisco.

—Veo que estás vestido para irte.

—Sí, pero no es nada que no pueda posponer. Sabes que he esperado durante mucho tiempo a que vengas.

—¿Desean que les sirva algo? —ofreció el mayordomo.

—A mí me vendría bien un café.

—Yo paso de beber algo caliente, prefería una copa de coñac o whisky, lo que tengas.

Francisco supo que el arribo de su hijo se debía a algo de importancia no solo por el horario, sino por el pedido que le acababa de hacer. Pocas habían sido las veces que habían bebido juntos, y recordaba que, cuando lo habían hecho, había sido siempre para hablar sobre Josefina. Ansiaba que esa vez no fuera sobre lo mismo porque no creía poder resistirlo.

—Aquí se lo dejo, señor. ¿Desean comer algo?

—No —contestaron al unísono.

Francisco acababa de darle el whisky a su hijo y aguardaba a que él comenzara con lo que deseaba hablar.

—Estos últimos días, he estado complicado y no pude pasar para ver cómo está Josefina. Sé que ya la llevaron a la casa.

—Sí, creo que es lo mejor, aunque el progreso no se está dando como yo esperaba.

—¿Por qué lo dices? —inquirió el más joven.

—No lo tengo muy claro, pero por momentos pareciera que se niega a avanzar en la rehabilitación.

—No debe de ser fácil, para alguien como ella, ver que le cuesta hacer algo tan natural como caminar.

—Lo sé. También debo lidiar con mi anhelo de que logre recuperarse.

—¿Crees que Mariano cambiará su decisión a tu favor?

—No lo sé, pero dejó de importarme. Cuando Josefina mejore un poco, pienso casarme con ella, y quien no lo entienda deberá acostumbrarse a la idea —afirmó Francisco.

—¿Lo dices por mí?

—¿Debería preocuparme por eso?

—¿Crees que Josefina aún me interesa?

—Eso deberás decírmelo tú.

—Ella siempre fue lo más importante que creí tener. Por ella habría hecho cualquier cosa. Nunca pensé que pudiera suceder todo esto, me refiero al amor que sientes y, lo que es peor, que te corresponda del

modo en que lo hace.

—Entonces, aún estás...

—Te equivocas si crees que estoy enamorado de Josefina. Ya no. Tampoco le guardo recelo por lo que ocurrió. Ya la había perdonado antes de que ocurriera el accidente. Te aseguro que verla postrada en la cama del hospital me abrumó, pero verte a ti fue incluso más arrollador —confesó Juan.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me costaba entender que pudieras dejar todo de lado en pos del amor de una mujer, y más si ella era a quien yo creí amar.

—Juan, yo no sé cómo pedirte disculpas por lo sucedido. Sé que has sufrido, y no te imaginas lo que significa para mí saber que he sido el culpable de todo.

—Ahora puedo entenderlo un poco más y creo que de nada sirve que sigamos distanciados o que creas que sigo enemistado contigo.

—No te das una idea de lo que significa para mí lo que me dices.

—Me costaba entender que pudieras dejar todo a un lado por el amor de Josefina.

—Yo tampoco lo creía posible, y menos a esta edad.

—¿Por qué?

—Porque tengo todo a lo que un hombre puede aspirar en la vida y, sin embargo, hasta que Josefina esté bien del todo, mi mundo seguirá sin sentido.

Una sonrisa asomó por el rostro de Juan, sumido en sus propios pensamientos.

—Quizá nos parezcamos más de lo que crees —agregó el joven.

—Nunca dudé de que nos pareciéramos.

—Pero esta vez te sorprenderías si supieras el motivo. Como aquella vez que te pedí hablar de hombre a hombre, ¿lo recuerdas?

—Claro —comentó Francisco con la satisfacción de que Juan hubiera regresado—. Espera a que me sirva un poco de whisky.

—Dame otro más a mí también.

Francisco se sentó frente a su hijo para escuchar lo que tenía para contarle.

Escuchó con sumo interés el relato de Juan y se dio cuenta de que el tiempo no solo había transcurrido para los dos, que Juan había madurado sin que él lo hubiese advertido. Atrás había quedado el joven que necesitaba de sus consejos para saber cómo actuar con una mujer. Francisco estaba frente a un hombre que tomaba decisiones sin miedo a equivocarse.

CAPÍTULO 17

Por mi hijo

Londres, 1890.

Para Victoria, todo había cambiado desde que se había reconciliado con Thomas. Atrás habían quedado las noches que pasaba sola, en las que aguardaba a que él regresara junto a ella. Volver a sentirse cerca de él le permitía afrontar todo lo que aún debían soportar con la esperanza de que al fin todo se arreglase. Haber escuchado de boca de Thomas el accidente de James y la imposibilidad de aquel de ser padre en un principio le había aligerado el alma. De ese modo, nadie podría poner en duda lo que ella había sabido desde el primer momento en que había quedado encinta. Ella nunca había percibido una sombra de dubitación en Thomas, lo que la habría devastado. Desde que había escuchado aquello, en la mente de Victoria se sucedían una serie de imágenes de James con esa actitud oronda y engreída mientras festejaba la llegada de un hijo propio, un hijo que nunca tendría ni de ella ni de otra mujer. ¿En cuántas galas y reuniones celebradas lo había visto actuar dichoso por ese motivo? Se asqueaba de solo recordarlo. Aun así, Victoria debió contener la rabia por la actitud del joven Lowe porque no quería incrementar la de Thomas y se focalizó en la manera en que la verdad echaba luz sobre tanta mentira vivida.

Ese día, no debía concurrir al hospital y quería aprovechar para disfrutar de su hijo, mientras que Thomas acababa de marcharse hacia el estudio del abogado Sinclair. Colin intentaba llevarse a la

boca los soldaditos que días atrás le había regalado, y las risas de ambos resonaban en la casa. Paca entró con un sobre dirigido a Victoria.

—Acaban de traer esto y me dijeron que debía ser dado en persona a usted. Si quiere, me llevo al niño.

—Gracias. Estuve buscando el tren, pero no lo encuentro. Sabes que es su juguete predilecto.

—Creo que quedó en el escritorio del señor.

—Llévalo allí, que yo ya bajo.

Las manos trémulas de Victoria rasgaron el papel para sacar una pequeña nota manuscrita.

Victoria:

En estos días me he dado cuenta de que tu actitud hacia mí no va a cambiar. Sé que no puedo obligarte a estar a mi lado. Me ha costado aceptar todo esto, pero, por muy doloroso que sea, he debido entenderlo. No sé si lo sabes, pero, en el último encuentro con Thomas, nos dijimos cosas terribles que me llevaron a reflexionar. Continuar con esta lucha no nos conducirá a nada. Por eso te aviso que pasaré por tu casa en una hora para verte y despedirme antes de abandonar Londres durante unos días. Te lo comunico para que veas que mi actitud es sincera y doy por descontado que le avisarás a Thomas para que, si lo

desea, también esté presente. Espero que entiendas el motivo por el que quiero realizar esta visita, más allá de las diferencias que siempre estuvieron presentes entre nosotros. Nos vemos en breve.

James

Victoria leyó varias veces la escueta misiva y pensó que todo debía tener un final y que el funesto matrimonio celebrado con James y concertado por Zelmiro acabaría del mejor modo. Sin embargo, no actuaría de manera solapada con Thomas. Descendió de inmediato la escalera para buscar al cochero y pedirle que localizara al patrón ya que necesitaba que estuviera en la casa en menos de una hora. Ella sabía que él iba a desembarazarse de lo que estuviera haciendo para presentarse allí a la hora indicada. Evitó mostrarle la carta a Dwayne. Si bien era un hombre de confianza de Thomas, aún no le caía en gracia. Tras cerrar la puerta, fue en busca del bebé, que estaba sentado sobre la alfombra del despacho de Thomas.

—Paca, me hago cargo de Colin.

—¿Está todo bien?

—Sí, y en un rato estaré mejor.

—¿A qué se refiere? —inquirió la empleada.

—Vendrá James.

—Pero no puede dejar pasar a ese hombre que tanto dolor les ha traído.

—No te preocupes, hice lo que Thomas me pidió. Cuando venga, avísame.

Victoria escuchó el chasquido de la cerradura y se sentó en el sillón del despacho perdida en sus propios pensamientos, mientras su niño no dejaba de jugar con la locomotora. El chirrido de los goznes la sacó del ensimismamiento en que estaba, y se levantó de golpe al ver que quien entraba era James.

—No es la hora indicada —dijo asombrada ante la presencia de él.

El golpe de la puerta al cerrarse se mezcló con algunos gritos desde fuera.

—Se adelantaron los acontecimientos.

La mirada de ambos se cruzó en una milésima de segundo, y James tomó al pequeño con un brazo mientras que con el otro sacaba una navaja que le colocó cerca del cuello.

—Dime ahora qué se siente cuando alguien pretende quitarte todo lo que estimas.

—Suelta a mi niño.

Victoria no reconocía la voz que emergía desde sus propias entrañas. Parecía que ese hecho no le estaba ocurriendo en ese instante y que volvía a vivir una escena que creía haber olvidado. No podía suceder que su hijo estuviera en manos de ese malnacido. Estaba claro que se había dejado embaucar por James. Lo que no podía perdonarse era que la vida de Colin estuviera en vilo al arbitrio de ese demente. Debía aquietar el cuerpo y realizar algo de inmediato porque necesitaba hacer tiempo para que Thomas llegase y resolviera todo de una maldita vez.

—James, te daré lo que desees, pero deja a mi niño fuera de todo esto.

—No tienes idea de lo que significa tolerar que alguien se interponga cuando piensas que lograste alcanzar algo.

El llanto de Colin irrumpió en medio de todo aquello, junto con el ruido del picaporte de la puerta, que se movía sin cesar.

—Aún nos quedan unos minutos para hablar a solas. No podrán abrir la puerta porque la he trabado. Deberán derribarla si desean ingresar.

Victoria conocía a la perfección ese lugar, y no había salida posible, sino por esa puerta que estaba atascada.

—La peor elección que hiciste fue al padre de esta criatura. Él no te merece, de verdad te lo digo.

Victoria supo que había un solo modo de acabar con ese desgraciado y que debería mostrar la mayor templanza posible o se arrepentiría.

—Crees que Thomas siempre ha sido mejor que yo, pero te equivocas. No sabes lo que él fue capaz de hacer.

—Tienes razón.

Ella necesitaba que se calmase.

—¡Deja de darme la razón como si fuera un loco!

Las manos de él sujetaron con más fuerza la cara de Colin, y Victoria supo que no podría ganar más minutos con esa conversación para distraerlo.

—Thomas lleva en sus manos la sangre de un asesinato. Él ha matado a un hombre. Lo sé desde siempre. Recuerdo como si fuese hoy aquella fría mañana en la que concurrí a la empresa para congraciarme con mi padre y conocer al joven que acababa de ingresar a la firma y de quien mi padre se ufanaba. Como esta vez, me adelanté en llegar y fui hasta el despacho de mi padre, pero hacía unos minutos acababa de ingresar la policía. No entendía qué sucedía allí dentro porque no solo estaba él, sino también Thomas. Algo se traían entre manos, y me quedé tras la puerta sin moverme para saber qué ocurría. No me sorprendió la acusación que le endilgaban a Thomas porque, de un joven de esa calaña, solo se podía esperar lo peor, pero sí me impactó cómo mi padre encubría semejante delito al asegurar que el delincuente había estado en mi casa. Aseveró con absoluta convicción que prestaría juramento para exonerar de culpa y cargo al hijo de puta de Thomas. Más abrumado me sentí luego de que la policía abandonara el lugar y Thomas le confesara a mi padre haber matado a John Miller. Mi padre se había jugado todo por un extraño, y estoy seguro de que nunca lo habría hecho por mí. Nunca me quiso como a Thomas, ni me defendió como a él. Durante los años que vivió, yo tuve que soportar el modo en que ese hijo de puta me arrebatava todo lo que me pertenecía. Hostigué a mi padre contra Thomas, pero él nunca claudicó en esa actitud de defenderlo en todo. No tenía pruebas para acudir a la estación de Policía y declarar lo que había escuchado. Creo que, si lo hubiese hecho, mi padre habría sido capaz de cualquier cosa para no dejar al descubierto el pecado de Thomas, pero supe que el tiempo da revancha y, cuando apareciste en escena, creí tener la primera oportunidad de quitarle a Thomas algo importante. Supe que entre ustedes había algo especial y me juré que lo destruiría. El resto lo conoces mejor que yo, pero hay algo que no salió bien. Y es esto.

Victoria vio que James elevaba al niño, que no había dejado de llorar, y supo que el tiempo se había acabado. Mientras él hablaba, la mano de ella se había desplazado a través de la madera lustrada del

escritorio y había logrado abrir el cajón. Victoria había tomado el arma que Thomas guardaba allí. Solo debía esperar el momento para levantar el revólver, disparar y liberar a su hijo de las sucias manos de Lowe. Su mente regresó a la estancia La Victoria como si pudiera sentir los dedos de Thomas guiándola al disparar en la diana para acertar al objetivo.

—Este niño debería estar muerto a manos del hijo de John Miller. ¿Quién te crees que pergeñó el secuestro de tu querido hijo? ¿Con qué medios crees que arribó esa pobre rata a Buenos Aires? ¿Por qué piensas que te dejé partir? ¿En verdad creías que me importaba lo que le había sucedido al personal de servicio? Unos días después de que abandonaste la ciudad, lo hacía Miller para llevar a cabo lo que le había pedido. Quise quitarles a ambos lo único que lo unía sin ensuciarme las manos, pero mi plan falló, y Miller terminó muerto.

Los dedos de Victoria se aferraron al frío metal del Webley al mismo tiempo que los golpes a la puerta comenzaron a moverla hasta que se abrió de súbito. El fuerte estallido del arma reverberó en el recinto. Cuando Thomas ingresó al despacho, vio una imagen dantesca y creyó estar viviendo una escena pasada. En ese preciso instante, recordó las últimas palabras de Miller antes de morir en el bote. “Fue James Lowe”. En ese nombre se resumía el dolor y la angustia que había vivido por el rapto de Colin. Luego de oír esa revelación, Thomas había caído en una profunda oscuridad y había amanecido en la cama de un hospital.

De inmediato rescató a su hijo de los brazos de James, que estaba sangrando de un hombro. Lo golpeó hasta derribarlo y, en el piso, lo pateó, pero se detuvo cuando observó que Victoria seguía con el arma en las manos.

—Por favor, sácalo de aquí.

Paca arropó al niño y se lo llevó para calmarlo mientras Dwayne entraba para hacerse cargo de James, que estaba malherido y no dejaba de quejarse.

—Saca a esta mierda de aquí si no quieres que lo liquide ahora —vociferó Thomas.

En pocos minutos, la sala estaba vacía.

—Mi amor —susurró Thomas al rodear el cuerpo de Victoria, que no dejaba de temblar—, todo está bien.

Le quitó el arma de las heladas manos y escuchó que comenzaba a sollozar.

—Lo maté —gemía—, lo maté.

—Shh, no está muerto, y lo has hecho muy bien.

Él empezó a mecerla entre los brazos.

—Mi niño.

—Mi amor, lo salvaste, él está a salvo —murmuró con los labios sobre el cabello de ella.

Él intentaba sosegar los espasmos involuntarios del cuerpo de la muchacha, que de a poco sucumbió a la tibieza de él y se serenó.

—¿Ahora qué va a ocurrir?

—Nada, todo se va a arreglar.

A medida que los minutos transcurrían, ella logró salir de la niebla espesa y asfixiante en la que estaba sumida. Él le tomó la parte posterior de cuello con una mano para inclinarla hacia atrás.

—Te amo tanto que duele. No puedo verte mal.

Victoria se perdió en la mirada azul de él en tanto evocaba cada instante compartido y confirmaba el significado que él tenía en la vida de ella. No quería recordar que, minutos antes, todo había estado a punto de desmoronarse.

—No tienes idea de cuánto te amo yo.

—Mi cielo, ahora no debes pensar en lo que sucedió, sino en que estamos juntos y que todo está bien. Del resto, yo me ocuparé.

Thomas le besó cada parte del rostro, y sus lenguas se acariciaron hasta sucumbir en un beso profundo. Luego se incorporó junto a ella, pues debía saber qué sucedía en la sala.

—Ve a la habitación con Paca, por favor.

Victoria salió disparada hacia el cuarto, ya que lo único que quería era abrazar fuerte a su hijo.

—Thomas, hay alguien más, ven —dijo el cochero al acercarse.

El abogado Sinclair estaba sentado en uno de los sillones de la sala con un puro en la mano.

—No creas que me quedé tranquilo al verte salir corriendo cuándo estábamos reunidos. Llegué aquí justo para cruzarme con James. Thomas, debes saber que esto requiere una solución inmediata para evitar que se compliquen las cosas.

—¿A qué te refieres?

—James podría hacer una denuncia en contra de Victoria, y eso complicaría el divorcio —explicó el abogado.

—¿Eso te dijo?

—Luego de enumerarle las consecuencias que acarrearía esa decisión, no creo que le hayan quedado deseos de hacerlo.

—Entonces, ¿por qué estás con esa cara?

—Esta situación los va a salpicar a Victoria y a ti. Este hecho sucedió en tu casa, y el arma estaba en las manos de ella.

—Di que fui yo. Nadie sabe cómo sucedió todo aquí dentro — propuso Thomas.

—No es buen momento para que tu nombre adquiriera notoriedad de la mano de Miller, por más que todo aquello haya quedado terminado. No descartes el poder que tiene la prensa aquí, y más si es guiada por el pobre de James, porque será así como quedará él en esta historia.

—Me importa una mierda cómo se publiquen las cosas aquí. Lo único que quiero es que ese hijo de puta esté lejos de mi familia. Debo hacer algo, pero tendré que esperar un poco más de tiempo hasta que todo se aquiete.

—Deja de pensar en algo que solo les traerá dolor a los tuyos. Si crees que matarlo es la solución, estás equivocado. Debes buscar algo que lo aniquile sin destruirte a ti ni a tu familia.

—¿Qué crees que estoy buscando desde hace tiempo?

—Pienso que lo mejor que puedes hacer es tomar distancia de todo esto e irte con Victoria y Colin.

Sinclair miró a Dwayne, que no se había movido de al lado de su patrón. Debía hacer algo para alejar a Thomas de la tentadora idea de acabar con James.

—Por ahora, James se ausentará de la ciudad —comentó Dwayne—. Creo que es lo más inteligente que podría hacer.

No aclaró cómo le había sacado esa información en el maltrecho estado en que se encontraba.

—Pero regresará —afirmó el abogado.

—Sí, y lo estaré esperando.

—Para cuando él regrese, ya se habrán cumplido los plazos legales para que dispongas de la empresa del mejor modo y con James fuera de ella.

—Gracias.

—Te aseguro que estoy agilizando los trámites todo lo posible —aseveró Sinclair.

—Dwayne, no quiero que le pierdas pisada.

—Hablaré con alguien más para que me ayude. Mi hermano es de confianza.

—Está bien —confirmó Thomas.

Los tres se quedaron en la sala para determinar algunos detalles de la situación que se vivía. Por más que todo había acabado, no dejaba de sentirse la tensión y la incertidumbre que empañaban la casa de Thomas Wood.

* * *

Durante la veintena de días que había durado la travesía desde el puerto de Buenos Aires hasta Londres, Eileen no había dejado de pensar en Juan y en el modo en que habría recibido la noticia de su partida. Quizás ya se habría recuperado del todo y habría regresado a la vida que lo ataba a la ciudad con absoluta normalidad.

Claro que, para ella, todo era diferente. Con cada día que se alejaba de él, mayor era el dolor por haberlo perdido. La angustia la envolvía al saber que regresaría a la existencia que nunca debería haber abandonado. Retornar a la “pequeña Dublín” y reencontrarse con Barney era a lo único a lo que podía aspirar. A medida que el vapor se acercaba al puerto para atracar, la joven contemplaba a las personas que aguardaban para saludar y buscar a los pasajeros que, de manera ordenada, se alistaban para descender. Ella era la única que no estaba apurada por hacerlo. Cuando bajó, pocas personas quedaban en el muelle a la espera de recibir a alguien. Recordaba que Thomas le había prometido que la iría a buscar, pero al parecer se le había complicado acudir por algún motivo. Ella no necesitaba que alguien la llevara hasta su hogar, aunque sí un carruaje que se atreviera a acercarla hasta allí, ya que eran pocos lo que animaban a adentrarse en los barrios marginales. Con la bolsa de cuero en una mano y una desazón que la carcomía por dentro, atisbó un coche de alquiler y se subió para perderse por las calles de Londres.

* * *

El alboroto en la casa había amainado. Victoria se había tranquilizado y, a pesar de no querer hacerlo, se había recostado hasta quedarse dormida en compañía de Thomas, que no la había dejado un segundo sola. Thomas tomó el reloj de la mesa de luz y calculó que, por el

horario, Eileen ya debía de haber llegado a la ciudad. No había tenido tiempo de ir a buscarla ni de enviar a Dwayne. Se levantó y besó a Victoria antes de retirarse.

—Paca, se ha quedado dormida.

—Vaya tranquilo, que yo me ocupo de ella.

—Debo hacer algo. Si ella me necesita, dile que busque a Dwayne; él la llevará adonde estaré.

—No se preocupe, yo me encargo.

* * *

Eileen no había dejado de deambular por los solitarios callejones del barrio que había abandonado tiempo atrás. El familiar olor al humo de las fogatas encendidas a la vera de la calle le inundaba las fosas nasales. Su presencia ni siquiera era advertida por los mendigos que, con la botella de alcohol en la mano, bebían sin descanso. No había sido tanto el tiempo que se había alejado de allí, pero, a pesar de eso, se sentía una extraña en un sitio que debería haber percibido como propio. Caminó hasta llegar a la taberna que había sido durante tanto tiempo el lugar de encuentro con Barney y Thomas. No entró, sino que se quedó fuera y, desde enfrente, sobre unos escalones de madera, contempló a los concurrentes entrar y salir. Ese no era el horario habitual para que Barney se presentara. Con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, recordó los momentos vividos en aquel tugurio. No tuvo conciencia del tiempo que hacía que estaba allí.

—¿Me acompañas con un cerveza?

Eileen se sobresaltó al escuchar la voz de Thomas. Aquellos ojos azules la escrutaban. Él la conocía como pocos, y estaba claro que, desde que había arribado a tierra inglesa, su mundo había desbarrancado.

—Es un modo de disculparme por no haberte ido a buscar hoy.

—No te preocupes, no he me olvidado de cómo debo conducirme en esta ciudad.

—Lo sé, pero quiero que sepas que estuve muy complicado.

—Thomas, de verdad, no son necesarias estas disculpas. Sé que tienes una familia.

—Sí, pero tú también formas parte de ella.

Ella le dio un leve codazo en un gesto de complicidad.

—¿Cómo está Victoria?

—Bien, ya la verás cuando vengas a casa.

—Debes cuidarla mucho.

—Ella lo es todo para mí. ¿Por qué lo dices? —inquirió él.

—Porque te ha costado conseguir lo que tienes, y creo que es momento de que lo conserves. Fuiste el único de los tres que lo logró.

—Tú también lo puedes hacer.

—Nunca lo necesité porque contaba con ustedes dos. Además, siempre había mantenido la ilusión de ser importante para ti.

—Lo eres.

—Lo sé, pero no del modo en que yo en algún momento lo quise. A pesar de Barney, siempre fuiste tú la persona de la que creí que estaba enamorada.

Thomas le levantó la barbilla con los dedos y observó que tenía los ojos colmados de lágrimas.

—Eileen, no puedes decirme esto ahora.

—Claro que puedo, porque sé que lo que creía no era real. Porque tú tienes a Victoria, y yo tengo a...

El sollozo de la joven sorprendió a Thomas. Esa era una de las pocas veces que la veía llorar.

—Ey, vamos, que no es para tanto.

Él le pasó el brazo por el hombro para acercarla más, a sabiendas de que, por más que ella intentara ocultarse, continuaba llorando.

—¿Has visto a Barney?

Ella negó con la cabeza sobre el pecho de él.

—Aún deben hablar y dejar en claro lo que les sucede. Eileen, lo único que me dijo fue que te habías ido por una fuerte pelea que ambos habían tenido. ¿Cuál fue el motivo?

—El mismo de siempre: Barney no ha cambiado y sigue metiéndose en problemas, como cuando éramos pequeños.

—Yo le he ofrecido algunas alternativas para salir de aquí — comentó Thomas.

—Lo sé, y eso lo ha puesto peor.

—¿A qué te refieres?

—A que él sabe que nunca escapará de aquí.

—¿Y tú?

—Si esta pregunta me la hubieras hecho antes, te habría dicho que no me interesaba abandonar esto; en cambio, ahora me gustaría hacerlo, aunque creo que es demasiado tarde —se lamentó.

—Eileen, no digas eso.

Victoria acababa de llegar a la esquina en busca de Thomas. Hasta allí la había llevado Dwayne, que acababa de entrar en la taberna para buscar al patrón. Ella no tuvo el valor de decirle que Thomas estaba a pocos metros de ellos, ocupado en consolar de un modo muy tierno a Eileen, esa joven con la que compartía un pasado. Como tantas otras veces, Victoria no necesitó llamarlo porque él levantó la vista, y la manera en que la contempló le demostró que solo ella existía para él. Él se incorporó y le dijo algo a Eileen que hizo que desviara la vista para mirarla y sonreír. Thomas caminó los pocos pasos que los separaban, la tomó por la cintura y se fundió en un abrazo que no dejó dudas sobre cuánto la había extrañado.

—Te amo —le susurró él en el oído—. ¿Cómo estás?

—Ahora, mejor.

La besó con pasión y la llevó hasta donde estaba Eileen.

—Me sorprende verte de regreso aquí.

—En algún momento debía retornar.

—¿Cómo quedó todo allí? —inquirió Victoria.

—Mejor. No debes angustiarte por Josefina, de a poco se irá recuperando.

—¿A qué te refieres?

—Thomas, dime que le has contado lo ocurrido —dijo Eileen.

—Mi amor, lo he omitido para no angustiarte más de lo que estabas. Ella sufrió un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Fue con un carruaje. Ha estado grave, hospitalizada, pero ahora poco a poco va mejorando. He estado comunicado con Joaquín, que me mantuvo al tanto, y Eileen que ha ido a verla, ¿verdad?

—Sí, fui casi todos los días, aunque no pasaba a su habitación para no molestarla. Quería saber de ella no solo para mantenerlos informados a ustedes, sino también por Juan.

—¿Juan? Pero ¿qué tiene que ver con ella? —preguntó confundida Victoria.

—Sé que Francisco es quien está con Josefina, yo lo decía porque...

¿Cómo explicarles que todo lo había hecho por Juan? Ni siquiera había actuado para llevarle noticias a Thomas sobre el estado de la joven Estrada.

—¡Eileen, has regresado!

La voz de Barney la trajo a la realidad, y supo que era mejor dejar lo vivido en Buenos Aires en el olvido. Ese era el lugar de ella, que regresaba a la vida que nunca debería haber cambiado, aunque esa vez no sería de la mano de Barney. No después de Juan.

—Tu llegada amerita unas copas, ¿verdad? ¿Te nos unes, Thomas?

—Con Victoria ya nos íbamos.

—Me gustaría acompañarlos —agregó Victoria.

Thomas la miró extrañado. Había dado por descontado que querría irse de allí lo antes posible.

—Vamos por unas cervezas —concluyó Thomas.

Él la abrazó, y caminaron hasta la taberna. Al entrar, ella se vio sometida a la extraña mirada de los concurrentes del lugar. Dwayne se acercó al patrón para informarle que lo esperaría en el carruaje y salió de allí.

—¿En verdad deseas estar aquí? —susurró Thomas.

—Ha sido tu lugar durante mucho tiempo, ¿por qué no iba a querer estar aquí?

Él le besó la coronilla y la condujo a la mesa que siempre ocupaban. Las botellas de cerveza estaban ya servidas, y para Thomas fue una sorpresa ver a Victoria empinar una como si fuera su bebida predilecta.

—Al final, ahora volvemos a estar todos juntos —festejó Barney.

Victoria no dejaba de observar el comportamiento de Eileen, que distaba mucho del resto. Se la notaba abstraída de lo que se hablaba y, en especial, de los ademanes y gestos de Barney hacia ella.

—¡Ey, mira quién ha venido aquí! —clamó Jack al ingresar al lugar y señalar a Thomas.

Victoria percibió una leve tensión en Thomas. Jack, integrante de la pandilla, había tenido un altercado con Thomas y no dejaba pasar un encuentro sin recordárselo.

—Tú debes de ser la causa por la que él se ha ido de acá.

—Deja de molestar porque sabes cómo puede terminar todo esto —susurró Thomas al incorporarse para hablarle.

—Jack, no empieces —comentó Eileen, que acababa de salir de su estado de ensimismamiento.

—Ahora que has regresado, te olvidas de cómo ha sido todo aquí.

—Ahora la hemos recuperado en la pandilla —declaró Barney, y la atrajo hacia sí para besarla.

Eileen se levantó y se fue de allí, tras lo cual Victoria la siguió ante el asombro de Thomas.

—Si no lo deseas, no debes quedarte —le aseguró Victoria a Eileen.

Con el tiempo, había logrado conocer a Eileen y sabía que era más lo que ocultaba que lo que decía.

—Quien no debería permanecer un minuto más aquí eres tú.

—En cualquier momento, me iré de acá.

—Y yo me quedaré aquí.

—Sé que Thomas te ha ofrecido salir de este lugar y ahora insisto yo en que lo hagas.

Victoria se sorprendió al ver cómo se abalanzó Eileen sobre ella. No hubo palabras, pero sí un abrazo y un afecto sincero.

Thomas había contemplado la escena desde la mesa con acceso a la única ventana del local.

—Cuando quieran, nos vamos —les comunicó al salir y verlas juntas.

—Eso es lo que le decía a Eileen.

—Gracias a los dos, pero quiero irme a mi casa.

Ellos la vieron desaparecer por uno de los callejones.

—Ella no está bien.

—Lo sé, pero ahora desea estar sola. Es mejor así.

—¿Nos vamos?

Thomas recorrió las calles de su “pequeña Dublín” con el convencimiento de que ya no lo haría solo, sino de la mano de la mujer que amaba con locura.

Al llegar a la casa, Victoria no dudó en refugiarse en la habitación para escribirle una carta a Josefina. Necesitaba saber de su puño y letra cómo habían sucedido las cosas, cómo estaba de salud y de ánimo y cómo seguía la situación con Francisco.

Thomas se había dirigido al escritorio, que estaba atiborrado de documentos y carpetas. Necesitaba dejar unas cuantas cuestiones en orden porque le urgía tener todo arreglado, pero su concentración de se vio interrumpida ante el ingreso de Dwayne.

Thomas lo vio avanzar con el periódico en la mano.

—Espero que disfrutes de las noticias.

Thomas tomó el *The Times* y un título le llamó la atención.

Cuando la traición acecha

La empresa Lowe & Co ha gozado de gran prestigio de la mano de su fundador, George Lowe. Durante su gestión, la firma creció de un modo desmesurado hasta ganarse, además del mercado inglés, a otros de ultramar, con la comercialización de cereales y la importación y exportación de mercaderías. La aparición de Thomas Wood fue un hallazgo para ellos, según lo expresó el dueño oportunamente. Con su muerte, dejó a su hijo, James, y a Thomas Wood la dura tarea de comandar los destinos de la firma. En estos últimos años, lograron posicionarla como una de las más importantes del país. Sin embargo, eso no parece aquietar los ánimos de los actuales dueños. James Lowe, que inició su carrera política con ímpetu y deseos de mejorar la situación de la ciudad de Londres, ha sufrido un golpe al corazón al sentir que el matrimonio que mantenía con su joven esposa, Victoria Sáenz, no está en su mejor estadio. Según insistentes rumores, sería el socio Thomas Wood el responsable de tamaña jugarreta. Es a él a quien le endilgan haber traicionado a la persona que considera como un hermano. Si es así, le costará a Wood recomponer la imagen que parece haber forjado a lo largo de estos años. Ha dado cuenta de esa estampa la excelente recepción por parte del empresariado inglés hacia Wood, la cara visible en varios de los contratos concertados para la empresa.

En medio de este vendaval amoroso, James Lowe decidió colocar un poco de distancia con respecto al hogar que supo construir junto a su señora esposa y su niño y se retiró durante unos días a su casa de campo para entregarse a la calma y el sosiego de saber que, en algunas oportunidades, la traición acecha en la persona que uno menos espera.

Thomas leyó el artículo y lo arrojó al piso.

—Es un pasquín barato. James ha buscado al periodista para que lo escribiera y así quedar como la víctima. Pena y lástima es lo único que esta basura puede provocar en los demás.

—Lo sé, pero creí necesario que estuvieras al tanto.

—No me importa, yo encontraré el modo de pegar más duro, te lo aseguro —afirmó—. ¿Qué sabes de la última reunión que se realizó Irlanda por la Home Rule?

—Se fijaron algunas pautas a seguir porque estamos a la expectativa de lo que sucederá con Charles Parnell y las consecuencias políticas del divorcio que está librando su amante.

—Quisiera poder estar la próxima vez que se reúnan. No es lo mismo estar dentro y poder opinar que verlo desde afuera.

—Lo sé, pero tú has tenido una colaboración activa, aunque fuese a la distancia. Si deseas efectuar el viaje, creo que ahora sería el momento indicado.

—Mira esto —señaló Thomas al jugar con un telegrama entre los dedos—. Llegó justo hace un rato. Uno de mis asesores allá me insiste en que viaje por un tema de índole comercial.

—¿Otro negocio?

—Sí, yo estaba detrás de uno hace tiempo, y me informaron que se comunicaron para hacer una oferta, pero no quieren abrir el juego hasta que yo vaya allí.

—Sí es así, no lo dudes y ve. Le darás tiempo a Sinclair para resolver tu tema. ¿Cómo harás con tu familia? —interrogó Dwayne.

—El único modo en que podría abandonar Londres es con ellos. Como está todo aquí, no los dejaría.

—Me parece muy acertado. En los días de ausencia, tendré menos trabajo.

—Eso espero.

Thomas dio por terminada la jornada laboral. Esos últimos días habían sido un caos. Quizás el viaje a Irlanda con su familia era lo mejor que podía sucederle, y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

CAPÍTULO 18

Cuando el silencio duele menos que las palabras

Buenos Aires, 1890.

Con la respiración agitada y el corazón en un puño, Paloma salió disparada de la casa con un solo destino. Las cuadras que la separaban de la residencia que habitaba Joaquín no le parecieron tantas ante el ímpetu impreso en la corrida. Los golpes en la puerta alertaron a la criada de la casona, que abrió de inmediato.

—Señorita, adelante, ¿qué sucede?

—Deseo ver a Joaquín.

—Pase a la sala mientras lo llamo y le preparo un té.

—Muchas gracias.

Paloma se sentó e intentó aquietar su alborotado estado. Cuando vio aparecer a Joaquín, se abalanzó a los brazos de él.

—Mi amor, ¿qué sucede? ¿Franco Goyena te ha molestado? Dímelo porque ya salgo a buscarlo.

Él sintió que ella negaba con la cabeza contra el pecho de él.

—Vamos a sentarnos.

La llevó hasta el sillón al tiempo que la criada traía té para ambos. Joaquín le hizo un ademán para que se retirara y se centró en la joven.

—Por favor, cuéntame qué sucede.

—Joaquín, necesito que me escuches con detenimiento hasta el final.

Él asintió y quedó a la espera de que ella comenzara a hablar.

—Hoy me levanté temprano y, mientras desayunaba, me enteré de que Miguel Goyena estaba aguardando a mi tía en casa.

Un frío helado corrió por la espalda de Joaquín cuando escuchó mencionar ese nombre.

—Me sorprendió que hubiese venido tan temprano, dado que sabe que mi tía no suele comenzar el día a esas horas. Fui a buscarla y, si bien no suelo fisgonear detrás de la puerta, lo que escuché me dejó en este estado. Hablaban sobre unas tierras que mi tía heredó de su difunto esposo. No es la primera vez que la escucho despotricar sobre el permanente reclamo de ese hombre por el campo que pertenecía a Alfredo Guerrero, pero esta vez Goyena le confesó que no era solo una cuestión comercial lo que lo motivaba a actuar de ese modo. Él puede adquirir otras tierras tan buenas como esas, pero hay otra cuestión de peso. Tiempo atrás, cuando su esposa vivía, Goyena se enamoró de una muchacha que trabajaba en la casa del esposo de Alba. Él creyó que era algo pasajero, ya que no podía enamorarse de una joven criada, y supuso que el tiempo lo alejaría de ella. No fue así, y los encuentros se hicieron cada vez más frecuentes. Goyena no pensaba abandonar a su familia, dado que acababa de nacer su primer hijo, Franco. Fue en ese momento que supo que la joven estaba embarazada. Ella no podía continuar trabajando allí. Si lo hacía, toda la verdad podría salir a la luz, y él perdería el respeto de sus pares y

mancharía el apellido que con tanto orgullo portaba. La solución que encontró fue llevarla a un campo, propiedad de Alfredo Guerrero, donde nadie la conociese y en el que pudiera tener a su hijo. En aquel tiempo, no se alejó de ella, ya que viajaba de manera periódica a verla, hasta que llegó el momento del alumbramiento. Todo se complicó, pero ella logró tener al bebé antes de morir. Él le prometió que se llamaría con el nombre que ella había elegido: Joaquín, y quiere conservar esas tierras en honor a ella. Cuando supe que eras el hijo de Goyena, salí disparada de la casa, no pude continuar escuchando todo aquello. Te juro que lo odio por todo el daño que te hizo.

Joaquín se había mantenido en un peligroso silencio, ya que sus padres se encontraban en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Desde que había arribado a la ciudad, no había dejado de trabajar para llevarles algo de dinero. Goyena no era nadie en la vida de él ni lo sería jamás, pero, por más que no quisiera demostrarlo, sentía como si una muralla hubiera acabado de aplastarlo. Una serie de imágenes pasaban en la mente de él y evocaban cada encuentro que había tenido con Miguel Goyena. El más cercano había sido cuando lo había apuntado con el arma en el Parque de Artillería en tanto lo acusaba de haber herido a Franco, ¿su hermanastro?

—Joaquín, por favor di algo.

Él se levantó para abrazarla.

—No quiero que te angusties, por favor. Quise evitar que te enteraras de otro modo, por eso estoy aquí, porque te quiero.

Joaquín quedó incluso más conmocionado ante las últimas palabras de Paloma.

—No sabes lo que ansié que me dijeras esto.

Joaquín besó los inexpertos y cálidos labios de la joven. Sentirla de ese modo era lo que había buscado durante tanto tiempo.

—Joaquín —dijo al reparar en su propio aspecto y darse cuenta del estado en que había salido—, yo me fui de mi casa sin avisar.

—No te preocupes, te llevaré.

—Pero, en la casa, estará él reunido con mi tía.

—Lo único que me importa es que no te ocurra nada, de él me ocuparé yo.

Ambos salieron de la residencia Wood para abordar el carruaje. En el trayecto, no dejaron de abrazarse. Ellos esperaban que lo sucedido no les trajera mayores complicaciones que fueran a sumarse a las que ya tenían. En el mismo instante en que llegaban a la finca, Goyena abandonaba la casa en un coche.

—Mi amor, te acompaño —ofreció el joven.

—No es necesario, yo puedo arreglarme sola y supongo que mi tía estará con la cabeza en otra cosa.

—Gracias. Ahora necesito saber algo más —aseveró al mirar por delante al coche que Goyena acababa de abordar.

—Ten cuidado por favor.

—Lo tendré.

Joaquín esperó a que Paloma entrase a la vivienda para perseguir al carruaje en el que iba Goyena. No fue difícil seguirle los pasos, ya que a esa hora no había tránsito en la ciudad. Observó con curiosidad que enfilaba hacia el barrio en donde estaba enclavada la casa de Thomas. A pocas cuadras de allí, se erigía el cementerio de la

Recoleta. Lo vio detenerse y entrar por el pórtico enmarcado por cuatro columnas estriadas para perderse en las calles de la ciudad de los muertos. Joaquín hizo lo propio y se santiguó al ver en el ingreso la inscripción en latín “Requiescant in pace”. La figura de Goyena se detuvo frente a una cripta de mármol negro. Lo observó quitarse el sombrero y colocar una flor roja atravesada en la reja de la bóveda. Joaquín avanzó hacía allí para saber si en ese lugar yacía la mujer que había muerto al alumbrarlo. Ni el sordo ruido de las pisadas sobre las crujiendo hojas de los árboles alertó al afligido amante.

—¿Ella es mi madre?

Goyena se sobresaltó y supo que el momento había llegado. Claro que no había imaginado que se daría en ese contexto, e incluso alguna vez había fantaseado con llevarse el secreto a la tumba. Callar era menos doloroso que las palabras que debía pronunciar.

—No sé cómo te has enterado tan rápido, pero ella es tu madre, una mujer que amé con locura.

—Tanto como para dejarla abandonada a la buena de Dios en un campo y alejarla de todo para evitarse complicaciones. Si en algún momento tenía dudas de que usted era una verdadera mierda, acabo de comprobarlo.

—Ten respeto frente a la tumba de tu madre.

—Ella no es mi madre, solo fue quien me trajo a este mundo. Mis padres son de un pueblo cercano, y es a ellos a quienes les debo la vida.

—Yo te llevé hasta allí. ¿Puedes entender que no podía traerte conmigo?

El gemido de Joaquín alertó a Goyena.

—¿De verdad cree que me importa lo que hizo conmigo? Debería agradecerles a mis padres que me recogieron vaya a saber de qué lugar de mierda donde usted me dejó, pero no lo haré porque ellos nunca lo mencionaron, y no seré yo quien les recuerde un pasado que quisieron dejar en el olvido.

—Estás equivocado conmigo. Aunque no lo quieras decir en voz alta, soy tu padre.

—Usted para mí no es nadie. Es mejor así. Dígame entonces cómo explica que, tiempo atrás, me haya apuntado con un arma para defender a su hijo. ¡Era capaz de matarme por más que sabía que yo también llevo su sangre! —acusó Joaquín.

—No traigas a Franco en todo esto.

—No se preocupe, que por mí, él no se enterará de nada.

—Espero que no aproveches el enfrentamiento que tienes con él para hablar y contarle la verdad.

—No crea que solo para usted es una cuestión de vergüenza haberme tenido. Sepa que para mí también lo es.

—Cuidadito, muchacho, que no sabes lo que dices —le advirtió Goyena—. Cuando tomes conciencia de que eres un Goyena, querrás ser parte de nuestra familia.

—No me importa ese apellido, ni lo que representa, y menos quienes lo conforman. El mío es Rodríguez, y no he dejado de trabajar para ayudar a mi familia. Luego de saber de dónde vengo, les estoy aún más agradecido porque, si no hubiese sido por ellos, yo estaría muerto.

—Joaquín, hice lo que pude. La promesa que le había hecho a mi Rosa de que te cuidaría y velaría por ti, no la pude cumplir. No sabes lo que se siente tener una culpa que no te deja respirar. Al menos lograré conservar las tierras en las que ella vivió mientras estaba encinta.

—Es usted un cínico. En vez de traer flores y comprar terrenos para recordarla, debería estar pagando todo el mal que hizo.

Joaquín ya no aguantaba un minuto más de pie junto a Goyena y frente a la tumba de esa mujer. Era tal la conmoción que lo invadía que necesitaba alejarse de allí, así que se dio media vuelta para emprender el regreso.

—No sabes lo que es desear estar muerto. De ese modo no me castigaría día tras día por lo que sucedió —clamó desgarrado al verlo irse.

—Señor, ¿necesita algo?

El encargado del camposanto había estado observando con curiosidad lo que sucedía en aquella cripta que, hasta el momento, había sido un misterio.

—No, gracias, ya me iba.

Joaquín logró ocultar las lágrimas de rabia, inquina y desazón. Se negaba a aceptar que formaba parte de los Goyena. Desde que había llegado a la ciudad, había luchado por el amor de Paloma, a quien pretendía Franco, su hermano. Por ella haría lo que fuese para evitar que aquel hombre se entrometiese entre los dos. Se subió al carruaje, que se perdió por las calles de la ciudad.

Goyena hizo lo mismo en busca de la paz que añoraba con desesperación y que nunca obtendría.

* * *

Una leve brisa meneaba el frondoso follaje de los olivos que conformaban la avenida de ingreso a El Reposo. El cuidado jardín con violetas y geranios que decoraban el verdor circundaba la finca. Hasta allí había llegado Francisco en busca de que Josefina pusiera todo de sí para continuar con la rehabilitación. Las semanas transcurrían, y ella parecía mantenerse en el mismo estado de cuando había salido del hospital. Durante cada día, se esforzaba por que ella avanzara, pero de nada servía si la muchacha no tenía la voluntad para lograrlo. Los ejercicios con las poleas debían producir una mejoría en las piernas de la joven, ya que potenciaban la fuerza que necesitaba darle a los músculos. Sin embargo, cuando debía comenzar con los primeros pasos para largarse a caminar, flaqueaba y se quedaba sentada en ese sillón que había pasado a ser el único lugar desde donde veía los días pasar.

Francisco a veces se preguntaba si había sido correcta la decisión de trasladarla allí. Cuando estaba con él, parecía no querer cooperar en los ejercicios que le indicaba. Cada día que pasaba, se le hacía más costoso verla de ese modo.

—Hola, mi amor.

Él se agachó para darle un beso y sentarse a su lado.

—¿Deseas tomar algo?

—Me gustaría algo fresco.

Ella se giró para ver si la criada estaba cerca.

—Jose, vamos, te ayudo a incorporarte así le avisas a Rosita que traiga algo.

—No pudo hacerlo, no insistas.

—Claro que puedes.

—¡No! Y parece que lo único que te importa es eso —le espetó ella.

—Claro que me importa que mejores.

—Quizás porque no soportas verme así. Y si en verdad este fuera mi futuro, ¿qué harías?

—Lo aceptaría porque te amo, pero sé que puedes dar un paso más en todo esto y no haces otra cosa que regodearte en la lástima por estar tirada en este sillón mientras miras cómo los días transcurren.

—Yo sabía que esto sucedería en cualquier momento. No dejabas de asegurarme que estarías conmigo de cualquier manera, pero ya te has hartado de todo esto.

—Me he cansado de que no pongas energía en tu recuperación. Sé que puedes hacerlo. Si bien has sufrido una lesión grave, no es profunda como para dejarte postrada.

Ella estaba convencida de que no era así y necesitaba probarlo.

—Vete, Francisco. No necesito que estés a mi lado por pena. Si no soportas verme de este modo, lo mejor que puedes hacer es irte y no regresar más.

—Si eso lo que quieres, no tendrás que gritar más; me voy.

Josefina no podía creer que estaba viviendo eso. Él no podía irse, lo necesitaba. ¿Qué era lo que había hecho mal?

—¡Francisco!

Él se lanzó a caminar hacia donde estaba el carruaje. Lo hacía con el corazón en un puño, pero debía poner coto a todo eso. Ella debía reaccionar de alguna manera si en verdad quería recuperarse.

—¡Francisco!

El desgarrador grito de Josefina no hizo que se diera vuelta porque estaba seguro de que, si lo hacía, regresaría y, una vez más, todo comenzaría de nuevo.

Desde adentro de la finca, se escuchaba el llanto sin consuelo de ella.

—¿Ahora qué vas a decirme? —exclamó Mariano Estrada—. Siempre supe que Francisco era un hijo de puta. Mira cómo acaba de irse. Es una mierda —esgrimió sin control.

—En vez de gritar tanto y hacer sentir peor a nuestra hija, toma una copa, que quizás te calme un poco. Iré afuera a intentar poner un poco de orden a todo esto —resolvió la señora Estrada.

—¡Ahora me vas a dar órdenes sobre lo que el hombre de la casa debe hacer!

—¿Recuerdas la vez que te pedí que no hicieras lo que tenías planeado? Aquella noche, te fuiste descontrolado con un arma en la mano para acabar con Francisco. No deberías olvidar que, como consecuencia de tu acción, nuestra hijita está de este modo. Yo lo recuerdo cada día que la veo sentada afuera, con la mirada perdida mientras piensa en vaya a saber qué.

Mariano sentía el peso de culpa cada maldita noche, aunque no se lo confesara a nadie. En algo tenía razón su esposa: una medida de alcohol le vendría bien.

Doña Estrada acompañó a su hija durante el resto de la tarde mientras la escuchaba desquitarse la rabia acumulada durante todo ese tiempo. La paz reinó en la casa cuando Josefina pidió retirarse a su habitación para descansar. Era lógico que estuviera agotada, ya que la angustia por la que había pasado había hecho mella en ella.

Al día siguiente, los rayos de la mañana se colaron dentro de la habitación de Josefina. Ella estaba recostada en la cama con el desayuno sobre una bandeja cuando entró su madre con una carta en la mano.

—Mira lo que traje —dijo al mover el sobre en la mano—. Es de Victoria.

Doña Estrada conocía el vínculo que unía a su hija con Victoria y estuvo segura de que esa misiva había llegado en el momento oportuno. Lo que no había imaginado es que fuera a cambiarle el talante de esa manera.

—Gracias.

Josefina intentó incorporarse para abrir el mensaje y leerlo tranquila. Hacía tiempo que necesitaba saber de su amiga.

—Si no te molesta, me gustaría estar a solas.

—Por supuesto. Estaré al otro lado de la puerta.

Rasgó el sobre y comenzó a leer.

Mi querida amiga:

No tienes idea de lo mucho que te extraño. Quiero decirte que hace poco me enteré de lo sucedido. Thomas evitó contármelo y me enojé con él porque me importa saber cómo estás. Sé por Eileen que tu estado ha mejorado. No pongo en duda que te recuperarás. Jose, siempre fuiste especial por el modo en que te tomabas las cosas. Encontrabas la manera de salir adelante más allá de todas las dificultades que se interponían en tu camino. Es fácil recordar lo que te sucedió con Francisco y cómo nadie en su sano juicio habría creído que lograrías revertir todo para que él cayera a tus pies de la manera en que lo hizo. Muchas veces, ante las situaciones complicadas que debí afrontar, pensé en ti y en la fuerza que debía juntar para igualarte. Sé además que Francisco no se ha separado de tu lado. Imagino que la actitud de tus padres ha cambiado respecto a él. Igual, eso no debe importarte. Has luchado por lo que querías mejor que nadie, no debo enseñarte a hacerlo ahora.

Jose, no te imaginas lo que ha significado para mí venir a Londres. Por momentos mi mundo está patas para arriba. Con James, todo ha ido mal. Ya te contaré en persona cuando nos veamos. Eso también ha complicado la situación con Thomas, al que amo con locura. A la distancia, no dejo de pensar en cómo nos

animábamos para resolver nuestros temas del corazón. Jose, sé que, sin importar qué te ocurra, lograrás superarlo de la mano de Francisco. Él es un hombre que te ama y que ha dado vuelta su vida por ti. Apóyate en él y sé feliz. Yo lo intento cada día. Espero que, cuando regrese a la ciudad, estés curada y podamos conversar como solíamos hacer tiempo atrás. No quiero despedirme sin decirte que hay un hombrecito que te extraña mucho. Cuando veas a Colin, caerás rendida como lo hago yo cada día.

Te quiero y extraño.

Tu amiga,

Victoria

Josefina terminó la lectura con la vista borrosa por las lágrimas que no dejaban de caer mientras leía. Aunque esa no había sido la intención, las palabras su amiga la habían atravesado. ¿Cuánto más podría estar llorando por los rincones? Tampoco había recibido noticias de Francisco. Necesitaba saber de él y estar a su lado, pero entendió que había solo una manera de lograrlo.

—¡Mamá!

—Hija, por Dios, ¿qué sucede?

—Nada, solo quería pedirte que me ayudes.

—Pero las noticias de Victoria son halagüeñas, ¿o no? —consultó.

—Sí, aunque ya me contará todo cuando regrese.

—Y eso ¿cuándo será?

—No me lo dijo, pero espero que pronto. ¿Hoy no ha venido Francisco?

—No, hijita.

—Te pido que, si lo hace, le digas que no puedo atenderlo —solicitó —. Y ahora, alcánzame las poleas.

* * *

Los días que pasaba Francisco sin Josefina eran una absoluta tortura. Repasaba una y otra vez el modo en que había actuado y sabía que había sido lo mejor, pero ¡cómo costaba estar alejado de ella! Durante el tiempo que había estado dedicado a ella, había dejado de lado todas sus actividades cotidianas, y volvería a hacerlo si fuera preciso; en ese momento, sin embargo, necesitaba hacer algo para no volverse loco. Pasaba las noches en vela acompañado de unas copas de whisky a la espera de no haberse equivocado. Esa tarde, había regresado al consultorio para ver si había alguna novedad. Aún conservaba a Clara, su secretaria, que se había hecho cargo de acudir allí algunos días en la semana para organizarle la consulta.

—Doctor, era hora de que retomase su actividad.

—No sé si lo haré, pero no puedo dejar todo esto a la deriva —afirmó.

—Si me permite, era sabido que esto iba a suceder.

—¿A qué se refiere?

—A que usted ha hecho lo suficiente por esa joven. Entiendo que intente ayudarla, pero no puede abandonar su vida por alguien que no lo merece.

—Y, según usted, ¿quién me merece?

El sonrojo en las mejillas de Clara confirmó lo que Francisco había intuido tiempo atrás. Esa actitud contemplativa para con él no había sido por otro motivo que un elocuente interés.

—Clara, creo que será mejor que busque otro trabajo.

—Pero, doctor, durante este tiempo no he hecho otra cosa que dedicarme a usted y a este consultorio.

—Lo sé, pero creo que llegó el momento. Por otro lado, no sé qué haré más adelante —justificó él.

—¿Piensa dejar la medicina?

—No lo sé, pero, de todos modos, no puedo garantizarle que este trabajo continúe mucho más. Es mejor así.

Por más que Clara intentó ocultarlo, comenzó a sollozar en silencio. Ya se había acostumbrado: pensar en el doctor y vivir de ilusiones se había transformado en su modo de vida. Cada día que iba a allí, lo hacía con el deseo de que, algún día, él la viese como la mujer que era, sin estar cegado por esa joven que lo único que le había traído a la familia Rivas era desgracia.

—No se preocupe, contará con las más sinceras recomendaciones para que encuentre pronto un nuevo empleo.

—Gracias. ¿Necesita que me quede aquí hoy?

—Haga como lo desee. Si le parece, mañana la espero para abonarle.

—No es necesario, he estado viniendo para saber si usted lo hacía. En verdad, luego de haber avisado a sus pacientes, no he hecho gran cosa.

—Clara, ya sabe que, para lo que necesite, aquí estaré.

Ella asintió con la cabeza y supo que lo que había soñado quedaría para siempre como una ilusión, ya que él no estaba dispuesto a cumplir sus anhelos. Necesitaba irse de allí cuanto antes.

Francisco permaneció unas horas en el consultorio, el lugar que lo colmaba de alegría cuando ejercía la profesión que tanto le había dado. Entonces, sin embargo, se encontraba vacío. Salió de allí para descansar en su hogar acompañado de un merecido whisky. Otra noche más que pasaría en vela. Poco después de servirse el segundo vaso de alcohol, escuchó unos golpes a la puerta que quebraron el silencio.

—Mariano, ¿qué haces aquí?

—Vengo por Josefina.

—¿Qué le ha ocurrido?

Francisco se abalanzó y lo tomó por las solapas del saco.

—Ella está bien, pero estaría mejor si estuvieras con ella.

Francisco dudó sobre si lo que oía era producto del alcohol o si en verdad Mariano Estrada estaba diciéndole lo que escuchaba.

—No me mires así, sigo pensando que no eres lo mejor para mi hija, pero ella ha decidido que sí lo eres y te necesita. Lo que no sé es si aún continúas conservando ese sentimiento tan profundo que afirmabas tener por ella.

—La amo cada día más —aseguró el médico.

—Pues, entonces, demuéstraselo. Mañana será un buen momento. Hoy estaba muy cansada, y su madre la ha acompañado a la habitación para reposar.

Francisco miró de reojo el reloj de pared que colgaba sobre la chimenea y vio que eran pasadas las once.

—Allí estaré.

—Quiero que sepas que no me hace feliz haber venido, pero sé reconocerlo cuando me equivoco.

Ambos se miraron en silencio; ninguno creyó conveniente agregar nada más. Estrada le hizo una inclinación con la cabeza y se fue hasta el carruaje para regresar a El Reposo.

Al día siguiente, Francisco se miró al espejo y notó que su aspecto había mejorado. Si bien nadie se lo había dicho de manera directa, su estado había empeorado por el alejamiento de Josefina. Terminó de acicalarse y salió de la casa. Por más que fuese un asiduo visitante de El Reposo, el trayecto hasta la finca le pareció de repente eterno. Por el cristal de la ventana, vislumbró la avenida de olivos y se acomodó el saco para descender. Debería hacerle entender a Josefina el motivo por el cual había decidido mantener cierta distancia y debería convencerla para que no pensara que la lesión podía apartarla de él. Bajó del coche y enfiló hacia la galería. Allí, como era su costumbre, lo aguardaba Josefina. Cuánto la había extrañado. Ella nunca sabría lo que en verdad significaba para él. A medida que se acercaba,

observaba lo hermosa que se encontraba. Tenía el cabello oscuro ondeado y echado hacia un costado con una torzada. A diferencia de él, la distancia parecía no haber hecho mella en ella. Aun así, hubo algo que lo hizo detenerse de inmediato. No podía creer lo que estaba observando. Con gran esfuerzo, ella logró levantarse de ese sillón que se había transformado en su refugio y, con pasos lentos pero seguros, comenzó a caminar hacia él. La imagen de ella empezó a desdibujarse debido a las lágrimas que se le saltaron de los ojos. Abrió los brazos en tanto aguardaba a que ella lo alcanzara. Esos minutos de espera fueron los más largos de su vida. Ella no necesitó abalanzarse sobre él porque Francisco la tomó por la cintura, la levantó en volandas y dio una vuelta con ella en el aire. Las risas se confundieron con el llanto. Con cuidado, la bajó, le tomó el rostro con las manos y la contempló.

—Mi amor, lo has logrado.

—Sí. Aún me falta mejorar.

—Shh —la interrumpió al cubrirle los labios con los dedos—, hay tiempo para eso. Solo me importa saber si aún me amas.

Josefina lo examinó y notó los ojos verdes de él, húmedos y expectantes por lo que fuera a decirle.

—Cada paso que di ha sido por ti. Si no hubieras estado a mi lado, no habría sido posible. Aunque te haya odiado y maldecido, alejarte de mí fue lo mejor que pudiste haber hecho. Dejé de sentir lástima por lo que me ocurrió y supe que, si no me esforzaba por mejorar, te perdería por siempre.

—Te equivocas, yo jamás me habría alejado de manera definitiva de ti. Te necesito, mi amor. Creí que no resistiría un día más sin verte. Te amo.

Él selló esas palabras con beso profundo y cargado de ansias. Josefina se rindió a los brazos y caricias de Francisco a sabiendas de que allí, con él, estaba a salvo.

—Ahora puedo hacerlo sola —declaró mientras él la guiaba abrazada hacia la galería.

—Desde hoy, no pienso soltarte más —le susurró en el oído.

Doña Estrada había visto la escena desde el interior de la finca y no había dejado de sollozar. Su hijita lo había logrado. Ella misma la había ayudado durante cada jornada con las prácticas en los días en que Francisco se había ausentado. Había soportado la impotencia de ver a Josefina insistir en dar algún paso, caerse y volverse a levantar. Esa actitud no solo era propia del tesón de ella, sino que respondía al anhelo por volver a estar con Francisco. Solo él había logrado tocar la fibra más íntima de la muchacha para hacerla reaccionar y que se recuperase hasta volver a ser la hija que había conocido.

—¡Francisco! —saludó doña Estrada, que corrió hasta la puerta para salir adonde estaban ambos.

—Deberás acostumbrarte a verme aquí seguido.

—Será un placer.

Mariano Estrada se había mantenido al margen de la situación, refugiado en el despacho, porque no soportaba escuchar a su esposa derrochar loas sobre Francisco. Él ya se había humillado frente a aquel hombre al pedirle que regresara. No le había quedado alternativa porque debía acallar los constantes reproches de su esposa y el inestable ánimo de Josefina, que no lo dejaban vivir en paz en su propia casa.

¿Cuánto más debería hacer? Observó que todos estaban reunidos fuera. Podía escuchar algunas carcajadas y se sintió molesto por que todo eso sucediera sin su presencia. El chasquido de la puerta lo distrajo.

—Querido, ven, ha llegado Francisco.

—Lo sé, es imposible no oírlos.

—Quiere saludarte.

Con resistencia, pero convencido de que no le quedaba otra alternativa, salió junto a su esposa.

—Mariano —dijo el doctor al levantarse para saludarlo.

—Está bien, no es necesario —agregó él para evitar estrecharle la mano.

—Imagino que te quedarás a almorzar —expresó la señora Estrada.

—Querida, quizás tenga cosas que hacer.

—Me encantaría. Quería anunciarles algo.

Josefina se sorprendió porque no sabía si, durante los días que habían estado separados, le habría surgido algún proyecto que lo obligara a viajar. Aún tenía fresca aquella partida a Norteamérica que había llevado a cabo con la excusa de un congreso médico. Tampoco sabía qué había sucedido con Juan. Le habían transmitido los cálidos saludos que le había dejado, pero desconocía si había ocurrido algo más.

—Esto no es fácil para mí, pero sí es algo en lo que llevo pensando desde hace tiempo. El accidente de Josefina solo postergó mis deseos de casarme con ella. Por eso, quiero saber, mi amor —confesó al

dirigirse a ella—, si me aceptas.

Josefina había soñado ese momento tanto tiempo antes. Al fin sería la señora de Francisco Rivas. La conmoción era enorme, y las lágrimas, una vez más, asomaron por su rostro en esa cálida mañana.

—Mi amor, por favor, respóndeme.

—Claro que sí.

Mariano Estrada había imaginado que aquello ocurriría. Conocía a Francisco lo suficiente como para darse cuenta de que daría el gran paso, y ese momento era el oportuno, aunque él siguiese en desacuerdo.

—Mariano, supongo que no te opondrás a esta unión.

—¿Y qué sucedería si lo hiciese?

Doña Estrada se llevó la mano a la boca.

—Te estoy comunicando que voy a casarme con Josefina, no te estoy pidiendo permiso. Si te opusieras, lo haríamos de todos modos; eso sí, no tendrías la oportunidad de verla en un futuro, salvo que ella no esté de acuerdo con lo que digo.

Él centró su mirada en la de ella para saber qué opinaba.

—Padre, amo a Francisco. Soñé con este momento durante mucho tiempo, y nada ni nadie opacará esta anhelada propuesta, ni siquiera si fueras tú quien intentara colocar un obstáculo para este casamiento.

—Deberé acostumbrarme. Aunque lo hagan, quiero dejar asentado que no me agrada esta unión.

Doña Estrada ignoró por completo la afirmación de su esposo.

—Podemos casarnos en diez días, solo nosotros. Ella deberá continuar con su rehabilitación, y creo que lo más conveniente es que sea así.

Josefina lo amó más, si aún se podía. Él siempre la comprendía sin necesidad de explicaciones.

—Si lo deseas, se puede organizar un festejo para cuando regrese Victoria, y así nos reuniremos con nuestros amigos —propuso Rivas.

—Querida, creo que es sensato lo que dice Francisco.

Mariano no quería someterse a las murmuraciones ajenas que traería una ceremonia entre Francisco y su hija. Esa vez debería agradecerle a él que fuese así.

—Está bien, como quieras.

—Mi amor, ¿crees que diez días serán suficientes para arreglar todo?

—Por supuesto.

—Mi casa está lista para los cambios que deseen hacer. Las invito a ambas a que dispongan de lo que crean necesario para la instalación de Josefina —ofreció Francisco.

—Entonces, les propongo empezar luego de este almuerzo —acotó doña Estrada.

—Serán los diez días más largos de mi vida —agregó Josefina en tono jocosos, segura de que su madre no dejaría de hostigarla con los preparativos. No iba a negarle esa participación, ya que le había

quitado la ilusión de una gran ceremonia. Sin duda accedería a todo lo que ella le pidiera.

—Querida, avísale a Rosita del almuerzo. Yo continuaré con algunos asuntos que debo tratar en mi escritorio.

Josefina vio desaparecer a sus padres por la puerta de entrada y miró a Francisco con plena felicidad.

—Acércate.

Él deslizó una mano por la nuca de ella y la atrajo hacia sí. La besó con delicadeza y dedicación, como si fuese la primera vez que lo hacía.

—Te amo —susurró sobre los labios de ella—, y no veo la hora de hacerte mía.

Había comenzado la espera, esa palabra que resumía el “mientras tanto” al que ambos debían someterse para poder estar juntos. Solo diez días.

CAPÍTULO 19

En medio de la niebla

Londres, 1890.

Juan atravesaba las calles de Londres a bordo de un cabriolé. Aún persistía en su mente la rara sensación de haber abandonado todo lo que tenía en la ciudad de Buenos Aires tras un sueño llamado Eileen. Le costaba reconocerse a sí mismo porque siempre había actuado de un modo mesurado y pensante. Sin embargo, desde que la había conocido, todo había cambiado. Había dejado todo por cuanto había luchado y desconocía cuánto tiempo se quedaría en Inglaterra. No le había resultado fácil hacer entrar en razón a los directivos del Hospital de Niños al comunicarles sobre su inminente y sorpresivo viaje. No había podido darles una fecha certera de retorno, ni siquiera asegurarles si en realidad regresaría. Parecía increíble que, luego del tiempo que había pasado enemistado con su padre, hubiera sido justo él quién le infundiera el ánimo para irse. Le había aconsejado que no dejase pasar la oportunidad de ser feliz para evitar arrepentirse después. Más aún, él sabía que había actuado de un modo arrebatado no solo por el profundo sentimiento que guardaba por Eileen, sino por la actitud de ella, que se había alejado de él sin decírselo. Intuía que había alguien en la ciudad que la había motivado a marcharse de tierra inglesa para buscar reparo en la Argentina de la mano de Thomas. Por eso había tomado el recaudo de no avisarle a ella ni a Wood que pensaba viajar. Lo último que había hecho era despedirse de Joaquín. Más allá de las discrepancias que había tenido con el joven Rodríguez, entendía que era alguien de fiar y por eso le había

pedido alguna referencia para hospedarse en Londres. Había un hotel que, según había escuchado de boca de Thomas, era lo mejor del lugar.

El traqueteo del coche aminoró y supo que había arribado a destino. Al bajar, se encontró con el Midland Grand Hotel. La construcción de estilo neogótico era imponente. En ella se destacaban las ventanas ojivales en medio de los ladrillos colorados que coronaban la edificación. Sin duda, Thomas reconocía lo que era bueno. Un botones vestido con un elegante uniforme lo recibió, acomodó el equipaje y lo condujo hasta el vestíbulo. A un costado, vislumbró un amplio y lujoso salón decorado con arañas colgantes que brindaban elegancia y claridad al ampuloso recinto. Luego de anunciarse, enfiló hacia el área de los ascensores sin dejar de observar la fastuosa escalera arqueada de mármol blanco con baranda de hierro forjado. La habitación que le habían asignado, la 512, estaba ubicada en el quinto piso. El interior continuaba con la misma línea de sofisticación que había visto en la entrada. Una chimenea empotrada en uno de los muros, frente a la amplia cama, le daba un toque cálido al cuarto.

Se dio un baño para ponerse cómodo, pero en verdad había tenido suficiente tiempo para dormir a bordo. Durante la veintena de días que había durado el viaje, había podido descansar y pensar en Eileen. Se cambió y, al comprobar que no eran más de las cuatro de la tarde, decidió ir hacia la casa de Thomas para saber dónde podía ubicar a Eileen. Un chofer aguardaba en la vía de acceso al hotel. Tomó un vehículo y, durante el viaje, no pudo quitarse la expectación ni el nerviosismo hasta llegar al barrio Mayfair, donde estaba enclavada la casa de Thomas. Tuvo que esperar unos largos minutos, desde que se anunció, hasta que los dueños de la casa fueron a recibirlo.

Victoria estaba asombrada de verlo allí.

—No sabía que vendrías.

Pasaron a la comfortable sala de la casa; Victoria le pidió a la criada té y se sentó para hablar.

—¿Dónde te alojas?

—En el Midland Grand Hotel.

—Oh, es donde me quedé la primera vez que vine a Londres.

—Me lo recomendó Joaquín.

—Tienes noticias frescas de Josefina, ¿verdad? —inquirió ella.

—Sí, te puedo asegurar que lo peor ya pasó y que ahora mejora día a día de la mano de mi padre.

—Cuánto me alegra lo que me dices. Yo me enteré hace poco y pude enviarle una carta, pero me angustiaba no saber más de ella.

—Quédate tranquila, sé que junto a mi padre está haciendo un gran trabajo.

—Perdona la indiscreción, pero, con Francisco, ¿han limado las asperezas?

—Sí, y justo fue antes de decidir venir aquí que hicimos las paces —explicó.

—Thomas —dijo Victoria la verlo ingresar al recinto—, ¿te acuerdas de Juan?

—Por supuesto. —Lo saludó con un abrazo—. ¿Cuándo has llegado?

Thomas, que había conversado en varias ocasiones con Francisco, conocía el conflicto que lo separaba de su hijo y le había enviado un telegrama al enterarse del penoso suceso de Josefina.

—En el día de hoy, hace unas horas que arribé. Fue Joaquín quien me dio tu dirección.

—Pero no me mandó un telegrama para avisarme que venías.

—Es que le pedí que no lo hiciera.

—¿Por algún motivo en especial? —preguntó.

Juan estaba tenso porque sabía que Eileen era importante para Thomas y que debía conducirse con sumo cuidado.

—Decidí dejar mis actividades y compromisos para venir hasta aquí y ver a Eileen.

Hubo entonces un fuerte y elocuente cruce de miradas entre Thomas y Victoria.

—¿Eileen?

—Sí. Durante el tiempo que estuvo en Buenos Aires, estuvimos viéndonos, hasta que decidió regresar aquí de modo imprevisto.

—Sí, claro, yo estuve en comunicación con ella. Sabía que vendría y gesté su regreso —reveló Wood.

—Yo, en cambio, no supe que se iba hasta que me enteré por una carta que me dejó. Quiero verla y saber qué sucedió y cómo está.

—¿Y por eso has venido hasta Londres?

—Thomas —acotó Victoria, que se mostró cómplice ante lo manifestado por Juan—, creo que no tiene mucho más que explicar.

—Sé que ella forma parte de tu familia porque los une una gran amistad, pero lo que tengo para decir debe oírlo ella, no tú.

Thomas asintió con la esperanza de que eso no se convirtiera en una nueva complicación.

—Juan, puedes venir mañana aquí, así le aviso, y ella puede reunirse contigo.

—Gracias, Thomas, pero quiero ir al lugar donde ella vive.

—No vas a saber llegar, no es un lugar agradable para un extranjero. Es peligroso adentrarse allí —le advirtió.

—No vine a visitar la ciudad. Lo único que me interesa es verme con ella.

—Yo también estuve en ese barrio cuando no conocía la ciudad y necesitaba verte —intercedió Victoria.

—Ella me ha hablado del lugar en donde creció y de la vida que llevó.

Thomas se sorprendió de que Eileen se hubiese abierto de esa manera. Solo él y Barney habían compartido los secretos de su vida. Eso quería decir que Juan había sido importante para ella en el tiempo en que había estado en Buenos Aires.

—Si estás listo, te acompaño. Luego te arreglarás para regresar.

—Gracias, Thomas.

—Mi amor, regreso dentro de un rato.

—Te espero. —Luego ella se acercó a Juan y le dijo en voz baja—: Suerte.

Thomas la escuchó y esbozó una sonrisa. No había modo de que Victoria dejase de sorprenderlo con cada gesto o con cada actitud que tenía.

Durante el trayecto a bordo del carruaje, los hombres cruzaron unas pocas palabras. Juan notaba la diferencia que había entre las zonas selectas y pintorescas que había visitado y los suburbios pobres a los que estaba entrando.

—Es mejor que caminemos por aquí.

El joven Rivas y su guía se adentraron por uno de los callejones sucios y malolientes del lugar. La grisácea bruma envolvía el hedor de los vagabundos. Le costaba creer que alguien pudiese acostumbrarse a vivir en un sitio así. Al llegar a la esquina, doblaron hacia la izquierda y se toparon con una serie de construcciones despintadas y precarias que se alzaban a lo largo de la calle. En medio de la niebla, destelló la cabellera rubia y alborotada de Eileen, apoyada contra el ruinoso muro de una vivienda. Era esa la imagen que había buscado con impaciencia ese último tiempo. Nunca antes la había visto con ese harapiento vestido floreado, aunque debía reconocer que estaba tan encantadora como cuando usaba las elegantes prendas que, incómoda, lucía en la ciudad de Buenos Aires. Luego de dar unos pocos pasos, ella se dio vuelta. Habían valido la pena los contratiempos que había implicado realizar ese sorpresivo viaje por ver la cara de asombro de ella.

—¿Juan?

Él la envolvió en los brazos. Cuánto necesitaba sentirla cerca, acariciarla y besarla.

—Eileen, no tienes idea de cuánto te extrañé.

Ella logró separarse unos pocos centímetros para contemplarlo. Estaba abrumada.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Tú qué crees? —le dijo mientras le deslizaba el pulgar por la mejilla.

—¿Te enviaron del hospital a hacer algún trabajo?

Juan la tomó por los hombros y la arrinconó con los brazos contra el muro más cercano.

—Creo que no entendiste. Vine hasta aquí tras dejarlo todo, mi casa, mi trabajo y mi familia, porque deseaba verte. Eileen, aunque no lo creas, por este momento ha valido la pena cada maldito día que pasé a bordo sin saber cómo ni dónde te encontraría. Solo contaba con la dirección de Thomas. Lo busqué y le dije que necesitaba verte.

La besó con desesperación. Le lamió las comisuras de la boca y saboreó sus labios, que se abrieron para recibirlo.

—Te necesito —susurró él.

Eileen sentía un torbellino de emociones, pero algo no andaba bien. No podía continuar con eso. ¿Qué era lo que había cambiado entre ellos? Esa vez, era Londres el lugar que los albergaba, pero la situación era la misma. ¿Cuánto tiempo tardaría Juan en darse cuenta del mundo al que ella pertenecía?

—Juan —susurró mientras hacía un gran esfuerzo por separarse de él—, esto no puede ser.

—¿Por qué?

—¿Has visto dónde vivo? Fíjate cómo vivo. Esta soy yo, no la que conociste en la casa de Thomas, con las lujosas prendas que me había regalado Victoria. No tengo trabajo aún y vivo cada día según se presenta.

—Yo conocí a la verdadera Eileen. Desnudaste tu corazón cuando estuvimos juntos y lo sabes. No puedes negarlo. Ver dónde y cómo vives no hace más que enaltecerte. No te engañes al buscar pretextos que solo te confunden.

—Eso dices ahora, pero luego me lo reprocharás —le aseguró.

—No sé quién te metió la maldita idea de que no puedes aspirar a otra cosa. Si crees que todo esto es una mierda, busca algo mejor, y te propongo que lo hagamos juntos.

Eileen no podía decirle que Barney le repetía una y otra vez que ella no servía para otra cosa que no fuera cumplir miserables labores para subsistir. No podía confesarle que había sido un grave error haberse ido de la “pequeña Dublín” y haber buscado resguardo con Thomas, que la realidad de ella estaba en ese suburbio en donde habitaban mendigos harapientos y ladrones. Menos aún podía explicarle que la única manera de divertirse en ese sitio era al participar de alguna pelea callejera para conseguir un poco de dinero que, más tarde, sería gastado en unas botellas de alcohol, sin esperar nada distinto al otro día.

—Ahora vas a escucharme. Puedo entender que te sientas abrumada por mi visita. Quizás haya sido el mismo impacto que tuve cuando fui a buscarte a la casa y Joaquín se limitó a informarme que no estabas y a señalar la carta que habías dejado para mí, carta que leí hasta el cansancio y que puedo recitarte ahora de memoria. Para mí también fue la mejor noche de mi vida, pero no me conformo con una; quiero más. En este momento, yo también soy egoísta y vine hasta aquí porque no soporto estar alejado de ti. Como escribiste en

ese papel, tú también estas en mi corazón, pero no me contento solo con eso. Eileen, solo contigo me he sentido de este modo y quiero que sepas que no me voy a resignar a una simple negativa.

Juan volvió a besarla para dejarle claro cuánto significaba para él.

—Me alojo en el Midland Grand Hotel y voy a estar esperándote.

Eileen se quedó conmocionada al verlo alejarse por los callejones envuelto en la niebla hasta desaparecer por completo. Luego entró a la precaria morada, se lanzó a un desvencijado sillón de la pequeña sala y comenzó a llorar. Nunca antes se había sentido indignada por la vida que había llevado en ese lugar ni por todo lo que había debido atravesar, pero, en ese momento, todo aquello la alejaba del futuro que Juan le brindaba. Le aterraba defraudarlo por no ser lo bastante buena para él. Ella no poseía la fe que él sí tenía en ella. Sin embargo, cada planteo que se hacía era contradicho por el profundo sentimiento que albergaba por él. ¿Cómo actuar de manera correcta cuando el corazón se negaba a seguir los dictados de la razón?

* * *

Juan no había dejado de dar vueltas por la ciudad a la espera de Eileen. Suponía que debía darle tiempo para que pensara en él y en la propuesta que le había hecho. Él sabía que ella lo amaba, solo faltaba que se diese cuenta de eso para dar un salto y dejar atrás ese pasado doloroso para empezar una vida juntos. Juan ya había dado el primer paso; restaba esperar que ella diera el siguiente. Para hacerlo, Eileen debía estar segura de dejar todo a un costado. Él no quería atormentarse con la presencia de Barney, ese amigo que ella había nombrado en más de una oportunidad y que formaba parte de ese

círculo íntimo en el que ella se había apoyado en los momentos más duros. Tampoco Juan estaba preparado para un nuevo desencanto amoroso. El primero y único que había tenido, lo había vivido con Josefina y por culpa de su padre. El dolor había sido muy grande, pero solo con Eileen había conocido el verdadero amor. No quería pensar siquiera lo que pasaría si ella decidía mantener la vida que había llevado hasta el momento.

Ni los extensos y frondosos jardines que se abrían a su paso, ni el palacio de Buckingham con la torre del Big Ben, ni las concurridas plazas que había recorrido podían arrancarlo de ese ensimismamiento al pensar en Eileen. Habían pasado ya dos largos días desde que había ido a buscarla. Era una costumbre, cada vez que abandonaba el hotel y cuando regresaba, acercarse hasta el largo mostrador de madera lustrada para preguntar al conserje si tenía alguna nota de una joven llamada Eileen. Esa vez no iba a ser la excepción, y al ingresar al amplio vestíbulo, enfiló directo para hacer la consabida averiguación, pero fue interceptado por uno de los empleados.

—Hay una señorita que lo espera en el salón comedor desde hace una hora.

Juan se alejó, mientras el hombre terminaba la frase, para adentrarse al recinto. En una mesa al fondo del lugar, estaba Eileen jugando con una cucharita de té.

—Te estaba esperando —susurró él al acercarse por detrás.

Ella lanzó el cubierto al piso ante la sorpresa que le causó tras no haber escuchado que Juan se aproximaba.

—Shh, no te inquietes —la calmó al sostenerla por los hombros mientras le besaba el cuello—. Es la más linda sorpresa que he tenido desde que llegué aquí.

Cuando se sentó frente a ella, levantó la mano para pedir otro té y le clavó la mirada. Necesitaba saber de antemano qué había ido a decirle.

—No me observes de ese modo.

—No puedo dejar de mirarte, así que pídemme otra cosa.

—Durante estos días, no dejé de pensar y afirmar que no es una buena idea que estemos juntos. Solo yo sé lo que viví, y quizás eso pueda, en algún momento, volverse en nuestra contra. Me da miedo que vayas a decepcionarte cuando te des cuenta de que yo no soy esa mujer que creías que era. No dormí por hostigarme con todo esto, pero el amor que siento por ti es tan grande que opaca cualquier pensamiento sensato que pueda elaborar respecto a lo que es más conveniente para nosotros. Yo no estoy acostumbrada a que me sucedan cosas bonitas, siempre creía que eso le ocurría a otros. Juan, quiero hacer lo mejor para nosotros, pero debes saber que aún tengo cuestiones que resolver.

—Tengo todo el tiempo del mundo. Esperaré lo que haga falta para que estemos juntos.

Juan entrecruzó los dedos con los de ella y se acercó por encima de la mesa para susurrarle:

—Quiero abandonar este lugar ya.

Eileen sonrió y le apretó la mano. Él hizo una señal al camarero para que cargara la cuenta a su nombre y, tras levantarse, se escabulleron entre la gente que daba vueltas por la entrada del hotel, hasta terminar en uno de los elevadores.

—Te amo —declaró Juan luego de darle un beso, y aprovechó que iban solos hasta que, en el quinto piso, subieron dos huéspedes.

Al descender, él la guio hasta el cuarto y, tras cerrar la puerta, la besó hasta quitarle el aliento. Entre caricias y palabras de amor, se fueron despojando de las prendas que llevaban hasta quedar desnudos. Sobre la amplia cama, se amaron sin límites. Él volvió a recordarle que esa cicatriz que ella llevaba impresa en la piel como huella del sufrimiento y el dolor que había atravesado era una de las partes del cuerpo que él no dejaría de adorar cada vez que estuvieran juntos.

* * *

Desde la estación St. Pancras, Barney veía la majestuosidad del Midland Grand Hotel. Hasta allí había llegado al seguir a Eileen. La notaba cambiada desde que había arribado a Londres. Había intentado estar con ella como antes, pero la muchacha se había negado. No entendía qué le sucedía. En su ausencia, él había estado reunido con Thomas y había intentado, entre copas, averiguar cuándo regresaría Eileen. También le había confesado cuánto la necesitaba y extrañaba. Sabía que esa era una buena manera de al fin tenerla cerca porque Thomas haría todo lo posible para evitar que él estuviera peor de lo que ya estaba. Había sido así como Eileen había regresado al lugar que nunca había debido abandonar. No sería la primera vez que la convenciera de algo con lo que ella no estuviera de acuerdo.

Con la mano, empujó la botella de cerveza para acabar de beber la tercera desde que aguardaba a Eileen. Suponía que la preocupación de Eileen se debía a la necesidad de encontrar un trabajo decente fuera de la zona a la que pertenecía. A él le causaba gracia que intentara cambiar. Quizás Thomas le había metido ideas raras sobre lo que debía hacer. Si creía que trabajar en ese hotel sería la solución, estaba equivocada, aunque había un modo de hacérselo entender. La espera

lo estaba inquietando, pero sabía que no podía entrar allí con el aspecto que tenía. Abandonó la estación de ferrocarril para adentrarse en la vía de acceso al hotel. Había estado controlando la salida, y ella aún no había aparecido. Uno de los carruajes estacionados se puso en marcha con pasajeros a bordo, lo que le permitió tener una mejor visión de la entrada. Se acercó sin poder creer que fuese Eileen quien salía de allí abrazada a un hombre cuya identidad él desconocía. Centró una vez más la vista para saber si estaba equivocado, pero el sonido de la risa de ella fue inconfundible. Caminó hasta ellos y apartó a Eileen de un empujón para tomar de improviso a Juan.

—¡Barney! ¿Qué haces? ¡Suéltalo!

Juan no tuvo tiempo de reaccionar antes de que el cuerpo de Barney cayera sobre él para descargar su furia.

—¡Basta!

Eileen gritó un pedido de ayuda para que algún empleado del hotel se acercase y los separase. Ella lo intentaba, agarrada de la raída camisa a Barney para que se alejara de Juan. De no hacerlo, terminaría por matarlo. Ella sabía la fuerza con la que contaba ya que a veces se ganaba unos cuantos chelines en alguna riña callejera.

Dos empleados se acercaron a los gritos con la amenaza de llamar a la policía. Esa palabra fue lo único que logró detener la ira de Barney. No podía darse el lujo de tener otra entrada en el destacamento policial.

Eileen se arrodilló para tomar el rostro sangriento de Juan. No podía creer que, minutos antes, hubiera estado viviendo uno de los mejores momentos de su vida y, una vez más, el pasado hubiera regresado para dañar a la persona que más amaba.

—Juan.

Él estaba atolondrado por la paliza, pero no tenía más que algunos cortes en el rostro.

—Perdóname por favor.

—Shh —dijo con la respiración entrecortada—, no es tu culpa, ya me encargaré de este energúmeno.

Eileen se dio vuelta para ver que solo podía haber mantenido ese escueto diálogo porque Barney estaba siendo sujetado por los empleados del establecimiento.

—Si no te vienes conmigo en este preciso momento, te juro que lo mato. Y sabes que no miento —bramó mientras intentaba zafar de los hombres que pretendían sacarlo fuera del hotel.

Ella supo que no tenía elección. Si en verdad amaba a Juan, debía irse con Barney para calmarlo y quitarle de la cabeza la idea de asesinarlo. Lo conocía, y cuando algo se le metía en la cabeza, era difícil hacerlo cambiar de opinión.

—¡Eileen! —llamó Juan en tanto se incorporaba, aunque no pudo hacerlo del todo porque un fuerte dolor en el estómago lo hizo doblarse de nuevo.

—Señor, esto que ha sucedido es inaceptable. Es regla de este establecimiento evitar los escándalos públicos, y usted acaba de protagonizar uno. Lo invitamos a que, cuando se recupere, abandone nuestro alojamiento.

* * *

Juan había tardado más en reconocer la zona donde ella vivía que en tomar unos calmantes, tirar la ropa en la maleta y dejarla en el hotel hasta que pudiese encontrar otro lugar para alojarse, aunque eso era lo que menos le importaba. Al fin había podido ver en acción al hombre que, durante mucho tiempo, le había dicho a Eileen que lo mejor era quedarse en los bajos fondos en los que vivían para no salir nunca de allí. Reconoció uno de los callejones que había transitado unos días atrás y supo que estaba por llegar a la casa de la joven. Caminó a tientas en la oscuridad hasta que atisbó la puerta que pertenecía a la vivienda de ella. Notó que no estaba trabada, la empujó, y el sordo silencio lo inquietó. Atravesó la pequeña cocina, y un sollozo lo alarmó más de lo que estaba. En un costado de un pasillo, estaba sentada Eileen, con las piernas flexionadas y la cabeza apoyada sobre las rodillas. Juan se arrodilló para consolarla.

—Mi amor, no llores, acá vine para buscarte. Vamos, Eileen, mírame.

Él tomó la cabeza de ella para levantarla y contemplarla, y en ese instante descubrió que el rostro de ella estaba tan o más golpeado que el de él. Un frío helado le corrió por todo el cuerpo, y la impotencia, junto con la ira, lo envolvió, pero las lágrimas que corrían por el rostro de ella lo conmovieron porque no sabía cómo calmar esa angustia.

—Vamos, mi amor, ¿puedes levantarte?

Ella asintió y se incorporó con la ayuda de él, que debió sujetarla porque se tambaleaba.

—¿Te duele algo?

—Un poco la cabeza.

Juan la condujo hasta la cocina y allí le dio un vaso con agua y sacó del bolsillo algunos de los analgésicos que él pensaba tomar más tarde para dárselos a ella.

—Te vas a sentir mejor.

—No puedo irme contigo. Él me juró que, si lo hago, te mataría.

—Yo no pienso salir de esta casa si no es contigo. Me importa una mierda su amenaza, ya tendré tiempo de ocuparme de él. Primero estás tú.

La sostuvo para ayudarla a caminar y salieron de la vivienda. Una bocanada de aire fresco le llenó los pulmones de oxígeno. Caminaron en silencio y abrazados por el callejón. Unas cuerdas después, pudieron abordar un coche de alquiler.

—¿Vamos a tu hotel?

Ella no quería decirle que temía regresar allí porque ese era un lugar que Barney conocía y el primero en donde la buscaría.

—No iremos ahí, pero no debes preocuparte por eso. Él no volverá a lastimarte, te lo prometo.

Eileen se aferró a Juan y dejó escapar un sollozo quejumbroso que mostraba a las claras el dolor que emergía de su interior.

—Perdón —se lamentó ella.

—Mi amor, nada de lo que aconteció fue por tu culpa, por más que él te quiera hacer creer eso.

—Te aseguro que él no era así. El Barney que conocí nunca me habría hecho daño, de verdad.

—Lo que importa es que dejó de ser la persona que creías. Ahora debes estar lejos, muy lejos de él.

—Quiero que sepas que te dejé en el hotel porque buscaba calmarlo para evitar que hiciera una locura. Después de lo que vivimos esa tarde, nunca te abandonaría. Yo me resistí a regresar con él, pero eso lo enfureció más, y descargó su ira conmigo.

¿Cómo podía Juan darle la paz necesaria para calmarla si él mismo no lograba sosegar? Con cada palabra que ella le decía, sentía que un profundo puñal se clavaba muy dentro de él.

—Ya no deberás hacer nada más por mí porque estaremos juntos donde sea.

—¿Me lo dices de verdad?

—Por supuesto.

—Juan, para mí es importante saber si esto último que te he contado puede cambiar tu opinión respecto a mí. Por favor, necesito saberlo.

—Te enaltece aún más. —Él le besó la coronilla y la abrazó—. Creo que hemos llegado.

Eileen corrió la cortina del coche y se encontró con la casa de Thomas.

—No podemos quedarnos aquí.

—Claro que sí, al menos hasta que consiga otro sitio. Este es un lugar seguro.

Grande fue la sorpresa de Victoria cuando los vio entrar en el estado calamitoso en que se encontraban, en especial Eileen.

—¿Qué les ha sucedido?

—No te preocupes, tuvimos un altercado cuando fui a buscarla a su casa. Unos ladrones aparecieron y me robaron el dinero que tenía.

—¡Qué barbaridad!

—Yo estoy bien, pero Eileen estaría mejor si se recostara.

Los tres alcanzaron una de las tantas habitaciones de la finca. Eileen entendió que Juan tenía razón, porque las piernas comenzaban a fallarle. La tensión que había vivido en la feroz pelea con Barney estaba provocando que se derrumbara.

—Ya vengo, será mejor que les traiga un té, eso los calmará un poco.

—Gracias, Victoria, pero que sea para Eileen porque necesito suministrarle unos medicamentos. Necesitaría también un paño helado para colocarle unas compresas en el rostro.

—Enseguida —dijo antes de retirarse para dejarlos solos.

—No soy yo sola la que necesita deshincharse la cara.

—¿Tienes alguna queja respecto de la mía?

Eileen sonrió, aunque, al hacerlo, una mueca de dolor le atravesó el rostro. Tras el chasquido de la puerta, apareció Victoria.

—Ahora que estás aquí tranquila, iré a buscar unas cosas al hotel.

—¿Piensas irte ya? —inquirió Victoria.

—No sin ella. Sucede que prefiero otro alojamiento.

—Puedes quedarte aquí.

—Gracias, pero quiero buscar algo para mí.

—Puedes ir más tarde a buscar tu bolsa al hotel —agregó Eileen.

—Iré ahora, así estamos juntos por la noche. Eso sí, me iré solo si te tomas antes este calmante.

—Te espero —susurró la joven cuando él la besó para despedirse.

Victoria observaba con preocupación el estado de Eileen.

—¿Qué ha sucedido? Puedes confiar en mí.

La puerta se abrió de golpe, y Thomas apareció en la habitación.

—Por Dios, ¿qué te ha ocurrido?

—Fue un atraco, como los que solíamos ver donde vivíamos.

—Acabo de cruzarme con Juan al entrar, y su estado no era del todo satisfactorio.

—Sí, nos dijo que iría a buscar el equipaje para trasladarse a otro lugar. Eileen, debes tomar este medicamento que dejó Juan. Vas a descansar y verás que, cuando despiertes, todo estará mejor.

Eileen sentía la penetrante mirada de Thomas, que no se perdía un gesto en el golpeado rostro de ella. Él se acercó y se sentó a los pies de la cama. ¿Qué ocurriría si ella se dormía sin saber qué había sucedido con Juan?

—Eileen, quiero que me cuentes lo que en verdad ocurrió.

Ella no sabía qué era mejor, pero temía que Juan hubiera ido a buscar a Barney y desconocía qué podía suceder entre ambos.

—¿Deseas que me vaya para hablar con Thomas?

—No, Victoria, por favor quédate.

—Si piensas que creeré que esos golpes dados con tanta saña son producto de un atraco, no me conoces. Dime qué sucedió.

Eileen le narró de modo sucinto los días anteriores, desde que Juan había arribado, y notó cómo la expresión de Thomas cambiaba a medida que avanzaba en el relato.

—Tengo miedo de lo que pueda suceder con Juan y no quiero involucrarte en este problema porque tú ya tienes los tuyos; además está Victoria y el niño.

—No debes preocuparte, Thomas sabe lo que debe hacer —retrucó Victoria indignada.

Él se levantó y enfiló hacia la puerta.

—Cuídate —dijo Victoria.

Al salir, le dejó indicaciones a Dwayne para que estuviera atento en la casa por si alguien merodeaba y se dirigió a los barrios bajos que tan bien conocía.

No fue difícil dar con Barney. La taberna estaba atiborrada de irlandeses que bebían cerveza, pero allí dentro no iba a encontrarlo. En la parte trasera, había un lúgubre callejón que solían utilizar cuando buscaban una pelea sin demasiados espectadores. Ellos atraían al público por las apuestas que se levantaban, en especial Thomas, aunque sabía que Barney, sin la misma pericia de él, combatía con destreza. Observó que Juan estaba dándole puñetazos sin acertar. Los manotazos del joven Rivas quedaban suspendidos en el aire, mientras que Barney estaba a sus anchas al poder demostrar lo único que creía que podía hacer.

—Déjalo.

La voz ronca de Thomas retumbó en el callejón. Juan quedó aturdido al ver que Barney focalizaba la atención en alguien detrás de él.

—Thomas, ¿quieres apostar con este?

—¿Por qué?

La pregunta no se refería de hecho a la apuesta.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Barney, sin comprender qué hacía allí.

Thomas se acercó a Juan y le susurró que se fuera. Juan supo que Thomas debería arreglar a su manera el conflicto con Barney porque era algo que le competía a él. Rivas ya había tenido suficiente y sabía darse cuenta de cuándo debía retirarse. Al menos, se iba convencido de que Eileen lo estaba esperando y de que no volvería a apartarse de su lado.

—¿Conoces a esa mierda que se metió con Eileen?

—¿Te olvidaste de lo que algún día nos juramos con respecto a ella?

—Yo la he cuidado siempre —afirmó Barney.

—Confió en nosotros y nos confesó cada situación dolorosa que vivió. ¿Sabes por qué lo hizo? Porque éramos los únicos que podíamos sacarla de toda esa mierda que le tocó vivir. Fuimos su refugio y le prometimos que nunca más pasaría por algo igual. Me dijiste que la querías, y creí que contigo estaría a salvo. Pero me equivoqué, porque, ahora, Eileen está en mi casa con la cara destrozada por ese puño de mierda que tienes luego de que intentaras forzarla. No sé cuándo te transformaste en este monstruo.

—No sabes lo que dices.

—No te contentaste con destruirla, sino que intentaste quitarle lo único bueno que encontró —le recriminó Thomas.

—Cállate. ¿Acaso crees que ese cobarde que acaba de irse es lo mejor que puede tener?

—El único cobarde eres tú, que has sido capaz de golpearla.

—No fue del modo en que te lo contó. Pero ¿por qué vienes tú a darme sermones sobre cómo debo actuar? Tú, que te fuiste de aquí y nos dejaste en medio de esta mugre.

—¡Deja de culpar a los demás y mira en lo que te has convertido!

—Parece que te sobran las palabras, ¿o es que no te animas a enfrentarme?

—Vamos, acércate para dar tu última pelea.

Barney se aproximó con el cuerpo encrespado y los puños cerrados, preparado para no tener piedad con Thomas. Sabía que no debía tenerla si buscaba ganarle. Al menos en algo debía sobresalir. No podía ser que aquel hombre lo hubiese superado en todo, incluso al llevarse a Eileen con él. Porque sabía que ya no podría volver a verla si estaba Thomas de por medio.

El primer golpe que Barney recibió lo hizo trastabillar. Hacía tiempo que no perdía el control como le estaba ocurriendo. Necesitaba derribar a Thomas para demostrarle que era alguien. Un golpe asestado en el vientre lo doblegó, y otro en el pómulo le cortó la piel. Él no se había quedado atrás en el ataque, pero Thomas no había dejado de esquivar sus puñetazos con una pericia que había olvidado que tenía. Lucharon hasta caer sobre un charco de lodo.

—No voy a matarte, aunque debería hacerlo para limpiar este lugar de tanta escoria. Barney, es la última vez que tendré compasión contigo. No lo hago por ti, sino porque no quiero volver a ensuciarme las manos con una muerte. Supongo que no debo decirte que no quiero cruzarte nunca más ni que te acerques a Eileen. Eso sí, me aseguraré de que nunca vuelvas a salir de este lugar de mierda y de que pudras aquí dentro.

Thomas se incorporó y volvió a mirar a Barney, que yacía en el fondo del callejón con la sangre que le brotaba a borbotones de la mejilla y de la nariz. Con esa imagen y en plena oscuridad, abandonó para siempre la “pequeña Dublín”.

CAPÍTULO 20

En la isla esmeralda

Dublín, 1890.

La costa de la bahía se recortaba solemne, majestuosa, contra el mar bravío. Las olas rompían y llevaban hasta la orilla la espuma blanca que arrasaba con los guijarros enredados en las verdes algas acarreadas por la marea. A una cierta distancia, se erigía una de las tantas torres Martello que se habían construido a lo largo de la ribera con el propósito de defender, tiempo atrás, la tierra irlandesa de la invasión napoleónica. La vigorosa edificación se mezclaba con la bruma marina hasta resurgir como un faro cada vez que la niebla se disipaba.

En medio de la playa, se alzaba el muelle de la ciudad de Dublín. Varios eran los barcos que, anclados, esperaban a ser cargados con mercadería. El equipaje, las cajas y demás bártulos aguardaban a ser depositados en las bodegas de las naves para su posterior traslado. Los marineros, junto con el personal portuario, no dejaban de moverse presurosos para cumplir con la faena. Los pasajeros mantenían esa latente inquietud por emprender la travesía que los llevaría a un nuevo destino. Sin embargo, no siempre había sucedido de ese modo. Había habido un tiempo, luego de la hambruna desatada en toda Irlanda, en que ese paisaje se había transformado en algo aterrador. Ese mismo puerto se había visto atestado de irlandeses que, aun enfermos, habían logrado sobrevivir a la hambruna

provocada por la plaga que había aniquilado los sembradíos y que había destruido miles de vidas. Luego de eso, el suelo antes cultivado había quedado estéril durante algunos años.

Las mismas autoridades inglesas que habían accedido al reclamo irlandés durante el primer año y les habían brindado ayuda, luego se habían negado a trasladar a los enfermos que, con el último aliento, buscaban refugiarse en otros sitios para intentar subsistir durante lo que les quedase de vida. En la búsqueda por arribar a territorio americano, algunas viejas barcas habían sido acondicionadas para trasladarlos a través del océano Atlántico. Las condiciones de navegación eran paupérrimas, viajaban hacinados, y eran pocos los pasajeros que llegaban a destino con vida. Sin duda, los barcos féretros se propagaban por demás, lo que daba grandes ganancias a los dueños que comerciaban con la necesidad y la desesperación irlandesas.

Aquella tierra no solo se había visto arrasada por los designios de la naturaleza, sino que también había sido motivo de grandes luchas en pos de conseguir una tajada. Gran parte del terreno pertenecía a terratenientes irlandeses en su mayoría protestantes que eran descendientes de ingleses con fuerte identidad británica. Por su parte, los nativos agricultores reclamaban los campos que ellos consideraban que habían sido robados a sus ancestros y otorgados a los ingleses. Esa lucha había provocado que los campesinos se unieran para formar distintos movimientos que habían encabezado una revuelta descarnada que había dejado como saldo innumerables muertos al manchar de sangre el suelo irlandés.

Thomas acababa de arribar junto a Victoria y Colin a la tierra que en que había nacido, un lugar lleno de historia, tradiciones y leyendas celtas. Abordaron un coche para dirigirse a una de las propiedades adquiridas allí. A bordo del carruaje que habían tomado, Thomas contemplaba a Victoria, que se mostraba extasiada de ver el lugar que la rodeaba. Atravesaron la ciudad de Dublín, de la que se alejaron al

cruzar los prados verdes que reverberaban al paso del vehículo, hasta llegar a una fortaleza de piedra gris que se levantaba a orillas de un escarpado acantilado. Dos miradores ubicados a los costados la custodiaban. Victoria no salía del asombro por lo que estaba presenciando.

—Parece mágico.

—Lo es porque estás aquí —susurró él al tomarla por detrás y apoyar la cabeza sobre la de ella.

—¿Desde cuándo tienes esta propiedad?

—Hace unos años, en uno de los viajes que hice, vi esta construcción convertida en una fortaleza y quise que fuese mía. Faltabas tú para completar mi fantasía. Vamos a recorrerla.

Paca los seguía por detrás, con Colin en brazos, sin poder evitar sentir cierto temor por el lugar hacia donde se dirigían. Una pesada puerta de madera daba acceso al interior. El amplio recinto estaba iluminado por varias ventanas de alabastro que asomaban de los muros grises de piedra. La construcción conectaba los ambientes a través de arcos de medio punto. A un costado, emergía una escalera que conducía a los cuatro pisos en donde estaban ubicadas las distintas habitaciones.

—Mi niña, no me alcanzará el tiempo para mantener este lugar limpio.

—No te preocupes, hay un matrimonio de caseros que vive aquí durante el resto del año y que lo mantiene en condiciones. Solo debes cuidar al bebé cuando Victoria no pueda hacerlo.

—¿Y dónde nos alojamos con el niño? Está cabeceando desde que entramos.

—Ven —le indicó Thomas.

Camaron por un largo pasillo decorado con tapices en distintos tonos de verde y escudos hasta llegar a la alcoba.

—Con el tamaño que tiene este dormitorio no creo que sea necesario que lo saque a pasear.

Victoria besó a Colin y a Paca; luego los dejó para que descansaran. El corto viaje parecía haberlos agotado. Thomas condujo a Victoria a la habitación que compartirían. Como con el resto de la propiedad, ella quedó subyugada. En uno de los muros, frente a la amplia cama con dosel, se encontraba empotrada una chimenea. Victoria se acercó a una de las ventanas de la recámara y se impactó ante la vista que tenía de la bahía. Las aguas azules bañaban la costa pedregosa y otorgaban brillo a las piedras al mojarlas. El panorama la hechizó. Le costaba apartarse de aquella ventana y de ese paisaje que no dejaba de conmoverla.

—Las veces que viniste aquí, ¿lo hiciste solo?

—Sí —respondió desde atrás mientras la rodeaba con las manos por delante—. No podría haber venido con alguien más porque te estaba esperando.

Thomas entrelazó los dedos con los de ella y se quedó observando, a través de la ventana, la majestuosidad que se abría ante sus ojos.

—Tenerte a mi lado es lo que siempre soñé.

Él rebuscó en un bolsillo para deslizarle un anillo a Victoria en la mano izquierda.

—Sé que no necesitas un anillo para ser mía, pero al menos el resto sabrá que lo eres —susurró.

Ella se asombró no solo por el gesto, sino por las características de esa ancha alianza de oro blanco con incrustaciones de diamante que formaban nudos en toda su circunferencia.

—Estos anillos tienen reminiscencias celtas. Los nudos representan la unión indestructible de los lazos. Así es nuestro amor. Desde que te conocí, no te pude apartar de mi pensamiento ni de mi corazón. No sé por qué designio del destino tuvimos que esperar para estar juntos, pero amo estar así aunque no compense cada maldito día que no te tuve a mi lado.

Ella se dio vuelta entre los brazos de él con los ojos húmedos ante la declaración que había escuchado.

—Siempre supe que nada podría separarme de ti, aunque no estuvieras conmigo. Si alguien pensó que, al alejarme de ti, lograría que te olvidara, se equivocó. Cada instante que no estabas a mi lado potenciaba los deseos por verte.

Victoria sintió cómo la mirada de él la quemaba por dentro. Con esos ojos azules, Thomas le recorrió el rostro para repasar cada pequeño rasgo. Se acercó para besarla y dejarse envolver por la pasión que solo ella le provocaba. Con los dedos recorrió la espalda de la joven al tiempo que desabrochaba los botones para quitarle el vestido. El resto de las prendas cayeron de inmediato al suelo. El roce de los cuerpos los estremeció. Alcanzaron la cama y se desplomaron sobre ella. La boca de Thomas recorrió cada centímetro de la piel de ella, que se erizaba bajo el caliente contacto. Saboreó el interior de Victoria y le robó unos cuantos gemidos al excitarla cada vez más. En medio de un torbellino de sensaciones que se incrementaban a cada segundo, él se incorporó y, con los dedos entrelazados, se fundió dentro de Victoria.

—Mía —gimió—; solo mía.

Ella se creía desfallecer. Nunca se acostumbraría a las sensaciones que Thomas le provocaba.

—Te amo. Por siempre —confesó ella luego de haber alcanzado el éxtasis.

Él la trajo sobre sí y la apoyó sobre su pecho mientras le deslizaba los dedos por la espalda, lo que la hizo estremecer.

—Querría quedarme aquí —deseó ella.

—¿De verdad te gustaría?

—Sí, o al menos pasar largas temporadas. Me he enamorado a primera vista de esta tierra no bien la pisé, como me sucedió contigo.

—Eres increíble. Luego de que resuelva algunas cuestiones, te prometo que pasaremos un tiempo aquí. Nunca creí que podría regresar a mi tierra contigo y con estos deseos de no querer irme de acá.

—Podríamos dejar atrás Londres y quedarnos en este lugar o regresar a Buenos Aires.

—Mi amor, no debes temer el retorno a Londres. Estaremos allá el tiempo que me lleve acomodar ciertas cosas y luego iremos a Buenos Aires, al menos durante un tiempo. No pienso escaparme, si eso lo que lo que sugieres.

Ninguno quiso mencionar a James Lowe. No era el momento ni el lugar para hacerlo, pero aún quedaba algo pendiente por resolver.

* * *

La bruma opacaba los rayos de sol de esa mañana anodina. La brisa de mar se colaba por la ventana y hacía ondear el tul que envolvía la cama con dosel. Victoria se desperezó y enseguida sintió que faltaba Thomas. Observó el reloj que colgaba sobre la chimenea y notó que era cerca del mediodía. Se levantó de inmediato y, luego de acicalarse en el baño y cambiarse, salió en busca de él y del resto de la familia. En el recorrido, inspeccionó otras habitaciones que el día anterior no había visitado. Sin duda, para Victoria, estar allí dentro había superado con creces cualquier cosa que hubiera imaginado. Al fin, logró dar con el estudio donde se hallaba Thomas y se detuvo al ver que no estaba solo.

—Disculpa, no sabía que estabas acompañado.

Él la vio aparecer con los cabellos colorados ensortijados, con la expresión aún adormilada, lo que lo llevó a desear echar a la visita y hacerla suya en medio de la mesa sobre la que estaban desplegados varios documentos.

—Victoria, pasa.

Observó que el notario la miraba con detenimiento. No lo culpaba, pero le molestaba que lo hiciera. Ella se acercó; él la tomó de la mano para que se acercase y poder besarla.

—Ella es mi mujer.

El invitado no tuvo dudas acerca de eso ante la contundencia del gesto y del modo en que Thomas lo proclamó.

—¿Desean beber algo? —ofreció con timidez, más porque no sabía bien qué decir en esa circunstancia. Parecía que tenían algo importante que resolver.

—Gracias, pero ya estamos tomando una copa de brandy.

—Entonces, si me disculpan, hay otro Wood que debo atender.

Ella se retiró en busca de su hijo, mientras Thomas se ponía al día con algunas novedades sobre los negocios en esa tierra.

—Creo que tu llegada es importante, porque el vendedor de las tierras que buscas solo desea hablar contigo.

—¿Qué te pareció? —inquirió el empresario.

—No puedo decirte mucho: fue su secretario quien se puso en contacto conmigo para adelantarme sus deseos de venderte ese terreno. Cuando supe que vendrías, le avisé que estarías para así poder concertar una reunión.

—¿Quieres decir que deberé esperar a que se comunique con nosotros?

—Si no lo hace en estos días, me pondré en contacto con el secretario para disponer un día y reunirnos —le aseguró el notario.

—Está bien.

—Quería comentarte algunos detalles del resto de tus inversiones.

—Por supuesto.

La conversación no se extendió más allá de una hora. Thomas no quería perder tiempo ni estar a disposición de otra persona. Ese viaje lo había aprovechado para tomarse un tiempo con la familia, además de para alejarla de Londres y de la amenaza que significaba estar cerca de un desquiciado James Lowe. Se dio vuelta en el sillón y contempló a Victoria corretear y jugar con Colin. Vio cómo lo dejaba en manos de Paca para aproximarse al acantilado. Él podía notar la

atracción que le provocaba ese risco, sin desdeñar cierto temor al tener frente a ella, y a esa altura, la inmensidad de esas aguas azules a sus pies. Él también disfrutaba de ese lugar y de la vista privilegiada que tenía.

Luego del almuerzo, Thomas se recluyó en el despacho para finalizar algunos temas. Se sirvió un vaso de whisky mientras vislumbraba por la ventana cómo la bruma ocultaba la tormenta que se avecinaba. De repente, la puerta del estudio se abrió de golpe para dejar ver a un empleado con algo en la mano.

—Señor Wood, ha llegado esto para usted.

Thomas se mantuvo alerta al contemplar el sobre de manila lacrado que acababa de recibir.

—¿Quién lo ha enviado? —preguntó al ver que no especificaba el remitente.

—Lo desconozco. Lo ha traído un cochero que acababa de marcharse.

—Está bien, puedes retirarte.

Tomó el abrecartas de plata que descansaba junto al cartapacio de cuero negro y desgarró el papel.

Debió sostenerlo con fuerza para evitar que se le deslizara entre los dedos ante la emoción que sentía a medida que leía el contenido de ese documento. Sin embargo, al culminar la lectura, el estado de euforia se sosegó. Debía saber quién había sido el emisario. Luego de guardarlo en un lugar seguro, se encaminó hacia la puerta a buscar al empleado que, minutos antes, le había traído el recado.

—Señor, desconozco quién ha sido —contestó—, pero el cochero debe de estar cerca de aquí.

Thomas no necesitó escuchar nada más: salió en busca de un caballo para interceptar el carruaje que había estado antes en su propiedad. No le costó alcanzarlo, y una vez que obtuvo la información acerca del lugar hacia donde debía dirigirse, se largó a la carrera en busca de la identidad de la persona que le acababa de ofrecerle la posibilidad certera de destruir a James Lowe. A pesar de todo, estaba seguro de que nadie actuaba sin pedir algo a cambio y no deseaba quedar en deuda con nadie. Él había aprendido que los favores, en muchos casos, cotizaban muy alto. Azuzó una vez más al corcel con la imperiosa necesidad de saber quién había sido el benefactor.

El camino bordeaba un acantilado que se extendía a lo largo de toda la costa, bañada por las rebeldes aguas del mar. Luego de cabalgar en medio de la persistente llovizna, divisó un castillo ubicado en la parte más alta del terreno, una propiedad cuyo dueño desconocía y que parecía deshabitada.

Con el mismo ímpetu que había impreso en la carrera, descendió del caballo sin importarle el aspecto que tenía. De inmediato, la puerta se abrió, y detrás, se asomó un mayordomo que lo invitó a pasar y lo condujo hasta una sala.

—Espere aquí, ya van a atenderlo.

Thomas observó con detenimiento la estancia para poder conocer algo más acerca de la persona que lo había invitado a pasar allí dentro sin siquiera haberle preguntado el nombre. Nada de lo que veía allí permitía descifrar la identidad del propietario de la finca. La decoración era ostentosa y fría, sin un toque personal. La inspección de Thomas se detuvo al escuchar el eco de unas pisadas; de inmediato, un escalofrío le atravesó el cuerpo. De a poco se dio vuelta para encontrarse con quien creía que nunca más vería.

—Hijo, hace tiempo que te estoy esperando.

Él nunca había renunciado a la búsqueda de esa madre que lo había abandonado para refugiarse en los brazos de un irlandés. Esa mujer que creía muerta o internada en algún hospital estaba frente a él. Nunca había pensado que podría encontrarla en el estado en que se mostraba. El tiempo apenas había hecho mella en ella. La suntuosa ropa oscura que vestía se destacaba con el blanco de la piel. Los ojos le destellaban, húmedos, con el mismo color azul que los de su hijo. En ese instante, Thomas mantuvo la mirada fría y distante. Cada minuto que transcurría, se acrecentaba el dolor, no solo por la ausencia de ella en su vida, sino también por la desazón de haberla creído muerta, que había alimentado la rabia por el tiempo perdido. Todo ello lo carcomía por dentro.

—¿Cómo has podido irte para nunca regresar? —la acusó a medida que se le acercaba—. ¿Piensas que todo está del mismo modo que cuando nos abandonaste?

Ella creía estar preparada para este encuentro. Cuánto tiempo había soñado con verlo para contarle la verdad, pero no había pensado que quedaría paralizada al reconocer, en aquel hombre apuesto, seguro y fuerte en que se había transformado, a su hijo. Creía estar lista para escuchar los reproches que le arrojase Thomas, pero se había equivocado.

—¿De verdad lo crees? Entérate de que nada ha seguido igual. Vaya a saber dónde mierda estabas cuando se produjo un incendio en el que pereció tu otro hijo. —Thomas no toleraba escuchar el constante sollozo de esa mujer que tenía enfrente—. ¡Deja de llorar! —exclamó—. Porque no sabes lo que es sentirse en carne viva cuando pierdes lo más valioso que tienes por culpa de un hijo de puta. Tu esposo dejó de ser mi padre en el preciso momento en que nada le importó salvo el dinero que podía conseguir con los sucios negocios a los que se dedicaba.

Ella no podía controlar la angustia que la embargaba luego de tantos años en que había guardado esas emociones bajo siete llaves.

—Quizás no te interese saber el motivo por el que nunca abandoné tu búsqueda. Deseaba encontrar una respuesta a lo que habías hecho. Te busqué en los hospitales de aquí y de Londres con la esperanza de que no hubieras podido regresar con nosotros porque algo terrible te había ocurrido, pero veo que, una vez más, me he equivocado. Por cierto, noto que permanecer lejos de nosotros te ha beneficiado.

—Thomas —pronunció, ahogada por la culpa y el dolor por las decisiones que había tomado.

—No tengo más nada que hacer aquí; creo que ha sido un lamentable error del destino haber venido.

—No te vayas —le reclamó al verlo irse de la sala y dirigirse a la salida—. Has venido a buscar al autor del envío de ese documento, ¿verdad?

Se detuvo de inmediato, sin dar crédito a lo que escuchaba de aquella mujer.

—¿Cómo dices?

Thomas comenzó a caminar para acercarse a ella, como si de ese modo pudiese comprender un poco mejor los hechos.

—Siéntate, por favor.

Para él, había sido tan grande la conmoción por haberse encontrado con su madre que se había olvidado de cómo había llegado hasta allí. Estaba convencido de que todo había sido una lamentable confusión del cochero. Nunca había creído que ella pudiera estar vinculada con el sobre recibido.

—No vine a tomar el té contigo.

—Lo sé, pero al menos deja que te explique el motivo que ha hecho que ese documento esté en tus manos.

Thomas no se iría de allí hasta saber la verdad.

—Habla —la apremió al sentarse frente a ella con la espalda apoyada en el refinado respaldo del sillón y sin quitarle la mirada de encima. La incomodidad que sentía por estar allí era manifiesta.

—Quizá no te interese mi historia, pero deberás escucharla para entender los hechos.

—Intenta ser breve. Quiero irme cuanto antes de aquí.

Ella se arrebujo en el asiento y, con la mirada centrada en él, comenzó a hablar. Creía que esa sería la única oportunidad que tendría para confesarse frente a su hijo.

—En el momento que los abandoné, lo hice con la idea de regresar cuando todo cambiase. Ya no podía seguir con tu padre, era un tormento estar a su lado.

—¿Y creíste que yo podría hacerme cargo de Will a esa corta edad? Entérate de que ha sido lo mejor que has hecho, porque lo he cuidado mejor que tú y que él. Will se había transformado en mi única razón para salir del lugar en el que vivíamos, quería brindarle todo aquello que nunca tuve, darle lo mejor, pero no fue posible. ¿Sabes por qué?

—Thomas ni cuenta se había dado de que sus propios ojos estaban húmedos, ni de que el tono de su voz resonaba quebrado por el dolor que aún lo atravesaba como un rayo que lo quemaba por dentro—. Porque, cuando creía que sería posible, sucedió aquel incendio por el que nunca perdoné a tu esposo ni a ti. Ninguno estuvo para cuidar de Will. Yo tampoco pude estar con él y, durante mucho tiempo, me lo he estado recriminando. Murió sin contar con ninguno de nosotros.

—Lo sé, hijo —afirmó envuelta en el dolor que le provocaba aquel recuerdo que había acabado por destrozarla—. No bien supe del incidente, regresé a Londres y estuve en la “pequeña Dublín”. Todo estaba como cuando la había abandonado. Recorrí los callejones inundados de mendigos que, en medio de la miseria y el abandono, buscaban una limosna.

—Ese mismo lugar que parece sorprenderte es donde crecí. No puedo creer que hayas regresado y no me hayas buscado.

—Te equivocas. Lo hice y estuve con Encarnación. Ella me pidió que no intentara verte para evitar dañarte más. Claro que nuestra conversación estuvo plagada de recriminaciones que no dejó de hacerme. Sé que ella nunca me quiso.

—No se te ocurra ensuciar a Encarnación. Ella ha estado a mi lado siempre. En cada momento de dolor, ella estaba allí para brindarme su apoyo.

—También lo sé y, aunque me pese, le agradecí que así fuese. Soy consciente del profundo cariño que los une, pero, aunque me fui de allí, nunca me olvidé de ti. No me mires de ese modo, quizás te cueste creerlo, pero siempre estuve pendiente de cada paso que dabas.

—Y veo que no solo nos abandonaste, sino que también has cambiado el deplorable lugar en el que vivíamos por algo mejor. Parece que no te ha ido mal —replicó Thomas son sorna.

—Conocí a un hombre del que me enamoré perdidamente. El amor que sentí por él me sostuvo en los peores momentos. Poco tiempo después de la muerte de Will, asesinaron a James, y desde ese momento, vivo de los recuerdos, que me permiten continuar adelante.

—¿James?

—Así es, James Carey. Estuve durante varios años abocada junto a él a la defensa de la causa irlandesa.

—¿Te refieres al integrante de la banda de los Invencibles?

Thomas la vio asentir y, de manera inmediata, se trasladó a las distintas acciones que el grupo de los Invencibles Nacionales Irlandeses había perpetrado en defensa de los derechos nacionales. El renombrado asesinato de Frederick Cavendish y Thomas Henry Burke había abierto una amplia brecha no solo entre los fenianos, grupo de pertenencia de esa banda, sino también en el pueblo irlandés. Ambos hombres habían arribado a Dublín para asumir el cargo de secretario general y subsecretario para Irlanda respectivamente. Gran parte de los habitantes de aquella tierra no habían tomado a bien esos nombramientos en cabeza de dos ingleses. La primera noche en suelo irlandés, habían sido asesinados a puñaladas en el Phoenix Park de Dublín. Sin embargo, aquello no era lo que había provocado semejante fragmentación en la población, sino lo que había venido después.

—Parece que el paso del tiempo no mejoró tus elecciones.

A ella le dolió el sarcasmo aplicado en las palabras de Thomas.

—No lo conociste para juzgarlo.

—Pudiste haber estado al lado de un hombre íntegro y con honor, no junto al traidor que delató a los cinco compañeros con los que cometió el crimen. No sé cómo pudo vivir con su propia conciencia tras haberse salvado a costa de haber enviado a la horca a sus propios amigos.

—Él no tuvo tiempo de arrepentirse —replicó la mujer envuelta en lágrimas—: poco después lo asesinaron a bordo de un barco que iba desde Ciudad del Cabo hacia Natal.

—Si crees que pienso apiadarme por esa historia, te equivocas. Te dije que no quería perder tiempo, y eso es lo que estás haciéndome hacer.

—¿No querías saber cómo conseguí este documento? Bien, desde que él ha muerto, he continuado colaborando con la causa irlandesa a mi modo. Solo unos pocos sabían de mi existencia porque James tenía una familia, y yo siempre me moví entre sombras, aunque compartía con él algunas reuniones de carácter secreto. Desde aquella época, he mantenido varios contactos que me permitieron saber de ti, de tus viajes y de la vida que has llevado. También me proporcionaron información acerca de la persona con la que te enfrentabas y el motivo por el cual lo hacías. Solo tuve que mover algunos contactos para descubrir la conexión entre Lowe y el Rey de los Diamantes, Cecil Rhodes. No te olvides de que James pereció en Sudáfrica. Todo se sabe, y aunque te niegues a creerlo, algunas personas quedaron en deuda con James Carey. Ya era hora de que cobrara ese saldo en nombre de él y por una noble causa: tu bienestar.

Thomas había quedado impactado por el relato de su madre, aunque evitaba demostrárselo, porque aún le quedaba dejar claro algo fundamental.

—Si crees que de ese modo quedaré en deuda contigo, estás equivocada —dijo al levantarse.

—Hijo, no es así. Sé que no hay manera alguna de remediar lo que hice; menos aún de cambiar el rumbo de mis decisiones. Esto es algo que deseo hacer y, para que te quede claro, no habrá nada que permita compensar lo que te debo.

Durante unos pocos minutos, ambos se sostuvieron la mirada como si sus ojos pudieran hablar por sí solos de todo lo que aún deseaban decirse pero no se atrevían. Ella ansiaba que ese instante fuera el

inicio de una reparación del tiempo perdido. No obstante, él creía estar viviendo el final de la relación con ella, porque no solo se había acabado la búsqueda por su madre, sino también todo cariño por ella.

—Debo irme.

Él caminó unos pasos y se detuvo.

—¿Has sido tú quién estaba detrás de las tierras que yo deseaba comprar?

—Sí, era la única excusa válida que encontré para hacerte venir hasta aquí. Si me hubiera presentado de otra manera, no habría sido posible verte porque te habrías negado. Quisiera conocer a Victoria y a tu hijo.

Sin más, él se retiró; el mayordomo, que se había mantenido a un costado de la sala, le abrió la puerta para despedir al invitado.

—Señora Siobhán, no se angustie más, solo dele tiempo.

—Gracias, Morris, aunque dudo de que el tiempo obre milagros.

El hombre de confianza de la dueña de casa, quien se había encargado de acercarse al notario que trabajaba para Thomas para hacerle una propuesta tentadora y solicitar una reunión con Wood sin revelar demasiados datos, había estado siempre al lado de ella. La había aconsejado y acompañado desde que ella había conocido a Carey, el hombre del que se había enamorado perdidamente, por el que se había unido a la causa del pueblo irlandés.

Siobhán se retiró a la habitación. Había sido un día con muchas emociones, y necesitaba descansar. Al fin había logrado reencontrarse con su hijo. Luego de eso, ya poco le importaba.

* * *

Para Thomas, el trayecto de regreso bajo la persistente lluvia fue como una bocanada de aire fresco. Necesitaba quitarse la sensación de agobio que tenía. Haber estado con su madre había supuesto un fuerte golpe difícil de soportar. Una serie de imágenes de su propia vida junto a ella regresaban a la mente de él con cada espoleada que le daba al caballo. Cuánto había esperado verla para recomponer el pasado aciago que lo perseguía. Él no se había desanimado con cada noticia negativa sobre el paradero de su madre. Estaba claro que los contactos que tenía le habían permitido a ella vivir en un absoluto anonimato. Por lo tanto, ella debía de saber qué él la había estado buscando todos esos años. ¿Se habría reído al enterarse? No podía negar que Siobhán había hecho un buen trabajo, ya que sabía a la perfección el momento que él estaba atravesando y qué era lo que necesitaba para hundir por fin a James Lowe. Buscó la caballeriza y dejó al animal dentro para que le quitaran la silla y lo cepillaran. La intensidad impresa en la cabalgata lo habría dejado cansado. Thomas caminó por la propiedad, sin ánimo de entrar. Buscó reparo debajo de unas rocas que formaban una gruta en el terreno escarpado. Escuchaba el bramido del mar con la mirada perdida en las aguas turbulentas.

—¿No piensas decirme qué te sucede?

Thomas se dio vuelta para ver a Victoria, que lo contemplaba con los cabellos húmedos. Él había buscado estar solo, pero no podía negarle nada. Le tomó la mano y tiró de ella para que se acomodase entre sus brazos, guarecidos los dos, entre las rocas, de la lluvia que no dejaba de caer.

—¿Hay malas noticias?

—Aún no sabría decírtelo.

—Mi amor, me preocupé al verte salir como un endemoniado hacia no sé qué lugar. Le pregunté al casero, y no quiso decirme mucho más. Estuve esperándote hasta que te vi llegar como una exhalación.

—Estuve con mi madre.

Victoria no daba crédito a lo que escuchaba.

—No estaba en algún hospital o en la cama de un asilo a punto de morir. La encontré como si el tiempo no hubiese pasado para ella. Vive al norte de aquí, en un castillo que te sorprendería si lo vieses, con una gran torre en su entrada. Se ha refugiado en el anonimato, sin dar señales de existencia. Así lo ha deseado, hasta que creyó oportuno dar la cara de un modo inesperado con la entrega de un documento que me habilita a hacer algo que vengo buscando desde hace tiempo.

—Sé lo doloroso que debió de ser el abandono de ella, pero, si ha estado tras tus pasos, quiere decir que le importas y que quizá no tuvo el valor para enfrentarte antes —razonó.

—No puedes decirme eso. No sabes lo que es sentirte el hijo de nadie, saber que no le importas ni siquiera a quien te tuvo, vivir con la sensación de que no eras lo bastante bueno para que tu madre quisiera conservarte a su lado.

—Sabes que te entiendo.

El largo silencio en el que se sumieron a continuación se rompió cuando Thomas agregó:

—Además de todo, quiere conocerte a ti y a Colin. Parece que en sus informes figuramos todos.

—Si lo piensas, sería una buena manera de acercarse —opinó ella.

—De ningún modo voy a hacerlo.

—Mi amor, deberías pensarlo.

—No quiero hacerlo; no lo merece.

Ella se arrebujo entre los brazos de él y se quedó en silencio a acompañar el dolor que a él lo atravesaba.

* * *

El deseo de Victoria de quedarse en tierra irlandesa se había esfumado ante las noticias que había recibido Thomas. Los preparativos para partir dentro de unas pocas horas ya estaban hechos. Él había ido hasta el centro de la ciudad para dejar arreglados unos temas, mientras ella no cesaba de dar vueltas por la finca.

—Mi niña, no es tan malo regresar a Londres.

—Ya lo sé, Paca. Creo que, para calmarme, saldré a dar un pequeño paseo. Prepárame a Colin, por favor.

La criada apareció pocos minutos después con el niño.

—No se aleje demasiado.

—No; solo quiero aprovechar y disfrutar de las últimas horas aquí.

La empleada se quedó inquieta al ver salir a Victoria junto a su hijo. La joven recorrió el sendero hasta alcanzar las caballerizas. Allí, el casero le sugirió que se llevara el caballo que había tomado Thomas

para montar unos días atrás. Con un chal, ató a Colin por detrás para tenerlo sobre el pecho.

—Si desea, puedo llevarla en un carruaje.

—No es necesario.

—Lo digo porque existe el peligro de que sufra alguna caída, y no va sola.

—No se preocupe; sé lo que hago.

De ese modo, comenzó la cabalgata. Mientras la brisa le golpeaba el rostro, se sentía libre. Cómo disfrutaba montar, más aún con el paisaje que la rodeaba. El ritmo del trote no era el que habría implementado de hacerlo sola, aunque Colin se deleitaba con el bamboleo del corcel. No le resultó difícil reconocer el castillo que Thomas le había descrito al narrarle el encuentro con su madre. Sin duda, no se había equivocado. Se detuvo y, tras aferrar bien a Colin, desmontó. La puerta de madera se abrió. La atendió un hombre que fijó la mirada en el niño y atemperó el adusto gesto que tenía en el rostro.

—Adelante, ahora vendrá la señora.

Victoria entró en la sala sin dejar de observar todo a su alrededor. Unos pasos la alertaron de que no estaba sola.

—Tú debes de ser Victoria, ¿verdad?

Siobhán caminó hacia ella sin dejar de contemplar a Colin. De inmediato, por el rostro comenzaron a correrle lágrimas. No podía ser que, después de tanto tiempo, estuviera frente a un niño que guardaba entera semejanza con el hijo que ella había abandonado.

—Sí, es igual a su padre —aclaró Victoria ante la expresión de la mujer que acababa de darle la bienvenida.

La madre de Thomas se acercó y le dio un suave beso en la frente.

—No sabes lo que valoro que hayas venido hasta aquí y que hayas traído al bebé. Está de más que te pregunte si Thomas sabe que has venido.

—No; él no lo habría consentido.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Porque quería brindarle la oportunidad de que estuviera cerca de Colin. Sé que Thomas está muy dolido, y no creo que cambie de opinión, al menos al principio.

—Lo sé; tal vez, no me perdone nunca —aventuró la señora.

—Puede ser, pero, en mi nombre, quería agradecerle lo que hizo por nosotros. Aunque sé que con eso no va a reparar el dolor que le causó a Thomas.

—Eso también lo sé.

—Quizás, en alguna otra oportunidad, nos crucemos.

—Victoria, te aseguro que cualquier otro encuentro que tenga con ustedes será una bendición de Dios.

—No quiero retrasarme —se excusó la joven.

—Has tenido el coraje de venir hasta aquí. Entiendo lo especial que eres para que Thomas esté perdidamente enamorado de ti. Si no fuese así, no haría todo esto para liberarte de Lowe.

—Yo tampoco concibo mi vida sin Thomas. Hasta siempre.

Siobhán la vio irse con la convicción de que la vida le estaba dando demasiado. Ella no se merecía tanto. En ese momento tenía el convencimiento de que su hijo, al que nunca había dejado de amar, alcanzaría la felicidad que siempre le había augurado.

Victoria hizo el último tramo del recorrido con la mente impregnada de las hermosas imágenes que veía a su paso. Luego enfiló hacia la propiedad y se detuvo frente a las caballerizas. Se bajó con el niño en brazos mientras que, con la otra mano, llevaba la rienda del caballo.

—¿De dónde vienes?

El áspero sonido de la voz de Thomas la atravesó. Ella se dio vuelta, y la mirada azul de él le pareció gélida y sombría. Había desaparecido la calidez con la que siempre la contemplaba.

—Te he hecho una pregunta.

—Fui a despedirme de tu madre. No me mires de ese modo; sabía que tú no lo harías. Y también sabía que ibas a enojarte conmigo, pero no me importa, porque necesitaba saber quién era la persona que tanto dolor te causó y verla aunque fuese por única vez. A pesar de que te niegas a reconocerlo, sé que te quiere y que vela por ti. Pude sentirlo cuando vio a Colin. Estoy segura de que, si estuviera en tus manos, tú también intentarías encontrar a mi madre para saber de ella.

Thomas no le había mencionado la investigación realizada en la ciudad de Buenos Aires sobre el paradero de aquella joven irlandesa que se había marchado cuando le habían dicho que su hijo había nacido muerto.

—¿Piensas estar así durante todo el viaje a Londres?

Thomas observó en ella el gesto de la nariz que aparecía cuando algo la preocupaba. Ella no dejaba de sorprenderlo. Amaba que hubiese sido capaz de ver a Siobhán pese a saber las consecuencias que

acarrearía ese encuentro.

—Dependerá de ti. Acércate.

Ella lo besó, mientras Colin no dejaba de moverse entre ambos. Los tres debían regresar a Londres para dar fin al motivo por el que habían viajado a la ciudad de la niebla.

CAPÍTULO 21

Un paso a la felicidad

Buenos Aires, 1890.

La cálida brisa de primavera se colaba por la pequeña ventana y removía el cabello oscuro de Josefina. Una lágrima asomó por su rostro porque no podía creer lo que, en breves minutos, le sucedería. Cuando el coche se detuvo, su padre la ayudó a descender al tiempo que evitaba que el vestido se enrollase al pisar. El reloj de la Basílica del Pilar, ubicado en la espadaña de uno de los muros, marcaba la hora exacta en que se celebraría la boda entre Francisco Rivas y Josefina Estrada. El novio estaba dentro, junto al sacerdote que iba a unirlos en matrimonio. No había invitados ni familiares, solo los padres de Josefina, y él, que aguardaba frente al altar a que ella apareciera. Cuando la puerta se abrió, la imagen de la muchacha lo cautivó como nunca lo habría imaginado. Josefina avanzaba por la nave central en compañía de Mariano con un vestido blanco con apliques de encaje que le hacía destacar la piel aceitunada. Pero no era solo el traje lo que la embellecía, sino la felicidad que irradiaba el rostro de ella. Francisco intentaba no dar rienda suelta a las lágrimas que pugnaban por salir al verla caminar hacia él. Le costaba creer que ella pudiera avanzar de tal manera tras el accidente ocurrido. La recuperación había sido lenta, pero ella estaba restablecida casi en su totalidad, salvo por un leve rengueo en la pierna izquierda.

Francisco nunca había esperado, en esa etapa de su vida, vibrar de felicidad. Había pensado que debería conformarse con los sinsabores y las alegrías que le había dejado el pasado. En una fracción de

segundo, los recuerdos de ambos colmaron la mente de Francisco Rivas. Cada maldita hora en vela mientras pensaba en ella y en la imposibilidad de amar a la mujer que su hijo había elegido se borraba en ese mismo instante, al cristalizarse la unión con ella frente a Dios. No había creído que sería posible zanjar las diferencias con Juan, pero al fin lo habían hecho antes de que se marchara. Él se sentía rozagante de felicidad porque todo había llegado a buen puerto. Dejó esos pensamientos a un lado para acercarse a la novia y tomarla de la mano. Luego se aproximó al cura, que aguardaba en el altar para ofrecerles, en una breve ceremonia, las palabras que los unirían por siempre.

Mariano Estrada escuchaba con recelo la ceremonia que se celebraba con la más absoluta discreción. Más tarde daría aviso a los amigos de que su hija había contraído matrimonio. No había querido que algunos conocidos se regodearan con las maledicencias dichas en el momento de mayor conflicto con Juan Rivas, su hija y Francisco tiempo atrás. No dejaba de molestarle el permanente llanto de su esposa desde que había entrado a la iglesia. Parecía que él era el único que no estaba entusiasmado con esa unión.

—Los declaro marido y mujer.

—Te amo. —Francisco la besó y le susurró sobre los labios—: Juro ante Dios que te haré feliz hasta el último de mis días. Esa será mi misión en la vida.

Ella se perdió en los ojos verdes de él, que centelleaban de emoción. Las pequeñas arrugas que los circundaban lo hacían incluso más atractivo y varonil.

Esas últimas palabras daban fin a toda la reyerta familiar. Al menos, de momento, era lo que parecía. Josefina había preferido realizar un festejo cuando contase con la compañía de Victoria y esperaba que fuese pronto. Deseaba festejar ese evento tan especial

con la gente a la que quería de verdad. Luego de recibir los saludos y los mejores deseos sinceros de doña Estrada, salieron de allí rumbo a la casa de Francisco.

Desde el atrio resguardado por rejas negras, los padres de Josefina veían alejarse al flamante matrimonio Rivas.

—Querido, por favor, cambia esa cara.

—No me gustaba para mi hija cuando la pretendía, no creas que ahora he cambiado de opinión.

—Deberías, porque, por mal que te pese, si no fuera por él, nuestra hija no habría entrado caminando por la iglesia como lo hizo. Además, Francisco debe de tener algo bueno, porque, durante mucho tiempo, fue un gran amigo tuyo.

—Vamos, por favor, me cansas cuando no dejas de parlotear.

Doña Estrada estaba convencida de que, con el tiempo, su esposo cambiaría de opinión. Por lo menos la palabra de él había dejado de tener tanto peso en la familia.

* * *

A pesar del poco tiempo que doña Estrada y Josefina habían tenido para redecorar y modificar la casa de Francisco, habían logrado instalar varios cambios. La sala de recepción contaba con muebles de caoba lustrada y un juego de sillones con tapizados bordó. Claro que el cuarto matrimonial había sido renovado por completo. Inclusive, en los días en que no dejaban de entrar hombres cargando muebles y

adornos, Francisco se había instalado en otra de las habitaciones de la finca. Él se había entregado por completo a los pedidos de la madre de Josefina.

El traqueteo del carruaje se detuvo frente a la vivienda. El novio enseguida se bajó para ayudar a descender a su esposa y, tras cerrar la puerta, la besó como lo había deseado desde que la había visto entrar en la iglesia.

—Mi amor, al fin estamos juntos.

—Siempre supe que terminaríamos de este modo, aunque me costó hacértelo entender —bromeó ella.

La insistencia y convicción de Josefina habían logrado que ese amor diera sus frutos y que todo aquello fuera posible. Ella nunca había desistido en la lucha por él.

—Me negaba —replicó él en tanto enredaba la mano en el oscuro cabello de ella para tirarlo hacia atrás— porque no creía que algo así pudiese ocurrirme. Eres lo mejor que me sucedió en la vida.

Con los labios, rozó los de ella en una suave caricia y luego la besó con frenesí al sentir cómo ella se abría a él. Los dedos de él se desplazaron por la espalda femenina con ansias de arrancar de cuajo la larga abotonadura que tenía el vestido.

—Querida, ¿no quieres ponerte cómoda? —ronroneó él.

Por más que no se lo dijese, la notaba nerviosa. La tomó de la mano y la condujo a la habitación. El leve chasquido de la puerta al cerrarse la sobresaltó.

—Mi amor, mírame.

Esos ojos café que él adoraba reflejaban cierto temor. Era lógico que le sucediera en la primera noche con un hombre. Sin embargo, esa inexperiencia le hacía desearla y cuidarla con mayor esmero.

—No va a suceder nada que no desees.

Francisco deslizó el pulgar por la mejilla de la joven sin dejar de mirarla.

—Yo te amo.

—Lo sé, yo también. ¿Te ayudo?

Ella asintió, y Francisco se colocó detrás de Josefina y comenzó a desprender cada pequeño botón ubicado a lo largo de la espalda de ella. De a poco, la tela fue cediendo y, con ayuda de él, el vestido cayó alrededor de la muchacha. Él le besó la nuca y le acarició por delante los pechos enhiestos para luego atraparle con la boca el lóbulo de la oreja y provocarla.

—Te deseo —le resopló en el oído.

—También yo.

Ella se colocó frente a él. Al verla desnuda, Francisco no pudo menos que admirar la perfección de esas curvas y la oculta timidez que lo incitaba a amarla sin límites.

—¿Confías en mí?

—Te confié mi vida, ¿qué crees entonces?

Él se fue deshaciendo de la ropa bajo la atenta mirada de ella, que se sonrojaba por momentos.

—Voy a cuidarte y quiero que sepas cuánto te amo.

—Enséñame a amarte —murmuró ella.

Él la tomó por la cintura sin dejar de besarla hasta depositarle en la cama. Francisco deseaba que ella no pensara en otra cosa que no fuera en él, en esas caricias, en esos besos y en todo lo que podía darle.

—Voy a recorrer cada parte de tu cuerpo para demostrarte cuánto te adoro. Solo debes dejarte llevar y sentirme, como yo lo hago.

Con cada caricia la embriagaría de placer y le entregaría en cada instante todo el amor que sentía por ella. Se aseguraría de que ese momento especial fuera el preludio de otros que llegarían en el futuro. Los gemidos de ella se hicieron más sonoros a medida que él avanzaba en ese roce incitante. Escucharla jadear lo alentaba a amarla sin restricciones.

Josefina creía que iba a desfallecer ante el modo en que Francisco la acariciaba. La abrumadora sensación no le permitía pensar en otra cosa que no fueran él, esas caricias y en el profundo amor que la inundaba. Hundió los dedos en el cabello de Francisco y lo atrajo hacia ella para demostrarle que lo deseaba del mismo modo. Él le dio un beso profundo y exigente. Luego, la boca de Francisco se desplazó por los pechos de ella, que besó y mimó hasta que Josefina se retorció de placer. Desplazó una mano por el vientre de la joven con extrema lentitud para hacerla desear más y, con dedos expertos, acarició aquel centro de placer hasta introducirlos en ella. Cuando supo que estaba lista para él, se incorporó y le colocó los brazos por encima de la cabeza mientras entrelazaba los dedos con los de ella. Podía sentir cómo ella temblaba y gemía al tiempo que le pedía que no se detuviera.

—Quiero estar dentro de ti —gruñó él.

Ella estaba inmersa en un mar de sensaciones, y lo único que deseaba era conocer las que sobrevendrían.

Con la rodilla, Francisco le separó las piernas para entrar en ella y fundirse ambos en una sola persona. Embistió con las manos aferradas a las de Josefina, sin dejar de mirar esos ojos café que pedían más y más de él. Volvió a besarla con pasión mientras, con el cuerpo cubierto de sudor, se ondulaba contra ella hasta que, con el último jadeo, ella se sintió caer. Él se dejó llevar, convencido de que ese era el lugar donde siempre había deseado estar. Unos instantes después, la tensión de sus cuerpos disminuyó, aunque él no se apartó de Josefina, sino que se mantuvo dentro porque necesitaba sentirla unos minutos más.

—Mi amor, ¿estás bien? —consultó él.

—De maravilla. Me haces tan feliz —replicó ella con las mejillas encendidas.

Quedó atrapado por la sonrisa que su esposa le brindó y, de inmediato, le capturó los labios para fundirse en un beso cargado de gratitud por la confianza que había mostrado al entregarse por completo.

—Mi pequeña Josefina —susurró.

Ella no había imaginado que fuese capaz de sentir aquello ni siquiera en sus sueños. Cuánto tiempo había anhelado ese momento. No obstante, la realidad vivida superaba con creces lo que ella había creído. Siempre supo que era él, y nadie más, la fuente de su felicidad, pero había una idea que le rondaba en la cabeza; una para la que aún no había hallado el valor de confesarla. Conocía la historia de Francisco, pero nunca antes le había preguntado por su esposa ni por

lo que ella había significado en la vida de él. Josefina se había desnudado en cuerpo y alma frente a él, y esperaba que Francisco también lo hiciera.

—Nunca me hablaste de ella.

Los dedos de él, que acariciaban la espalda de Josefina, se detuvieron al escuchar esa petición.

—No creo que sea el momento para hacerlo.

—¿Por qué?

Francisco no podría negarle nada porque necesitaba que se sintiera segura de los sentimientos de él.

—Mi cielo, ¿qué deseas saber?

—Siempre me rondó la idea de que tu anterior esposa podía estar presente en tu mente todo el tiempo. Ver a Juan debe de ser un recordatorio constante de ella.

—Lo que tuvimos quedó sepultado junto a ella cuando murió. Eso fue hace mucho tiempo. Ambos éramos muy jóvenes. En aquel momento, no tuve la oportunidad de lamentar su ausencia porque debí hacerme cargo de Juan y de mi profesión. Con el paso de los años, pude darme cuenta de que su falta era muy notoria para mi hijo, y eso me remordía la conciencia porque yo no podía hacer nada.

—A pesar de eso, pasaste mucho tiempo solo.

Ella había escuchado de boca de su propio padre que Francisco era un candidato muy popular entre la mujeres de la sociedad porteña.

—Sí, pero no porque estuviera atado a ella, sino porque estaba convencido de que no encontraría a una mujer que me volviese loco, que no me dejase pensar en otra cosa que en ella y que diera vuelta la vida que llevaba. Pero todo esto sucedió cuando apareciste en el escritorio de El Reposo y me confesaste que estabas enamorada de mí. A partir de ese instante, te adueñaste de mis pensamientos y de mi corazón. Actué como nunca antes lo había hecho con otra mujer. Me enamoré como un joven inexperto y llegué a hacer cosas que jamás habría imaginado. Fue así porque es la primera y única vez que me he enamorado de este modo. Para mí también es una oportunidad especial. ¿Eso contesta tu pregunta?

—Claro que sí.

Él le rodeó el rostro mientras reflexionaba que, en esa ocasión, el designio del destino le había jugado una brillante partida al darle la posibilidad de estar junto a ella. La arropó entre sus brazos ante la necesidad que tenía de acariciarla, amarla y hacerla suya una y otra vez, a sabiendas de que todo eso sería solo el prólogo de una vida juntos.

* * *

A pocas cuadras de allí, se ubicaba la casa de Thomas, y la conmoción de Joaquín ante la verdad revelada por Miguel Goyena había persistido en la mente del joven durante los días transcurridos hasta ese momento. En medio de todo, lo único que lo mantenía feliz era la declaración de amor de Paloma, que se había jugado por él.

Él no dejaba de cavilar qué hacer para ofrecerle a ella lo que se merecía. Sabía que no podía ir con las manos vacías a Alba para solicitarle el visto bueno para el matrimonio con Paloma. Necesitaba resolver ese tema cuanto antes. Para Joaquín, verla no era tarea fácil. Debía mantenerse alerta para escabullirse en la casa de la joven cuando el personal de limpieza o Alba estuvieran en cualquier otro lado, lejos de Paloma. Cada encuentro que tenían se había transformado en un momento robado dentro de la residencia Guerrero, cuando Joaquín ingresaba a hurtadillas para compartir unos minutos hasta que un ruido, una llamada de Alba o la mera posibilidad de ser descubiertos destruía aquel instante juntos. Él necesitaba tomar una decisión, pero se la quería comunicar primero a Thomas, que estaba en Londres.

Joaquín había caído en la tentación de escaparse con ella luego de urdir un plan que había quedado en la nada. ¿Cuánto tiempo podrían estar en la clandestinidad sin ser encontrados? Las consecuencias de eso serían aún mayores. Él no dejaba de pensar que irse de la ciudad de Buenos Aires sería lo mejor. Necesitaba tomar distancia de la familia Goyena, que tanto dolor le causaba. En medio de esas elucubraciones, un golpe a la puerta lo distrajo.

—Joaquín, hay un joven que lo busca.

La muchacha no continuó hablando porque Franco Goyena apareció por detrás de ella para ingresar al recinto.

—Gracias, puedes irte.

—¿Este es el lugar que ocupas cuando el dueño de casa está en Europa?

—¿Qué quieres? —inquirió Joaquín.

—Eh, qué apurado estás, ¿no vas invitarme a sentarme?

El anfitrión le hizo una seña con la cabeza para indicarle que tomara asiento.

—Espero no haberte interrumpido.

—¿Por qué no dejas de molestarme y me dices a qué viniste?

—Sé qué has estado frecuentando a Paloma.

—¿Y es eso lo que te extraña?

—En realidad, no dejo de sorprenderme de tu insistencia. Sabes que, si hablo con Alba Guerrero y la pongo sobre aviso, tus furtivos encuentros quedarán en la nada —amenazó Franco.

—Quizás el que se adelante a Alba sea yo, porque debo hablar con ella para pedirle la mano de su sobrina, aunque estoy resolviendo otras cuestiones.

—¿Qué cuestiones?

—¿Qué carajo te importa?

—Te equivocas, pues parece que todo lo que hagas o digas ha dejado de ser indiferente para mí.

—Mira, deja de hacerte el imbécil conmigo —lo apuró el joven empleado de Thomas.

—Evita indicarme cómo debo conducirme contigo, me cansa ese talante moralista que tienes.

—No vuelvas a insultarme. La última vez que lo hiciste, terminaste con la cara destrozada y tirado en una esquina luego de que tus amigos me atacaran. ¿Quieres que ocurra de nuevo?

—Esta vez he venido a hablarte en mejores términos y pretendo que hagamos una tregua —reveló Goyena.

—Habla.

—Hace unos días, ha venido a hablarme Alba sobre lo que mi padre le confesó.

Franco no le diría que se había puesto como loco al escucharla. No podía tolerar que su rival fuese su hermanastro. Nunca lo había soportado. De hecho, se había quedado con la sangre en el ojo tras el último encuentro que habían tenido y, lo que era peor, no se contentaba con la fidelidad que hasta el momento había tenido el padre de ambos con él. Si bien Miguel Goyena le daba todo los gustos y salía siempre a defenderlo, no sabía hasta cuándo continuaría haciéndolo.

—Todo se sabe, como, por ejemplo, que Paloma te ha venido con el cuento al enterarse de lo que mi padre le confesó a su tía.

Joaquín había oído que Alba había enloquecido al no encontrar a Paloma en la casa luego de que aquella hubiera huido, y cuando la había visto ingresar, la mujer había deducido de dónde venía. Alba sabía que su sobrina había ido a ver a Joaquín. A partir de ese momento, le había impuesto salir solo acompañada, lo que había restringido para la pareja la posibilidad de encontrarse. Por eso, verse se había complicado por demás.

—No me mires así —continuó Franco—. Para mí ha sido un golpe tremendo saber que por tus venas corre sangre Goyena.

—Para mí también lo ha sido. Comprendo que el desprecio entre nosotros es mutuo.

—Parece que nos vamos entendiendo.

—Él no ha querido que lo sepas. Al menos me exigió que no te lo dijera.

—¿Y respetas su silencio?

—Él me importa una mierda, pero tengo motivos personales para hacerlo.

Si había algo que Joaquín quería ocultar, era aquello. A Miguel Goyena lo despreciaba y había aprendido a sentir lo mismo por Franco también.

—Desde que lo supe, no he dejado de pensar en todo esto. Siempre creí y confié en mi padre y nunca imaginé que pudiera tener el mal gusto de tocar a una sucia criada de mala muerte para revolcarse con ella.

—Cállate —lo detuvo Joaquín.

—¿Ves? Por más que afirmas que no te importa, sales a defender el honor de esa cualquiera.

—¡Fuera!

Joaquín actuaba de ese modo sin saber si lo hacía por la permanente rivalidad que tenía con Franco o por mantener el decoro de la mujer que lo había traído al mundo.

—Eso es lo que sucederá contigo más adelante. Él ahora no quiere verte, pero supe que no deja de ir al cementerio para rezar sobre la tumba de esa ramera. Es allí donde los recuerdos por ella lo confunden. Parece que lo vivido con esa mujer le hace olvidar la familia que formó conmigo y mi difunta madre. Sin duda, esa estúpida promesa sobre ti hecha a una moribunda lo hostiga y lo persigue, sin dejarlo actuar de manera razonable. La culpa no es una

buena consejera porque te carcome por dentro. Estoy seguro de que, en algún momento, caerá rendido a ti y te ofrecerá lo que hoy te niega.

Franco conocía como nadie a su padre y, si bien siempre había actuado como su aliado al defenderlo, ya le había advertido con amenazas que no volviese a cometer otra de las tantas tropelías que, con sus amigos, realizaba. Era solo una cuestión de tiempo para que don Goyena notara las diferencias entre el hijo legítimo y Joaquín e intentara lastimar a Franco al retirarle su apoyo para dárselo al otro, cosa que no podría tolerarlo.

—Me importa una mierda tu apellido.

—No me refiero a eso, sino a la fortuna que poseemos.

—Puedes metértela donde te quepa, tampoco me interesa.

—Eso dices ahora, pero más adelante te arrepentirás. Por eso vengo a hacerte una propuesta —ofreció Goyena.

—Hazla y vete si no quieres que te saque a patadas de aquí.

—Te conté que fue Alba quien me confesó todo esto. Ella lo hizo en busca de mi complicidad para que me casara con Paloma y evitara que su adorada sobrina se uniese a un bastardo como tú. Alba te detesta, pero tu condición empeora frente a los ojos de ella porque una cosa es ser un piojo de mala muerte y otra es ser el hijo bastardo de un Goyena. Ella supone, como yo, que en algún momento todo esto saldrá a la luz, y tanto a ella como a mí no nos conviene. Ella cree que eso debilitaría su oposición con respecto a tu unión con Paloma porque mi padre buscará conciliar contigo y autorizará lo que Alba nunca consentiría. No es lo mismo para ella tenerte como contrincante a que se sume mi padre en la contienda por su sobrina.

—Hijo de puta, siempre dijiste que estabas interesado en Paloma.

—Sí, pero mi padre sabe que, para mí, las mujeres van y vienen. A esta altura, deberías darte cuenta de que mi interés es diferente al de Alba. Yo no deseo compartir el dinero de mi familia ni nuestros bienes contigo ni con nadie —reveló Franco.

—Ya te dije que no debes preocuparte por eso.

—Escúchame. Si Paloma es lo bastante importante para ti, ¿serías capaz de renunciar a lo que crees que te pertenece por ella?

—No te entiendo.

—Te ofrezco alejarme de ella a cambio de que nunca reclames lo que en algún momento mi padre, por la culpa que lo consume por dentro, decida darte.

—¿Eres capaz de ponerle un precio a Paloma?

—Exacto. Ella no vale ni la mitad de la fortuna que poseo. Ninguna mujer lo vale.

Joaquín se levantó de golpe, como si una fuerza bruta lo sacara del sillón en que estaba sentado. Tomó al joven Goyena por las solapas del saco y lo estampó contra la biblioteca de caoba lustrada.

—No vuelvas a referirte a ella de ese modo porque, la próxima vez, no tendré piedad de ti. Puedes quedarte con todo el dinero de tu padre. No me interesa la fortuna de él, y menos el vínculo que dices que tenemos. Yo no tengo otra familia que la que me crio. Y, si en algún momento alguien hecha a rodar semejante versión, lo negaré hasta el día en que me muera porque me avergüenza que tu padre haya sido el amante de quien me dio la vida. Es una deshorna para mí compartir tu sangre. Vete de aquí tranquilo, vas a pudrirte con el dinero de los Goyena. Eso sí, ni se te ocurra meterte con Paloma porque entonces no te salvarás de mí. Te aseguro que me va a

importar una mierda quién eres y te mataré. —Joaquín lo empujó contra los estantes y notó que el joven Goyena estaba lívido—. Vete de aquí si no quieres que te eche yo. No regreses más.

—Lo haré, pero debes saber que, a partir de ahora, estarás solo. Nunca podrás recurrir a nosotros porque no tienes a nadie. Si no cumples con lo que me prometiste, ya averigüé de dónde provienes y quiénes son tus padres. Si en verdad sabes lo que te conviene, cumplirás. No quiero pensar que puedas colocar en peligro a las personas que forman parte de tu verdadera familia por una tajada de dinero que no te corresponde.

—¡Vete! —exclamó al arrojar un adorno a poca distancia de Franco.

El golpe de la puerta al cerrarse no aquietó la agitada respiración de Joaquín. Nunca había imaginado que la familia Goyena fuese tan ruin. No quería volver a verlos y haría lo imposible por que no se supiese lo que parecía ser un secreto a voces.

—Joaquín —intervino la empleada tras haber escuchado los gritos y el portazo dado minutos antes—, ¿quiere que le traiga algo para beber?

—Gracias, estoy bien.

Él se dio vuelta y se sirvió una medida doble de whisky. Necesitaba que algo lo quemase por dentro para anestesiar lo que sentía en su interior. En un instante, la vida de aquel muchacho se había dado vuelta. Ansiaba irse de la ciudad lo antes posible. Él había aprendido a no confiar en la palabra de un Goyena y sabía que, hasta que no se distanciara de ellos, ni Paloma ni él estarían a salvo. Ante lo ocurrido, necesitaba verla para saber que estaba bien y que nada le había sucedido.

La noche había caído y había bañado la ciudad con una espesa oscuridad. Las farolas destellaban por encima de las largas y oscuras sombras que se cernían sobre las calles empedradas. Joaquín había llegado hasta la finca en donde residía Paloma. Dio la vuelta para poder acceder por el patio trasero. Las luces de la casa deberían haber estado apagadas a esa hora; sin embargo, algunas de ellas la alumbraban. Aguardó a un costado de la calle hasta que observó que todo estaba calmo. Entonces atravesó uno de los patios de la propiedad hasta que pudo escabullirse por la ventana de la habitación de Paloma.

En la penumbra, estaba ella acostada bajo el tenue resplandor de la lámpara de gas ubicada en la mesa de luz. Verla de ese modo le aquietaba el espíritu. La inocencia que tenía lo conmovía. Lo inundaban los fuertes deseos de sacarla de esa casa y llevársela consigo. Paloma no se opondría, pero sabía que, tiempo después, ella extrañaría todos los lujos con los que vivía y el cariño de Alba. Caminó unos pocos pasos hasta estar a un costado de la cama, sopló sobre la oreja de ella y le dio un cálido beso en la boca. Paloma abrió de golpe los ojos, pero enseguida se sosegó al ver a Joaquín a su lado.

—No te sentí entrar —murmuró.

—Lo sé, dormías de manera tan apacible.

Ella se sentó sobre la cama, envuelta en los brazos de él.

—Te esperaba, pero creí que, a esta hora, ya no vendrías.

—Vi luz en la casa y tuve que aguardar fuera.

—Mi tía da vueltas y toma alguna copa antes de acostarse. Supongo que aún debe de estar despierta.

—Mi amor, hoy ha estado Franco en mi casa.

Paloma se incorporó de inmediato para observarlo de frente.

—Temía que esta calma desatara algo grave —expresó ella.

—No debes preocuparte. Solo deseo que estés alerta porque tu tía le contó la confesión de Goyena. No me gusta que ellos estén pergeñando detrás de nosotros, ¿puedes entenderlo?

—Por supuesto, pero me cuesta creer que mi tía lo haya hecho. Luego de la fuerte discusión que tuvimos cuando me sorprendió aquella mañana, después de haber ido a tu casa a contarte lo que había escuchado, me exigió que todo esto no saliera de las cuatro paredes de la casa. No entiendo su proceder.

—No te preocupes. Tú la quieres, pero sabes que no siempre ha actuado del modo más cuerdo.

—¿Por qué lo dices? —inquirió ella.

—Con Thomas se ha comportado de una manera extraña.

—Ella siente que él la ha abandonado. No creo que se recupere del amor que afirma aún sentir por él.

—Mi vida, eso no es amor. Yo creo que Alba se ha obsesionado con Thomas.

—No me gusta que hables así de ella, porque, más allá del modo en que me ha tratado los últimos días, ella me ha dado todo cuanto tengo.

—Lo sé, mi amor. Si no fuese así, te sacaría de acá y te llevaría adonde nadie pueda molestarnos.

—Sabes que te seguiría adonde sea.

—Esa no es la solución. Buscaremos otro modo para remediar la negativa de Alba.

—Es lo que ansío.

—De momento, no creo que suceda nada por lo que debas preocuparte —dijo al rozarle con el dedo la mejilla—. Necesitaba verte y sentirte. Me haces mucha falta, Paloma.

Luego, los labios de Joaquín fueron dejando pequeños besos en el angelical rostro de la muchacha.

—A mí sucede lo mismo, pero no sé qué más hacer.

—Shh —susurró al tomar con las manos el rostro de la joven para besarla—; déjame todo a mí. Por ahora, continuaremos viéndonos a hurtadillas. Te aclaro que Franco está al tanto de esto.

—No me asustes, ¿a qué te refieres?

—Me sigue los pasos y sabe que estamos viéndonos —reveló él.

—¡Pero cómo puede ser!

—Por ahora no va a molestar, pero no confié en él.

—¿Qué hiciste para que accediera a dejarnos en paz?

—Mi amor, no vine a hablar de él, sino a estar contigo.

Joaquín nunca le mencionaría que el inescrupuloso de Franco le había puesto precio al amor por ella. Con timidez, ella se acercó a él y lo besó.

—Te amo, mi Paloma, no te imaginas cuánto.

Los besos y las caricias debieron quedar para después ante un fuerte ruido en el pasillo que conducía a las habitaciones.

—¿Escuchaste? Debes irte.

—Lo sé.

—Cuídate. Y, si se presenta cualquier problema, házmelo saber.

Con fastidio por tener que huir de allí, Joaquín escapó como si fuese un delincuente y caminó por la calle entre tinieblas hasta llegar a su casa.

* * *

Más allá de los deseos por abandonar la ciudad, Joaquín debía continuar con el trabajo que Thomas le había delegado. Debería esperar a que regresara, dado que no podía dejar todo a la deriva luego del gran esfuerzo que Thomas había hecho para conseguir lo que entonces tenía.

Por otra parte, él no dejaba de mantener una significativa participación política en un país que intentaba salir del agujero negro en que estaba inmerso gracias a la lamentable gestión del expresidente Juárez Celman. Varios meses habían pasado desde que había asumido el nuevo mandatario, Carlos Pellegrini. Sin embargo, la Unión Cívica no había dejado de solicitar que se investigase la situación financiera durante el gobierno de Celman. El partido entero se había manifestado, dos meses atrás, en un acto masivo en pos de la depuración de la gestión administrativa con el objetivo de limpiar y evitar los manejos turbios a los que estaban acostumbrados los argentinos. Desde el seno del partido, se estaba organizando otra

marcha multitudinaria por la moralidad pública, que se celebraría ese día. Ese espacio de participación le permitía sentir a Joaquín que colaboraba en los esfuerzos por cambiar algo en el país de la mano de un caudillo como Alem.

Se acababa de alistar para salir hacia uno de los actos político junto a su amigo Nicolás.

—¿Estás listo?

—Sí, vamos.

Ambos se encaminaron hacia el centro de la ciudad. En el trayecto, se cruzaron con otros compañeros de lucha que se sumaron a la marcha. Los alrededores del restaurante Del Comercio estaban atiborrados de gente que reclamaba por el abandono de las sucias prácticas llevadas a cabo por el anterior gobierno. La reciente gestión de Pellegrini, si bien estaba enmarcada por el sello de Celman, del que trataba de colocar cierta distancia, había tomado nuevas medidas como consecuencia de la presión que el pueblo, en especial el partido opositor, ejercía. La multitud comenzó a llamar y a ovacionar a su líder. Luego de los gritos proferidos por los seguidores, Leandro N. Alem salió al balcón del establecimiento para dirigirse a la gente. Como siempre que hablaba, la oratoria de aquel político encendía al pueblo, que lo escuchaba con fascinación. En medio del discurso, agregó:

—No estamos para desahogar pasiones ni para pedir ruines venganzas. Queremos defender nuestros derechos.

La gente aplaudía al son de las frases vertidas por Alem. En una ubicación privilegiada, Joaquín lo observaba con su amigo.

—¿Qué te sucede? —preguntó Nicolás.

—Me preocupa cómo seguirán mi vida y la de Paloma.

—Otra vez con lo mismo.

—Es lo único que me quita el sueño.

—Te olvidas de que, cuando venga Thomas, te dará una mano para que consigas el dinero suficiente para irte con ella.

—Sé que puedo contar con eso, pero en el medio está Alba, y no quiero complicar a Thomas con ella —repuso Joaquín.

—¿A qué te refieres?

—Yo creo que ella está obsesionada con él.

—Deja de preocuparte por los demás. Pronto se acabará todo esto.

—Eso espero.

—Ven, nos llaman los correligionarios.

Joaquín evitó darle vueltas a algo que, por el momento, no podía solucionar y se perdió entre el gentío que entraba al restaurante para saludar y conversar con Alem.

CAPÍTULO 22

El esperado ocaso

Londres, 1890.

El frío azotaba las calles de Londres, y la densa niebla se disipaba por todos los rincones y vericuetos que encontraba a su paso. La llegada de Thomas y Victoria a la ciudad estaba cargada de expectativa y desazón por lo que fuese a ocurrir. Dentro de la casa, se respiraba una tensa calma. Ninguno de los dos quería decirle al otro sobre las sensaciones que le provocaba pernoctar esos días allí. Debían hacerlo para cumplir con la última etapa del viaje que los había llevado de regreso a la ciudad de la niebla.

—Mi amor, debo ir a entrevistarme con el doctor Sinclair. Aquí se quedará Dwayne para lo que necesites.

—Yo quisiera ir al Hospital Saint Thomas. Me he ausentado sin dejar ninguna aclaración allí.

—Prefiero que te quedes aquí. No creo que, si faltas un día más, vayas a sufrir alguna represalia por parte de ellos.

—No es eso; quiero ir al menos a darle alguna explicación a Róisín por mi ausencia —adujo ella.

—Cuando regrese, te acompañaré a hablar con ella.

Él le dio un beso profundo al despedirse y, antes de alcanzar la puerta de salida, se detuvo.

—No te preocupes, todo está bajo control.

Ella asintió y lo vio irse hacia el carruaje que esperaba en la puerta de la casona. Victoria se distrajo el resto de la mañana mientras jugaba con su hijo, que iba derribando todo cuanto estuviese a su alcance en los intentos fallidos por dar los primeros pasos. Verlo tambalearse en el mismo instante en que lograba ponerse de pie la llenaba de orgullo. Claro que ella, junto con Paca, estaban detrás del pequeño para ayudarlo. Antes de regresar de Dublín, lo había visto a Thomas, dentro de la habitación de Colin, enseñarle cómo hacerlo. Ella no los había querido interrumpir, aunque sí se había quedado contemplando la cara de concentración del niño ante lo que le decía el padre. No importaba si en verdad Colin lo entendía, estaba claro que la fascinación era mutua entre padre e hijo.

—Señora Victoria. —Irrumpió una de las empleadas dentro del dormitorio de Colin—. Hay alguien que desea verla.

—¿Quién? —replicó sobresaltada.

—Es una dama que viene del hospital.

—Gracias, iré a atenderla. ¿Dónde está Paca?

—Ha salido unos momentos, pero, si lo desea, me quedaré con el niño hasta que ella regrese.

—Gracias.

Victoria bajó la escalera para encontrarse con la mujer, que aguardaba de pie al lado de la sala.

—Róisín, qué alegría verte.

Victoria le dio una cálida bienvenida y la invitó a sentarse en la espaciosa sala.

—¿Desean tomar algo?

—¿Deseas un té?

—Me encantaría. Creo que el frío se ha adelantado.

—Eso parece; y si sigue así, no deberemos esperar a diciembre para que nieve. Un crudo invierno se avecina. Aunque te parezca increíble, amo esta época de año. —Ella adoraba evocar el momento en que había conocido a Thomas—. Róisín, quiero pedirte disculpas por haberme ausentado del modo en que lo hice.

—Me sorprendió no verte, y me preocupé por ti. Vine hasta aquí. El cochero me informó que habían tenido que hacer un viaje imprevisto, pero que regresarían en pocos días.

—Dwayne no me lo comentó. En verdad hemos estado un poco complicados. Hoy pensaba ir a verte y disculparme por mi comportamiento.

Una criada dejó sendos tés, que cada una endulzó para beberlos.

—No debes hacerlo, tu participación en el hospital es muy loable.

—¿Cómo ha estado todo por allá?

Un silencio significativo se adueñó de la estancia. Victoria pudo percibirlo al notar el leve temblequeo en las manos de la enfermera.

—Róisín, ¿qué sucede?

—Ha regresado el hombre que te buscaba la vez pasada, ese sujeto que me señalaste como un paciente que habías atendido, ¿lo recuerdas?

—¡Zelmiro Sáenz ha regresado! Ese hombre no entiende cuando uno le dice basta.

—Él no es un simple paciente, ¿verdad, Victoria? —inquirió la mujer.

—No, detrás de él hay una larga y triste historia, pero no quiero abrumarte con ella.

—Puedes hacerlo, tengo el tiempo suficiente para que me la cuentes.

Victoria dejó a un costado la taza de té y retornó, como si atravesara un túnel del tiempo, a aquellos días en los que creía que todo era felicidad de la mano de la familia Sáenz.

—Los Sáenz, con Zelmiro a la cabeza, me criaron en el seno de su familia. Crecí con una profunda adoración por las tierras que pertenecían a ellos. La estancia La Victoria era mi refugio, un lugar especial para mí, y no sé por qué extraña razón sentía que yo pertenecía allí. Supongo que el amor por mis perros, que cuidaba con esmero, era una de las causas; las cabalgatas con mis caballos, otra. En su compañía, salía a montar al tiempo que los retaba a romper nuevas marcas al saltar los alambrados, o buscábamos y descubríamos nuevos atajos que no eran muy accesibles para cualquiera. Esa era la vida que yo disfrutaba; en medio de esa inmensidad, era feliz. Sin embargo, esa manera de entretenerme era lo que ocasionaba discusiones con ellos. Parecía que no éramos afines en los gustos. De a poco, todo fue cambiando de cariz, y el detonante consistió en que Zelmiro perdió la fortuna a manos de sus compañeros de juego. Fue en ese instante que él pergeño venir aquí en busca de una solución y no encontró mejor idea que entregarme como esposa a James Lowe, sin respetar que yo amaba a otro: me había enamorado de Thomas con locura y sabía que él sería el hombre de mi vida, pero, para Zelmiro, nada era más importante que

recuperar el dinero perdido. Yo me transformé en su moneda de cambio. Te imaginarás que no le importó mi negativa frente al compromiso que, de manera urgente, organizó con Lowe. Más tarde supe que el sacrificio al que me expuso fue en nombre de una familia que no era la mía.

Para Victoria, volver a hablar de lo que le había sucedido significaba remover una serie de situaciones y circunstancias que, por lo dolorosas que eran, prefería dejar olvidadas en algún resquicio de la mente.

—Esto último lo supe de boca de ellos cuando me confesaron que yo no era su hija, sino un mero acto de caridad ante el abandono de una joven que me tuvo en el establo de la estancia y que huyó una vez que nació. Ahí entendí que las pesadillas que me perseguían tenían un sentido. Recuerdo que, en cada una de ellas, yo corría en busca de una mujer que alumbraba en el establo y gritaba por ella. Está claro que los malos sueños no eran más que un atisbo de lo que me sucedió. Al menos eso es lo único real que me quedó del abandono de mi madre.

La conmoción de Victoria era tan grande que se sorprendió al sentir que los brazos de Róisín la rodeaban para brindarle el consuelo que buscaba.

—Perdón; no debería haberte apesadumbrado con mi triste historia.

—Shh, el dolor, cuando se comparte, deja de ser esa sensación que nos oprime, nos congela y por momentos no nos deja respirar.

—Gracias por tus palabras.

—Victoria, no siempre el amor por un hombre es correspondido del modo en que una lo desea. Tú has tenido la suerte de que tu amor hacia Thomas haya sido recompensado, aunque, para lograrlo, hayas

tenido que esperar un largo tiempo hasta que se concretara. Yo creo que no todas las personas tienen la dicha de conocer a su gran amor, a ese verdadero ser que te hace temblar cuando lo tienes enfrente, cuya ausencia causa un dolor que te hace desear no vivir más.

—Por lo que me cuentas, veo que también has estado enamorada — dedujo Victoria.

—Me sucedió una sola vez en la vida. Al menos eso creí cuando ocurrió, tiempo atrás. Me enamoré de un hombre que, como yo, buscaba algo mejor para el futuro. Me entregué a él con el convencimiento de que era él, y no otro, con quien quería compartir el resto de mis días, pero mi juventud e inexperiencia me demostraron que estaba equivocada. Te aseguro que lo amé con locura, pero él no tuvo contemplaciones cuando quedé encinta. En cambio, para mí fue la noticia más maravillosa que pude recibir al saber que llevaba en mi vientre el fruto de ese amor. Cuando ya no se podía ocultar mi estado, él huyó. Me desesperé cuando lo hizo, sin embargo, por más que quise odiarlo, no pude. Quizá sea un modo de justificarlo, pero siempre estuve convencida de que el motivo de ese abandono no fue porque había dejado de amarme, sino porque la responsabilidad de un hijo lo había agobiado demasiado. Llevar un niño a cuestas lo habría complicado en la búsqueda de un futuro.

—¿Has vuelto a verlo?

—No, porque, cuando tuve oportunidad de hacerlo, descubrí que había muerto luego de regresar a Irlanda. Las luchas en mi tierra eran constantes, y él falleció en una de ellas. Los granjeros y los terratenientes combatían por una porción de campo. Cada irlandés luchaba en defensa de sus ideales, la mayoría por la independencia de Irlanda, mientras el resto lo hacía por continuar dentro del dominio del imperio inglés. Todos intentábamos sobrevivir a la miseria y al hambre. Nada fue fácil en mi patria.

—Lo lamento. ¿Y qué sucedió con tu hijo?

—El momento del alumbramiento llegó. No fue un parto fácil. Durante varios días, estuve muy mal, deliraba de fiebre y estaba sola, al cuidado de mis patronos. Cuando pude recuperar la conciencia, me dijeron que mi hijo había nacido sin vida. En aquel momento, murió una parte de mí junto a mi bebé.

—Oh, cuánto lo lamento.

—Mi querida Victoria, fue Zelmiro Sáenz quien me lo dijo. Yo era una joven irlandesa que trabajaba en la estancia La Victoria. No te imaginas cómo adoraba aquellas tierras. La primera vez que las vi, me enamoré de ellas.

Ella había huido de Irlanda junto a numerosos emigrados que buscaban lo que la patria les negaba. La promoción inmigratoria hecha en aquel momento por Argentina había sido lo bastante importante como para atraer a aquellos que vivían sin ninguna esperanza de progreso. El trabajo y el deseo por tener algo mejor había sido lo que les permitía embarcarse en un vapor durante largos días y soportar las condiciones deficitarias en las que se trasladaban para alcanzar la tierra de sus sueños. Róisín había creído encontrar en la estancia La Victoria el lugar ideal para vivir, pero esa ilusión se había hecho trizas con lo sucedido. Ella miró, con los ojos colmados de lágrimas, a Victoria, que, entre la angustia por lo vivido y la revelación de lo que escuchaba, comenzó a sollozar sin consuelo. En ese instante, Róisín se acercó para rodearla con los brazos y sosegar los sentimientos que vibraban en el interior de la muchacha.

—Lo descubrí hace unos días, cuando Zelmiro regresó al hospital. Nunca pude borrar ese rostro de mi memoria porque fue el portavoz de la peor noticia que me dieron en la vida. El tiempo cambia a las personas, le da canas al cabello castaño, arrugas al rostro lozano y le brinda al cuerpo ciertos achaques que no se tienen cuando se es más

joven, pero el alma de alguien se puede leer en los ojos. La primera vez que lo vi cerca de ti, tuve dudas acerca de la identidad de ese supuesto paciente. Por más que buscaba aquietar aquel dolor, cada tanto regresaba como oleadas que me empapaban de angustia. Aquel día me fui con un sabor amargo y me atuve a la respuesta que me diste. Además, sentía algo especial cuando estaba contigo, pero era una agradable sensación y no más que eso, algo que no podía explicar. Por eso me acerqué a ti, para que pudieras contar conmigo para lo que fuera. Cuando Zelmiro regresó en tu búsqueda, yo acababa de finalizar el curso dentro del hospital. Te aseguro que estaba desquiciado. Fue ahí cuando se disiparon todas mis dudas acerca de quién era él. Él exigía saber dónde estabas. Yo te defendí ante las preguntas y comentarios descarnados que hacía en tu contra. No dejaba de mirarlo para saber si me recordaba. No sé por qué le mencioné quién era y, luego de escucharme, se puso lívido. Fue ahí cuando mi pasado cobró vida de nuevo. Al principio no supe el motivo de la transformación en su rostro; se lo atribuí al modo en que, tiempo atrás, me habían echado de la estancia. Recuerdo que, con la excusa de que no podían continuar apañando a una joven que había cometido el pecado de haber dado a luz a un bebé, por más que hubiese nacido muerto, se deshicieron de mí. Mi culpa y desazón eran tan grandes que no dudé en irme a la ciudad de Buenos Aires. Él gestionó mi regreso, me entregó dinero y la recomendación de un lugar para que me alojara mientras resolvía qué hacer con mi vida. Contaba con quince años, en una tierra lejana a la mía, sin alguien en quien confiar. Sacar un boleto de regreso a mi tierra era lo más sensato, por lo que abandoné todo e intenté olvidar lo ocurrido. Cuando fijé mis ojos en él, toda la rabia acumulada después de tantos años resurgió, y la descargué sobre Zelmiro al advertirle que, si no se tranquilizaba, sería yo quien lo echaría del establecimiento como él lo había hecho alguna vez conmigo en la finca La Victoria. La confusión y la ira le hicieron decir que yo era como mi hija Victoria, que eras una desagradecida y que debería habernos echado a las dos de la estancia en vez de haberte cuidado. Te aseguro que casi desfallezco

cuando lo escuché. La felicidad era tan grande que mi corazón estaba por estallar. Hija, ansiaba verte y contarte mi historia, pero temía que me rechazaras. Estos días en los que te fuiste, tuve tiempo de pensar cómo te abordaría y qué te diría. Quería que, a medida que fuera contándote mi relato, pudieras conocerme un poco más y saber, por sobre todas las cosas, que yo jamás te habría dejado. Conocerme ha sido una bendición del cielo. Haber vivido aquel hecho desgraciado me marcó de por vida, fue el dolor más grande que padecí, y me juré que, mientras viviera, evitaría que alguien se sintiese como yo en aquel momento: sola, desvalida y sin ayuda. Fue ese el motivo por el que me aboqué a la enfermería: quería estar con el necesitado porque no quería que nadie tuviese que pasar por lo que yo debí atravesar. Buscaba colaborar con el más débil, y esta ocupación me permitió aplacar el dolor que quedó sepultado en La Victoria. Hija querida, espero que puedas entenderme y saber que te hablo con la verdad. Quiero que comprendas que tu padre no fue el peor hombre del mundo, sino que no supo cómo conducirse frente a la llegada de un bebé.

La camisa que vestía la enfermera estaba húmeda por el llanto de Victoria.

—Siempre te he buscado en sueños.

En ese instante, Róisín la acompañó en los sollozos. Era muy grande la emoción de saber que el mayor dolor de aquella mujer se desvanecía ante la aparición de una hija que había creído muerta.

—Sé que no es fácil asimilar todo esto. Solo te pido que te tomes tu tiempo antes de juzgarme de manera apresurada.

Victoria se había incorporado para contemplarla.

—No debo tomarme ningún tiempo para asimilar que eres mi madre. Siempre deseé tener una. No sabes lo difícil que es sentirse extraña en una familia a la que te dicen que perteneces.

—Lo imagino. Lo único que puedo ofrecerte es que nos conozcamos a partir de ahora. Necesito saber de ti, de tus gustos, y poder acompañarte en todo lo que me permitas hacerlo.

—Te tomo la palabra y espero que no te arrepientas de habérmelo dicho.

Durante varios minutos, estuvieron de la mano mientras se descubrían la una a la otra tras saber que la sangre las unía y que, a partir de ese momento, la vida de ambas daría un vuelco.

—Si me permites, quisiera saber qué te llevó a decidir colaborar en un hospital —inquirió Róisín.

—Ahora que te conozco, supongo que habrá algo en nosotras que nos hace sentirnos felices al colaborar con el otro. Cuando concurría en un principio al Hospital Británico, en Buenos Aires, lo hacía porque la esposa de Zelmiro se encargaba, junto con la comisión del hospital, de realizar actos benéficos para recaudar fondos. Yo odiaba las galas que se celebraban con esos fines, no así estar en la institución médica y asistir a los enfermos del modo en que me lo permitiesen. Entonces aprovechaba para permanecer con ellos mientras les leía algunos pasajes de los libros que había en el lugar. Debo decir que la señorita Taylor fue mi gran inspiración.

—Qué felicidad me da escucharte.

—Cuando nos instalamos en Londres, quería hacer algo que me alegrara el espíritu. Fue Thomas quien lo gestó antes de abandonar el país para colocar distancia entre ambos. No te imaginas lo que disfrutaba cada vez que iba al hospital. A pesar de que mi estadía en la

ciudad era angustiante, esperaba cada mañana para poder concurrir allí y disfrutar de lo que hacía. Esos eran los únicos momentos que me daban felicidad.

—Es increíble que no nos hayamos cruzado antes en alguno de los tantos viajes que hice.

—Quizás porque, cuando viniste, yo quedé embarazada y no pude concurrir más al hospital.

—Claro. En mi caso, me instalé en Irlanda y viajaba hacia el destino que fuese necesario ir. Cuando surgió la posibilidad de venir aquí, no lo dudé. Me da mucho placer impartir estos cursos. Estaba claro que el destino me tenía guardada una sorpresa inigualable. Saber que estás vivas y que tú eres mi hija es la noticia más feliz que pude haber recibido.

Victoria levantó los ojos colmados de lágrimas al ver a Thomas apoyado sobre el costado de la puerta en tanto la contemplaba.

—Mi amor, acércate.

Róisín se levantó para saludarlo envuelta en el llanto y la emoción de ese momento.

—Thomas, ¿has escuchado lo suficiente para saber quién es?

A Victoria le costaba aún mencionar la palabra “madre”. Las veces que la había usado habían sido para llamar a una impostora que le había robado la posibilidad de tener a la suya propia.

—Róisín —dijo al saludarla y sostener por la cintura a Victoria. La notaba aún muy conmovida—; me da un placer muy grande saber quién eres.

—Muchas gracias, Thomas.

—Siéntate.

Él se ubicó al lado de su mujer y la abrazó. Qué alegría le producía que ella tuviera un remanso ante toda la adversidad que había debido vivir.

—No ha sido fácil encontrarte —comentó él.

—¿A qué te refieres? —se interesó Victoria.

—Mi amor, no creas que me quedé con los brazos cruzados. Cuando me contaste lo sucedido con la familia Sáenz, investigué si había algún registro de tu madre en la ciudad de Buenos Aires, pero la situación política de aquel momento era muy complicada y eso me impidió descubrir qué había sucedido.

—¿Hiciste eso por mí?

—Esa no es la pregunta correcta, sino: ¿qué no haría por ti?

Victoria estaba convencida de que no podía amar más a ese hombre que le daba todo, a pesar de que cada tanto se daba cuenta de que se equivocaba.

—Victoria, no quiero sacarte más tiempo —se adelantó Róisín.

—No lo has hecho. Me gustaría que te quedaras a comer.

—Lo más conveniente es que pienses en lo que hablamos y, si te parece, mañana nos reunamos. Supongo que nos queda toda una vida por delante para hacerlo, ¿verdad?

—Por supuesto —accedió Victoria no muy convencida.

Ella sabía que los planes de Thomas consistían en permanecer solo el tiempo necesario para cumplir con ciertas cuestiones e irse, al menos por un tiempo, hacia Buenos Aires. Allí quedaban algunos asuntos comerciales que Thomas debía arreglar. Además, ella necesitaba disfrutar de La Victoria y de su gente querida.

—Te acompaño.

Luego de despedirse de su madre, Victoria cerró la puerta y, al darse vuelta, observó a Paca con los brazos abiertos para abrazarla con fuerza.

—Mi niña, me da mucha felicidad que ese dolor que tenía haya quedado a un costado. Al fin todo pasa, y cada cosa regresa a su lugar.

—Gracias, Paca querida.

Victoria se alejó de allí en busca del hombre de la casa. La alegría que la embargaba no le había permitido preguntarle cómo le había ido a él. Se encaminó hacia el estudio.

—Oh, Dwayne, no sabía que estaba aquí.

—Señora, es un placer verla.

—Victoria, acércate —pidió Wood.

Ella lo hizo y vio que Thomas la atraía hacia él al colocarle la mano en la cintura. Se inclinó para recibir el beso que él deseaba darle.

—Tendré un día complicado de trabajo, pero lo haré desde aquí.

—¿Surgió algún problema?

—No, es solo que debo dejar todo arreglado para que podamos abandonar la ciudad.

—Entonces, los dejo.

—Mi amor —dijo él, y la joven se detuvo al rozar con los dedos el picaporte de la puerta—, prepárate porque mañana tendremos una gala. Puedes ocuparte de todos los preparativos.

—¿Pero podremos ir juntos?

—Por supuesto. Es un acontecimiento que se instauró hace unos años en Lowe & Co.

Victoria se asombró por lo dicho, pero salió de allí y recuperó la felicidad que le había provocado la visita de Róisín esa mañana. Los pensamientos de la joven estaban centrados en evocar cada palabra pronunciada y cada situación vivida en el pasado. Las horas pasaban sin que ella pudiese pensar en otra cosa que en haber recuperado a la madre que siempre deseó tener y que había dado por perdida en aquel establo de la estancia La Victoria.

* * *

Una leve nevisca se había levantado y había dejado en las aceras una capa fina y cristalina de escarcha. Algunos copos de nieve volaban sin rumbo, lo que brindaba un tinte níveo a la ciudad de Londres. Victoria acababa de colocarse un vestido azul de terciopelo con apliques de pedrería del mismo tono en la cintura y en los puños. El cabello colorado le caía ensortijado sobre la espalda. Se había coloreado un poco las mejillas y se ubicó frente al amplio espejo para contemplar la imagen que le devolvía. No pudo observarse con detenimiento porque la presencia de Thomas, vestido de gala, la distraía por completo. Con el cabello negro peinado hacia atrás, aunque algunos mechones rebeldes le caían por delante, era un hombre con un encanto único.

—Estás hermosa —susurró él por detrás al abrazarla y apoyar la barbilla sobre el hombro de ella.

—Solo busco estar acorde contigo.

Él besó el cuello de Victoria, que se estremeció ante el roce de esos labios. Nunca lograría refrenar lo que le provocaba él con esas caricias.

—Solo te falta esto.

Sacó una caja azul de terciopelo y se la entregó para que ella la abriera.

—Thomas, es hermosa.

Una gargantilla de oro blanco con brillantes incrustados a lo largo de la cadena destellaba en el fondo del estuche. Una gema en forma de gota pendía en su centro. Él la tomó y, con los dedos, rozó la piel de ella para colocársela. La joya impactaba tanto por la contundencia del diseño como por la elegancia y refinamiento.

—Gracias —dijo al entrecruzar los dedos con los de él.

—Debemos irnos. Si no fuera porque debo presentarme allí, te desvestiría hasta dejarte solo con este colgante.

—Tendremos que aguardar hasta que regresemos para hacerlo.

—Te tomo la palabra —ronroneó, y luego le colocó la capa negra de terciopelo.

El hotel Flemings Mayfair se encontraba a poca distancia de la residencia de ambos, sobre Half Moon Street. Allí se erigía la construcción de estilo georgiano de varios pisos, que brillaba con distinción y galanura.

Victoria descendió del coche guiada por la mano de Thomas. Él le brindaba un permanente apoyo porque intuía que no sería fácil enfrentar a varios de los invitados que estaban dentro. Ella no había querido enterarse de los rumores que corrían en torno a sí y al comportamiento amoral que había mantenido en el matrimonio con James Lowe. Aún esperaba que ese tema se arreglase, pero Thomas se había mantenido cauto en cuanto a brindarle mayor información.

—Debes estar tranquila —le susurró al oído—, tu belleza los eclipsará, y nadie pensará en otra cosa que en eso.

Él podía leerle la mente sin necesidad de que ella le explicase cómo se sentía.

No bien entraron al salón, el murmullo de las conversaciones se acalló, y todas las miradas se centraron en ellos. Thomas comenzó a saludar a los invitados mientras tomaba de la cintura a Victoria para que no se alejara de su lado. Se había reunido gran parte del empresariado londinense, que no había querido estar ausente ante los distintos comentarios que corrían en torno a Lowe & Co. El personal de la empresa había concurrido también, y algunos miembros de la política local se habían hecho presentes. De inmediato, la conversación se retomó en boca de los comensales que disfrutaban del ponche y los bocados de caviar y salmón que servían los camareros en fuentes. Al poco tiempo de haber empezado a deambular y conversar por los suntuosos salones del lugar, se dio paso a la cena. Las mesas distribuidas a lo largo del recinto estaban vestidas con manteles de hilo blanco y decoradas con vajilla inglesa.

—Victoria, querida, estás hermosa.

—Margaret, cuánto me alegro de verte y poder compartir contigo esta cena.

La mesa principal era ocupada por Thomas, Victoria, Margaret y otras personalidades ubicadas junto a ellos. Unos minutos luego de que hubiera dado comienzo la cena, Wood se levantó para decir unas palabras.

—Quiero agradecer a todos ustedes su presencia. No es mi intención robarles demasiado tiempo ni interrumpir la estupenda comida que estamos disfrutando. Solo quería decirles que ha habido ciertos cambios en la firma Lowe & Co, una empresa que se gestó con el tesón de George Lowe y que creció hasta transformarse en una de las más importantes del país. Es un orgullo comandarla; pero, esta vez, será solo con mi supervisión. He comprado el resto del paquete accionario, lo que me transforma en el único dueño. No se realizarán grandes cambios, ya que mi idea es continuar con el mismo rumbo al tiempo que conquistamos nuevos mercados. He decidido crear una fundación que acoja a niños que están en la calle para poder brindarles albergue y la comida que necesiten. Yo estaré al frente, pero Margaret, mi fiel colaboradora, será quien la gestione.

Thomas miró a Margaret y luego desvió la vista hacia el fondo. El fuerte murmullo desde detrás del salón distrajo a los presentes.

—Déjame pasar.

James Lowe estaba en la parte trasera la sala y pujaba por desembarazarse de los brazos de Dwayne y de su hermano, que trataban de callarlo.

—James Lowe —señaló Thomas desde su posición en la cabecera—, no esperaba tu presencia.

El sordo cuchicheo daba cuenta por sí solo de la tensión que se vivía en aquel momento. Un corresponsal de *The Times* se había acercado al centro del recinto para trazar la crónica de los hechos.

—No eres bienvenido en este lugar ni en la firma que comando. Tampoco creo que los seas en el ámbito político en el que te mueves.

—¡Deja de decir estupideces: todo esto es una gran farsa!

—No lo es, y supongo que mañana todo Londres sabrá qué clase de sujeto es James Lowe, con quién ha hecho negocios a espaldas del pueblo inglés y, en especial, cómo defraudó a aquellos que confiaron en él.

Dos policías se acercaron para llevárselo de allí hasta la estación policial con el objetivo de que diera explicaciones sobre un documento que evidenciaba la vinculación comercial de Lowe con Cecil Rhodes. La gravedad del asunto radicaba en la cadena de favores que, gracias a sobornos, se había realizado. Los invitados estaban conmocionados por lo escuchado minutos antes, y no se hablaba de otra cosa que no fuera del incidente protagonizado por James. Thomas sabía que el suceso provocaría que la cena finalizara antes de tiempo, y en verdad era lo que buscaba, porque ya había dicho y hecho lo que deseaba.

—Mi amor, podemos irnos.

—¿Es seguro que nos vayamos?

—Claro que sí. Además, los presentes están demasiado ocupados en murmurar sobre el altercado con James como para notar nuestra ausencia.

—Thomas —dijo Margaret al acercarse a él—, George estaría muy orgulloso de ti. Su muerte lo salvó de tener que pasar por el bochorno que habría significado para él el descubrimiento de que James estaba metido en semejantes acciones sucias.

—No sé si lo hubiese sorprendido.

—Tienes razón, nunca se había fiado de él. Debo agradecerte por dejarme participar en este nuevo proyecto.

—Margaret, sé que estás cansada de trabajar en la empresa, pero, desde la fundación, podrás actuar en un campo nuevo y más tranquilo.

—Gracias otra vez. Victoria, cuídalo mucho.

Ambas se dieron un afectuoso beso de despedida. Al retirarse, la más joven vislumbró a Trinidad en brazos de un hombre que la duplicaba en edad, con una mano sobre la falda de ella y con un puro en la otra. Nada había quedado de aquella joven que la había odiado durante tanto tiempo.

—Es la amante del dueño de una empresa, lo conozco. Él está casado y ha seguido el consejo de un amigo en cuanto a lo mucho que uno se divierte en compañía de Trinidad. Él quiere distraerse y sabe que, de su mano, lo logrará. Claro que solo será hasta que se canse y la abandone; entonces ella se buscará a otro hombre que, a cambio de algo de dinero, le de todos los gustos.

Trinidad clavó los ojos celestes en los de Victoria. Fue solo un segundo, hasta que volvió a enfocarse en los toqueteos del hombre que la acompañaba.

—Vámonos —pidió la joven sorprendida al apretar la mano de Thomas.

Thomas abordó junto a Victoria el cabriolé, y ambos se abrazaron con la sensación de que al fin todo llegaba a su conclusión.

—Planeaste que él viniese, ¿verdad?

—Sí, Dwayne se encargó de hacerle saber dónde se realizaba la cena. Solo debíamos esperar a que ingresara. Sé que lo que más le duele es el escarnio público, y es lo que va a sufrir a partir de ahora.

—¿Quedará arrestado?

—Con el documento que les ofrecí a las autoridades, lo tendrán durante mucho tiempo en prisión. No solo él caerá, sino también aquellos a los que James involucró en sus negociados. Fuertes sumas de dinero se pagaron a cambio de influencia en la decisión de algunos políticos para beneficiar a Cecil Rhodes.

—¿Y Rhodes?

—Tiene mucho poder e influencias como para que le suceda algo. Además, no vive acá, y por más que quieran negarlo, la corona va a necesitarlo en algún momento de expansión. Este será un castigo ejemplar para los políticos. Hace tiempo que se corrían los rumores acerca de estas prácticas, pero nadie lo había comprobado.

Thomas besó la coronilla de Victoria convencido de que, tarde o temprano, todo se pagaba. En esa ocasión le había tocado el turno a James.

* * *

El día había amanecido bajo un cielo ceniciento. La densa niebla envolvía los copos de nieve que caían sin cesar. Victoria acababa de levantarse, luego de haberse amado con Thomas durante toda la noche, que había sido especial para ambos ya que sobraban los motivos para celebrar. Descendió por la escalera y enfiló hacia la sala.

Allí sentado, en tanto disfrutaba de un café cargado, estaba Thomas, que leía el periódico *The Times*. Había una noticia que había concitado todo el interés del empresario.

El ocaso de James Lowe

En el día de ayer, se conoció la fuerte vinculación de James Lowe con el Rey de los Diamantes, Cecil Rhodes. El documento que se ha hecho público habla de contundentes sumas dinero que se entregaban a cambio de torcer, con los votos y la influencia de Lowe, las decisiones de importantes políticos para que beneficiaran a Rhodes en la ampliación de su imperio. Lowe perdió la empresa Lowe & Co a manos de su socio, Thomas Wood, que, luego de una larga gestión, ha logrado posicionarla como una de las más redituables del mercado inglés.

El acusado también acaba de malograr su ansiada y prometedora carrera política. Este escándalo ha tenido lugar en una gala organizada por Thomas Wood para dar a conocer el nuevo rumbo que tomará la firma de la que es único dueño. Para el futuro de Lowe, lo único que se le auguran son largos y aciagos días en prisión.

Thomas desplazó el periódico con una sonrisa en el rostro.

—Ven.

Ella se acercó y lo besó al saber que las noticias al fin eran alentadoras.

—Mi amor, en breve, todo estará listo para que viajemos hacia Buenos Aires. Deseo que estemos allí una temporada, aunque debemos regresar aquí para controlar cómo siguen mis negocios.

—No veo la hora de volver, pero hay algo que me inquieta —repuso ella.

—¿Tiene que ver con Róisín?

—Sí, me gustaría estar más tiempo con ella y no tenerme que separarme ahora.

—No será necesario que lo hagas. Ella podrá venir con nosotros cuando haya terminado con los compromisos que la trajeron hasta aquí.

—¿En verdad estarías dispuesto a hacerlo posible?

—Querida, no deberías dudarlo.

Victoria sonrió y comenzó a comer el pudín de nuez que se había transformado en una sabrosa costumbre.

Thomas tomó otro café, se levantó y se colocó un abrigo de paño azul y unos guantes de cuero negro. Una vez listo, salió para realizar una última diligencia. A bordo del cabriolé, atravesó las calles de la ciudad hasta que el vehículo se detuvo frente a un edificio de ladrillos. La entrada estaba custodiada por un policía que, con el traje resplandeciente, lo saludó y le pidió que se identificara. Cuando entró, tuvo que esperar en una sala hasta que lo condujeran a la celda donde James Lowe aguardaba la decisión sobre el lugar hacia donde lo

trasladarían. Eran conocidas las paupérrimas condiciones en que se vivía en las prisiones, no solo en lo referido a la alimentación, sino también al alojamiento. Los abogados de Lowe estaban trabajando a destajo para endulzar aunque fuera algo del futuro nefasto que tendría aquel cliente. Thomas se detuvo frente a la celda de James.

—¿A qué has venido? Eres un hijo de puta. Crees que me has destruido, pero estás equivocado —vociferó el reo.

—He venido a decirte que vas a pudrirte aquí dentro. Habría sido más fácil matarte, pero, de ese modo, te habría ahorrado este dolor. Pagarás por todo el daño que le provocaste a Victoria. Intentaste matar a mi hijo, y eso es algo que nunca se olvida. Me aseguraré de que no te quede otra alternativa que permanecer aquí dentro. Confiscarán tus bienes, te quedarás sin ese dinero del que tanto alardeabas y acabas de ganarte el desprecio de tu gente. Además, deberás firmar el divorcio que te negabas a concederle a Victoria. Te mereces todo esto, y espero que no cometas ninguna otra estupidez, porque estaré del otro lado de la calle para controlar que no salgas de aquí. Thomas se dio vuelta mientras escuchaba los insultos de James Lowe.

Una fuerte bocanada de frío lo recibió al salir del destacamento policial. De allí se iría a su casa para disfrutar de la familia, a la espera de emprender el viaje a Buenos Aires que lo obligaría a despedirse, hasta un nuevo regreso, de la ciudad de la niebla.

CAPÍTULO 23

De regreso

Buenos Aires, 1890.

El puerto de Buenos Aires se extendía a lo largo de la costa. Desde el Paseo de Julio, se podía contemplar el muelle de pasajeros, en su sólida estructura de madera, que se adentraba sobre las veladas aguas del Río de la Plata. Hasta allí llegarían los botes con los pasajeros que habían descendido del vapor anclado en la rada exterior. Ninguno de ellos se había sentido molesto por que, en ese corto trayecto a bordo de la pequeña embarcación, sus ropas se hubiesen humedecido con el agua barroza del río. La tenue y cálida brisa levantada no aligeraba ni daba respiro al calor instalado en la ciudad.

Hasta ahí habían arribado Thomas y Victoria. Ese regreso les traía una serie de emociones. Victoria aún evocaba el momento en que había decidido retornar junto Thomas a Londres para poner fin a todas las cuestiones que habían quedado sin resolver allí. La angustia y el temor no habían dejado de envolverla ante la incertidumbre por saber cómo se desenvolvería todo en tierra inglesa. Luego de un tiempo, regresaba sin el peso de un pasado que no había dejado de perseguirla.

—No puedo creer que estamos de vuelta —expresó Victoria con la voz quebrada.

Ella había debido atravesar complejas circunstancias para disfrutar de ese país que le había quitado y brindado todo cuanto tenía. Desvió la vista y contempló a Colin, que, de la mano de Thomas, quería meterse en uno de los dos kioscos alojados a lo largo del muelle en donde se realizaban varios trámites del pasaje y del equipaje. Se acercó de inmediato para salir de allí y abordar, junto a Paca que venía detrás, el carruaje que los llevaría de vuelta a la casa. Thomas la tomó de la mano y disfrutó del recorrido de las conocidas calles de Buenos Aires, que ostentaban un constante e incesante movimiento de personas. A través del cristal de la ventana, vislumbró el Grand Hotel.

—Debo reconocer que ese lugar no me trae buenos recuerdos — susurró Victoria al notar a Thomas abstraído, con la mirada perdida en el paisaje citadino.

—Sin embargo —murmuró al tomarla por el cuello para acercarse más a ella—, a mí me recuerda que no dejé de pensar en ti ni una maldita noche cuando aún no podía tenerte.

El cuerpo de Victoria sufrió un fuerte estremecimiento al mirarlo con ojos anhelantes.

—Cuando lleguemos a casa y estemos solos, te demostraré cuánto te amo.

Ella sonrió sonrojada y desvió la vista para cruzarse con la de Paca, que compartió la felicidad de la muchacha con una mirada cómplice. Poco después, el traqueteo del vehículo disminuyó hasta detenerse frente a la casona de Thomas. Un gran revuelo se produjo no bien ingresaron a la propiedad. Entre el equipaje y los saludos de bienvenida, cada uno se fue ubicando dentro de la vivienda. Salvo Colin, que estaba un poco fastidioso, los demás no estaban cansados, ya que habían podido descansar en la veintena de días que habían estado a bordo del barco.

Tras ordenar todo, Thomas se instaló en el escritorio para ver los documentos que hasta allí le había llevado Joaquín. Mientras los leía, notó cierta inquietud en el joven Rodríguez.

—Joaquín, siéntate. No hemos podido hablar de nuestras cosas porque la algarabía de la familia no lo permitió.

—Sí, me dio mucha alegría que al fin todo se arreglase, y no quise interrumpir con mis problemas.

—¿A qué te refieres? —interrogó Thomas.

—No se preocupe, todo lo referente a los negocios que debí administrar está en orden.

—Lo sé; siempre he confiado en ti. Cuéntame qué sucede.

—Mi vida personal es un lío, excepto por el amor que siento por Paloma.

Joaquín le habló de todo lo sucedido durante la ausencia de Wood y no escatimó ningún detalle. Era una manera de poder liberar toda la angustia que había contenido durante tantos meses.

—Déjame ayudarte.

—¿No cree que pueda arreglarme solo?

—Por supuesto, pero no deseches la colaboración de alguien que solo busca darte una mano.

—Creo que la única solución es irme de aquí —declaró Joaquín.

—Si así lo deseas, lo harás. Es más, te vendrás con nosotros a la estancia La Victoria. Pasaremos allí una temporada con la familia.

—Pero no dejaré a Paloma aquí, en medio de su tía y los Goyena.

—Eso déjame a mí. Ahora te pido que te calmes, que todo se arreglará. Por lo pronto, ponte a organizar el viaje al campo.

Joaquín asintió y se levantó para dejar al dueño de casa enfrascado en los documentos que tenía desparramados en la mesa.

—Thomas, no quiero complicarte, pero desde ya te agradezco lo que haces por mí.

Él se levantó y fue a su cuarto para cambiarse, ya que debía efectuar aún una visita. Al entrar, vio a Victoria, que acababa de darse un baño y estaba cambiándose.

—¿Piensas ir a algún lado? —consultó él.

—Quiero ver a Josefina. Ella no sabe que regresamos, y me muero de ganas por verla.

—Yo también debo salir. Aguarda que me aliste, y nos iremos juntos.

En el trayecto hacia la casa que Josefina habitaba junto a su esposo, Victoria no dejó de pensar en la felicidad de su amiga. Ambas habían transitado muchas situaciones sin la compañía de la otra, y pronto se podrían poner al día de todo lo acontecido en la vida de cada una.

—Mi amor, no me has dicho adónde vas.

—Sabes que debo completar una serie de trámites para poder irnos al campo. Te aseguro que no veo la hora de estar allí y tenerte solo para mí.

Ella se aproximó para besarle antes de descender del coche.

—Nos vemos más tarde.

Victoria tocó la aldaba mientras el carruaje de Thomas se alejaba de allí. Cuando la empleada de la familia Rivas le anunció a Josefina la llegada de la señorita Victoria, se armó dentro un alboroto de gritos, abrazos y besos entre ellas.

—¡No puedo creer que estés aquí! —exclamó Josefina con los ojos húmedos ante la inmensa alegría de tener a Victoria en su casa.

—No te imaginas los deseos que tenía de verte.

—Ven, vamos a sentarnos.

La sala de la casa era un torbellino de comentarios, risas y anécdotas que sorprendieron a la empleada cuando dejó unos refrigerios junto a una bandeja de budines y pastelitos sobre la mesa.

—Me da mucha felicidad tu casamiento, aunque podrías haberme esperado.

—Ni loca lo habría hecho. Imagínate que, una vez que Francisco me lo propuso, no dudé un instante en aceptar y en decirle que fuera cuanto antes. —Se acercó por encima de la mesa y agregó—: No fuera a ser que se arrepintiera.

Ambas estallaron en una carcajada. Francisco se había detenido al lado de la puerta y había escuchado las últimas palabras de Josefina. Oírla reír no hacía más que confirmar que ella había vuelto a tener ese carácter fresco, alegre y desenfadado del que él se había enamorado.

—Fue poco el margen de tiempo que me dejaron para poder retractarme —respondió al entrar para saludar Victoria, no sin antes guiñarle un ojo a Josefina.

—Muchas felicitaciones.

—Gracias. Y dime, ¿cómo está Thomas?

—Me acompañó hasta aquí porque debía cumplir con ciertos compromisos.

—Cuando venga a buscarte, espero verlo.

—Claro que sí.

Él se retiró, y Victoria se abocó a narrarle a Josefina todo lo sucedido en Londres. El rostro de la recién casada no perdía la expresión de asombro y sorpresa por lo que iba escuchando.

* * *

A unas cuantas cuadras de allí, Alba no se decidía sobre qué atuendo le quedaba mejor, aunque no quería retrasar a Thomas, que la aguardaba. Hacía unos largos minutos que le habían avisado que él había llegado. Al final se decidió por un vestido de amplio escote de color celeste que resaltaba todos los atributos que ella deseaba mostrar. Se levantó el cabello rubio con un moño que dejaba que unos cuantos mechones le cayeran sobre el cuello y se perfumó con unas gotas de colonia de espliego.

—Sabía que regresarías por mí. Siempre lo supe —murmuró frente al amplio espejo.

Una ancha sonrisa se le dibujó en el rostro, y evitó que un temblor le dominara todo el cuerpo. Se acercó al ropero y, agachada, sacó la botella de whisky. Ese era su pequeño tesoro y su fiel compañía en las largas y tristes noches en las que esperaba por él. Tomó un trago de la botella. Había encontrado en la bebida la calma que tanto había

buscado. Antes de esconderla, sorbió otro trago y, luego de incorporarse, salió de la habitación para enfilarse rumbo al esperado encuentro con su querido Thomas.

—Mi amor, no tienes idea de los deseos que tenía de verte. Veo que entendiste que debías regresar a mí.

Ella se acercó a Thomas y lo rodeó con los brazos para besarlo, pero él le tomó las manos y las apartó para colocar una distancia prudencial entre ambos.

—Alba, deja de engañarte, sabes que no he regresado por ti. No quiero ser cruel contigo, has sido una buena mujer, pero hace un tiempo largo que, entre nosotros, no existe nada.

—Mi querido Thomas, lo nuestro ha sido demasiado importante para olvidarlo.

—Debes saber que nunca estuve enamorado de ti. Durante el período que estuvimos juntos, nos acompañamos, pero no fue nada más que eso porque no te amé —le aclaró él.

—Todo es por culpa de ella, ¿verdad?

—No, saca a Victoria de esta conversación. La culpa ha sido mía si no fui lo bastante claro al darte a entender que nunca hubo un “nosotros” porque jamás te he amado. Por favor, Alba, no me hagas todo esto más difícil.

—Difícil ha sido saber que abandonabas la ciudad con el niño y con esa para irte a Londres. Yo estuve en el puerto y te observé cuando te ibas con ellos. No te imaginas lo que habría sido capaz de hacer en aquel momento.

Aún recordaba el modo en que había llegado hasta la zona portuaria el día en que Thomas abandonaba la ciudad. Se había agazapado en el Paseo de Julio con un facón en la mano porque necesitaba dar fin a todo, y la única manera era dañarlo. Había pergeñado atacar a Victoria para lastimarlo a él, pero, en un raptó de lucidez, se había dado cuenta de que Thomas nunca se lo perdonaría. Sin embargo, había habido algo determinante que la había detenido. Había existido un instante en que Thomas se había dado vuelta para mirar a su alrededor. Ese momento persistía en la memoria de Alba, que no había logrado borrarcelo de la mente. Thomas había lanzado una mirada en torno a aquel lugar que le había helado la sangre. Esos ojos seductores que la habían hechizado habían dado lugar a otros glaciales, intimidantes y amenazadores. Él se había transformado en un animal depredador dispuesto a atacar a quien intentase siquiera rozar a su cría. Alba se había dado cuenta en aquel instante de que no tenía posibilidades de completar su plan porque él acababa de vedárselo.

—No pudiste ni podrás hacernos daño porque solo eres una buena mujer que no logra aceptar que yo tengo otra vida muy lejos de ti.

—Thomas, por favor —pidió con los ojos llorosos.

—Basta; he venido aquí para hablar de Joaquín y Paloma.

—No lo menciones. Nunca aceptaré esa unión.

—Lo harás —sentenció él.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué piensas hacer para que cambie de opinión?

—Sé que quieres a Paloma, por eso no puedes negarle ser feliz.

—No vengas a darme consejos sobre cómo ser feliz. Tú impides de modo permanente que yo lo sea.

—No insistas. Joaquín puede ofrecerle todo lo que ella necesita.

—No tiene dinero ni apellido —objetó ella.

Alba Guerrero aún no podía reconocer que fuese un bastardo y que, si Paloma se unía a él, en cualquier momento podría estallar un escándalo. No era eso lo que quería para su sobrina.

—Quizá no tenga un apellido notable, pero cuenta con el dinero suficiente para darle una buena vida.

—Querrás decir con tu dinero.

—Te equivocas. Joaquín se ha ganado cada peso que tiene, además de mi absoluto apoyo en toda esta relación —afirmó Thomas.

—Pero no el mío, y Paloma nunca cometería la locura de irse de mi lado hasta que yo lo consintiera. No la conoces lo suficiente.

—Te equivocas, tía.

Paloma se había quedado a un costado de la sala para escuchar todo cuanto se había dicho en esa conversación. Recordó las palabras de Joaquín sobre Alba y confirmó que no era amor lo que la ataba a Thomas, sino una peligrosa obsesión.

—Paloma, vete a tu cuarto, no sabes lo que dices.

—Claro que lo sé. No pienso renunciar al amor que siento por Joaquín. A mí no me importa que tenga un apellido o que cuente con dinero. Mira si no en lo que se han transformado los Goyena.

—Ya te he dicho que Franco es el candidato indicado para ti.

—Alba, deja de intentar manipular la vida de los otros —la acusó Thomas.

—Ahora quieres alejarme de la única persona que no me ha abandonado —gritó, crispada por los nervios.

—Tía, si no cambias de opinión, seré yo quien te deje. Sabes que te amo, pero no estoy dispuesta a renunciar a Joaquín.

Un contundente silencio se instaló en la sala. La viuda miró desafiante a ambos y salió disparada de allí rumbo a su habitación. Necesitaba ahogar la angustia en alcohol. Una botella de whisky la aguardaba.

—Gracias, Thomas.

—Paloma, ven a casa, le alegrarás el día a Joaquín. Deja a Alba, que necesita estar sola.

—Ya regreso.

Thomas llamó a la criada para hablar y confirmar lo que suponía. El aliento a alcohol a esa hora de día no dejaba dudas sobre el comportamiento de aquella mujer. Le pidió a la empleada que estuviera atenta a la conducta de la señora de la casa. De algo estaba seguro, y era de que Paloma no podía continuar allí. Por más que quisiera a su sobrina, en el estado en que estaba Alba, no solo podía dañarse a sí misma, sino también a quien más amaba.

Los golpes a la puerta distrajeron a Thomas, que aguardaba en la sala a la joven. Imaginó que podía ser Joaquín, que no habría podido manejar la inquietud por lo que sucedería con Paloma.

—Los rumores de que vendrían eran ciertos.

La quisquillosa voz de Goyena retumbó en los oídos de Thomas.

—Me ahorraste el camino hasta tu casa.

—¿Pensabas ir a verme?

—Goyena, me abstuve de romperte la cara porque creí que no era necesario gastar un minuto en ti, pero en verdad me equivoqué al juzgarte, porque eres más mierda de lo que creí —espetó Thomas.

—Basta, no te metas en temas que no te competen.

—Joaquín me compete, y no has tenido piedad con él.

—No lo entiendes. No tuve otro modo de hacer las cosas.

—Sí es así, deberías haberte mantenido al margen de todo, y en especial de Joaquín. Te has enfrentado a él una y otra vez, incluso has buscado revancha con él para defender a tu hijo. No tienes vergüenza.

—Quizás lo hice porque siempre admiré en la persona en que se transformó Joaquín —reveló Goyena.

—En eso no has tenido nada que ver.

—¿Tú, en cambio, sí?

—No lo digo por mí, sino por su familia, que le brindó todo lo que necesitó. Tú has permitido que tu hijo se mofara de él. Has consentido que lo humillara sin tener ningún tipo de reparo.

—Quizás haya llegado el momento de poner fin a todo esto y repararlo.

—Es tarde, Goyena. Joaquín no quiere verte más ni tener nada en común contigo ni con tu hijo —le aseguró Thomas.

—¿Has hablado con él?

—Por supuesto, y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para que ustedes lo dejen en paz.

—Eres una constante molestia en mi vida. Me has hecho a un costado de todo lo que quise.

—Te equivocas. Alba está tirada en la cama, aferrada a una botella de alcohol, ¿y tú qué haces? —le recriminó.

—Ella está así por tu culpa.

—No; ella está así porque desea encontrar a alguien que la cuide.

—Y crees que yo lo soy.

—Ya sabes lo que pienso de ti, y con cada minuto que pasa, lo confirmo. Me importa una mierda lo que hagas con Alba, pero te sugiero que, a partir de ahora, no te entrometas más entre Paloma y Joaquín.

—No lo haré, pero no porque me lo pides, sino porque creo que es lo único que puedo hacer por él. Hablaré con Alba y la convenceré de que él es lo mejor para Paloma —ofreció Goyena.

—Hazlo, y rápido. Alba no está bien. Tampoco estoy de acuerdo con que Paloma permanezca aquí mientras su tía está así.

—Tengo un lugar al que debo retirarme, y quizás el viaje no solo la beneficie a ella, sino también a mí.

Las tierras que había adquirido de manos de Alba serían el mejor refugio para ambos. Sería una buena oportunidad que no deseaba dejar pasar.

—Ya estoy lista —avisó Paloma al asomarse a la sala.

—Paloma, tendrás de mi parte el apoyo que sea necesario para evitar otro problema mayor con Joaquín —prometió Miguel.

—Discúlpeme —contestó con timidez—, pero no creo que a él le guste que usted mueva un pelo por mí o por él. Joaquín sabe cómo arreglarse por sí solo y también cuenta con personas a quienes recurrir. Thomas y su familia han sido y serán siempre su apoyo.

—Vamos —dijo Wood.

Enfilaron hacia la casa de Josefina mientras le daba indicaciones al cochero para que llevara a Paloma a la residencia Wood. Al llegar, el doctor Rivas lo recibió.

—Thomas, qué alegría verte.

Francisco lo saludó y lo guio hasta el estudio para poder hablar tranquilos. Había un tema que lo acuciaba, y necesitaba discutirlo con el recién llegado.

—Imagino que has dejado todo solucionado en Londres.

—Así es. No ha sido fácil, pero cada cosa se ha ubicado en su lugar.

—Sé que has estado con Juan allá, ¿verdad? —corroboró Francisco.

—Sí, te aseguro que fue una gran sorpresa verlo en mi casa. No me imagina que viajaría, y menos aún el motivo por el que lo hizo.

—Eileen.

—Así es. Ella es alguien que forma parte de mi familia, y he sido un poco duro con él. Sí —afirmó antes de que Francisco hiciera alguna objeción—; no quería que la lastimara y desconocía sus intenciones, pero me di cuenta de que es lo mejor que puede pasarle a ella.

—Él me mandó un telegrama para comunicarme que no sabía cuándo regresaría. Supongo que tendrás noticias más certeras que yo.

—En un principio, él pensaba quedarse allá hasta convencer a Eileen y desconocía cuánto tiempo tendría que permanecer en Londres. Si bien no le fue tan simple, porque algunas cuestiones se complicaron, ellos están juntos ahora. Ambos decidieron que lo mejor es alejarse de Inglaterra y regresar aquí. Este es el lugar que eligieron para instalarse.

—No sabes la felicidad que me da poder volver a verlo.

—Me imagino. Yo también estoy contento, porque, para mi amiga, lo mejor es abandonar Londres —reveló Thomas.

—¿Lo dices por algún motivo en especial?

Se tomó unos largos segundos para contestar.

—No, lo digo porque Eileen no ha dejado nada importante allá. No es lo mismo para Juan, que cuenta con todos ustedes.

Lo acontecido en Londres quedaría sepultado en los callejones de la “pequeña Dublín”.

—¿Conoces la fecha en que regresarán?

—Dentro de poco estarán aquí. Sucede que decidieron embarcar desde El Havre. Pasarán allí unos días para disfrutar de la fama y del prestigio adquirido por el lugar.

—Entonces, solo resta esperar.

El chasquido de la puerta interrumpió la conversación.

—Thomas, qué gusto verte —saludó Josefina—. Estamos con Victoria en la sala. Acabo de enseñarle las modificaciones en la casa.

—Y le habrás señalado las que faltan —replicó el médico con una sonrisa.

—Por supuesto.

La conversación entre los cuatro se extendió en el salón de la finca.

—Victoria —comentó Josefina—, los estaba esperando para organizar una pequeña celebración por nuestro casamiento. No puedo creer que quieran irse a la estancia.

—Jose, la puedes hacer, pero en La Victoria.

—Por supuesto —agregó Thomas—. Con este clima, no hay nada mejor que abandonar la ciudad. Seremos varios quienes partiremos hacia allá.

—Mi amor —secundó Francisco—, ellos tienen razón. Además, si Juan regresa, podremos estar todos juntos.

—Así es. Creo que todos, por distintos motivos, merecemos un descanso.

—Me encantaría. En verdad quería festejar con ustedes la felicidad de haberme casado con Francisco, y nada mejor que ser invitados a la estancia —accedió Josefina.

—Entonces preparen todo. Dentro de unos pocos días, nos vamos.

Se despidieron con la promesa de un nuevo encuentro. Victoria abordó el carruaje y se acomodó entre los brazos de Thomas. Se alejó unos centímetros para mirarlo antes de agregar:

—No me has dicho cómo anduvo la diligencia que debiste hacer.

—Me ha ido muy bien.

—¿Dónde has estado? —interrogó ella.

—Ya te dije: estuve encargándome de unos trámites pendientes.

—¿Con Alba? Parece que, no bien has llegado, has tenido la necesidad de ir a saludarla. La próxima vez, dile que no se coloque esa vulgar colonia que simula un aroma a lavanda.

Thomas le rodeó el cuello con una mano y clavó la mirada en la expectante de ella.

—Estuve con ella para tratar un tema importante: Paloma. Deberías saber que Alba nunca me importó porque amé, amo y amaré solo a una mujer. Cuando llegemos a casa, voy a demostrarte cada una de las razones por las cuales nunca podré fijar mis ojos en otra, porque eres mía del mismo modo que yo te pertenezco. Deberías saber también que esto que tenemos nos unirá para siempre, aunque creo que debo recordártelo.

Un beso apasionado selló las palabras de él y sepultó los infundados celos de ella.

* * *

Los días habían transcurrido en medio de los preparativos para abandonar la ciudad e instalarse en la estancia La Victoria. Thomas, junto a la familia, había emprendido el viaje hacia allí.

Una gran avenida de árboles con un entreverado follaje en sus copas brindaba sombra y respiro a los días calurosos. Mulato comandaba la recepción de bienvenida conformada por los perros que, sin dejar de ladrar, saltaban alrededor del carruaje. Victoria

descendió de inmediato para dejarse arrastrar por el cariño animal. Sin embargo, cuando Mulato vio a Thomas, se le tiró a los pies sin dejar de mover la peluda cola para olfatearlo. Colin, de la mano de Paca, caminaba y se tambaleaba en cada paso que daba, pero eso no obstaculizó los lengüetazos del perro en el rostro sonriente del niño.

—Señora Victoria, qué alegría tenerla por aquí.

Catlee salió a recibirlos en tanto se secaba las manos en el mandil.

—Querida Paca —le dijo Katy entre tantos saludos—, ya me contarás cómo te ha ido y qué novedades traes.

Katy había trabajado, en vida del señor George Lowe, en la residencia de la familia como cocinera. Cuántos secretos se habían ocultado allí dentro. Desde que se había instalado en la estancia para acompañar a su sobrina, la empleada se había desvinculado de todo lo que sucedía en Londres.

—No te imaginas.

—Nos sobra el tiempo para que nos describas todo.

—Dejen de cuchichear y vengan a ayudarme —exigió desde atrás Catlee.

El alboroto se trasladó al interior de la vivienda. Dentro, quedó el equipaje en el suelo para ordenarlo después, ya que cada uno buscaba disfrutar de estar de regreso en La Victoria.

Victoria, por su parte, se dirigió al establo.

—Jacinto, buenos días.

—Señorita, se la extrañaba por aquí; y ellos —dijo al señalar a los caballos—, ni le cuento.

—Quiero salir a montar. No sabes los deseos que tenía de venir acá y hacerlo.

—Elija el que quiera, no perderé tiempo en buscarle una silla.

—Gracias, Jacinto.

Él supo que la elección de ella recaería sobre el corcel preferido del patrón. Crack era salvaje como la señorita. Ambos hacían una buena dupla. Él apenas si tuvo tiempo de decirle algo más, ya que la joven salió como una exhalación a campo traviesa.

Thomas se había quedado entretenido en el escritorio, pero, a través de la amplia ventana, la vio salir montada como una saeta. Él se retiró de allí y fue a buscarla. En cada espoleada que daba, mayor velocidad imprimía para poder alcanzar a su mujer, que dejaba una estela de polvo mientras galopaba sin tregua. A su paso, desfilaban los cuadros cultivados que, en sus distintos tonos de verde, reverberaban a la vera del sendero. Como si la escena volviese a repetirse, Thomas vio a Victoria lanzarse sobre unos palos a pique que servían para contener el ganado y delimitar el terreno. Esa vez no intentó detenerla, sino que frenó para contemplarla. El cabello rojizo de ella ondeaba con la brisa matinal y se mezclaba con los dorados rayos del sol. El movimiento grácil y acompasado sobre la grupa del animal lo subyugaba, como siempre. En ese instante, ella era salvaje, poderosa y libre. Amaba cada uno de los atributos de ella, aunque en más de una ocasión le hubieran traído dolores de cabeza. El momento en que la vio elevarse por encima del alambrado para sortearlo fue mágico. Thomas ya se había lanzado hacia ella para buscarla; ella había descendido de un salto para pasar la mano por el pelaje brillante del equino y celebrar la buena actuación que había tenido.

—No me cansaré de felicitarte y decirte que eres fantástico.

Ella levantó la vista al notar que Thomas se le acercaba.

—Ha sido una magnífica elección —le dijo luego de apearse para aproximársele.

—Supongo que lo dirás por mí y no por Crack.

Ella estalló en una carcajada, y Thomas la levantó del suelo para colocarla sobre la grupa del caballo. Le lamió los labios; se adentró en la boca de ella para explorarla sin lograr saciarse. Parecía que nunca le alcanzaría.

—Te amo —resopló sobre los labios de la joven.

—Yo también, y me haces feliz cada día. Estar aquí contigo me devuelve la felicidad que creía perdida.

—Me gustaría mostrarte las tierras que anexé hace poco.

—¿Has agrandado más aún la extensión de la propiedad?

—Sí, vamos a conocerlas.

Ambos salieron al galope hasta perderse en la espesura campestre.

* * *

Los días subsiguientes fueron un torbellino de preparativos para alojar a todos los invitados que llegarían a la estancia. Victoria abandonó la cocina porque un carruaje se acercaba a través de la avenida de árboles. Colin había salido detrás de ella en compañía de Mulato, que se había transformado en el fiel compañero y permanente guardián del niño.

Una vez que el coche se detuvo, Josefina asomó por la portezuela. Colin fue corriendo a los tumbos a saludarla. Victoria lo vio alejarse y reflexionó que no podía negarse el parecido con el padre, aunque se contentaba con que su hijo hubiese heredado la simpatía de ella.

—¡Pero miren quién me viene a saludar, el hombrecito más hermoso que conozco!

Josefina lo levantó en andas para llenarlo de besos en las rozagantes mejillas, mientras el niño no hacía más que reírse ante las locuras de su tía.

—Francisco, bienvenido —saludó Thomas mientras lo ayudaba a bajar el equipaje.

—Gracias, Thomas, parece que las mujeres están entretenidas.

—Mira a Colin, con lo que detesta que lo mimen y estar en los brazos de las mujeres que lo rodean —replicó con una sonrisa irónica.

Todos entraron a la casona. Los invitados lo hicieron para ponerse cómodos luego del viaje, mientras que el resto se alistó para ultimar los preparativos del almuerzo. Catlee, desde la cocina, no dejaba de dar órdenes sobre la gran comida que quería preparar. Aún aguardaban a otros huéspedes que no habían llegado.

—Si les parece, nos vamos ubicando para comenzar a comer unos tentempiés que con tanto esmero ha hecho Catlee.

—Por supuesto —aceptó Josefina ante la seña de Victoria. No quería desairar ni a Catlee ni a Katy.

De a poco, los hombres se fueron sentando a la mesa.

—Vamos a descorchar este vino —propuso Thomas.

—Sé que disfrutas de un buen tinto, y este es de los mejores. Espero que te guste.

—Por la cantidad que trajiste, debes de supones que no hago otra cosa que dedicarme al alcohol.

Ambos se rieron, aunque el ladrido de los perros les alertó que alguien más acababa de llegar. Los dueños de casa salieron de la residencia para recibirlo. Juan bajó primero. Luego Eileen, que enseguida buscó con la mirada a Thomas y de inmediato fue a abrazarlo sin ocultar el sollozo que emergió desde sus entrañas.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí —le susurró.

—Lo prometimos cuando éramos niños, ¿o te olvidas?

—Como siempre, tú te has encargado de todo.

Ella no había tenido tiempo de agradecerle el modo en que se había ocupado de Barney, pero se había enterado de todo a través de Juan cuando se habían trasladado a otro hotel. Ninguno de ellos había querido quedarse en la casa de Thomas porque no deseaban complicarlos más de lo que estaban.

—¿Cómo ha estado el viaje? —saludó Victoria al acercarse.

—Ha estado fantástico, y muchas gracias a ti también por todo esto.

Eileen se lanzó a abrazarla. Al fin, junto a ellos, había encontrado el lugar que siempre había buscado.

—Hijo, qué alegría verte de regreso. En un momento creí que te quedarías en Londres.

—En un principio es lo que pensé, pero a Eileen le ha gustado mucho esta tierra, por lo que no dudé en emprender el retorno hacia aquí.

—Me satisface mucho que lo hayas hecho.

—Jose, te veo muy bien y recuperada —comentó Juan.

—Sabes que, sin Francisco, nada de esto habría sido posible.

—Claro que lo sé —replicó al tiempo que le daba una palmada en el hombro a su padre.

—Entren por favor, un rico almuerzo nos espera.

Cada uno de los comensales se ubicó a la mesa y, antes de comenzar con la comida, Francisco levantó una copa.

—Si me permiten, quiero hacer un brindis porque al fin estamos todos juntos y podemos compartir la enorme felicidad que tengo por haberme casado con Josefina.

Los aplausos acompañaron sus palabras.

—Parece que supiste esconder algo tan importante —agregó Juan con la copa en la mano.

—No se sí me entenderás, pero te aseguro que era ese momento o nunca más.

Josefina estalló en una carcajada ante el comentario de su esposo.

—¿Cómo no voy a entenderte? Nosotros lo hicimos en Londres antes de partir.

—¿Cómo? ¿Se casaron sin avisar? —preguntó Thomas.

—Ustedes estaban en Irlanda, y creímos que esta unión sería definitiva. Yo quería que Eileen abandonase su tierra como mi esposa.

—Por supuesto —replicó Thomas—. Francisco, parece que las cajas de vino han sido premonitorias ante tanto festejo.

—Estoy de acuerdo.

Luego de los saludos, cada uno de ellos se dispuso a disfrutar de un opíparo almuerzo que no le hizo sombra al postre que se sirvió más tarde. La tarta de manzana con canela era otros de los manjares preparados por Catlee.

—¡Esto está exquisito!

—Ey —reclamó Joaquín desde la entrada—, supongo que nos habrán dejado algo de comer.

Detrás de él, con una actitud tímida, asomó Paloma.

—Ven —le dijo Victoria a la muchacha—, te acompaño a ubicarte en la habitación. Si quieres, puedes cambiarte para bajar a almorzar.

—Muchas gracias.

—Al final lograste venir —saludó Thomas.

—Sí; fue más fácil de lo que imaginaba. Alba aceptó viajar con Goyena al campo y, durante esa estancia, permitió que Paloma viniera hasta acá. No lo puedo creer. Gracias, Thomas.

—Me alegro. Eso sí, no cometas ninguna estupidez con ella. Sabes a lo que me refiero.

—Sí; aunque me cueste mucho hacerlo, puedo esperar.

—Bien. Ven a comer, que debes estar muerto de hambre.

Los dos asientos que quedaban libres fueron ocupados. El almuerzo de bienvenida se alargó hasta entradas las primeras horas de la tarde.

* * *

El ritmo de los días había cambiado debido a la gente que habitaba la estancia. Faltaban unas pocas jornadas para celebrar la Navidad. Thomas nunca había querido reunirse para esa festividad porque, para él, estaba cargada de tristeza. Sin embargo, desde que había conocido a Victoria, eso había cambiado. Él había organizado la visita de Róisín, ya que para Victoria sería muy importante celebrar su primera Navidad en compañía de su madre. Lo había arreglado antes de abandonar Londres, para cuando Róisín acabara con los compromisos que había pactado, y Victoria estaba feliz de que ella viniese.

—Debes calmarte, vendrá de un momento a otro. Joaquín ha ido a buscarla para evitar que algo le suceda, quédate tranquila.

—Lo estoy.

A pesar de aquella afirmación, Thomas la notaba inquieta por demás, sin sosegar con el transcurso de las horas.

El ocaso era el momento ideal para reunirse al amparo de una de las galerías y disfrutar de unos mates con budines. Los débiles rayos del sol pincelaban el horizonte. En aquella atmósfera enrojecida, asomó un carruaje que se abrió camino a través de la arboleda de la entrada.

—Allá vienen —señaló Victoria al levantarse y adelantarse para buscar a las invitadas.

—Mi amor, al fin tendrás a tu madre en casa —confirmó Thomas para tranquilizarla.

Cuando Róisín descendió, un hecho produjo una fuerte conmoción en Thomas: la aparición de Encarnación detrás de ella.

—Hijo, cuánto deseaba venir a verte.

Ambos se dieron un afectuoso abrazo con lágrimas en los ojos ante la emoción de ese encuentro.

—Querida Victoria —dijo Encarnación—, parece que hemos logrado estremecer a mi muchacho.

Thomas estaba sobrecogido por la visita de la única mujer que lo había ayudado y apoyado en los peores momentos que había atravesado en la vida. Cuánto le debía a esa española que, a base de un cariño sincero, le había enseñado que nunca era tarde para luchar por lo que quería. Eso era lo que él había hecho, y al realizar un paneo a su alrededor, supo que al fin había alcanzado todo por cuanto había bregado.

—Parece que el sorprendido eres tú —le susurró Victoria en el oído.

—Mi amor, no sé cómo la convenciste de que abandonara su hogar, es increíble.

—Hubo un motivo de peso, mira.

Encarnación no dejaba de llenar de besos a Colin, ese niño que no hacía más que recordarle a Thomas. Victoria había logrado lo que nunca antes él había podido hacer: sacarla de la “pequeña Dublín”

para que lo acompañase. Verla allí, junto a los suyos, lo colmaba de una felicidad total.

EPÍLOGO

Tres años después.

Nunca había creído en el destino, pero el tiempo me demostró que estaba equivocado. Aún resonaban en mi mente las palabras de Desirée, la cingara que, en el momento menos esperado, había aparecido para leerme las manos y decirme: “Has de tener una vida larga, muy larga”. Luego había agregado que pasaría por momentos de zozobra en los que creería que todo estaba perdido, convencido de que la suerte me habría abandonado, pero más tarde recordaría que lo augurado por ella se había cumplido. Me había asegurado que conocería a mi amor, mi único amor, por el que pondría en juego mi lealtad. Más aún, cuando estaba a punto de terminar, me había revelado que, si bien las líneas de mi mano eran particulares, yo sería feliz, aunque en algún momento creyera que sería imposible lograrlo.

Volteé mi vista para observar a las personas que me rodeaban y supe que aquel augurio pronunciado en uno de los callejones malolientes por los que yo deambulaba se había hecho realidad. En el último tiempo, había quedado estipulado que, todos los años, en la misma fecha, nos juntaríamos en la estancia. Reunirnos aunque fuese una vez al año nos alegraba a todos, en especial por nuestros niños.

Josefina y Francisco eran padres de los mellizos Emilia y Ramiro. Desde que habían nacido, no tenían paz. Ambos habían heredado el temperamento alegre y osado de ella. Por su lado, Francisco había retomado la profesión médica dejada a un costado por el accidente sufrido por Josefina. Él había vuelto al ruedo con aquella actividad en la que se destacaba.

Eileen había encontrado en Juan la paz y la felicidad que siempre había buscado. Verla de ese modo me reconfortaba, ya que ella había logrado dar fin a toda una historia de dolor y pérdidas. Hasta la fecha, no había querido regresar a Londres. Era en la ciudad de Buenos Aires donde había encontrado su lugar, en compañía de Juan y de su hija Rose. Nada la haría regresar a aquel pasado que había quedado enterrado bajo la espesa y grisácea niebla londinense. Juan había retomado el trabajo en el Hospital de Niños. No le había costado recuperar el lugar en la institución médica, ya que las autoridades del centro médico se habían sentido muy contentas al enterarse del regreso del afamado profesional cuyo puesto habían reservado.

Joaquín había abandonado la ciudad de Buenos Aires en compañía de Paloma. Ambos se habían casado hacía un tiempo ya. Alba había desistido en la insistente negativa por la unión de ambos y, en ese último tiempo, parecía estar más sosegada. Yo no podía creer que la hubiese encontrado de la mano de Goyena, aunque ya había dejado de importarme cualquiera de los dos. Joaquín, cada tanto y cuando yo se lo pedía, viajaba a la capital para cumplir con alguna diligencia, pero luego regresaba al pueblo ubicado a unas leguas de la estancia La Victoria. Había tomado la decisión de establecerse allí ante la posibilidad de poder participar en la organización política del pueblo junto al intendente, que, como lo conocía, le había ofrecido que colaborase con él. Más allá de todas las ocupaciones de Joaquín, su pequeño hijo, llamado Leandro, robaba toda la atención del padre, y no solo de él, sino también de Paloma.

Mi esposa Victoria había logrado recuperar el vínculo con su madre. El tiempo perdido no había hecho mella en esa relación. En cada viaje que cada una emprendía para visitar a la otra, aprovechaban para conocerse más. En las temporadas que pasábamos en la ciudad, Victoria participaba y colaboraba con el Hospital Británico, que desde pequeña le había señalado esa vocación compartida con Róisín.

Yo había concentrado todas mis actividades en Londres y en Buenos Aires, de modo que pudiera viajar con mi familia para controlar los negocios en ambas ciudades. A veces pensaba en el lugar del que había salido y en cuánto había logrado. Claro que todo cuanto poseía cobraba verdadero valor y sentido al estar con mis seres queridos. Siobhán había insistido en verme en algunas oportunidades, y varias eran las cartas que le había enviado a Victoria para que yo accediera, por intermedio de mi mujer, a leerlas. Más allá de mi aparente negativa a hacerlo, una noche, en compañía de una copa de whisky, las leí. Me costó reconocer a mi madre en esas líneas. Yo estaba convencido de que el tiempo no curaba las heridas, sino que solo las atemperaba, pero quizás en nuestro próximo viaje a Irlanda acceda a verla.

Alcé la vista y vi a Colin jugar con su pandilla de amigos. Lo peor era que se había transformado en el líder de aquellos niños que lo seguían en todas las travesuras que hacía. Mi hija Martina había nacido en esta tierra y se había transformado en mi debilidad. Como no podía ser de otro modo, tenía el cabello del mismo color que Victoria y adoraba a su hermano. Ambos parecían haberse aliado ante la perspectiva de la llegada próxima de otro bebé.

Durante mucho tiempo, me dejé envolver por la espesa y asfixiante niebla que se escabullía en los destemplados callejones de Londres; una niebla que me había arropado y en la que me había refugiado cuando estaba perdido. Allí, había conocido a Victoria, y junto a ella había alcanzado atravesar esa tiniebla hasta consolidar una unión que nunca se quebraría. Hoy, todo el dolor por el que debí pasar parece haberse esfumado hasta perderse como la misma niebla.

BIBLIOGRAFÍA

Ackroyd, Peter, *Londres: una biografía*, Barcelona, Edhasa, 2002.

Belloc, Hilaire, *Historia de Inglaterra: desde los orígenes hasta el siglo XX*, Buenos Aires, C. S. Ediciones, 2005.

De Marco, Miguel Ángel, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Educa, 2006.

De Marco, Miguel Ángel, *Pellegrini: piloto de tormentas, impulsor del desarrollo nacional*, Buenos Aires, Emecé, 2017.

Laffont, Robert, *Historia de París y de los parisienses*, Buenos Aires, General Fabril Editora, 1961.

Sinclair, Iain, *Los ríos perdidos de Londres; El sublime topográfico*, Buenos Aires, Fiordo, 2016.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, desde el lugar de luz en el que se encuentran.

A mis hijos y a mi esposo, por estar siempre a mi lado acompañándome.

A mis queridas amigas Florencia Bonelli, Gloria V. Casañas y Fabi Acebo, por estar presentes en este proyecto tan especial para mí. Las quiero; gracias.

A mi hermoso grupo de amigas, que siempre están presentes para darme apoyo con cada uno de mis libros: Cristina Carta, Adriana Calvelo, Analía Degirolmo, Mariela Farinelli, María José Grillo, Karina Pane, Teresa Piasentini y Alejandra Schafft.

A mis entrañables amigas lectoras de siempre, que no solo me han acompañado desde el inicio de mi carrera, sino que en esta ocasión colaboraron con la investigación y me enviaron imágenes desde Irlanda: Claudia Bentancor, María Alejandra Caraballo, Marcela Chamale y Juana Cortez de O'Malley, que vive actualmente allí.

A mi amiga María José Zaldívar, que, una vez más, se preocupó por acercarme algún libro de historia que pudiera necesitar; gracias.

A mi amiga Inés Maidana, por estar atenta y presente año a año, no solo embelleciendo mi página web, sino también pendiente de sus ahijados literarios; gracias.

A mis editores, por impulsarme a este proyecto, que ha sido un desafío para mí.

A cada uno de los lectores que, con tanto cariño, se acercan a mí para brindarme el apoyo de siempre, y por apostar por cada una de mis novelas. Sin ustedes, nada de lo que escribo cobra sentido; gracias.